Lo que el trabajo esconde

Materiales para un replanteamiento del análisis sobre el trabajo

B. Lahire, P. Rolle, P. Saunier
M. Stroobants, M. Alaluf, M. Postone

MÁQUINAS CURIOSAS
"La Lógica del Capital"





Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación
(si estás fuera de España a través de PayPal),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un mail

Lo que el trabajo esconde

Materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo

Textos de:

Bernard Lahire, Pierre Rolle, Pierre Saunier, Marcelle Stroobants, Mateo Alaluf y Moishe Postone

traficantes de sueños

bifurcaciones

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

bifurcaciones 1

- «Me podría indicar, por favor, hacia dónde tengo que ir desde aquí?»
- «Eso depende de a dónde quieras llegar», contestó el Gato.
- «A mí no me importa demasiado a dónde...», empezó a explicar Alicia.
- «En ese caso, da igual hacia a dónde vayas», interrumpió el Gato.
- «... siempre que *llegue* a alguna parte», terminó Alicia a modo de explicación.
- «¡Oh! Siempre llegarás a alguna parte», dijo el Gato, «si caminas lo bastante».
[Lewis Carroll, «Alicia en el País de las Maravillas»]

Esta colección pretende iniciar un camino, que no se quiere solitario, ni recto. Un camino que, asumiendo la incertidumbre, quiere llegar a alguna parte. Estamos demasiado acostumbrados a transitar por sendas trilladas, lugares comunes al pensamiento y la acción política cuya única virtud acaso sea la de generar en nosotros cierta sensación de certidumbre y solidez, cierta ilusión de convergencia entre nuestros deseos y las prácticas y dinámicas sociales.

BIFURCACIONES pretende ser un desvío, una torcedura con respecto a los caminos construidos a base simplemente de sentido común y buenas intenciones. Bifurcándose, un camino no necesariamente se allana, ni deja de estar empedrado, más bien todo lo contrario, pero si no una garantía, este tipo de bifurcación constituye la condición de posibilidad para escapar de atajos aparentes que terminan por no conducir más allá de sí mismos.

Un camino bifurcado no tiene dueño. No pertenece a una ciencia o disciplina particular, a un autor o a una corriente de pensamiento determinado. No es patrimonio de una comunidad política u otra. Es, simplemente, el terreno de quienes han decidido definir caminando cual será su lugar de llegada sin miedo a deber caminar demasiado.

Ilustración de portada: Miguel Brieva
1ª edición: 1000 ejemplares
Febrero de 2005
Título:
Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo
Autores:
Bernard Lahire, Pierre Rolle, Pierre Saunier, Marcelle Stroobants, Mateo Alaluf y Moishe Postone.
Edición, traducción y notas:
Jorge García López, Jorge Lago Blasco, Pablo Meseguer Gancedo, Alberto Riesco Sanz.
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños.
Edición:
Traficantes de Sueños
C\Hortaleza 19, 1º drcha.
28004 Madrid. Tlf: 915320928
e-mail:editorial@traficantes.net
http://traficantes.net
Impresión:
Queimada Gráficas.
C\. Salitre, 15 28012, Madrid
tlf: 915305211
ISBN: 84-933555-6-9
Depósito legal: M-1370-2005

Lo que el trabajo esconde

Materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo

Textos de:

Bernard Lahire, Pierre Rolle, Pierre Saunier, Marcelle Stroobants, Mateo Alaluf y Moishe Postone

Coordinadores de la edición

Jorge García López, Jorge Lago Blasco, Pablo Meseguer Gancedo, Alberto Riesco Sanz

traficantes de sueños

bifurcaciones

Índice

Autores

Pierre Rolle, psicólogo y sociólogo de formación ha sido *Directeur de Recherche* en el CNRS y Profesor de Sociología en la Université Paris X-Nanterre hasta su reciente jubilación. Amigo y colaborador de Pierre Naville, compartió con él su compromiso intelectual y político con las ciencias sociales y con el convulso panorama político de la Francia y el mundo de la postguerra hasta nuestros días. Su trabajo intelectual ha girado mayormente sobre los desafíos y envites de lo que solemos denominar «trabajo», continuando el camino recorrido por Pierre Naville y retomando así su voluntad de dotar a las ciencias sociales de una consistencia hoy por hoy inexistente.

Mateo Alaluf y **Marcelle Stroobants** son ambos profesores de sociología en la Université Libre de Bruxelles (Bélgica) donde han centrado sus investigaciones en la sociología del empleo, los mercados de trabajo, las políticas formativas, la cualificación, etc. Ambos participan conjuntamente en numerosas investigaciones empíricas sobre estas temáticas, en una línea de trabajo muy cercana a la de la sociología de Pierre Naville y Pierre Rolle, sociólogo este último con quien Mateo Alaluf colabora regularmente.

Moishe Postone: filósofo y sociólogo, se formó en el *Institut für Sozialforschung* de Frankfurt (Alemania), afincándose posteriormente en EE.UU. donde es profesor de sociología en la University of Chicago. El núcleo de su obra gira en torno a una relectura de la obra madura de Marx capaz de devolver a este autor la centralidad para la comprensión del mundo contemporáneo que en ocasiones se le ha negado, sacándole así de la torpeza con la que el grueso del marxismo tradicional se ha aproximado a él. Postone ha trabajado igualmente sobre el Holocausto y el nazismo, así como sobre diferentes pensadores contemporáneos: Habermas, Derrida, Bourdieu, etc.

Bernard Lahire, sociólogo francés. y profesor de sociología en la *École Normale Superieure de Lettres et Sciences Humaines* de Lyon, donde ha centrado sus trabajos en el ámbito educativo y en el propio quehacer y sentido de la sociología en tanto que disciplina.

Pierre Saunier trabaja en el *Laboratoire de Recherche sur la Consommation* del Institut National de la Recherche Agronomique, donde viene realizando análisis sobre la formación y evolución de los gustos y prácticas alimentarias.

Jorge García, **Jorge Lago**, **Pablo Meseguer** y **Alberto Riesco** son todos sociólogos que se encuentran en la actualidad desarrollando investigaciones sobre diferentes temáticas ligadas al ámbito del trabajo.

Prefacio

Jorge García, Jorge Lago,
Pablo Meseguer y Alberto Riesco

Un libro como éste, atravesado de principio a fin por el debate en torno al trabajo no puede sino partir de la paradoja aparente que viven las sociedades contemporáneas: la fragmentación y vaporización del trabajo, de los sujetos e identidades que habíamos vinculado al mismo, precisamente en un momento en el que las relaciones salariales y la mercantilización de un creciente número de esferas sociales parecen hacerse día a día más presentes.

Esta paradoja airea la sospecha y lleva a formular la pregunta que da título al libro: ¿qué esconde el trabajo? Como ha ocurrido con tantos otros fenómenos sociales, a menudo, científicos sociales y activistas políticos nos hemos contentado con aproximarnos a la realidad del trabajo desde lo más evidente de la misma (los centros de trabajo, los sujetos en ellos presentes, con sus actividades y conflictos propios, etc.), creyendo poder encontrar así un terreno firme desde el cual edificar nuestros planteamientos teóricos y nuestras prácticas políticas. Sin embargo, los caminos aparentemente más cortos no siempre nos ahorran tiempo o esfuerzo y son muchos los obstáculos que este tipo de aproximación al trabajo han supuesto para la práctica política y las ciencias sociales.

A lo largo del libro, a modo de un puzzle cuyas piezas van progresivamente engarzándose las unas con las otras, hemos pretendido reubicar nuevamente el debate sobre el trabajo partiendo de la sospecha sobre aquello que esconde. Y lo que esconde el trabajo en las sociedades salariales no es más —ni menos— que estar dotado de lo que podríamos denominar una *doble verdad*. *Doble verdad* cuyos desafíos serán abordados en detalle en los artículos que hemos recogido, pero que podríamos resumir en que junto al trabajo como *actividad* vamos a estar obligados a abordar el trabajo como *relación social*, es decir,

como un trabajo que no va a poder ser recluido en los límites de una fábrica o de un laboratorio, ni simplemente adscrito a quienes dentro de esos límites desarrollan algún tipo de actividad.

Frente al trabajo como *actividad*, el trabajo como *relación social* va a actuar como una dimensión del trabajo mucho menos evidente a los sentidos, mucho menos plástica, siendo no por ello menos relevante, todo lo contrario. Si es cierto que cada sociedad formula únicamente las preguntas que en un momento histórico determinado está en condiciones de responder, también lo es que la aproximación al trabajo como relación social —sea desde la práctica política, las ciencias sociales...— tiene como condición el que seamos capaces de dotarnos de dispositivos de observación y de análisis capaces de dar cuenta de él, pues a diferencia del trabajo como actividad, el trabajo como relación social va a configurarse como un principio abstracto de estructuración de las relaciones sociales (lo cual no significa, evidentemente, que no tenga consecuencias muy concretas en nuestra vida cotidiana) cuya aprehensión en términos empíricos y políticos va a requerir de su construcción teórica previa. Se trata de una diferencia similar a la que pueda existir entre un sujeto, a simple vista, autoevidente como es el individuo (sin pretender tampoco por ello que el individuo constituya un producto natural) y un sujeto de amarre más complejo que requiere ser previamente construido intelectual y políticamente, tal y como ocurre con las clases sociales. Y, sin embargo, como avanzan varios de los textos que dan cuerpo a este libro, en sociología y en sociedades como las nuestras, la supuesta «contundencia» y «autoevidencia» del individuo no le garantiza en absoluto su relevancia explicativa o política.

Así pues, para esa comprensión del trabajo como relación social, que estamos convencidos resulta absolutamente necesaria para cualquier tipo de intervención política actual, nos ha parecido que la sociología —determinada sociología— tiene todavía mucho que decir y aportar. Evidentemente, no va a ser ella la única disciplina en condiciones de aportar elementos valiosos para la comprensión del trabajo como relación social y, por lo tanto, desde nuestro punto de vista, para la intervención política. Pero sí queremos reivindicar la fuerza explicativa y política que puede tener el discurso sociológico, negándonos a aceptar las estériles fragmentaciones entre disciplinas que operan quienes reducen el valor de la sociología a una especie de ejercicio contable de estadísticas y atribuyen, por ejemplo, a la filosofía la función de la elaborar teóricamente los datos producidos por los sociólogos.

La sociología que estamos manejando no constituye una escuela particular y, dado que no faltarán quienes se preocupen por hacerlo, nosotros vamos a evitar tener que adjetivar la sociología por la que apostamos, prescindiendo así

de la necesidad de ponernos una etiqueta con la que mostrar que nuestro producto lava mejor y más blanco. Hemos preferido más bien enfatizar ciertas maneras de proceder que han estado presentes en la tradición sociológica desde sus comienzos y que, a día de hoy, nos siguen pareciendo absolutamente cruciales para una comprensión —parcial, situada, inestable, condicionada y temporal— de los procesos y fenómenos sociales. Se trata de aspectos como: la radical necesidad de construir nuestros objetos de estudio y nuestros campos de intervención política más allá de las preguntas y respuestas facilitadas por el sentido común presente en los sujetos e instituciones en juego; la obligación —dada esta exigencia de construir los objetos y campos de estudio e intervención— de explicitar las huellas y el rastro depositado por quienes hemos participado en dicha construcción; el énfasis en la tensión que recorre y atraviesa de principio a fin la relación entre intervención política y explicación científica, vinculándolas irremediablemente, pero imposibilitando de igual modo su plena identificación, etc. Aspectos todos ellos creemos que presentes de manera bastante explícita en los textos que componen este libro.

No obstante, a propósito de la sociología que estamos manejando, más aún en lo que a la aproximación a los fenómenos del trabajo se refiere, hay un autor que ha estado sobrevolando el libro de un modo u otro de principio a fin: nos estamos refiriendo a Pierre Naville. Naville ha sido el mayor impulsor en el ámbito de la sociología de esta aproximación al trabajo como relación social mediante su ampliación del análisis del trabajo al ámbito de las relaciones salariales en las cuáles aquél se inserta. La aportación de Naville ha sido para nosotros absolutamente determinante, motivo por el cual nos sentimos obligados a explicitar esta deuda con su trabajo. Un trabajo, por otro lado, que no se redujo al campo de la sociología, sino que encontró importantes desarrollos en los ámbitos de la psicología, de la economía o del análisis político, además, por ejemplo, de haber dado a conocer en Europa y haber traducido por primera vez obras que hoy nos pueden parecer tan relevantes como los famosos *Grundrisse* de Marx o los trabajos de Clausewitz sobre la guerra. Naville participó igualmente durante su juventud en la fundación del Grupo Surrealista francés junto a artistas como André Bretón, con quienes rompería posteriormente tras el apoyo de estos al Partido Comunista Francés y su alineamiento con el estalinismo por entonces en pleno auge. Desde ese momento, se iniciaría la que constituiría otra constante en su vida: la militancia política de izquierdas en la convulsa historia del siglo XX. Muerto en la actualidad, nos parece urgente ser capaces de reivindicar su trabajo intelectual, su compromiso político, así como su manera de hacer coexistir ambas dimensiones.

Además del propio capítulo realizado por nosotros en el que tratamos de armar el hilo conductor presente entre los diferentes textos, así como muchos de los debates políticos que los recorren a menudo de manera larvada, buena parte de los textos que hemos recogido son textos de colaboradores directos de Pierre Naville (Pierre Rolle), así como de otros continuadores de su modo de abordar el trabajo (Mateo Alaluf y Marcelle Stroobants). Todos ellos, abordando diferentes problemas ligados al trabajo (las transformaciones actuales del mismo, el debate sobre la clase obrera y su crisis, el problema de la cualificación y el debate sobre las competencias, etc.) van recomponiendo ese rompecabezas que señalábamos al principio desde una aproximación al trabajo como relación social.

El resto de los textos recogidos son trabajos de autores que nada tienen que ver con la obra de Naville, pero cuya reflexión nos ha parecido absolutamente pertinente y compatible con el abordaje que venimos proponiendo. Así ocurre, por ejemplo, con el texto de Bernard Lahire, quien nos sitúa ante los límites del «construccionismo» en las ciencias sociales y que nos permite entrar a discutir el modo como entendemos nosotros el vínculo entre comprensión del mundo e intervención política sobre el mismo. Algo similar podríamos decir del artículo de un historiador como Pierre Saunier, quien aporta un valioso material de cara a detectar los problemas teóricos y políticos de derivar la construcción de la «clase social» desde las categorías del trabajo como actividad. El texto de Saunier, acompañado de otros como los de Alaluf y Rolle a propósito de la clase social, nos posibilitará dar cuenta de que pasar de mirar el trabajo como actividad a mirarlo como relación social tiene como consecuencia una transformación radical de los términos con los que nos referíamos a las clases sociales y a la clase obrera en particular, permitiéndonos esquivar los equívocos y delirios teóricos y políticos que han dominado los discursos y prácticas de los grupos de izquierda y de quienes se definían como portavoces del movimiento obrero.

Finalmente, el texto de Moishe Postone, filósofo e historiador norteamericano, aporta una interpretación de la obra madura de Marx que, poniendo la clave de lectura del análisis marxiano del trabajo en su dimensión de mediación social general, es decir, en su dimensión de trabajo abstracto, de trabajo como relación social, le da pie para afirmar que el objetivo de Marx no residía tanto en realizar una crítica del capitalismo desde el punto de vista del trabajo, sino una crítica del trabajo mismo en el capitalismo, es decir, toda una apuesta política por superar el capitalismo y con él el trabajo asalariado, una apuesta por construir una sociedad basada en el no-trabajo.

Ésta constituye, a nuestro juicio, una idea clave en cualquier proyecto político que se pretenda emancipador, conectando con otra de las ideas-fuerza presentes en la obra de Pierre Naville: aquella que afirma que «la contradicción dialéctica fundamental no es aquella que opone trabajo penoso a trabajo atrayente, sino la que opone trabajo a no-trabajo». La nuestra, en definitiva, sigue siendo pues una apuesta por impulsar el *no trabajo*, apuesta que pasa hoy, precisamente, por impulsar su dimensión de trabajo abstracto, pese a que esa posibilidad de emancipación política futura se siga presentando actualmente bajo la inquietante forma de una explotación y dominación acrecentadas.

Capítulo 1

Una introducción al trabajo como relación social

Por Jorge García, Jorge Lago, Pablo Meseguer y Alberto Riesco.

En la obra de la ciencia sólo puede amarse aquello que se destruye, sólo puede continuarse el pasado negándolo, sólo puede venerarse al maestro contradiciéndolo (Bachelard, 1993: 297).

Este libro pretende servir como arma de combate. Un arma de combate apta para operar en la guerra de las ideas, para operar en ese inevitable y permanente conflicto incruento que consiste en el contraste, la crítica, el debate, etc., sobre el contenido, la naturaleza y el sentido de las relaciones, procesos y conflictos que componen la realidad social en la que vivimos. Nuestras posibilidades de transformar radicalmente esa realidad dependen también, necesariamente, si bien no exclusivamente, de los resultados parciales que ese combate nos brinda a cada instante. A pesar de que este arma de combate no nos brinde un recetario de actuaciones prácticas con el que enfrentarnos de forma inmediata a nuestras pequeñas luchas cotidianas, determinar, de una u otra forma, las tensiones *básicas* que alimentan los conflictos sociales, las fuerzas *originales* que dinamizan el movimiento de los procesos (procesos en los que dichos conflictos se inscriben) y, en definitiva, dar cuenta de la naturaleza *específica* del tipo de relaciones sociales (las que configuran esos procesos y esos conflictos) supone, simultáneamente, preconfigurar —se quiera o no— los posibles contenidos presentes en ellos y, por lo tanto, los objetivos propios de una actividad transformadora congruente con dichos posibles.

1. La sociología no es tu enemiga (I)

Ahora bien, el arma de combate que aquí se presenta está cargada a partir de una determinada disciplina científica: la sociología[1]. No quiere esto decir que no se tomen prestadas herramientas de otras ciencias, tradiciones de pensamiento o de acción, sino que éstas acaban siendo traducidas, justificadas y validadas en el campo concreto de la sociología. Y con ello corremos todos el riesgo de empantanarnos de entrada en una polémica estéril acerca del árbol adecuado al que deberíamos *a priori* subirnos (¿filosofía?, ¿economía?, ¿historia?, ¿psicología?), perdiendo de vista definitivamente el bosque que se trataba de otear (¿qué «trabajo»?, ¿qué «sujeto»?, ¿qué «transformación»?, ¿qué «sociedad»?). Se trata ésta de una advertencia que no es gratuita, pues estamos ante una tradición de pensamiento, la de una «ciencia social», que, en el campo de la izquierda, ha estado a menudo bajo sospecha. Sospechosa, durante el siglo pasado, de haber constituido desde sus orígenes la respuesta «burguesa» al «socialismo», al «conocimiento proletario», al «materialismo histórico y/o dialéctico», y objeto de sospecha, hoy en día, por razones que, en el fondo, apenas difieren de las de antaño. En la actualidad, los sociólogos son, en muchas ocasiones, acusados de promover la «reificación», «cosificación», «simplificación» y «naturalización» del mundo social merced a su pretensión de ostentar el monopolio de un único conocimiento verdadero (el científico), frente a una multiplicidad «real» de saberes que serían, en general, todas aquellas otras formas de conocimiento: la experiencia, los saberes locales, las creencias religiosas, las artes, etc. Dichas formas de conocimiento, marginadas por el discurso científico, emanarían de los propios sujetos comprometidos en procesos de lucha e insertos en circuitos de dominación y explotación que harían de ellos figuras subalternas. Formas de conocimiento, en definitiva, que encontrarían puntos de amarre en las razones y los marcos de sentido que dichos sujetos se dan respecto de sus propias acciones y situaciones, y que estarían, por ello, dotados de algún *plus* de «realidad» o de «legitimidad ética», cuando no de «performatividad y eficacia política». Conocimientos, en definitiva, aprehensibles únicamente «desde el interior» mismo de las luchas o del espacio *vivido* y las *narraciones* avanzadas por los sujetos implicados que se mostrarían, según

[1] Como ocurrirá más de una vez a lo largo de este capítulo, más que avanzar definiciones apriorísticas previas, en este caso de lo que entendemos por sociología, hemos creído preferible dejar dicha definición en suspenso para que sea el propio texto quien, conforme avance, permita al (paciente) lector reconstruir en términos sustantivos —y no formales— el tipo de aproximación que estamos construyendo.

este punto de vista, más respetuosos con los propios marcos de sentido, los deseos, anhelos y principios de identidad de dichos sujetos.

El relativismo sí puede ser tu enemigo

Las formas que ha adoptado en la actualidad este tipo de posicionamiento en el pensamiento militante son incomprensibles, paradójicamente, al margen de un debate y de una determinada toma de posición en él. Se trata de un debate *endógeno* al conjunto de las ciencias sociales contemporáneas y, especialmente, dentro de ellas, a la sociología: el debate sobre la *modernidad* y determinadas tomas de posición «postmodernas» en el mismo. Estas tomas de posición «postmodernas» partieron a principios de la década de 1960 de una necesaria denuncia de los efectos de poder que generaba y genera en nuestras sociedades el recurso al discurso científico, así como un cuestionamiento de las pretensiones de universalidad y validez de lo que no son sino construcciones parciales. Sin embargo, aún habiendo partido de denuncias y sospechas razonables (y en multitud de ocasiones necesarias), muchas de ellas —implícita o explícitamente— han acabado caracterizándose hoy por un relativismo radical respecto del conocimiento y de sus criterios de validación y validez. Ya no hay, se afirma desde esta «rebeldía epistemológica», formas de conocimiento más «verdaderas» que las demás, sino una pluralidad de aproximaciones al mundo, todas ellas igualmente válidas, tantas y tan variadas como los diferentes tipos de sujetos que se enfrentan cotidianamente con ese mismo mundo. *Dentro del propio pensamiento sociológico*, dichas tomas de posición se traducen a menudo en un «constructivismo radical» que encuentra en la metáfora de la «construcción social de la realidad social» su estandarte y *leit motif* aglutinador. Así, el constructivismo radical sociológico se apoya en el hecho de que todo *lo social*[2] resulta estar «socialmente construido» para justificar la prioridad ontológica que dicho constructivismo radical va a adscribir, *precisamente*, a la subjetividad, a lo subjetivo y lo simbólico, a las representaciones del sentido común que los sujetos se hacen de sus realidades [Cf. Capítulo 2].

Desde este punto de vista, el mundo social sería fundamentalmente el resultado de una polifonía de representaciones enfrentadas construyendo permanentemente realidad. Una construcción de lo real desde las representaciones

2 Por nuestra parte, cuando hacemos referencia a «lo social» nos referimos al conjunto de la sociedad y no a un ámbito puro desprendido de, y/o contrapuesto a «lo económico», «lo político», «el Estado», «lo académico», etc.

portadas por subjetividades enfrentadas, que dan lugar a dos apuestas en apariencia contrapuestas pero que, bien miradas, no lo son tanto: o bien se sostiene que no hay equilibrio alguno entre esas representaciones, que son múltiples y diversas, que eso que se llama «lo social» está compuesto por una miríada de relaciones de fuerza locales; o bien nos topamos con discursos que reducen ese conjunto de representaciones polifónicas a un contrapunto de dos melodías autónomas: el *capital* como representación contra el *trabajo* como representación. Dos apuestas que acaban pareciéndose en aquello que tienden a evacuar (y que será objeto fundamental de estudio en este capítulo): la pregunta por la relación. La relación precaria e inestable que, en el primer caso, acaba produciéndose entre esta multitud de representaciones y relaciones de fuerza; la relación o las formas de vinculación e interdependencia establecidas, en el segundo caso, entre los dos conjuntos abstractos de trabajo y capital. Al evacuar la pregunta por la relación, el análisis corre el riesgo, como intentaremos mostrar más adelante, de topar con tautologías y problemas teóricos (con consecuencias prácticas) de difícil solución.

Pero más allá, o más acá, de estas tautologías o antinomias de la razón postmoderna nos parece necesario señalar el vínculo existente entre los posicionamientos de los espacios —supuestamente diferenciados— de lo «militante» y lo «académico», de los «sujetos de la lucha» y de «los sujetos de la ciencia». Vamos con ello.

Militantes y sociólogos: ¡el campo del conocimiento es uno!

Existe en la actualidad cierta tendencia a presentar el pensamiento militante como un pensamiento contrapuesto y diferenciado del pensamiento «académico», como un pensamiento *sui géneris*, que emana, *precisamente*, de los sujetos en lucha, de sus subjetividades e inquietudes y de las representaciones que éstos se dan acerca de su realidad, en y por el conflicto con ésta. Sin embargo, la supuesta especificidad del pensamiento militante es deudora —lo sepa o no, lo diga o no— de determinadas herramientas y tomas de posición que han emanado de la misma «academia», de la misma «ciencia» y del mismo pensamiento «burgués» de los que en tantas ocasiones abomina. De hecho, la idea de que la realidad social se compone, básicamente y en último término, de representaciones y de que, por tanto, su principal vía de acceso la proporcionarían las explicaciones que otorgamos a nuestras acciones, conductas y pensamientos, es una idea que tiene una larga historia en el campo de las ciencias sociales por muy comprometida con la superación de las miserias del mundo mercantil y capitalista que se pretenda y por muy novedosa que pueda parecerle a más de uno.

Pero, además y para mayor desconsuelo si cabe, las tomas de posición objetivamente compartidas en los dos ámbitos —el «académico» y el «militante» (en nuestro ejemplo, el relativismo y constructivismo radicales aplicados, respectivamente, al *conocimiento* y a la intervención sobre lo *social*)— se comparten objetivamente por idénticas razones y, a menudo, con idénticas consecuencias en lo inmediato. Así, nos encontramos con que, en ocasiones, la asunción de las ventajas adscritas socialmente al «intelectual» (ventajas materiales —títulos, becas, puestos de trabajo, etc.— y, sobre todo, simbólicas —prestigio, poder, visibilidad, etc.—) no se ven acompañadas de compromiso alguno con ninguna de las obligaciones que, en aquella modernidad que se trata ahora de «superar», se le exigían a actividades y resultados para ser reconocidos y sancionados en tanto que característicos de un trabajo propiamente intelectual. Esto es: la formación y la aplicación de determinados métodos y procedimientos contrastados y, sobre todo, contrastables, de construcción discursiva, métodos y procedimientos de los que depende el efecto de cientificidad de los discursos.

Dicho a lo bruto, si se prefiere, en lo que respecta a su ámbito, no existe un espacio «burgués» de conocimiento (reproductor del orden social) —la academia— y un espacio «proletario» del cual emanarían otros tipos de conocimientos diferentes (potencialmente subversivos) —la militancia—: la reivindicación postmoderna de los conocimientos «dominados», así como la misma crítica a su «sometimiento», opera *en y por el mismo ámbito social* que ese otro tipo de conocimiento que, supuestamente, los habría venido hasta la fecha «dominando», esto es, opera *tanto desde el exterior como desde el interior de «la academia»*. En otras palabras: no existe ningún «afuera» de *lo social* instituido en el que se esté incubando un pensamiento radicalmente ajeno y diferente, propio de una sociedad-otra. Dicho de otra forma: el campo del conocimiento donde se dirimen los conocimientos adecuados para poder transformar la sociedad es uno, que atraviesa los ámbitos académicos y militantes. Todavía más, no sólo opera en y por el mismo ámbito, en y para un mismo tipo de sociedad, sino que se ve obligado a justificarse, aunque sea para criticarlas, desde las mismas reglas y gramáticas que han venido tradicionalmente caracterizando al otro tipo de conocimiento, es decir, al conocimiento científico. Así pues, pasar por el tipo de conocimiento y de discurso científicamente informado resulta hoy imprescindible, aún cuando de lo que se tratase fuese de apuntalar y defender las virtualidades políticas de determinadas tomas de posición postmodernas frente al mismo.

Ahora bien, esta necesidad se refuerza aún más si cabe en cuanto nos desembarazamos del poso irracionalista inscrito en dichas tomas de posición («académicas» o «militantes», «burguesas» o «proletarias», etc.) y derivado de reducir los criterios de veracidad de una proposición discursiva dada a las

tomas de posición éticas de quienes las enuncian. Dicho en otras palabras, el poder explicativo del discurso no presentaría sus propias reglas (racionales) sino que se plegaría a las excelencias de la posición ética defendida por aquel que lo enuncia en cada caso. La apuesta por la priorización del análisis de lo subjetivo, lo simbólico, lo representacional, lo interactivo, lo ideológico, etc., para la compresión del mundo moderno se legitimaría entonces porque resulta éticamente más deseable apostar por los valores de la democracia, el reconocimiento de la diferencia, el libre albedrío del ser humano, etc., frente a los de la dictadura, la homogeneidad cultural, la determinación social de los comportamientos, etc.

Por el contrario, la necesidad de volver la vista de nuevo hacia modalidades de argumentación científica se nos confirma desde el instante mismo en que dejamos de comulgar con estas ruedas de molino, esto es, con que la validez y el poder explicativo de un discurso puedan ser evaluados en virtud de exigencias de naturaleza distinta de aquellas con las que, por ejemplo, Marx, Durkheim o Weber, justificaron a cada paso sus discursos, unas *justificaciones* que, evidentemente, no eran reducibles a sus talantes éticos o sus apuestas políticas. Podemos pues encontrar apoyo en estos autores para seguir insistiendo en afirmaciones que, quizá, sean consideradas como obvias por el grueso de los lectores, a saber: que la realidad social no se construye sólo con, ni se compone exclusiva y fundamentalmente de, símbolos y representaciones; que la subjetividad y el sujeto no sólo producen realidad sino que también están, a su vez, producidos por ésta en tanto que sujetos y subjetividades socio-históricamente específicas; que, en definitiva, la «realidad social» no parece ser exclusivamente el resultado, la creación —perpetuamente actualizada y reformulada— de una multiplicidad inconmensurable de interacciones intersubjetivas contingentes y, por consiguiente, más o menos transformable a voluntad, sino que presenta una consistencia, una articulación y una dinámica específicas, inaprensibles partiendo exclusivamente del análisis de esas interacciones.[3]

Permítasenos una vuelta de tuerca más al respecto, la última: en lo que respecta, *específicamente*, a la dilucidación de las posibilidades para una transformación radical del mundo social moderno, *y no para otras cosas*, no todos los diferentes tipos de conocimiento resultan *igualmente* válidos o aptos. Esto se

3 Las «relaciones sociales» a las que nos vamos a referir profusamente a lo largo de este capítulo contienen y comprenden estas «interacciones sociales» directas entre sujetos o agentes sociales pero no se agotan, sin embargo, en ellas. Por ejemplo, las mercancías y su producción, circulación y consumo instituyen vínculos sociales entre grupos de individuos que jamás han «interaccionado» directamente los unos con los otros.

debe a que la sociedad salarial y mercantil moderna conforma una realidad social a la que le ocurre lo mismo que a muchos pensadores militantes postmodernos: diciendo lo que dice perseguir consigue, sin embargo, otras cosas diferentes (y no necesariamente de manera consciente o intencional). Efectivamente, las razones que espontáneamente esta sociedad se da acerca de su propia naturaleza y funcionamiento (razones resultantes, en última instancia, de la formalización más o menos elaborada del sentido común aplicado por todos y cada uno de nosotros a nuestro acontecer cotidiano en ella), contribuyen a producir y reproducir los procesos *efectivos* que la sostienen y perpetúan; procesos *efectivos* que, sin embargo, no son pensados ni nombrados en esos porqués sociales espontáneos. En las palabras del filósofo Felipe Martínez Marzoa:

> [La] dependencia del modo de presencia de las cosas con respecto a la constitución del mundo histórico del que forman parte no aparece como tal *para ese mismo mundo histórico*, el cual, por el contrario, da por supuesto aquel modo de presencia de las cosas como perteneciente de manera «natural» y «en sí» a las cosas mismas. Esto sucede porque la propia constitución del mundo histórico del que se trata [es decir, de la modernidad capitalista] no es patente *para ese mismo mundo* [...]. Un mundo histórico es para sí otra cosa de lo que es en sí. Esta otra cosa, lo que un mundo histórico, una sociedad, es para sí mismo, es lo que designamos como *proyección ideal* o *ideología*. Se trata, pues, de la peculiar conciencia que un mundo histórico tiene de sí mismo como totalidad [Marzoa, 1983: 109, 111].

Será esta problemática, específica de las sociedades capitalistas modernas, la que explique la emergencia histórica, como necesidad, del pensamiento social moderno. La sistematización argumentadamente contrastada del pensamiento sobre la sociedad, es decir, la sociología, se convierte en una producción social necesaria en un universo en el cual la naturaleza y funcionamiento de la totalidad social misma se presenta sistemáticamente en formas transfiguradas (presentando, por ejemplo, las relaciones sociales bajo la forma de relaciones entre cosas, bajo la forma de «economía») para el sentido común. Formas que, por tanto, configuran modos de aparecer necesarios que hacen de la *ideología*, los *valores*, las *creencias*, etc., mucho más que una mera «falsa conciencia», un simple engaño o un pertinaz error de percepción, dando lugar a una modalidad de producción de conocimiento específica de las sociedades modernas, modalidad de la que, tal y como veremos al final de este apartado, la sociología no es ajena.

Pongamos un ejemplo bien sencillo: el de las lechugas. Sabido es que los valores o precios de las cosas «parecen» subir o bajar en función de propiedades de las cosas mismas: una lechuga más cara lo será porque se presenta, por ejemplo, como «más sana», esto es, como una lechuga «biológica». Son las propiedades de la cosa las que aportarían, pues, mayores o menores utilidades al consumidor. Ahora bien, los consumidores contrastan las utilidades que les reportan las cosas con los diferentes precios en que les son ofertadas: *como si* esas utilidades remitiesen a propiedades de las cosas, a su mayor o menor «calidad» o a sus mayores o menores «prestaciones», de las que los precios supusieran un indicador. Y los productores, también, operan a través de «costes de producción», cálculos que toman el precio o valor de los factores de producción como un «dato»: *como si* los precios, al remitirlos los unos (bienes elaborados) a los otros (factores de producción), sólo constituyesen una gramática tautológica, necesaria para captar el movimiento de las cosas mismas. Estos dos procedimientos conforman la base de las actuaciones cotidianas de ambos, productores y consumidores, como agentes económicos. En los dos casos, para los actores, el supuesto de que las cosas «hablan por sí mismas» constituye el punto de partida irrenunciable de sus actuaciones cotidianas. Ahora bien, «tomar conciencia» de que estamos atribuyendo a las cosas propiedades que sólo tienen las personas, de que hemos invertido las formas de aparecer de las lechugas biológicas (considerándolas únicamente desde sus cualidades como producto, en lugar de atender a las relaciones sociales en ellas objetivadas —mayor trabajo asalariado invertido, por ejemplo—), en este caso, no nos evita el tener que operar mañana, de nuevo, «como si» la realidad fuera la que parece ser: un asunto dirigido por los objetos, por sus propiedades y por los precios que de ellas resultan[4].

Algo tan banal como la adquisición de lechugas en el mercado podría parecer irrelevante, inútil para ser extrapolado al conjunto de las relaciones sociales que arman nuestras actuaciones cotidianas y nuestras trayectorias vitales, pero en un universo en el que todos somos alternativamente vendedores y compradores de unos u otros productos con las oscilaciones de sus precios nos jugamos nuestro propio valor social como propietarios. Aquí las famosas consecuencias no pensadas, no intencionales, no deseadas, de nuestras acciones (problemática nuclear de toda sociología) nos recuerdan con crudeza el principio de no transparencia propio del mundo social moderno: entre los supuestos

4 A lo largo del capítulo trataremos de analizar con mayor detalle los mecanismos de configuración de los precios y el tipo de relaciones sociales que intervienen en dichos procesos, relaciones que, como trataremos de mostrar, nos conducirán más allá de las cualidades sustantivas de los objetos.

con los que operan los agentes a nivel local (por ejemplo, nuestro interés en valorizar más y mejor nuestras lechugas) y los resultados de las acciones combinadas de todos ellos a nivel general (por ejemplo, un descenso en picado del precio de las mismas), media un abismo, a priori inconmensurable desde el sentido común de todos y cada uno, desde esas certezas con las que habíamos operado. Resultaría entonces posible que la sociología aún tuviese algo importante que decirnos y que mereciese la pena escucharla atentamente, máxime para y por aquellos que aspiramos desde la acción política a transformar el mundo en que todos vivimos.

Las ciencias sociales hace ya mucho tiempo que «construyen» sus propios objetos

Llegados a este punto, debemos aclarar un posible malentendido referente al estatuto del discurso —que se denomina a sí mismo— científico. Es cierto que la búsqueda de una teoría total y universal sobre «lo social» resulta, sin duda, un imposible. Es evidente también que la comprensión presente del sentido y dirección futuros de las prácticas, luchas y transformaciones sociales y políticas tiene un grado de indeterminación irreductible en términos absolutos. Por su parte, la relación entre los conceptos, las categorías, las proposiciones del discurso científico y la «realidad» que pretende (re)presentar constituye una relación harto problemática, objeto de infinitos debates, con lo que el estatuto del discurso científico y su relación con lo «real» o «lo social» han acabado siendo asumidos como infinitamente más complejos y problemáticos de lo que buena parte de la epistemología tradicional había concebido. No obstante, que todo cuanto acabamos de decir sea cierto no debería llevarnos tan fácil y rápidamente a descartar —como ocurre desde hace tiempo en ámbitos militantes y académicos— «lo científico» como elemento privilegiado de cara a la comprensión de los procesos, discursos y prácticas que, ulteriormente y en otros espacios, se pretendería transformar. Y no se debería renunciar a este componente «científico» de las ciencias sociales, al menos, por dos razones.

En primer lugar, porque, como comentábamos anteriormente, esta renuncia no ha podido ser lo suficientemente coherente consigo misma como para anular todo criterio de justificación o validez del discurso, y ha acabado buscando los criterios de validez o veracidad fuera de *lo dicho*, esto es, en las virtualidades éticas de la posición desde la que se enuncia el discurso, con independencia de la coherencia interna de éste.

En segundo lugar, sumado a este repliegue sobre la excelencia de «quién dice» y de «para quién dice» (antes de atender a «lo que se dice», al «cómo se dice» y, eventualmente, a las consecuencias de «lo dicho»), nos topamos con otro problema añadido: el de *lo político*. En efecto, buena parte del discurso postmoderno, refugiado en la supuesta eficacia de los saberes sometidos a la hora de reformular y transformar discursos y prácticas dominantes, han acabado justificando sus discursos en función de los supuestos efectos de verdad generados (capacidad de incidencia política y transformadora sobre los procesos sociales), con independencia, de nuevo, de la solidez y coherencia (criterios de veracidad) de los discursos. Lo que, por otra parte, podría parecer normal. ¿Y qué más dará —se preguntará más de uno— que el discurso no esté fundado, argumentado y contrastado lógicamente, si sus objetivos políticos son claros, y las posibilidades de transformar parcelas de «lo real» también?

De hecho, esta apuesta por una comprensión contrastada y sociológicamente fundada del mundo en el que vivimos (como paso necesario, aunque lógicamente no suficiente, para una posible transformación radical del mismo) puede parecer injustificada. Podemos comprobar a diario que las actuaciones sobre el conjunto de las relaciones y espacios sociales no tienen una mayor o menor capacidad performativa en función de la mayor o menor veracidad de sus presupuestos: que nadie haya descubierto la existencia de armas de destrucción masiva en Irak no ha impedido que dicho país fuera bombardeado y, posteriormente, ocupado militarmente; ocupación y bombardeos justificados por la existencia de esas armas. No obstante, la constatación de que las actuaciones que operan sobre, y conforman, la vida social y política no se fundamentan en la *veracidad* que contienen no debería llevarnos a rechazar, de antemano, una apuesta por comprender racionalmente el mundo en el que vivimos. Y esto, aunque sea tan sólo desde una cierta perspectiva *pragmática*, a saber: que el éxito de toda acción transformadora que busque algo más que imponer sus criterios por la fuerza, será tanto mayor cuanto más se apoye en un *conocimiento* de la situación a transformar, y menos en *intuiciones* o *deseos*.

Supongamos que un día cualquiera nos montamos en un coche y comprobamos que no arranca. Podemos *suponer* que está fallando la batería, pues ha fallado otras veces. Podemos incluso *desear* que sea la batería lo que falla, pues bastaría con unas pinzas y la ayuda de otro conductor para que el coche arranque y ahorrarnos así talleres, mecánicos y demás gastos. Sin embargo, antes de sacar las pinzas, antes de pedir ayuda para conectar la batería a otro coche, abriremos el capó e intentaremos comprobar si nuestra *intuición,* o nuestro *deseo,* concuerdan con la *realidad* del maldito coche que no arranca. Esta confianza en el conocimiento que se manifiesta en situaciones tan banales de nues-

tro día a día, ¿debe ser dejada de lado en nuestros proyectos de transformación de la realidad social?

Podrá argumentarse que una cosa es conocer el funcionamiento de un coche y otra bien diferente dar cuenta de los procesos implicados en la vida social y política. Se nos dirá que conocer cómo funciona un coche es posible puesto que responde a reglas, leyes y regularidades que pueden ser constatadas, mientras que las relaciones sociales, en la medida en que llevan implícita la actuación de múltiples subjetividades, nunca podrán ser reducidas al determinismo de las leyes y regularidades postuladas por la ciencia. Pretender explicar las relaciones sociales a partir de las leyes de la ciencia sólo puede dar lugar, se podría continuar argumentando, a una legitimación de ciertas posiciones, y a una *naturalización* de las mismas. Argumentos estos que cuentan con una cierta dosis de realismo histórico, pues no parece especialmente difícil constatar las innumerables atrocidades e injusticias cometidas a lo largo de la historia en nombre de supuestas «verdades científicas»: que la raza aria es superior al resto, que existe una posición social natural de los individuos en función de su sexo, que los seres humanos somos consustancialmente egoístas y por lo tanto la organización de lo social debe encaminarse a controlar y regular este egoísmo, etc.

En este sentido, que bajo la etiqueta de pensamiento sociológico se ha contribuido (y se contribuye) a la «reificación», «cosificación», «naturalización» o, simple y llanamente, a la justificación del orden establecido (o a la justificación de su «necesaria transformación»), es algo que no tiene discusión. Sin embargo, que lo haya hecho y lo siga haciendo *en tanto* que ciencia social, por el mero hecho de serlo o decirse serlo, *en tanto* que pensamiento contrastado, lógico, científico (o como se quiera adjetivar a un pensamiento que pretende operar gracias a un lenguaje formalizado y que recurre a la justificación y contrastación de sus argumentos o desarrollos) es lo que nos parece mucho más cuestionable.

Cuestionable, sobre todo, porque parte de una visión de la ciencia demasiado reducida, donde toda práctica científica acaba siendo asimilada al proyecto positivista. El hecho de que ciertos científicos sociales se hayan inspirado en los métodos y las prácticas tradicionales de las llamadas «ciencias duras», y hayan pretendido dar cuenta de sus objetos de conocimiento desde el más tosco determinismo, ha creado una imagen, tanto de las «ciencias sociales» como de las «ciencias naturales» que, si la miramos con más detenimiento, puede resultar hasta cómica. Porque de *ese* particular proyecto positivista se ha derivado una imagen del científico como aquel que descubre «la verdad» del mundo,

como aquel que «da» con sus «esencias» en una labor similar a la que podría realizar un detective. Sin embargo, esta imagen del científico nos parece mucho más cercana al quehacer de los alquimistas —que entendían el mundo a partir de una nítida división entre «esencias» y «apariencias»— que a los verdaderos presupuestos que rigen hoy en buena parte de las prácticas científicas, tanto en las «ciencias sociales», como en las «ciencias naturales». Ya en la década de 1940 del pasado siglo, Bachelard, epistemólogo de formación físico-matemática, advertía al respecto de los principios esenciales que debían regir los comportamientos científicos en las ciencias naturales, estableciendo una distinción fundamental entre el empirismo ingenuo y el racionalismo científico. Para este último sus «objetos» serían necesariamente, siempre, el *producto*, el *resultado*, de una construcción de carácter teórico, abstracta: «*para el espíritu científico, todo fenómeno es un momento del pensamiento teórico, un estadio en el pensamiento discursivo, un resultado preparado. Es más producido que inducido. El espíritu científico no puede satisfacerse ligando pura y simplemente los elementos descriptivos de un fenómeno con una sustancia sin esfuerzo alguno de jerarquía, sin determinación precisa y detallada de las relaciones con los demás objetos*» [Bachelard, [1948] 1993: 121].

Este planteamiento relativo al modo científico de proceder de las ciencias llamadas «duras» (la física en este caso) nos muestra que la virtualidad de las prácticas científicas reside en los *efectos de conocimiento* que producen a la hora de explicar la realidad. Efectos de conocimiento *producidos* que dependen entonces de la aceptación del siguiente postulado epistemológico: «*el objeto no puede designarse de inmediato como "objetivo"; en otros términos, una marcha hacia el objeto no es inicialmente objetiva. Hay que aceptar, pues, una verdadera ruptura entre el conocimiento sensible y el conocimiento científico*» [Id: 282]. Postulado que exige a su vez, para concretarse en el día a día, del control social de las prácticas investigadoras: «*Toda medida precisa es una medida preparada. El orden de precisión creciente es un orden de instrumentalización creciente, y por ende de socialización creciente* [...]. *Para deslizar un objeto de un décimo de milímetro, hace falta un aparato, y por ende un conjunto de oficios. Si finalmente* [...], *por ejemplo, se pretende encontrar el ancho de una franja de interferencia y determinar, mediante las medidas conexas, la longitud de onda de una radiación, no sólo hacen falta un aparato y un conjunto de oficios, sino además una teoría y en consecuencia toda una Academia de Ciencias. El instrumento de medida siempre termina por ser una teoría, y ha de comprenderse que el microscopio es una prolongación del espíritu más que del ojo. De esta manera la precisión discursiva y social hace estallar las insuficiencias intuitivas y personales*» [Id.: 285]. Por lo tanto, ¡nada que ver con aquel «positivismo» adscrito a las prácticas científicas de las ciencias duras o naturales!

Pero, ¿en qué se diferencian los efectos de conocimiento producidos por una ciencia social como la sociología de los emitidos por otro tipo de discursos? Sabemos que en lo que respecta a la vida social, la sociología no es la única práctica que intenta dar cuenta de ella. También lo hacen, por ejemplo, entre otros, los discursos religiosos, artísticos o políticos. ¿Se diferencia entonces en algo el discurso sociológico de estos otros discursos? Creemos que sí, ya que si bien los objetivos de todos estos discursos pueden coincidir en muchas ocasiones (todos tratan de *interpretar* el mundo social), los *métodos* de los que se sirven no son exactamente los mismos. La religión remitirá sus explicaciones teológicas a ciertos actos de fe, las artes se apoyarán en argumentos estéticos y/o filosóficos, la política utilizará el poder de la convicción y de la fuerza, y la sociología usará su propia metodología, es decir, la metodología sociológica. Si, como acabamos de ver, la ciencia es más un *proceso de producción de sentido* que una supuesta práctica encaminada a *descubrir la verdad*, sería absurdo mantener, como se ha hecho durante mucho tiempo, la oposición entre ciencia e ideología, oposición que sitúa a la ciencia del lado de la «verdad» y a la ideología del lado del «error» o del «enmascaramiento». Desde al menos la década de 1940 está ya dicho y planteado, desde y para las ciencias «duras», que: «(...) *no hay verdad sin error rectificado*» [Id.:281]. En la medida en que *lo ideológico* es una dimensión presente en todo discurso producido socialmente, cae por su peso que el discurso sociológico y su metodología también contienen dicha dimensión ideológica. ¿Se diferencian en algo las «condiciones de producción» sociales de la sociología de las que están detrás de esos otros discursos que pretenden, también ellos, dar cuenta de la realidad social? Evidentemente no, el sociólogo pertenece a la misma sociedad que el teólogo, el artista y el político. La diferencia entre la actividad y los resultados del uno y los otros radica en la metodología y el lenguaje aplicados, pues, frente a los discursos carentes de una *problematización* y *explicitación* de la relación entre *lo considerado como real* y los *conceptos* con que se pretende atrapar esa realidad, el método presente en las prácticas sociológicas recurre (o puede hacerlo) a un cuestionamiento incesante y permanente de las formas de poner en relación *lo real* y *las formas de dar cuenta de lo real*. Se puede argumentar que no hay correspondencia posible entre uno y otro espacio; se puede, también —y más de uno está en ello—, afirmar que *lo real* no existe, que todo lo que existe está del lado de lo representado; y se puede, incluso, suponer que todo intento de sistematización es un acto de traición a esa realidad que no podemos atrapar, sino tan sólo habitar. Sin embargo, y a pesar de todo, lo que parece evidente es que entre un algo que llamaremos «realidad social» y otro algo que llamaremos «representación de esa realidad» existe una distancia, dicha distancia inaugura una relación y, por ahora, una forma de abordar esa distancia y esa relación que ha ido dando

algunos frutos. ¿De qué «forma de abordar fructífera» estamos hablando? La de dotarse de métodos explícitos y lenguajes formalizados.

Esta metodología y este lenguaje formalizado son los que permiten a la sociología producir efectos de conocimiento que creemos pueden ser considerados, si no como más *contrastados* que los del resto de discursos señalados sí, al menos, como más *contrastables*. ¿Por qué? Porque la sociología, cuando utiliza un concepto, *explicita* (o al menos está en condiciones de hacerlo) a qué se refiere con dicho concepto, y también *explicita* (o puede hacerlo) de qué forma conecta sus conceptos con el *mundo real*, mundo real del que, como vimos en el caso de la física, no podemos dar cuenta *en sí mismo*, sino a través de *herramientas de observación y medición*, es decir, de las herramientas abstractas de las cuales nos dotamos. Herramientas de observación y medición que en el caso de la sociología son las encuestas, las entrevistas, la observación participante, los grupos de discusión, el estudio de fuentes estadísticas, etc., que si bien tienen sus limitaciones, también tienen la virtud de poder hacer *explícitas* esas limitaciones. Así, este *desdoblamiento* en las relaciones del discurso sociológico con la *realidad social* es lo que dota a la sociología de la posibilidad de producir un conocimiento *verificable*, pues al explicitar de qué manera establece las relaciones de sus *conceptos* y sus *datos* con *lo real*, establece el espacio para la *contrastación, la discusión* y la *mejora* potencial de las formas de conectar *los mecanismos a partir de los cuales damos cuenta de la realidad social* con la propia *realidad social*, lo que no sucede con otro tipo de prácticas, también ellas sociales. Se trata éste de un aspecto señalado por el semiólogo Eliseo Verón:

> Lo que hace que un discurso que se supone describe lo real sea un discurso científico no es una pretendida ausencia de ideología. Lo ideológico está siempre necesariamente presente en el discurso de la ciencia: está presente en la medida en que éste último, como todo discurso, está sometido a condiciones de producción determinadas. *La distinción entre la cientificidad y el efecto ideológico es un asunto de reconocimiento y no de producción*. Lo que hace de un discurso un discurso científico es la neutralización del efecto ideológico como resultado de la relación que el discurso establece con sus relaciones con lo real, desdoblamiento que define el efecto de cientificidad. Por lo tanto, este desdoblamiento no implica en absoluto un «desprendimiento» del discurso en relación con lo ideológico; instaura una relación con sus relaciones con lo real, el discurso *no* se libera de no sé qué «prisión» a la que habría estado sometido hasta ese momento, puesto que este desdoblamiento no es otra cosa que la puesta en evidencia, por el discurso, de su sujeción a determinadas condiciones de producción. En otras palabras: *en un discurso, es la exhibición de su carácter ideológico lo que produce la cientificidad* [Verón, 1996: 25].

Así pues, tal y como avanzábamos, en cuanto sigue a continuación intentaremos apoyarnos en ciertas herramientas que nos brinda la tradición sociológica para intentar producir efectos de conocimiento sobre *la realidad social*. Lo que, visto lo visto, supone necesariamente compartir con Bachelard la propuesta de tratar de «*fundar la objetividad sobre la conducta ajena, o mejor,* [...] *elegir el ojo ajeno (siempre el ojo ajeno) para ver la forma (la forma felizmente abstracta) del fenómeno objetivo: dime lo que ves y te diré qué es.* [Pues] *sólo este circuito* [...] *puede darnos alguna seguridad de que hemos prescindido totalmente de nuestras visiones primeras*» [Bachelard, [1948] 1993: 283]. Lo que, a su vez, comporta igualmente para todo sujeto de cualquier práctica científica —verse ésta sobre la naturaleza o sobre las relaciones sociales— una renuncia, un sacrificio, en cualquier caso ineludible: «*¡Ah, sin duda no ignoramos nuestra pérdida! De pronto, es todo un universo que se decolora, es toda nuestra comida que se desodoriza, es todo nuestro arranque psíquico el que es roto, retorcido, desconocido, desalentado. ¡Nos es tan necesario mantener la integridad de nuestra visión del mundo! Pero es precisamente esta necesidad la que hay que vencer*» [Id :283].

2. ¿Qué trabajo?

Explicitadas algunas de las razones que nos permiten pensar en ver alguna que otra cosa de interés encaramados a este árbol (la sociología) podemos empezar ya, sin más dilación, a echarle un vistazo a nuestro bosque (las relaciones sociales), empezando por lo aparentemente más incontrovertible y banal relativo a la naturaleza del bosque mismo: el *trabajo*. Si les siguiéramos la bola a algunos constructivistas radicales, en el sentido de que para entender qué es el trabajo hay que partir de las definiciones que de él nos aportan los distintos actores que componen la realidad social, nos encontraríamos con un primer problema: ¿por cuál de las definiciones existentes deberíamos optar? Si para algunos el trabajo es una operación encaminada a la producción de bienes y servicios, para otros se trata de una actividad forzada, o un factor de producción que debe organizarse de tal forma que permita generar un beneficio empresarial, o un «castigo divino» al que debemos resignarnos a la espera de una recompensa en el más allá, ¿con cuál de estas definiciones deberíamos comulgar?

No pretendemos aquí imponer a nadie una definición apriorística del trabajo como única forma válida para actuar en su cotidianidad, dado que los mecanismos que cada uno nos damos para entender y dar sentido al mundo

en el que vivimos son muy variados y cada cual optará por aquellos que le permitan transitar en él de la forma más llevadera posible. En muchas ocasiones, utilizamos aquellas definiciones articuladas por los discursos sociales que más se asemejan con nuestras vivencias. Así, los empresarios prefieren definir su trabajo como una actividad de gestión y organización del trabajo de otros que se legitima en función de su propiedad sobre los medios de producción. Muchos trabajadores, por el contrario, opondrán sus reticencias a aceptar acríticamente esta legitimidad, en la medida en la que, señalan, son ellos mismos los que activan esos medios de producción por medio de su trabajo. Trabajo éste de los trabajadores que, en última instancia, sería la única actividad que produce los bienes y servicios necesarios para la reproducción de la sociedad. Estas dos formas de entender el trabajo pueden ser analizadas en función de las distintas posiciones en las que se encuentran empresarios y trabajadores dentro de las relaciones que establecen entre ellos. Por lo tanto, puede ser útil intentar comprender por qué una misma realidad, el trabajo, puede ser vista de formas tan diferentes en función de la posición (objetiva y subjetiva) social ocupada, lo que equivale a defender la pertinencia de un análisis acerca del lugar que ocupa el trabajo en el conjunto de relaciones sociales, para lo cual será necesario alejarse un poco de estas definiciones aportadas por los distintos actores sociales.

El trabajo considerado como actividad no nos lleva muy lejos…

Alejarnos de estas primeras definiciones va a permitirnos salir de algunos callejones sin salida en los que se encuentran en la actualidad gran parte de las apuestas políticas que se pretenden emancipadoras. A uno de estos callejones sin salida se llega inevitablemente desde los análisis que privilegian un abordaje del trabajo entendido éste como actividad (transformación de la materia, la información y las relaciones humanas o sociales) encaminada a producir los bienes y servicios que utilizamos para nuestra reproducción. Si esto fuera así, si el trabajo fuese definido en términos de actividad humana o *praxis*, ¿habría alguna actividad no definible como trabajo? Desde determinadas críticas feministas se ha planteado que, frente a la invisibilidad y el poco o nulo reconocimiento social que tienen las actividades domésticas, éstas son, sin embargo, completamente necesarias para la reproducción social actual. Si elimináramos de un plumazo todas las actividades que tantas mujeres realizan en el interior de los hogares, las necesidades sociales que éstas cubren deberían bien ser obviadas, bien ser cubiertas de alguna otra forma. Reivindicando un reconocimiento social

de estas actividades, algunas propuestas feministas han señalado que las «amas de casa» son en realidad «trabajadores domésticas», que no se dedican a «sus labores», sino que realizan un «trabajo de manutención y de cuidados». Pero dicho trabajo, ¿puede ser asimilado al que realizan las empresas e instituciones que también se encargan del cuidado de niños y ancianos, al de las empleadas del hogar o las empresas de limpieza, al de los restaurantes y cantinas que cocinan algunas de nuestras comidas? Desde una concepción del trabajo como mera actividad, podemos encontrar, sin duda, muchas similitudes: las «trabajadoras domésticas» velan por el bienestar de niños y ancianos como hacen las guarderías y las residencias de la tercera edad; barren, friegan y limpian cristales como también hacen las empleadas del hogar; y preparan desayunos, almuerzos y cenas como los cocineros y cocineras de los restaurantes. Sin embargo, podemos observar también varias diferencias, por ejemplo, en lo que concierne al ritmo y a la forma de organizar estas actividades. Por lo general, las «trabajadoras domésticas» cuentan con una cierta autonomía y poder de decisión sobre sus ritmos (no por ello menos constreñidos en muchos casos debido a su falta de tiempo); ritmos y organización que en la mayoría de los casos les son impuestos por sus empleadores a los trabajadores de las empresas de cuidados, limpieza o restauración. Igualmente, podemos destacar otra diferencia fundamental: mientras que las «trabajadoras domésticas» no obtienen una recompensa monetaria como contrapartida a su contribución al desarrollo de parte de los bienes y servicios que consume nuestra sociedad, los trabajadores y trabajadoras de empresas o instituciones estatales de cuidados, las limpiadoras y limpiadores o los cocineros y cocineras, sí cuentan con dicha recompensa monetaria. Estos ejemplos nos permiten indicar una diferencia evidente, pero no por ello menos esencial: aquella establecida entre el trabajo doméstico y el trabajo asalariado. Se trata de una diferencia que, como hemos intentado señalar con estos ejemplos, no se desprende de la naturaleza de la actividad realizada, sino de las relaciones y procesos sociales que la definen.

...porque el trabajo que nos subyuga no se contiene en la praxis humana.

Vemos pues que, para entender el lugar que ocupa el trabajo en nuestras sociedades, partir de las características concretas de las actividades desempeñadas nos plantea problemas de difícil solución. Por muchas similitudes en cuanto a los gestos y a las formas que podamos encontrar entre el acto sexual establecido entre una prostituta y su cliente, y el acto sexual que realizan dos enamorados, las diferencias entre ambas actividades también son evidentes. De entrada, cabe

señalar que la prostituta entiende la relación con su cliente como una relación comercial, y reclama por lo tanto una contrapartida monetaria. En el caso de los enamorados, la relación que existe entre ambos puede ser conceptualizada como una relación no-comercial, y la forma de regularla adopta mecanismos bien diferentes (reciprocidad, no-equivalencia, etc.) a los que rigen en los contratos comerciales. Con esto no queremos ni mucho menos dar un contenido apriorístico a lo que pudieran ser las relaciones «no-comerciales», ni presuponerlas como relaciones armónicas guiadas únicamente por sentimientos de «amor», «desinterés» o cualquier otro calificativo. El estudio de este tipo de relaciones no forma parte de los objetivos de este libro, por lo que no nos detendremos en ellas. Si hemos utilizado este ejemplo ha sido para poner de manifiesto que, pese a que podamos encontrar actividades muy similares en sus contenidos y formas, sólo podremos entender su significación social (e histórica) si somos capaces de adoptar un punto de vista que dé cuenta de las relaciones sociales en las que dichas actividades entran y son definidas.

Fijarnos en las relaciones sociales que atribuyen una forma y un contenido a las actividades implicadas en la reproducción social nos va a permitir separar estas actividades en dos grupos. El primer grupo englobaría a todas aquellas actividades que, a pesar de su utilidad social (¡incluso en términos estrictamente económicos!), no se encuentran reguladas por intercambios mercantiles. El trabajo doméstico sería un ejemplo paradigmático. En el segundo grupo encontramos actividades que resultarán comparadas, medidas y evaluadas las unas en relación con las otras, al tiempo que proveen de utilidades sociales en términos de bienes y servicios. Este segundo tipo de actividades se verán sujetas a una serie de regulaciones sociales que permitirán un intercambio generalizado de dichos bienes y servicios a través de un equivalente general: el dinero. Con esto no presuponemos una mayor o menor importancia social de alguno de estos dos tipos de actividades, al contrario, podría plantearse que es injusto que una actividad como el cuidado de los niños que ejercen las madres en la invisibilidad de sus hogares no obtenga una contrapartida monetaria, mientras que sí la obtienen actividades que pueden ser consideradas innecesarias socialmente, como podrían parecerle a más de uno las actividades de los empresarios, o las actividades encaminadas a producir bienes y servicios «superfluos», como el papel higiénico perfumado, los contestadores automáticos que distorsionan la voz o las operaciones de cirugía estética. Sin embargo, más allá de la indignación que pueda causarnos que la sociedad dedique parte de su tiempo y pague por este tipo de actividades, creemos conveniente analizar las relaciones sociales particulares que han permitido que esto sea así. Esta contextualización nos obliga a enfrentarnos al trabajo en tanto que trabajo asalariado, es decir, en

tanto que actividad productora de esos bienes y servicios que adoptan actualmente la forma social de mercancías. Es decir, que cuando hablamos de trabajo asalariado no nos referimos únicamente a aquellos trabajadores adscritos contractual y jurídicamente a un estatuto de «asalariado», sino al hecho de tener que poner en usufructo nuestra capacidad de trabajo durante un tiempo determinado para poder participar en el intercambio de bienes y servicios, aspecto éste que provoca que nuestra vinculación con la actividad desarrollada en el puesto de trabajo sea siempre condicional y con una continuidad nunca garantizada.

Ahora bien, muchos discursos sociales (presentes y pasados) señalan a la forma mercancía como un mecanismo de dominación ilegítimo. Se trataría, dicen, del mecanismo mediante el cual ciertos actores sociales (los empresarios) se apropiarían del trabajo de otros (los trabajadores), trabajo que, en última instancia, sería el verdadero creador de los bienes y servicios producidos. Si el trabajo es la verdadera fuente de lo producido, y los empresarios meros «apropiadores» externos, los trabajadores aparecerán, lógicamente, como los propietarios legítimos del trabajo. Veamos con más detalle los fundamentos que sostienen estos argumentos.

En primer lugar, todos ellos arrancan generalmente del siguiente punto de partida: no existe sociedad histórica conocida sin «trabajo», esto es, sin actividades humanas destinadas a la producción y reproducción material de los individuos que la conforman. Reproduciéndose a sí mismos a través de sus actividades, los individuos reproducen, pero también recrean a su imagen y semejanza, la sociedad que los vio nacer, pudiendo así transformarla social y culturalmente según sus nuevas necesidades y deseos, a partir de las posibilidades y limitaciones legadas por las generaciones precedentes. Aparentemente, esta constatación de Perogrullo parece permitirnos enjuiciar el papel social que cumplen actualmente nuestros «trabajos»: la *actividad*, la *praxis* humana, se encontraría encorsetada, bloqueada, reprimida y mutilada por su «representación (social) salarial» en las sociedades modernas. Así, cuando la *actividad*, la *praxis* humana, es «representada socialmente» como *lo que no es*, como *lo que no puede ser*, es decir, como algo enajenable, alienable, separable de sus portadores naturales para ser alquilable a terceros a cambio de dinero y ser puesta en funcionamiento bajo formas y para objetivos que sus arrendadores —y únicamente ellos— determinan, esa misma *actividad*, esa misma *praxis*, se vaciaría de todo contenido «humano», deshumanizando consiguientemente también a sus portadores. Así pues, ¿no resultaría indiscutible la tendencia histórica hacia una progresiva descualificación del trabajo bajo el régimen salarial? ¿No se habría tratado incansablemente, bajo ese mismo régimen, de profundizar el

proceso de separación artificial entre concepción y ejecución? ¿No se habrían mecanizado hasta el paroxismo los procesos productivos arrebatando así su control directo de manos de los trabajadores para entregarlos a la fría cadencia de máquinas sin alma? ¿No se habrían pulverizado en infinitos puestos y empresas diferentes esos mismos procesos de trabajo impidiendo así la captación por parte del trabajador del sentido y la significación sociales de su propia actividad? Así, todo este vaciamiento, toda esta mutilación de su *actividad*, de su *praxis*, para el trabajador, no tendría otro contenido, otra funcionalidad, otra razón de ser que la de perpetuar el dominio de las «clases dominantes» sobre las «clases dominadas».

En segundo lugar, y una vez establecido este tipo de argumentación, la tensión o contradicción central de las sociedades capitalistas contemporáneas resultará, para estos discursos, diáfana como el agua: es aquella que se establece entre el contenido ontológico que, para *lo social* en cualesquiera momentos de la historia humana, acabamos de adscribir al «trabajo» en tanto que *actividad*, en tanto que *praxis* humana, y la «representación artificial» del mismo, en tanto que *mera mercancía,* con la que la clase dominante capitalista trataría de instrumentalizarlo con el único objetivo, inconfesable, de perpetuar su dominación. Si los trabajadores se rebelan necesaria y permanentemente es consecuencia del carácter irreductible, inconmensurable e inalienable de su «trabajo»; si los empresarios se ven forzados a contra-atacar constantemente es siempre fruto de la imposibilidad de convertir definitivamente ese mismo «trabajo» humano en lo que ni es, ni puede llegar nunca completamente a ser: una *mera mercancía*. Frente al planteamiento que acabamos de esbozar, un buen número de sociólogos ha insistido en la necesidad de establecer otro punto de partida para el análisis: no es partiendo de la actividad humana o la *praxis* (categorías transhistóricas) para buscarlas y reencontrarlas (ya sea mutiladas o encorsetadas, ya recompuestas o revivificadas) en las formas concretas de las prácticas laborales modernas, como deberíamos intentar dar cuenta de la significación social y política del trabajo en la actualidad. Por el contrario, *el punto de partida irrenunciable del análisis tendría que ser el hecho fáctico de que las capacidades laborales de las personas son movilizadas en las sociedades modernas, precisamente, en tanto que mercancías*. ¡Lo cual supone una verdad de Perogrullo al menos tan incontestable como la anterior! No obstante, estas verdades de Perogrullo sobre las cuales parecemos estar todos conformes, pasan pronto al baúl de los recuerdos en cuanto nos lanzamos al análisis de la realidad social o a la intervención política sobre la misma, colocando lo que nos parecía evidente entre paréntesis, como si fuera una premisa y un previo que, en la práctica, no intervendría en la configuración real de las dinámicas sociales. Así pues, tengamos

paciencia y, pese a que puedan constituir aspectos más o menos evidentes, antes de lanzarnos a evaluar moralmente sus «resultados»... ¡examinémosla!

El examen que a continuación vamos a desarrollar, partiendo de esa realidad mercantil de la movilización de las capacidades laborales de las personas en las sociedades modernas, persigue un objetivo central: mostrar la naturaleza *dual* del trabajo en nuestras sociedades. Actividad material o simbólica, concreta, de producción de bienes y servicios, por un lado, pero *también y simultáneamente*, por el otro, tiempos de trabajo, socialización, formación, recuperación y ocio, abstractamente homologados, comparados, evaluados y jerarquizados mediante una multiplicidad de medidas sociales. Medidas relativas *a los resultados del trabajo*, *a las actividades laborales* y *a las capacidades laborales de las personas*. Son estas medidas múltiples volcadas sobre *productos*, *actividades* y *capacidades* las que aquí vamos a ir examinando una por una, con objeto de mostrar, finalmente, lo siguiente: son los resultados generales (perpetúa y permanentemente renovados) de esa homologación, comparación, evaluación y jerarquización de tiempos abstractos los que configuran hoy las paredes que tabican las vidas de las personas. No es, por lo tanto, *lo que hace la gente y cómo lo hace* lo central o prioritario a la hora de comprender nuestras sociedades sino, por el contrario, *el cómo aquello que hace la gente va a ser comparado, medido, evaluado y jerarquizado al nivel de la totalidad social*, esto es, mediante procedimientos semi-automáticos cuyos resultados generales van a presentar una consistencia y una dirección cuasi-autónoma frente a los individuos y sus quehaceres particulares. De esos resultados generales, como veremos, depende en la práctica el mantenimiento, la progresión, la regresión o la desaparición final de unos y otros quehaceres y, con ellos, de la existencia y el valor social de las clases de individuos que los realizan.

3. Los trabajos que se compran y se venden

Las razones por las cuales se entra en el circuito del trabajo asalariado son variadas: por necesidad, por la búsqueda de un reconocimiento simbólico, por puro aburrimiento, por no soportar más a los padres o por seguir el camino por ellos trazado, etc. Pero se acceda al mundo laboral por unas u otras razones, lo que parece innegable es que el trabajo asalariado opera en nuestras sociedades como un mecanismo general de acceso a la vida social. En razón de ello, los trabajadores, de forma general, asumirán someterse a la disciplina

empresarial por representar éste el único medio que tienen a mano para obtener un salario y, por supuesto, todo lo que éste significa, empezando por lo más elemental: el acceso al mercado y su cúmulo infinito de mercancías.

De forma básica y general, podemos entender este salario como la contrapartida que el trabajador obtiene por ceder parte de su tiempo a la empresa, por poner sus capacidades productivas en acto según las indicaciones que emanan desde la gestión, encargada de coordinar la labor de cada trabajador con la del resto de trabajadores y con los medios de producción (maquinaria, materias primas, locales, etc.). Es decir, en un principio, nos encontramos con individuos libres a los que nadie fuerza formalmente a trabajar. En las sociedades capitalistas, a diferencia de otros sistemas sociales, la relación que se establece entre empresarios y trabajadores es una relación mercantil, regulada por un intercambio monetario en el que ninguna de las dos partes está obligada a permanecer eternamente en la relación: el trabajador puede abandonar la empresa siempre que quiera, mientras que el empresario tiene el derecho de despedir al trabajador, si bien los ciclos de luchas sociales han establecido ciertas limitaciones y contrapartidas a este derecho. La relación entre el trabajador y la empresa es una relación entre individuos formalmente iguales, aunque socialmente diferentes. La principal diferencia social se refiere a las condiciones mismas de acceso a la relación que va a establecerse entre ambos: el trabajador llega a la relación de intercambio sin disponer de otro atributo que el de su capacidad laboral, mientras que el empresario cuenta con una masa monetaria que le permitirá poner en marcha su empresa a la búsqueda de un beneficio, debiendo para ello ceder parte de esa masa monetaria a los trabajadores que emplea bajo forma de salarios.

Este es el contexto básico que hace que las capacidades de los individuos sean compradas y vendidas todos los días en sus respectivos mercados, a determinados precios, diferentes según las diversas especies y cualidades de esas capacidades y de las condiciones de su aplicación productiva. *En un mundo en el que los lazos que, indirectamente, nos ligan a todos con todos nos sitúan alternativamente como compradores y vendedores de cosas* (ya sean capacidades laborales, bienes y servicios, tierras o dinero), *con las oscilaciones de las relaciones de proporcionalidad en los intercambios de las mercancías*, con las oscilaciones de sus precios, nos jugamos siempre mucho más que un ingreso ocasional, *nos jugamos nuestro propio valor social y con él, el conjunto de nuestras condiciones de vida*. Ahora que, evidentemente, no sólo son las capacidades laborales de las personas las comparadas, medidas y evaluadas una y otra vez (con resultados desiguales para sus propietarios) sino que lo son en paralelo y en relación con las actuaciones laborales a las que dan lugar, y en relación a los bienes y servi-

cios que, finalmente, resultan producidos gracias a dichas actuaciones laborales. Consideremos uno por uno estos tres procesos de equiparación y medida.

Trabajos cuyos resultados se intercambian entre sí

En primer lugar, los resultados de las actuaciones laborales —los productos, bienes y servicios— se intercambian socialmente entre sí siguiendo ciertas relaciones de proporcionalidad variables entre ellos. Así, por ejemplo, los productores de bienes y servicios —las empresas— dependen de las condiciones en las que van a realizarse los intercambios de sus productos frente al resto de productos para tener garantizada la continuidad de su actividad productiva. Ahora bien, que el precio real del producto, una vez es puesto a la venta, coincida con el precio estimado previamente a partir de los cálculos iniciales relativos a los costes de su producción, a los márgenes de beneficio necesarios para cubrir la inversión inicial en plazos razonables, a la demanda potencial estimada, etc., resulta en el mundo moderno indeterminable *a priori*. La multiplicidad de unidades productivas independientes que conforman la economía-mundo, así como las variaciones permanentes de los factores (medios naturales —materias primas, fuentes energéticas—; medios tecnológicos; recursos organizativos; idoneidad —niveles de formación— de capacidades humanas y disponibilidad —geográfica, pero también relativa a las expectativas de consumo y estrategias de las familias, así como al poder de negociación alcanzado por diferentes grupos de asalariados— de dichas capacidades humanas) que están incidiendo en la productividad de sus procesos de trabajo, constituyen el sustrato real de lo que usualmente se conoce como el «riesgo» necesariamente adscrito a toda iniciativa empresarial. Esa productividad, que aumenta la eficiencia del proceso productivo, contribuye a rebajar los costes de producción por unidad de producto permitiendo, potencialmente, la rebaja de su precio frente al de la competencia. Pero, ¿qué nos garantiza que, pongamos por caso, la innovación organizativa que nos va a permitir en Soria poner en el mercado unos pantalones más baratos que el año pasado no va a resultar compensada y sobrepasada en Tokio, por otra empresa a través, en su caso, de una innovación tecnológica? En semejante situación, el precio estimado de nuestros pantalones podría acabar suponiendo, en el mercado, dos veces el precio de los mismos pantalones producidos por esta nueva e inesperada competencia nipona. Como resultado de lo cual nos veremos obligados a rebajar el precio real de los nuestros con las consiguientes pérdidas, bajo riesgo de vernos enterrados en montañas de pantalones para los que, ahora, nadie está dispuesto a pagar el precio que habíamos,

inicialmente, estimado para ellos. Las medidas (costes de producción) realizadas por los productores, por las empresas, en torno a las proporciones de intercambiabilidad de sus productos se revelan entonces como estimaciones aproximativas frente a un precio real que va a oscilar, en la práctica, determinado por condiciones de producción y niveles de productividad reales ligados, en cada momento, al conjunto efectivo de las unidades de producción implicadas directa o indirectamente en la producción de bienes semejantes.

Trabajos —actividad laboral— que se miden

En segundo lugar, esta indeterminación apriorística del precio *efectivo* de los resultados del trabajo, de las proporciones en las que se van a realizar sus intercambios con el resto de los bienes y servicios producidos para la venta, está estrechamente ligada a la necesidad de medidas aplicadas al esfuerzo productivo realizado en dichos procesos de trabajo, a estudios y cálculos aplicados permanentemente en las empresas en torno a los tiempos de trabajo de los operadores humanos y mecánicos que en él intervienen. Estas medidas volcadas en las actuaciones de máquinas y trabajadores son las que ayudan en todo momento a las empresas a planificar e implementar las necesarias transformaciones que la situación anteriormente expuesta exige, es decir, frente a la amenaza permanente de la productividad incrementada de los demás (¡catástrofe a la vista!) colocarse en condiciones de saber por dónde empezar a meterle mano al proceso de trabajo con vistas a incrementar, a su vez, la productividad propia.

De manera que, por medio del aumento de la productividad del trabajo, las empresas particulares pueden poner en el mercado los bienes y servicios que producen a un precio menor que el de sus rivales, haciéndose así con una mayor cuota de mercado y consiguiendo de esta forma aumentar sus beneficios. El aumento de la cuota de mercado se da no sólo porque sus competidores no puedan poner en circulación sus mercancías a los mismos precios que la empresa que ha aumentado su productividad, sino también porque esta reducción de costes y precios operada por la primera de las empresas permitirá que accedan a dicha mercancía consumidores con anterioridad excluidos. En razón de ello, el aumento de la productividad del trabajo de una empresa particular provocará con frecuencia la quiebra de muchos de sus competidores, pero también impulsará a muchos otros a realizar operaciones similares, es decir, a introducir cambios organizativos y técnicos en la producción y a buscar en el mercado de trabajo a trabajadores menos caros que puedan llevar a cabo las

actividades productivas. Los beneficios extras que la primera empresa había conseguido por medio del aumento de la productividad se verán, antes o después, compensados por el aumento de la productividad de sus competidores, estableciéndose de nuevo un cierto equilibrio entre todas las empresas que producen los mismos bienes o servicios, equilibrio que volverá a romperse cuando alguna de ellas descubra nuevas formas de aumentar su productividad.

Trabajos —capacidad de trabajo— que también se alquilan

Sin embargo, y en tercer lugar, los aumentos de la productividad del trabajo no aseguran a las empresas, por sí solos, la obtención de beneficios, sencillamente porque para obtener un beneficio las empresas no sólo deben producir mercancías, sino que también deben conseguir venderlas. A las empresas, parece evidente, no les interesa producir más y más mercancías, sino sólo aquellas que vayan a ser compradas. ¿Y cómo se produce en nuestras sociedades este ajuste entre producción y consumo, este ajuste que acaba produciéndose, aunque siempre de manera inestable y a costa de la quiebra de muchas empresas? De entrada, se trata de un ajuste que puede resultar increíble en sociedades en las que las demandas de los consumidores no son estables a lo largo del tiempo, y en las que cada empresa particular produce sólo una parte de la demanda social global, de manera aislada, guiándose sólo por sus propios intereses, sin saber claramente qué mercancías son las que la sociedad va a demandar y en qué proporción. Que las empresas producen los bienes y servicios que la sociedad reclama y/o absorbe, y que lo hace mediante mecanismos que llevan implícitos la obtención de un beneficio, pueden parecer constataciones banales, sin embargo, partir de estos mecanismos nos va a permitir explicar algo acerca de cómo se producen los ajustes entre producción y consumo, cuestión en absoluto banal. Veamos la cosa paso por paso, aunque para ello tengamos que dar algún que otro rodeo por el tedioso mundo de las empresas, las capacidades laborales y los beneficios.

Primera constatación: un aumento (o una disminución) en la demanda de una determinada mercancía provoca que su precio también aumente (o disminuya). Si, por las causas que sean, una determinada mercancía deja de ser reclamada por los consumidores, muchas de las empresas que la producían podrán caer en bancarrota y tendrán, por tanto, que cerrar o reciclarse. De la misma manera, el aumento de la demanda de una mercancía, y los consiguientes beneficios que esto pueda provocar, llevará a muchos empresarios a interesarse en

producirla. Hemos señalado más arriba que la posibilidad de obtener beneficios produciendo una determinada mercancía no viene determinada sólo por el aumento en la demanda de la misma, sino también por una mayor productividad de los trabajos que la producen. Así pues, en función de la mayor o menor demanda de una mercancía y de la mayor o menor productividad de los trabajos que la producen, unos sectores productivos serán más rentables que otros. Los más rentables aparecerán (en principio y si contamos con empresarios más o menos sensatos) como más atractivos, objeto, pues, de mayores inversiones. Un fenómeno éste que, al provocar un aumento de la competencia empresarial, acabará reduciendo de nuevo, como señalamos antes, su rentabilidad. Pues bien, es precisamente este doble juego de ganancias y pérdidas relativas (provocadas tanto por el aumento o la disminución de la productividad de los trabajos, como por los aumentos o disminuciones de la demanda), el principio básico que genera el reajuste permanente entre las distintas necesidades socialmente expresadas (consumo) y el peso relativo de los distintos sectores económicos (producción).

Segunda constatación: podría parecer que estos procesos mercantiles que estamos explicando son dirigidos *simplemente* por la ley de la oferta y la demanda. Pero podemos comprobar que esto no es sino una apariencia (ni falsa, ni verdadera): se trata de mecanismos mercantiles que están articulados y atravesados por complejos procesos de evaluación, medida y jerarquización del *trabajo humano* y, en última instancia, de su *explotación.* Ahora bien, aclaremos de antemano a qué nos estamos refiriendo cuando utilizamos el concepto de explotación. No lo hacemos para referirnos a una especie de «robo», a un robo supuestamente ejercido por los empresarios sobre los trabajadores, al quedarse aquellos con los beneficios que, en última instancia, habrían producido estos últimos con su trabajo. No, ya hemos explicado anteriormente que, en las sociedades salariales, trabajadores y empresarios son sujetos jurídicamente libres y, por tanto, la relación comercial que establecen entre sí al ceder los primeros parte de su tiempo y de sus capacidades productivas a cambio de un salario, es una relación, decíamos, entre sujetos formalmente iguales. Por ello, el beneficio que obtienen los empresarios al vender los bienes y servicios que los trabajadores producen en sus empresas no puede considerarse como un robo, al menos si utilizamos este término tal y como se hace normalmente, es decir, para referirnos a la apropiación ilegal de algo que no es de uno. Muchos dirán, incluso, que este beneficio está justificado, que los empresarios asumen un alto riesgo al dedicar su tiempo y su dinero a la compra de medios de producción, a montar una empresa u organizar las actividades de los trabajadores… Y que, además, nadie les asegura que, en última instancia, las mercancías

que producen vayan a ser vendidas en el mercado. ¿Los ricos también lloran? No vamos a entrar aquí en estos problemas morales en torno a la mayor o menor justicia del beneficio empresarial, ni a lo justas o injustas que, en última instancia, sean nuestras sociedades. Limitémonos a constatar regularidades sociales, empezando por una esencial, que ya habíamos indicado más arriba: la igualdad formal se ve acompañada de una desigualdad social. En efecto, en el contrato comercial que se establece entre empresarios y trabajadores, los primeros ofrecen una masa monetaria que se traduce en salarios; los segundos no pueden ofrecer más que su capacidad productiva. Pero no es a esta desigualdad a la que nos referimos con el término de *explotación*, aunque sea una de las condiciones sociales que nos permitan acercarnos a su arquitectura y significado. Con el término *explotación* nos estamos refiriendo a otra cosa: a que el empleo de las capacidades laborales de los trabajadores, y su correspondiente compensación en términos salariales, sólo pueden llegar a darse en la medida en que contribuyan a reproducir o incrementar el capital inicial invertido por su empleador (sin entrar aquí a la discusión relativa al papel del sector público o a si contribuye a reproducir y/o permitir la producción de capital). Y para ello es necesario, en primer lugar, que los procesos sociales mediante los que la sociedad (actores, instituciones, etc.) mide y evalúa el valor de las capacidades de trabajo de los trabajadores (sus salarios), *no sean los mismos* mecanismos sociales a través de los cuales se miden y evalúan los valores de las mercancías que estos producen (los precios) y, en segundo lugar, que los resultados de la segunda de estas medidas y evaluaciones —la relativa a los resultados del trabajo— *sea siempre, monetariamente hablando,* mayor que la primera. Esta diferencia entre las medidas aplicadas a los productos (sus precios) y las medidas aplicadas a la capacidades laborales de los individuos (sus salarios) resultará más clara tras el análisis de las dinámicas implicadas en la evaluación social de estas últimas.

Trabajos —capacidad de trabajo— que se alquilan en función de sus propias medidas

Las capacidades laborales de las personas también se venden condicionalmente, esto es, se alquilan por tiempos determinados, constituyendo el precio pagado por ese alquiler el medio de vida de esos otros propietarios que son los asalariados. De hecho, para la gran mayoría de las personas, de la posibilidad o no de alquilar sus propiedades, sus capacidades laborales, dependen tanto la realización efectiva del derecho a la vida, como las condiciones generales en las

que este derecho se puede eventualmente ejercer (y es la generalización cada vez mayor de este tipo de vínculo la que nos permite hablar de sociedades salariales). Al igual que ocurría tanto con las actuaciones productivas como con los bienes y servicios, la determinación de las condiciones en las que dicho alquiler va a realizarse en cada caso —esto es, la determinación del precio que su propietario va a recibir por su capacidad de trabajo—, depende de medidas sociales volcadas sobre el conjunto de las capacidades laborales de las personas. Dicho de otra forma, cuando el conjunto de las capacidades de las personas resultan equiparadas, comparadas, medidas, jerarquizadas y evaluadas entre sí, son, precisamente, estos procedimientos de equiparación, comparación, medida, jerarquización y evaluación los que dirigen los procesos generales de movilización y aplicación sociales de las actividades laborales humanas. Esta movilización arrastra y contiene necesariamente la totalidad de los tiempos de los individuos: *no son únicamente los tiempos de trabajo efectivo los que se encuentran conformados por dichos procedimientos sino también los tiempos de formación, de reproducción, de recuperación y de ocio de las personas, así como la estructura de todos estos tiempos a lo largo de la vida completa de cada uno de ellos*. Veámoslo.

En el mercado de trabajo, como en el resto de mercados, las distintas capacidades laborales adquieren distintos precios. Pero, ¿por qué una capacidad laboral resulta más cara que otra? Es decir, ¿por qué unos trabajadores obtienen salarios más altos que otros, o acceden a unos y no a otros empleos, a unas u otras condiciones de trabajo y ocio? Con respecto a la determinación de los salarios, y como primera respuesta, podemos señalar que en este mercado, como en los demás, la ley de la oferta y la demanda cumple su papel: aquellas capacidades laborales que abunden en el mercado, serán las más baratas, y aquellas que escaseen, serán las más caras. Es decir, una capacidad laboral como saber leer y escribir no es hoy en día valorada hasta el punto de poder optar a un reconocimiento salarial, dado que es una capacidad laboral muy extendida, que posee la mayoría de la población. Hace ochenta años, sin embargo, sabemos que esto no era así: en la medida en que la mayor parte de la población era analfabeta, aquellos trabajadores que sabían leer y escribir partían de una posición de fuerza mucho mayor en sus negociaciones con los empresarios en torno a la forma de poner en acto dicha capacidad y en torno a la contrapartida salarial que deberían obtener. Los empresarios estaban dispuestos a pagar altos salarios porque no podían encontrar en el mercado de trabajo muchos trabajadores capaces de leer y escribir.

Ahora bien, en las sociedades salariales, la tendencia al ahorro de las capacidades laborales socialmente escasas no se produce simplemente por medio de la generalización de las habilidades y la simplificación de las actividades

productivas. En estas sociedades, cuando el número de empleos y el número de personas aptas para emplearse en ellos guardan un relativo equilibrio, los costes sociales implicados en la formación de los trabajadores son determinantes en la conformación de las diferencias relativas en los precios pagados por emplearlas, pudiendo estos costes sociales ser también recortados. ¿Por qué? Porque en las sociedades salariales se ha producido una separación inédita en la historia entre los periodos de preparación para el empleo y los periodos de activación de las capacidades productivas en los centros de trabajo, creándose un sistema formativo dividido en una formación general y formaciones más especializadas. La adquisición de las capacidades que más tarde podrán ser valorizadas en el mercado de trabajo por los trabajadores se produce, entonces, por medio de la formación. Por ello, dado que la adquisición de las capacidades que se reclaman desde el ámbito productivo lleva su tiempo, las formaciones más prolongadas aparecen como un criterio social que sanciona el mayor valor social de una serie de capacidades. No obstante, no debemos perder de vista que los tiempos de formación tampoco son estables: formar a un programador informático puede, en un momento «a», implicar al menos cinco años de formación superior y, en un momento «b», suponer sólo tres meses, en un mismo contexto social.

De esta forma, los tiempos de formación aparecen como un criterio social que permite discriminar entre los trabajadores a la hora de otorgarles salarios más o menos elevados, y operarán también, lógicamente, para discriminar acerca de aquello que el concepto y la realidad del salario esconden, a saber: mejores o peores trayectorias laborales potenciales, posibles promociones para «hacer carrera», condiciones de trabajo más o menos aceptables, una mayor o menor capacidad para negociar horarios de trabajo, días libres, vacaciones y permisos por enfermedad, un reconocimiento simbólico del trabajo realizado, unos sueños y esperanzas que se realizan o se desvanecen… en fin, un largo etcétera que todos conocemos, pues nos va la vida en ello.

Ahora bien, el sometimiento a estos tiempos de formación que permiten a los trabajadores adquirir los conocimientos y habilidades que, una vez puestos a funcionar en los mercados de trabajo, les diferencien del resto de sus competidores potenciales, suele ser presentado como responsabilidad del propio trabajador. Podríamos afirmar que los salarios *sancionan o recompensan*, de alguna manera, los esfuerzos de los individuos por adquirir una formación. Evidentemente, las diferentes características sociales de individuos y familias harán que estos esfuerzos resulten más o menos fáciles de llevar a cabo, que las posibilidades de elección sean más o menos amplias, que, en fin, el acceso a unas u otras formaciones, a unos u otros mercados potenciales de trabajo, a

unas u otras trayectorias de vida posibles, estén más o menos repartidas y jerarquizadas. No podemos entrar aquí en el análisis de los muchos y complejos factores que están en la base de esta desigualdad social en el acceso a la formación. Cabe señalar, no obstante, dos cuestiones, referidas a la renta y al tiempo disponibles, que operan de forma especialmente clara:

En este reparto desigual y en estas jerarquías formativas (y posteriormente también laborales) está claro que las diferencias de renta familiares juegan un papel, si no esencial, sí desde luego de primer orden. En la medida en que el periodo formativo no es un periodo retribuido y que, por tanto, dedicar parte de nuestras vidas a formarnos implica (consciente o inconscientemente) renunciar a los salarios que podríamos obtener si, en lugar de dedicar ese tiempo a adquirir habilidades y diplomas —que, entre otras cosas, nos diferencien de nuestros competidores potenciales en el mercado de trabajo— nos pusiésemos directamente a trabajar. En razón de ello, los individuos cuyas familias puedan financiarles esos periodos de formación tendrán más posibilidades para dedicar parte de sus vidas a formarse que aquellos individuos que, por sus orígenes sociales, se vean abocados a entrar en el mercado laboral con más premura. Si bien esta menor facilidad puede ser superada o compensada relativamente a través de un mayor esfuerzo personal cuando la formación se adquiere en instancias total o parcialmente financiadas por el Estado, está claro que, cuando la formación debe ser pagada íntegramente (enseñanza privada, cursos en el extranjero, masters…), las dificultades se vuelven prácticamente insuperables.

Sin embargo, la diferencia de renta no es el único ni necesariamente el más influyente factor que explica las dificultades (y consiguientes desigualdades) en el acceso a la formación. El factor tiempo es, también, clave. Bien el tiempo biográfico del asalariado, esto es, su pasado y el de su familia, las referencias y hábitos adquiridos que, con mayor o menor fuerza (menor, seguramente, de la que más de un sociólogo les ha otorgado), orientan las elecciones formativas del asalariado; bien, y de forma cada vez más presente, el tiempo disponible para la formación. Pongamos un ejemplo de esta última cuestión: sabemos que la formación que permite aspirar a mejoras salariales o curriculares, a empleos simbólicamente más valorados, se realiza, cada vez más, a lo largo de toda la vida activa del trabajador. Sabemos, asimismo, que el reparto de las cargas y las responsabilidades domésticas no está distribuido de forma igualitaria entre varones y mujeres. Parece evidente que las mujeres que se encuentren en esas circunstancias tendrán muchas dificultades para dedicar su tiempo a dicha formación continua y verán, de esta manera, harto limitadas sus aspiraciones a mejores empleos, sueldos, trayectorias laborales, condiciones de trabajo, etc.

De forma que, a pesar de que los sistemas formativos estén financiados en gran parte por los Estados y de que, por tanto, puedan contribuir a mitigar algunas de las desigualdades sociales de partida de los individuos, no parece, a la vista de lo señalado, que neutralicen dichas diferencias sociales y, con ellas, el desigual reparto social de formación y empleo.

Acabamos de señalar que parte de la formación necesaria para llegar a ser contratado/a en el ámbito productivo es financiada por el Estado. Lo cual quiere decir, al menos, tres cosas. En primer lugar, que la formación es financiada por el conjunto de los asalariados mediante la acción impositiva y distributiva del Estado (cotizaciones e impuestos deducidos de los salarios y destinados, entre otras cosas, al sistema educativo). En segundo lugar, que son las propias empresas y los propios trabajadores en activo los que financian la formación de los futuros trabajadores; dicho de otra manera, el conjunto de los asalariados presentes financia la formación del conjunto de los asalariados futuros o, lo que es lo mismo, la clase asalariada se reproduce a sí misma. Pero lo hace, en tercer lugar, destinando más recursos a unas actividades y formaciones que a otras, a unos estudios que a otros y, de esta manera, asignando a los tiempos de formación un papel esencial en tanto que indicadores indirectos del valor diferencial que *la sociedad* (a saber: actores, instituciones, etc.) otorga a las distintas formaciones y a los distintos trabajos a los que (a través de una relación compleja que a continuación abordaremos) conducen. ¿Por qué? Porque, en la medida en que cada año adicional de formación supone un aumento de costes, y que estos son cubiertos por los ingresos del conjunto de los asalariados, la distribución y composición de los tiempos de formación refleja indirectamente el valor social que llevan incorporados. Cinco años de estudios universitarios ni cuestan lo mismo ni están valorados socialmente de la misma manera que tres, y esta diferencia de tiempo, dinero y valor adscrito a una u otra formación es esencial para entender los procesos de jerarquización social ligados al acceso a la formación y, desde ésta, al empleo.

Trabajos —capacidad de trabajo— que se forman fuera del tajo

Ahora bien, ¿cómo entender la relación entre las formaciones adquiridas y los empleos posteriormente desempeñados? De entrada, asumiendo que se trata de una relación que no puede ni debe ser entendida de forma mecánica. De hecho, la articulación entre los sistemas de formación y las estructuras de empleo no es clara, ni directa: podemos comprobar que la formación financiada por los

Estados no se adecúa completamente a lo que pueden necesitar o reclamar las empresas en cada momento. ¿Cómo entender esta falta de correspondencia entre formación y empleo? Se puede, sin duda, señalar que los Estados continúan financiando determinadas formaciones no en función de los requerimientos del ámbito productivo, sino en razón de variables de otra índole. Se puede señalar que, por unas u otras razones, el Estado o colectividades sociales de diferente tipo conceden valor a que se sigan transmitiendo conocimientos que, no siendo rentables en términos mercantiles, sí lo serían desde otros criterios. Ejemplo claro al respecto: la carrera universitaria de filología clásica, en la que los estudiantes que allí se forman tienen pocas posibilidades de encontrar más tarde un empleo donde valorizar monetariamente sus conocimientos filológicos. ¿Explican este tipo de ejemplos la inadecuación entre formación y empleo? O, dicho de otra manera, ¿responde esta inadecuación a simples disputas entre las demandas de los espacios productivos y las actuaciones de los Estados? Creemos que no, pues, como intentaremos señalar a continuación, la inadecuación o no correspondencia entre la formación de trabajadores para el sistema productivo y su empleo efectivo en las empresas remite a que su adecuación es *imposible*.

De hecho, ha sido la separación entre las esferas de la formación y las del empleo la que ha permitido y permite a las sociedades salariales que los sistemas productivos encuentren en todo momento (con más o menos desequilibrios) trabajadores disponibles, formados y aptos para ser empleados. Va a ser, pues, esta separación la que permita poner en relación los mecanismos mediante los que se adquieren las habilidades y conocimientos necesarios para llevar a cabo la producción, con las capacidades que reclaman los puestos de trabajo. ¿Cómo y por qué? Veamos algunos factores.

En primer lugar, al encontrarse separadas ambas esferas, los organizadores de la producción se han liberado de la obligación de formar a sus propios trabajadores, traspasando así esta responsabilidad a las instancias educativas. Es evidente que éstas no pueden, sin embargo, vivir completamente ajenas a la producción, aunque sólo sea porque la gente que pasa por ellas lo hace, en gran medida, como forma de aumentar sus posibilidades de encontrar posteriormente un empleo. Pero esta desvinculación de la empresa con respecto a la formación de los asalariados supone, paralelamente, que éstos dejan de estar formados desde —y para— un único espacio productivo. Por ello, aunque los organizadores de la producción puedan también formar a sus propios empleados (no faltan cursos de formación o de reciclaje pagados por las empresas), a la hora de crear o definir los puestos de trabajo, lo harán fundamentalmente atendiendo al tipo y condición de trabajadores que pueden encontrar en los

mercados de empleo. Dicho de otro modo, las divisiones sociales de los trabajadores también configuran las divisiones técnicas de los puestos de trabajo.

En segundo lugar, la necesaria independencia relativa entre el sistema formativo y el sistema productivo, o su imposible adecuación total, remite a una necesidad temporal. ¿A qué nos referimos? A que, dada la transformación permanente de los sistemas productivos, las instancias educativas no buscan una formación que habilite para ocupar un puesto de trabajo determinado, sino que dotan a los individuos de una cierta polivalencia que les permite adaptarse a varios puestos y reciclarse en un futuro cuando, dadas determinadas transformaciones tecnológicas y organizativas, esos puestos de trabajo a los que pueden acceder cambien. Si las instancias educativas formaran para ocupar un puesto de trabajo específico, cuando, por ejemplo, una innovación tecnológica hiciera innecesario ese puesto y las capacidades de dicho trabajador, éste se vería abocado al desempleo, con los costes personales que, como sabemos, esto supone. Igualmente, la independencia entre formación y empleo permite que del sistema educativo salgan individuos con conocimientos y habilidades que, no adecuándose a los puestos de trabajo hoy existentes, podrán ser de utilidad para un aparato productivo que no suele desaprovechar creatividad alguna, en la medida en que pueden llegar a servir para contribuir a esas innovaciones que, como venimos viendo, tanto buscan los espacios productivos.

Esta separación entre las instancias formativas y el sistema productivo implica, también y en tercer lugar, un mecanismo crucial de generalización de los conocimientos, las habilidades, los saberes sociales, etc. Y ello debido a que el sistema educativo opera, en las sociedades salariales, como un mecanismo que permite distribuir los conocimientos reclamados por las empresas entre un volumen de población mucho mayor que lo que sucedía en modos de producción pretéritos, donde la formación quedaba estrechamente vinculada al empleo (como por ejemplo en el sistema artesanal, en el que para llegar a conocer todos los misterios del oficio era necesario dedicarse a él toda una vida). Esta generalización de los conocimientos propia de los regímenes salariales constituye tanto una forma de asegurar que las capacidades y disposiciones reclamadas por las empresas no escaseen en el mercado laboral, como una de las causas de la competencia que existe entre los trabajadores. Dicha competencia lleva, entre otras cosas, a que nos sepamos prescindibles en nuestros puestos de trabajo, situación que, evidentemente, limita nuestra fuerza a la hora de negociar salarios, condiciones de trabajo, posibilidades de movilidad laboral, etc., toda vez que, generalizando conocimientos y competencias valorizables en los mercados de trabajo permite, potencialmente, una mayor movilidad de los asalariados por el aparato productivo (movilidad limitada y contradictoria, claro).

Esta situación lleva a que, desde el punto de vista del trabajador, si éste quiere aumentar sus posibilidades de encontrar un empleo altamente valorado en términos simbólicos y/o salariales, debe dedicar parte de su tiempo de vida a formarse para ello, renunciando así, el estudiante o su familia, al salario que podrían obtener dedicando ese tiempo a emplearse en ocupaciones que reclamen competencias que no precisen dicha formación.

Trabajos —capacidad de trabajo— que parecen tener vida propia

Sin embargo, dicha elección se ve atravesada por la incertidumbre que se deriva del hecho de que las habilidades adquiridas en los años de formación —entonces altamente valoradas en el mercado de trabajo— dejen de serlo una vez acabada dicha formación: bien porque una innovación productiva las ha hecho prescindibles, bien porque otros muchos también las han adquirido, bien porque los costes sociales que supone su adquisición en dicha sociedad hayan disminuido. Así, el acontecimiento, actualmente banal, de una depreciación repentina del valor social de nuestras capacidades respecto al resto, incide sobre nosotros *con los mismos efectos* desastrosos que una catástrofe natural: desde la aceleración forzosa de las entradas y salidas del empleo al desempleo y de nuevo al empleo, a la imposición de un reciclaje formativo, al cambio de región o país, pasando por un adelanto de la etapa de jubilación o una vuelta forzada a una posición subalterna en el interior del ámbito doméstico. Cada una de estas consecuencias, obviamente, transforma el conjunto de los estatutos sociales de los individuos y con ellos sus condiciones de vida, la estructuración de sus tiempos a lo largo de sus días, sus meses y sus años y, por consiguiente, el contenido y la calidad misma de esos tiempos.

Pero el que repentinamente el valor de nuestras capacidades se deprecie socialmente, parece presentar también *las mismas características* que una catástrofe natural, por ejemplo, en lo que a la imprevisibilidad se refiere. ¿Cómo ha sido posible que nuestra capacidad para manejar máquinas de control numérico, pongamos por caso, capacidad que durante tantos años ha recibido una sanción social positiva (buena cualificación, buen salario), se haya convertido de la noche a la mañana en una cualidad socialmente obsoleta? Como les ocurría antes a nuestros empresarios con sus bienes y servicios, el problema aquí estriba en que los procedimientos de equiparación, comparación, medida, jerarquización y evaluación del conjunto de las capacidades humanas, que han situado, en nuestro ejemplo, a las nuestras en una posición desfavorable, no

remiten a un puñado de agentes o de instancias sociales directa y fácilmente identificables. En cuanto creemos haber localizado, por ejemplo, en el interés del empresario y sus estrategias de mando y control sobre el proceso productivo en el que estábamos empleados, la razón última de nuestra desgracia, los despidos de otras personas empleadas en puestos similares al nuestro, en otras empresas, de nuestro mismo sector productivo, en nuestro mismo país o en otros sectores y países diferentes, nos invita a recolocar ese «interés» como producido a su vez por una secuencia de múltiples factores y movimientos que desbordan ampliamente el marco inmediato de nuestro proceso de trabajo, de nuestra empresa, de nuestro sector productivo, de nuestro país e, incluso, de la «economía».

Así pues, el movimiento que ha afectado tan drásticamente nuestras antiguas condiciones de empleo remite muy probablemente a los resultados de la actuación de instituciones, actores, conflictos y acuerdos múltiples. Como ya hemos señalado, las disparidades salariales pueden entenderse como una forma de sancionar socialmente los diferentes esfuerzos dedicados a la adquisición de distintas habilidades y conocimientos reclamados desde las instancias productivas. Sin embargo, dichas capacidades y esfuerzos no son evaluadas *en sí mismos*, sino a través de los distintos mecanismos sociales que históricamente se van constituyendo para su evaluación. Estos mecanismos conducen, simultáneamente, a la creación de instituciones en y desde las cuales los actores sociales intentan influir en las relaciones de conjunto con vistas a redefinir las posiciones de partida. Pongamos un ejemplo: tal y como venimos diciendo, las empresas están interesadas en encontrar el modo de reducir sus costes de producción, por lo que buscan combinar su instrumental técnico con el trabajo de aquellos trabajadores que, teniendo las competencias necesarias, puedan sacar adelante la producción. Con frecuencia, la aparición de una innovación tecnológica que permita modificar la forma de producir una determinada mercancía lleva a los empresarios a considerar más rentable despedir a los trabajadores que hasta entonces venían llevando a cabo la producción y contratar personal recién salido del sistema formativo que esté más familiarizado con ella. Pueden considerar que reciclar al viejo personal les costará más caro que indemnizarles por su despido y contratar a un personal joven y que no necesita ser formado por la empresa. A la hora de intentar llevar a cabo esta decisión seguramente se encontrarán con la oposición del viejo personal. Se iniciarán así procesos de negociación, en los que cada parte esgrimirá sus argumentos. Pero, ¿y si la competencia ha llevado ya a cabo dicha innovación tecnológica, consiguiendo reducir sus costes de producción y aumentando así su cuota de mercado, hasta el punto de poner en peligro la viabilidad de esta

empresa? ¿Y si las formaciones ocupacionales para parados promovidas a escala regional hubieran contribuido a rebajar los costes sociales de formación de trabajadores aptos para los nuevos tipos de trabajos, así como a aumentar su número? Los trabajadores podrían no tener más remedio que resignarse a perder una batalla que, en principio, creían que les estaba enfrentando a su propio empleador, resultando, sin embargo, que ésta, en realidad, estaba lidiándose con otras muchas fuerzas, inabordables e invencibles desde el estrecho marco de actuación de su empresa particular. Con ello, empieza a quedar claro que los trabajos que se compran y que se venden...

4 ...Son los trabajos que se igualan y se miden socialmente

No parece posible, por tanto, asimilar el carácter mercantil adscrito hoy a la movilización social de las personas en relación con el «trabajo» al efecto de una mera «representación» impuesta por los propietarios de los medios de producción, dentro de la producción misma, sobre los trabajadores y su *praxis* (en tanto que tal irreductible, inmedible, incalificable). Los procesos sociales que han significado, evaluado y jerarquizado nuestra mercancía particular, nuestras capacidades laborales, en contraste con las de los demás, no remiten ni a un puñado de agentes, ni a un lugar específico (¿dónde está el mercado de trabajo?) sino *al conjunto* de relaciones sociales (o a conjuntos sin fronteras definidas, que no respetan espacios y donde, en última instancia, todo está potencialmente conectado) social e históricamente específicas: las relaciones mediadas por el trabajo mismo, por el *trabajo en general*. Es decir, por ese tipo de «trabajo» que, contenido en los productos, desarrollándose en determinadas cadencias e intensidades y producido, formado y educado a través de la producción, la formación y la educación social de sus propietarios, es susceptible de ser evaluado en torno a medidas diferentes (las relativas a los productos, a las actividades y a las capacidades laborales), todas ellas desplegadas desde un mismo y común sustrato: *el tiempo considerado abstractamente* [**Cf. Capítulo 3**]. Así, las medidas relativas a los productos se componen, como vimos, de estimaciones relativas a sus costes de producción que traducen indirectamente la eficacia (la productividad) alcanzada por los procesos de trabajo, esto es, el ahorro *de tiempo de trabajo* alcanzado en dichos procesos de trabajo por cada unidad de producto. Por su parte, las relativas a las actividades se ocupan de calibrar la intensidad alcanzada *en el interior de esos mismos tiempos* por

la actividad conjugada de hombres y máquinas. Por último, las medidas relativas a la valoración de las capacidades de trabajo, se encargan necesariamente de comparar *los tiempos sociales* empleados respectivamente en su conformación, educación y puesta a punto como tales capacidades. Así, «costes de producción» calculados a través de los *precios de las materias primas, maquinaria o créditos*; «tiempos-hombre» determinados a través del *cronometraje* o tiempos-máquina representados en *frecuencias numéricas automatizadas*; tiempos sociales mínimos para la reposición y reproducción (no sólo física) de las capacidades de trabajo medias en un territorio dado (sea éste nacional o supranacional) reflejados en *salarios mínimos*; diferenciales relativos a los tiempos de preparación y educación necesarios para determinados conjuntos de competencias laborales discriminables, por ejemplo, a través de los *años de escolarización* cumplidos, etc.: todos ellos componen un conjunto variable de *índices relativos a diferentes tiempos que se componen, superponen y conjugan entre sí*, día tras día, estableciendo y reestableciendo permanentemente las proporciones entre beneficios y salarios, trabajadores y empleos, producción y consumo, esto es, las condiciones en las que se realiza el crecimiento económico en las sociedades salariales contemporáneas. Así, por ejemplo, los descensos significativos del tiempo de trabajo invertido por unidad de producto inciden indirectamente, a su vez, en los tiempos sociales implicados en la recuperación y reproducción de las capacidades laborales y, el descenso de estos últimos, repercutirá asimismo en un descenso de los costes de producción que sirven de guía para los cálculos empresariales aplicados a la planificación de la producción. De manera que, aunque no sea posible identificar ni en agentes concretos ni en lugares específicos del cuerpo social los procesos sociales a partir de los cuales se evalúan y jerarquizan tanto las mercancías que se venden en el mercado de trabajo o en el mercado de bienes y servicios, como las distintas opciones estratégicas adoptadas para la producción de dichas mercancías (es decir, tanto los mecanismos sociales implicados en la formación de las capacidades productivas de los trabajadores, como los que operan en la producción de los bienes y servicios que compran las empresas y los consumidores), todo esto no debería llevarnos a desatender ciertas dinámicas que rigen en la articulación de dichos procesos de producción y consumo.

Esta realidad múltiple de las medidas que regulan socialmente la movilización y distribución de las capacidades laborales y de sus resultados ha sido sistemáticamente escamoteada, olvidada y negada por muchos analistas y discursos que se han pretendido pro-obreros, pues su consideración complica demasiado las posibilidades transformadoras de la acción social colectiva particular sobre la estructura social general. Cuando, actualmente, por ejemplo, se nos advierte

acerca de las transformaciones informacionales, comunicativas y/o afectivas que atravesarían al «trabajo» se hace generalmente para concluir en la imposibilidad de su medida y de su gobierno a través de dicha medición. Encontrándose la posibilidad de su igualación, comparación y medida en crisis, resultando imposible su abstracción y gestión social general, la dominación que sufren sus portadores se transformaría *ipso facto* en una dominación directa y esencialmente arbitraria, exclusivamente (bio)política, no sujeta ya a mecanismos automáticos generales e impersonales. Este argumento, como veremos, es más viejo de lo que generalmente se piensa, y resulta plausible únicamente si con anterioridad se operan dos reducciones.

La primera de ellas concierne a la consideración misma de los procesos de medida: de *productores* de aquello que tratan de medir, captar y gestionar aquí se va a pasar a considerar dichos procesos de medida exclusivamente como *reflejos* de aquello que miden, de modo que tan sólo una actividad humana «material», fraccionable en unidades físicas de gestos y gastos energéticos corporales, se prestaría a ser medida. *La medida del «trabajo» funciona aquí como un significante adscrito «naturalmente» a un determinado significado —«físico»— a una determinada dimensión —«material»— de las prácticas sociales*. Se pasa así por encima del hecho de que estas medidas son medidas «sociales» que no dependen de sustratos naturales adscribibles a la actividad humana para poder realizarse: cuando los tiempos de la actividad humana en el trabajo resultan difícilmente cuantificables directamente, la intensidad de la actividad laboral puede seguir siendo evaluada indirectamente a través de los tiempos y cadencias de funcionamiento de las instalaciones, por ejemplo.

La segunda reducción se sigue justo de ésta: hemos subordinado la multiplicidad de medidas (de acciones, de productos y de capacidades) a una única medida: la medida de la acción humana en los centros de trabajo, suponiendo que una dificultad creciente para su implementación cortocircuitará necesariamente a las demás. Dicho de otra manera, hemos priorizado, de entrada, *la medida del trabajo concreto como condición sine qua non para su abstracción social*, mientras que, sin embargo, tal y como hemos visto, las variaciones en las proporciones de intercambio de las capacidades laborales no se siguen en absoluto de la medida de los trabajos de los asalariados, sino de la medida de los tiempos implicados en su recuperación, reproducción y formación, esto es, de sus tiempos de ocio, consumo y trayectorias formativas. Esta segunda reducción desemboca en una asimilación inadecuada: la asimilación de los resultados de la medida social del «trabajo» (en realidad producto de automatismos sociales generales ciegos) con los «índices» que permiten a los agentes elaborar sus estrategias en el juego. Que los empresarios se sirvan actualmente de

índices cada vez más complejos, más «sociales» e indirectos con vistas a planificar su producción, no nos permite en absoluto deducir un mayor o menor control por parte de las unidades de producción con respecto a los resultados económicos de su actividad. Estos últimos siguen dependiendo a cada instante del concurso variable de una multiplicidad de agentes (empresas, familias, instituciones, políticas estatales, etc.) inaprensibles *a priori* en su totalidad y en las condiciones concretas en las que sus «jugadas» van a efectuarse. Y, no obstante, que el número de variables complique una solución ... ¡no quiere decir que no se pueda, y que no se deba, teorizar sobre un problema!

5. ¿Qué fordismos?

El debate que acabamos de presentar nos conduce pues hacia una conclusión general: *el «trabajo» que conforma y estructura nuestro tiempo de vida y el contenido del mismo, no puede, ni debe, ser confundido con el trabajo efectivamente ejercido en los centros productivos, en los talleres u oficinas*. El trabajo remite hoy a un determinado tipo de *mediación social general*, producto de una multiplicidad de medidas sociales constantemente renovadas, que configura nuestras trayectorias potenciales de empleo y las condiciones en las que éstas pueden realizarse a cada momento, en cada empleo particular, así como nuestra formación previa, nuestro ocio y nuestro consumo. No obstante, es desde esta confusión sobre la que se han venido levantando buena parte de los discursos «de izquierdas», o con pretensiones de transformación radical, acerca del trabajo. Es el caso, por ejemplo, de autores como Gaudemar, Coriat, Freyssenet, Gorz o Linhart (a los que Saunier, en el capítulo suyo recogido en este libro, denomina «los Fordistas»), quienes durante la década de los setenta centraron sus críticas en el taylorismo y en la cadena de montaje. Para ellos, el significado social del «trabajo» era susceptible de ser evaluado estudiando las prácticas y actividades laborales, las acciones, la *praxis* obrera sobre los procesos de trabajo en unos y otros momentos históricos del desarrollo capitalista [**Cf. Capítulo 4**].

Del artesano al obrero-masa

Así, para estos autores, hasta la IIª Guerra Mundial las industrias se habrían visto forzadas a la contratación y movilización productiva de obreros de oficio, apenas diferentes de los antiguos artesanos: se trataba del «sublime», trabajador

caracterizado por su autonomía en el trabajo (control y conocimiento sobre las propiedades de la materia, sobre la utilización de la herramienta, así como sobre las especificaciones y funciones técnicas y sociales del producto), por su nomadismo entre talleres y empresas diversas (nomadismo que aquella autonomía le permitía) y por su rechazo visceral de la disciplina y el control fabril que más adelante se generalizarán en la industria. La aplicación del taylorismo y de la técnica de la cadena de montaje a los procesos de trabajo, permitió, a partir de la posguerra en Europa, sustituir progresivamente al «sublime» (costoso y rebelde), por el «obrero-máquina», un obrero presumiblemente masificado, serializado, anónimo y sustituible, merced, precisamente, a la vigilancia, el control y el disciplinamiento que su encierro en el taller le permitía a la empresa volcar sobre su comportamiento productivo, sobre su actividad.

En el caso del «trabajador de oficio» el saber movilizado en torno a la actividad productiva es, según los Fordistas, un saber integral o totalizador que comprende todas las fases del proceso de trabajo y que, apoyado en una familiaridad casi instintiva con la materia trabajada, particulariza en extremo la relación entre el individuo-trabajador y su producto otorgándole, en consecuencia, al primero un elevado margen de «autonomía» *en su trabajo*. Su antítesis, el «obrero-masa», se caracterizaría por un saber fragmentado y mutilado, desprovisto de la capacidad integradora y sintética del anterior en relación con el proceso de trabajo. *Aquellas mismas capacidades y conocimientos* aparecen ahora confinadas en los departamentos administrativos que dirigen y regulan el funcionamiento de las máquinas a cuyos desarrollos responden los operarios con movimientos meramente reflejos. La tradicional «autonomía» *en el trabajo* del trabajador artesanal ha sido abolida y con ella éste ha mutado de productor-creador de su obra, de sujeto particular e irremplazable, a cuerpo-máquina aplicado a la producción de mercancías estandarizadas, a objeto serializado, homogeneizado y sustituible de los propietarios de los medios de producción y sus herramientas maquínicas. Así pues, la subordinación de la clase de los trabajadores asalariados se sigue, en este relato, de la extorsión procurada por medios organizativos y tecnológicos, de un saber productivo que sería el patrimonio de la humanidad laboriosa, que precedería a la sociedad salarial capitalista y a través del cual los seres humanos habrían, desde el principio de los tiempos y pese a las inevitables mutaciones históricas, dado forma social a sus necesidades a través de su *praxis* soberana. Esos conocimientos completos, de los que dependía la autonomía del artesano y del «sublime», con el taylorismo y el fordismo habrían pasado progresivamente a las máquinas, despojando a los trabajadores asalariados de la fuente principal de su soberanía sobre las actividades y, con ella, de su poder de control y contestación en y desde la producción.

Con la culminación del proceso de vampirización en los procesos de trabajo taylorizados y mecanizados de ese stock finito de conocimientos propios, va a ser también la representación del «verdadero» conocimiento productivo la que va a resultar invertida en el relato de los Fordistas: el conocimiento que «aparece» y «parece» entonces como relevante o esencial para la producción moderna ya no es el tradicional, el «auténtico», el «manual», el relativo a una «producción original», el conocimiento «proletario»; sino el conocimiento «falso», «intelectual», «burgués», relativo al constreñimiento de las prácticas laborales obreras y reconvertido mediante su rediseño en repeticiones mecánicas de gestos reflejos y uniformes. Lo corporal, lo práctico, lo sensorial, lo concreto, lo cooperativo, atributos todos ellos ligados a las prácticas laborales autónomas del artesano y el «sublime», son denigrados por la representación empresarial y burguesa de la producción capitalista moderna, confinándolos a la clandestinidad dentro de los procesos de trabajo de las industrias serializadas.

Las simplificaciones desde las que este esquematismo se sostenía, dando lugar a una «composición técnica y social de la clase» (el «obrero-máquina», el «obrero-masa») ilusoria, son bastante evidentes.

En primer lugar, se trata de la *focalización unilateral de la mirada sobre las industrias de serie* y, particularmente, la siderúrgica y la automovilística, precisamente los sectores en donde se concentraban un determinado tipo de trabajadores (varones inicialmente de orígenes rurales, con altos índices de sindicalización y, posteriormente, también, inmigrantes extranjeros), olvidando sistemáticamente al resto (los sectores productivos taylorizados en los que se empleaban mujeres —mayoritarias por entonces en ellos— y todos los demás, particularmente, las industrias de proceso). Bastaría con haber ampliado el campo de visión del análisis (como posteriormente, a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa, se hará) para dar con condiciones y composiciones obreras tan diferentes que invitarán a invertir los resultados del análisis.

En segundo lugar, tenemos *la concepción apriorística del saber-hacer obrero* (el propio del «obrero-materia», antítesis del «obrero-máquina», del «obrero-masa» o del «obrero-fulano de tal») *como el único saber productivo efectivamente movilizado en las prácticas laborales*, con la consiguiente ceguera frente a todos los conocimientos tácitos, dados por supuesto, cuyos orígenes no se encontraban en las situaciones de trabajo efectivas, sino en los dispositivos de formación reglados o en espacios de socialización, todos ellos, *internos* a la sociedad capitalista. La formación, desde este punto de vista, sería tanto más «verdadera» cuanto más próxima se encontrase de la experiencia directa del puesto de trabajo. Formación, *por ello*, sistemáticamente recortada por los empresarios mediante la fragmentación de los puestos y la rutinización de las tareas.

Según los Fordistas, el único valor «verdadero» de la cualificación del trabajador, el único instrumentalizable en el campo de batalla de la producción, es aquel que resulta de su desempeño productivo efectivo. Esta concepción permitía mantener la ilusión de un saber productivo patrimonio natural de los trabajadores del cual el capitalismo y sus empresas extraían los suyos, extorsión que convertiría al capitalismo en un mero parásito social adherido a un cuerpo ajeno. Así, dicho modelo productivo era supuesto como no produciendo nada, alimentándose tan sólo de lo producido por otras sociedades y modos de producción preexistentes o coetáneos suyos. Con ello se negaba implícitamente la capacidad del desarrollo endógeno capitalista de nuevas habilidades y saberes profesionales. Más aún, se minimizaba la relevancia del análisis de los tiempos y procesos específicamente ligados, en las sociedades contemporáneas, a la adquisición y utilización productivas de las capacidades laborales: los tiempos y espacios «formativos», tal y como hemos señalado con anterioridad.

En tercer lugar, nos topamos con *la antítesis maniquea entre libertad y automatismo, entre improvisación y repetición*, que autorizaba la desatención respecto de la ambivalencia de las prácticas laborales efectivas, en las cuales, como en las prácticas deportivas o artísticas, toda improvisación, toda originalidad, se sostiene necesariamente a partir de la incorporación de y la socialización previa en determinados automatismos. Con este tipo de antítesis nuestra imagen de los obreros consigue encajar como guante en mano con la mirada dominante sobre las clases populares (mirada que estas mismas clases se aplican generalmente a sí mismas): la simbolización, la racionalización y la representación dejarían paso en esas clases a lo práctico, lo concreto y lo sensorial, dada una definición de su existencia social y de sus comportamientos como necesariamente regidos por la escasez, la privación, la exclusión, etc.

Figuras históricamente inencontrables

Los resultados de la aplicación de una mirada mediada por las simplificaciones precedentes —las «figuras obreras» de los Fordistas— son presentadas, simultáneamente, como puntos de anclaje clave de las tendencias que dirigen el desarrollo productivo y como categorías empíricas con validez estadística. Es decir, estas figuras se conciben, a la par, como reflejo de actores cualitativamente preeminentes, ligados a esas tendencias, como reveladoras de las características esenciales de la configuración social en cada una de sus etapas; y como figuras cuantitativamente predominantes en sus períodos históricos respectivos. De modo

que no sólo darían cuenta de unas pautas de transformación en los espacios productivos sino, también, de la evolución correlativa de unos modos de vida por entero diferentes los unos de los otros (pautas de consumo, hábitats y entornos, movilidades socioprofesionales y geográficas, modalidades de lucha, etc.).

Así, el trabajador precapitalista (el «sublime», el «artesano» u «obrero de oficio») aparece en los relatos de los Fordistas como un trabajador cualificado, cuyo modo de vida se contextualiza en entornos rurales, comunitarios y que rechaza como ajenas las relaciones sociales que el capitalismo instaura. En el extremo opuesto estaría el obrero-masa, que es presentado como mera «mano de obra», un obrero descualificado, urbanizado, desposeído de su saber productivo y cuyas relaciones sociales se inscriben en un entorno crecientemente mercantilizado por el consumo de bienes manufacturados. Tesis y antítesis, respectivamente que encontrarán, posteriormente, claro está, sus síntesis: por ejemplo, el «obrero-masa-multinacional» [Cf. Coriat, 1982]. Esta figura encarnaría de nuevo las tres características de los trabajadores precapitalistas de antaño: un saber-hacer del que el obrero es consciente, si bien resulta no-reconocido por las empresas; un desarraigo social merced a su repentina e imperativa urbanización y una exterioridad forzada (cultural y económica) respecto de las relaciones sociales capitalistas.

Sin embargo, la verosimilitud histórica de ese obrero de oficio «rural, cualificado y combativo» resulta difícil de sostener [Saunier, 1993: 75-99]. Los obreros cualificados del siglo XIX eran obreros mayoritaria y ampliamente urbanizados y con hábitos de trabajo fuertemente marcados por la jerarquía, el orden y la economización de los recursos. Aquellos otros que contaban con un origen campesino y que trabajaban en las incipientes industrias manufactureras de la época, poseían escasas cualificaciones y su condición de pequeños propietarios agrícolas determinaba tanto su escasa movilidad como, para buena parte de ellos, unos fuertes lazos de dependencia económicos con las empresas y con los recursos monetarios que éstas les proporcionaban. En lo que respecta a la combatitividad obrera, las figuras predominantes, como los carpinteros en París, añadían a una larga urbanización, una cualificación muy vulnerable a la mercantilización y a los procesos de subcontratación y disolución de las estructuras gremiales. Por último, la fuerte movilidad obrera registrada a lo largo de todo el siglo XIX no era patrimonio del trabajador de oficio cualificado sino de los trabajadores descualificados, de la «mano de obra» de las manufacturas, y se encontraba estrechamente ligada a las características propias del proceso de acumulación extensiva de la época y a sus brutales oscilaciones interanuales en materia de salarios y empleos: el nomadismo obrero del siglo pasado ... ¡resulta ininteligible sin el nomadismo patronal que estructuraba las características del mercado de trabajo de la época!

Como el «obrero de oficio», el «obrero-masa» resulta un tipo-ideal simplificado en extremo. En lugar de ser ruralizado era «urbanizado»; en lugar de considerarlo producto de la movilización productiva de saberes prácticos artesanales, era visto como el resultado de la movilización de las capacidades psicofísicas de una inmigración interna y externa integrada únicamente de manera residual por jóvenes y mujeres; en lugar de ser preservado de todo contacto con el capitalismo estaba sumergido en el universo mercantil y era integrado en él mediante su compulsión forzada al consumo de mercancías. Se trata de una combinación de elementos que, incluso barajados uno a uno, se muestran poco plausibles. En primer lugar, la representatividad del trabajo en cadena sobre el conjunto de la población activa y, específicamente, de los obreros manuales ha sido exigua durante toda la década de 1970. En segundo lugar, las evidencias de que disponemos actualmente no corroboran el supuesto de la ubicación esencialmente urbana del trabajador fordista descualificado: esta clase obrera no fue una clase tan aglomerada y reagrupada como la percibían las representaciones dominantes, de hecho, los obreros no-cualificados de tipo industrial no residían principalmente en los barrios periféricos de las ciudades. En tercer lugar, son los asalariados más alejados del «corazón» del proceso de trabajo fordista (cuadros, técnicos y empleados), y no los obreros, quienes consumían los productos manufacturados en la producción en masa. Por último, en la composición social de la comparativamente escasa fuerza de trabajo sujeta a la cadena, existe un peso fundamental de la mano de obra femenina. Por su parte la posibilidad de la preeminencia progresiva del «obrero-masa multinacional» se encontraba estrechamente ligada al carácter esencialmente laboral de las migraciones de los años sesenta y setenta en Europa. Esa posibilidad determinaba por entonces un perfil de emigrante joven, soltero y varón que resultaba representativo para grupos de emigrantes muy minoritarios o con una duradera relación con Francia, país que analiza Coriat (como los argelinos), pero dudosa para los «nuevos» colectivos de trabajadores a los que este autor se refiere implícitamente (marroquíes y turcos).

Si tanto la hegemonía tendencial del obrero-masa como también la promesa antagonista que parecía constituir el «obrero-masa-multinacional», se deshicieron tan rápidamente unos años más tarde, no fue más que porque ambas figuras eran el resultado de la aplicación de criterios e instrumentos de observación deliberadamente toscos. ¿Qué pensar entonces del «obrero-social», supuesto producto de la renovación posfordista de los procesos de trabajo tras la crisis? Volviendo a recuperar —como pasaba con el «obrero-masa-multinacional» de Coriat— la mayor parte de los atributos anteriormente adscritos al «sublime», a aquel obrero prefordista artesanal, cualificado, autónomo, nómada y rebelde,

esta nueva figura obrera, emergente a partir de la década de los ochenta, supone un viraje del discurso que, sin embargo, modificando los juicios, deja intacto el mecanismo que los ha producido. A saber: que *las prácticas, los comportamientos, las condiciones de vida y el papel social de los asalariados son leídos como directamente dependientes de la posición ocupada por ellos y sus actividades en los procesos concretos de trabajo*.

Cuando los procesos se fragmentan los asalariados también, cuando se vacían de contenido, las actividades de los asalariados también y, con ellas, el valor social de sus ejecutantes. Así pues, ¿y si se recompusieran los procesos dando lugar a funciones laborales que integrasen de nuevo concepción y ejecución? ¿Y si los saberes clandestinizados por el fordismo y ligados a lo sensorial, lo corporal, lo práctico, lo concreto, lo cooperativo, lo comunicativo, etc., reencontrasen su lugar en los centros productivos? Entonces la «sumisión» debería ceder paso necesariamente a la «autonomía» y la «libertad» recuperada por los asalariados en, por y para sus actividades y, con ellas, también, para sus ejecutantes a escala social.

La dominación del trabajador como resultado de la dominación de su «trabajo»

Así, estas figuras obreras se apoyan todas ellas en una misma concepción del «trabajo» relevante, del «trabajo» a investigar para la dilucidación de la dominación y la subordinación sociales contemporáneas y es aquí donde el análisis realmente se juega (y se la juega): *ese «trabajo» es el trabajo del obrero en el proceso de trabajo, esa dominación es la sufrida por éste bajo la disciplina, la vigilancia y el control conseguido por la dirección de la empresa, por medios técnicos y organizativos, sobre aquel*. Esta consideración unilateral del trabajo como trabajo concreto, como *praxis*, es la que permitía tanto la indefinición de los autores acerca de las temporalidades históricas adscritas al trabajo artesanal y el trabajo parcelario industrial, como su continuidad. En la mayoría de los casos el único artesanado considerado implícitamente era el que persistía bajo la forma del sindicalismo de oficio justo antes de la instauración definitiva del fordismo, hasta las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX. En contraste con la historiografía marxista ortodoxa, profusamente armada de descripciones acerca de las condiciones de trabajo del siglo XIX, este periodo —¡todo un siglo!— es generalmente eludido por los Fordistas. Las diversas formas decimonónicas de movilización del trabajo asalariado (el empleo de fuerza de trabajo campesina en las minas, los

emigrantes desarraigados de las industrias extractivas y metalúrgicas, el sistema de trabajo doméstico de las manufacturas de las grandes ciudades industriales, los procedimientos de asalarización forzada por parte del Estado, etc.) desparecen del análisis en beneficio de una representación idealizada de un artesano prefordista pretendidamente autónomo y rebelde: el «sublime».

Esta temporalización difusa hacía posible la equivalencia de la lógica (diacrónica) de evolución de los procesos de trabajo con la lógica (sincrónica) del conflicto dentro de las unidades productivas del presente. Esto es, la evolución y cambio social así simplificados eran fácilmente reencontrados bajo las luchas y prácticas de resistencia en las fábricas contemporáneas: la contraposición entre artesanos y capitalistas, síntesis maniquea de la evolución histórica hacia el capitalismo, encontraba un reflejo directo en las luchas entre obreros y patrones en las fábricas de un siglo después. Resultaba así factible, por ejemplo, seguir la evolución histórica de la composición obrera en EEUU al hilo de la fragmentación (o del reagrupamiento) de puestos y tareas en la producción y detenerse simultáneamente en un sector o una empresa particulares actuales buscando en ellos la re-actualización de esa misma lógica bajo la forma de un conflicto entre obreros cualificados amenazados y una gestión patronal descualificadora. Las evidencias pueden acumularse indefinidamente sin afectar lo más mínimo al entramado conceptual implicado y a sus principios explicativos, precisamente por la indefinición del alcance temporal de los análisis. El contraste entre el artesano y el asalariado, a partir de la continuidad supuesta entre el «trabajo» de uno y otro, corre en paralelo a la separación propuesta entre una pretendida «sociedad mercantil simple» y la «sociedad capitalista». Cuando la especificidad propia de las sociedades salariales modernas es pensada como constituida exclusivamente por la reorganización de los procesos de trabajo alrededor de unidades productivas gestionadas por los propietarios privados de los medios de producción, la empresa y taller parecen conformar el espacio privilegiado y exclusivo para la detección del origen y para la constatación permanente de la «dominación» propiamente capitalista.

Únicamente si pensamos la dominación social ejercida a propósito del «trabajo» como la inmediatamente ejercida sobre el que trabaja, allí donde éste lo hace, resulta tan extremadamente sencillo convertir el «nomadismo» del trabajador autónomo en «libertad» y el «encierro» en la organización del trabajador por cuenta ajena en «dominación». Ni que decir tiene que la aparente «libertad» del autónomo con respecto a aquellos que contratan sus actividades y/o le compran sus resultados sigue siendo, simultáneamente, subordinación al mercado, homologación necesaria de procedimientos, ritmos y resultados a las especificaciones que emanan de él, es decir, en definitiva, auto-explotación. Volveremos más adelante con esto a propósito de las «soluciones» autogestionarias.

6. ¿Qué postfordismos?

Ahora que, si bien el resultado adscrito a las transformaciones que han venido sacudiendo la producción de bienes y servicios, a saber, un nuevo tipo de trabajadores «soberanos» en lo relativo a sus *praxis* laborales y, merced a ello, más «libres» y «autónomos» socialmente hablando, resulta sociológicamente discutible, ¿lo son en igual medida las transformaciones mismas de las que se ha intentado deducir éste? ¿Resultaría, pues, erróneo hablar de la imposición progresiva de un nuevo «modelo», posfordista, de gestión empresarial de las actividades laborales en las empresas? Por un lado posiblemente no, pero por otro, sin duda, sí. Existe una mutación en las ideas, en las maneras de ver y concebir el sistema productivo, una mutación que pertenece al registro de las «representaciones» que los agentes se hacen del mismo y de sus transformaciones. *El posfordismo remite pues a nuevas representaciones sociales ligadas a la producción*. Estas nuevas representaciones, que podrían, como tales, resultar «oportunas» y «eficaces» o no, desde el punto de vista de las estrategias e intereses de los actores, han venido siendo demasiado rápidamente asumidas y traducidas a otro nivel —al nivel del análisis y la explicación de los procesos reales— como también «válidas» y «pertinentes». Validas y pertinentes por tanto, no sólo para actuar en el mundo productivo y laboral, sino también para comprender y explicar los cambios acaecidos en él. Mercados (diferenciación cualitativa de la demanda), tecnologías (de la información) y fórmulas organizacionales (participativas) habrían mutado simultáneamente, componiendo un nuevo escenario productivo en el cual volverían a proliferar los operadores autónomos y polivalentes, cualificados. Este nuevo modelo o paradigma posfordista, que apuesta por una pretendida superación fáctica del taylorismo, es el que, para el ámbito de la explicación y comprensión generales de los procesos en marcha, resulta bastante dudoso.

¿Robotiza el robot al trabajador?

El mismo esquematismo simplificador con el que los Fordistas habían podido construir sus figuras obreras es el que aquí está operando a la hora de intentar contraponer un pasado, pretendidamente sobrepasado, con un presente y un futuro radicalmente contrapuestos a aquél. El taylorismo supuestamente dejado atrás es un taylorismo de cartón piedra, un «arquetipo fosilizado». Es el decorado adscrito a aquel personaje, inencontrable fuera de las descripciones *obreristas*,

que constituía el «obrero-máquina», el «obrero-masa», el operador que habría visto cómo sus operaciones se reconvertían todas en meros actos reflejos. Curiosamente, división del trabajo y cooperación en el trabajo jamás han resultado, en la práctica, dos principios antagónicos; al contrario, tanto más se dividía técnicamente el trabajo, tanto más necesario iba a resultar considerar y elaborar el problema de la cooperación en el trabajo por parte de la dirección.

En la década de 1920 surge en Chicago la *Escuela de Relaciones Humanas* a partir de los experimentos desarrollados en la *Western Electric Company* por Elton Mayo y sus colaboradores. En esta empresa, netamente taylorista, dichos investigadores constataron la estrecha relación entre la productividad del trabajo y las normas informales de los grupos de trabajadores: los grupos hacían inefectivos los incentivos de la administración (prima salarial por rendimiento individual), imponiendo a sus miembros una norma relativa al rendimiento «merecido» por la empresa. El equipo de Elton Mayo concluía que, en la práctica, el rendimiento efectivo dependía de la organización informal de los trabajadores... ¡en un contexto productivo completamente taylorizado! Las mismas constataciones acerca de la cooperación efectiva de los supuestos «obreros-máquina» serán desplegadas desde finales de la década de los setenta por varios analistas Fordistas: también ellos descubrirán «apaños», «chapuzas», «cooperaciones» y «entendimientos» no prescritos en las cadenas ... ¡salvo que los considerarán más el resultado de la «resistencia» de los trabajadores, es decir, más un «residuo» no deseado por la administración, que un dato estructural relativo al funcionamiento organizacional de los procesos productivos fragmentados! Hasta que llegó Burawoy [1989]: éste autor constata que, en el día a día, dichos apaños, chapuzas, cooperaciones y entendimientos no sólo no son reprimidos por la administración taylorista, sino que, incluso, van a ser *consentidos* y *alentados* por ésta. El problema, sin embargo, estribaba en que el taylorismo había sido interpretado unilateralmente como una máquina de guerra contra el saber-hacer obrero en los talleres cuando, en realidad, el taylorismo apuntaba mucho más allá del taller: *al romper con el monopolio de los sindicatos de oficio abrió el mercado de trabajo de los empleos industriales a trabajadores que antes se veían excluidos de éste*.

Como hemos visto anteriormente, el sistema de competencia empresarial que rige en el modo de producción capitalista obliga a los empresarios a buscar formas de ahorro en todos los factores productivos, entre ellos la fuerza de trabajo. Por lo tanto, procurarán organizar su producción de tal forma que puedan prescindir de las capacidades que escasean en el mercado de trabajo y que, por lo tanto, son más caras. Buscan así simplificar las actividades que se desarrollan dentro de la empresa de tal forma que puedan ser realizadas por un gran

número de trabajadores, quienes, sabiendo que son fácilmente reemplazables en la medida en que su trabajo puede ser desarrollado por muchos otros (sus habilidades no son muy diferentes a las de la mayoría), no tendrán mucho poder a la hora de negociar sus salarios. La instauración del taylorismo es un ejemplo claro de esta tendencia. Frente al alto poder de negociación con que contaban los obreros «sublimes» —los obreros de oficio que habían aprendido a realizar su trabajo por medio de un lento aprendizaje semiartesanal— Taylor organizó sus talleres de tal forma que la producción de ciertas mercancías que hasta entonces sólo podían realizar estos obreros escasos, pudieran llevarse a cabo mediante una población inmigrante con escasos conocimientos, pero con las competencias suficientes como para activar procesos productivos mucho más simples (desde la perspectiva de la preparación necesaria para llevar a cabo las actividades productivas) que los activados por los antiguos obreros de oficio. No se trataba, por lo tanto, de vaciar de todo contenido cooperativo, intelectual y social a la actividad laboral de los trabajadores, sino de transformar las condiciones sociales de producción de éstos y, con ellas, de metamorfosear la naturaleza de dichos contenidos, es decir, de romper la estrecha relación persistente a lo largo del siglo XIX entre la preparación/capacitación para el trabajo y la experiencia en el trabajo, aumentando así la flexibilidad en la gestión de la fuerza de trabajo empleada, pero, también, como señalamos con anterioridad, ampliando los espacios posibles de trabajo y, con ello, reduciendo las jerarquías de las sociedades tradicionales, aunque con límites claros y acotados.

¿Cualifica su actividad al trabajador?

El taylorismo nunca consistió en un mecanismo de destrucción de todo saber-hacer obrero: el hecho de que hoy se movilicen en la producción conocimientos y actitudes sólo puede considerarse como una mutación radical si se desconoce o niega este hecho capital. *Siempre se han movilizado conocimientos y actitudes en la producción*. Ahora bien, ¿basta con su movilización efectiva para que éstos se vean valorizados en términos de cualificaciones y salarios, es decir, para poder hablar del trabajador «posfordista» como un nuevo trabajador «recualificado»? Volvemos con ello al mismo lugar en dónde antes habíamos abandonado a nuestros Fordistas y sus «nuevas» figuras obreras: la defensa de la «emergencia» de un nuevo tipo de trabajador posfordista «recualificado» sólo es posible si sostenemos la existencia de una relación de causalidad directa de las orientaciones técnicas sobre el contenido del trabajo, por un lado; y de éste último —y las competencias por él exigidas— sobre las cualificaciones reconocidas a

los asalariados, por el otro. Pero, *ni la automatización (ni las nuevas cualidades de la fuerza de trabajo) predetermina el contenido del trabajo, ni éste último, y las competencias movilizadas merced a él, se bastan para «cualificar» al trabajador*.

Pues, ¿en qué consiste realmente la automatización de la producción? La máquina no es una síntesis *de tareas*, de las mismas operaciones antes realizadas por la mano del trabajador, sino una síntesis singular *de herramientas* movida por una fuente de energía externa. Como tal, su historia no comienza con la industria moderna, mucho menos con el desarrollo de la informática, sino bastante antes: los molinos de viento y fluviales medievales constituían ya mecanismos automáticos en el sentido literal del término. Automatizar una serie de operaciones significa incidir en la separación entre el tiempo del trabajo humano y el tiempo de funcionamiento de las máquinas. Desconectados los tiempos de los trabajadores de los tiempos de las operaciones productivas, las actuaciones de aquellos se cargan de un nuevo atributo a gestionar por parte de la administración: la polivalencia. Con el paso de conjuntos de automatismos vinculados *por transmisiones físicas* a automatismos vinculados y regulados, en sus relaciones recíprocas, *por información*, es decir, a través de su programación y reprogramación, las intervenciones individuales de los trabajadores a gestionar ya no resultan necesariamente unívocas, predeterminadas por una serie de *operaciones adscritas a un puesto de trabajo*. Estas intervenciones adquieren, potencialmente, mayor *movilidad y diversidad, estando adscritas ahora a funciones productivas* que pueden desarrollarse en puestos y puntos de intervención múltiples y variables. Ahora bien, como plantea Stroobants en este mismo libro, si polivalencia y automatización van de la mano, «*ni la naturaleza de las tareas, ni la manera en que son utilizadas las capacidades de la mano de obra son dictadas por las exigencias objetivas de la técnica* (...). *Un mismo conjunto de máquinas puede ser conducido de diferentes maneras; e inversamente, diferentes tipos de máquinas pueden ser acomodadas a una organización análoga*» [**Cf. Capítulo 5**]. Es por ello que de la abstracción del trabajo operada por la implementación del automatismo no se sigue necesariamente una mayor intelectualización del trabajo reservado, en lo sucesivo, a la intervención humana sobre dicho automatismo: las funciones de mantenimiento y supervisión, por ejemplo, pueden ser encargadas a un mismo tipo de trabajadores o divididas en dos categorías diferentes, una cargada de competencias que suponen conocimientos científicos y conceptuales (mantenimiento) y otra descargada de esas mismas competencias (supervisión).

Es más, en el caso de que existiera una función productiva preñada de nuevas competencias conceptuales, cooperativas, sociales, etc., ¿se bastarían éstas para señalar una necesaria recualificación del trabajador? Tampoco. Pues que las competencias movilizadas recualifiquen o no al trabajador, es decir, que se

puedan valorizar en la producción, depende fundamentalmente de una evaluación social previa respecto del valor social de dichas competencias movilizadas. ¿Se trata de competencias ampliamente distribuidas, es decir, socialmente abundantes, ligadas a procesos de socialización informales y, por lo tanto, adscritas a personas con un débil poder de negociación en sus respectivos mercados de trabajos? Entonces, estas competencias no se valorizarán, ni recualificarán a sus propietarios, por abundantes e «importantes» que puedan resultar en los procesos de trabajo. ¿Se trata, por el contrario, de competencias escasas, producto de procesos de formación reglados que suponen años de dedicación y, a la vez, una condición necesaria para la posibilidad de su aplicación laboral reconocida, esto es, un cierre parcial y coyuntural indirecto de ese mercado laboral para sus propietarios? Entonces, estas competencias se valorizarán, recualificando a sus propietarios, por «marginales» o «periféricas» que puedan resultar en los procesos de trabajo. Lo que nos lleva a repetirnos: *los precios (salarios) que reciben las capacidades de trabajo de los asalariados no se siguen de evaluación alguna relativa a su aplicación productiva, esto es, no se siguen del «trabajo» efectivamente realizado, sino del valor social que esas capacidades reciben en un determinado mercado, el mercado de trabajo*. El mercado de trabajo lo que hace es individualizar y jerarquizar las capacidades en función de los costes sociales que supone su producción (en tiempos de formación) y su movilización productiva, es decir, el mercado de trabajo «diferencia» entre categorías de asalariados, no entre los «trabajos» realizados por éstos.

Competencias y empleos flexibles como estrategias de gestión

Despejado el obstáculo que supone el dar por bueno, como ya realizado, ese pretendido «modelo posfordista» por el cual *nuevas* demandas (centradas en la «cualidad») empujarían al empleo de *nuevas* tecnologías (de la información) que conformarían *determinados* trabajos (más conceptuales, cooperativos, lingüísticos, informacionales, etc.), reclamando éstos, finalmente, trabajadores con *determinadas* competencias (sociales, afectivas, comunicativas, creativas, etc.), resta por evaluar el significado y las implicaciones sociales del posfordismo entendido, ya no como «modelo» realizado, o en vías de hacerlo, sino como nueva estrategia de gestión de las capacidades de trabajo. Desde este último punto de vista, habría que partir, como señala Rolle, de que «*la inseguridad de los empleos y la desaparición de los criterios sociales de cualificación no son las consecuencias necesarias de un fenómeno primordial —el pretendido descubrimiento de las capacidades reales de los individuos—* [sino que] *son el fenómeno en sí mismo*» **[Cf.**

Capítulo 6]. Así, cuando hoy se habla de las «competencias», como nuevo criterio para la gestión de los trabajadores en los centros de trabajo (para su selección, su asignación, su promoción, etc.) frente a la antigua «cualificación», pretendiendo con dicho deslizamiento remitir a determinadas cualidades discriminables, objetivables y aprensibles, es decir, transmisibles (ya sea a través de la formación continua, ya sea a través de la experiencia laboral) y presumiblemente características de los nuevos trabajadores y sus actuaciones, no se hace otra cosa que remitir el procedimiento clasificatorio y sus resultados a una pretendida «sustancia» («comunicación», «afectividad», «cooperación», «innovación», «calidad», etc.) con vistas a conferirles la fuerza de «lo objetivo». En realidad procedimientos y resultados clasificatorios penden al igual que antes (cuando eran los títulos educativos y la antigüedad los índices que las orientaban en exclusividad) de la configuración de los mercados laborales, que son los que discriminan a los asalariados entre sí, y de la particularización en las empresas de las negociaciones que regulan las condiciones de empleo de los mismos, particularización posibilitada hoy por los crecientes índices de desempleo y la consiguiente merma en el poder de negociación de muchos asalariados. Por consiguiente, la segmentación y jerarquización «por competencias» de los asalariados en las empresas, sirve de justificación para nuevas prácticas patronales, las adecuadas a esta flexibilización creciente en todo lo relativo a las relaciones (antes unívocas y con vocación de permanencia) entre el puesto que hay que cubrir y las aptitudes del trabajador que se ocupa de él.

Tanto la actual gestión por «competencias» de las clasificaciones y jerarquías de los trabajadores, como las nuevas formas flexibles de empleo, remiten a una situación en la cual los individuos convergen entre sí y activan simultáneamente sus capacidades por períodos limitados, coyunturales, a propósito de operaciones y de secuencias variables. Todo ello ocurre en «*nuevas unidades productivas, complementarias entre sí, que se alquilan las unas a las otras los conocimientos, el material y los clientes, compañías de avión sin avión, firmas farmacéuticas sin taller, agricultores sin segadora y sin tractor que se asocian, el tiempo necesario, a agricultores sin tierra y multitud de fábricas sin obreros permanentes*» [Id.]. El asalariado se identifica hoy cada vez menos con un puesto de trabajo preciso, al tiempo que los puntos posibles de aplicación productiva de sus capacidades se han multiplicado exponencialmente, conformándose las vidas laborales cada vez más en torno a una sucesión de puestos, funciones y empresas diferentes: «*la misma persona puede ser utilizada en un conjunto creciente de puestos y cada puesto puede ser ocupado por una cantidad más grande de personas*» [Id.]. En esta situación, la ligazón del asalariado con sus trabajos ya no pasa por la mediación necesa-

ria de una única organización productiva, por la mediación de una empresa particular. Los trabajadores, por lo tanto, ya no se encuentran en condiciones de que los niveles salariales, las clasificaciones, las condiciones de promoción interna, las prestaciones sociales en términos de ayudas a las familias, a la salud, a la vejez, etc., en esta o aquella empresa, contribuyan a mantener y mejorar de forma duradera sus estatutos sociales y, con ellos, sus condiciones de vida. Así las cosas, y tal como plantea Rolle, ¿cómo conciliar la inestabilidad acrecentada de los empleos con la necesidad que tiene todo ciudadano de obtener una remuneración a lo largo de su vida?

Los nuevos procedimientos de empleo buscan movilizar a trabajadores educados, capaces de ajustarse a tareas diversas, de desplazarse de un lugar a otro (en la región o el país) y de plegarse a las constricciones y los ritmos propios de cada empresa. Trabajadores, pues, polivalentes y, a la par, «disponibles», es decir, susceptibles de ser activados cuando y cómo se les necesita o, lo que es lo mismo, de ser desactivados cuando no se les necesita. Todas estas aptitudes y cualidades que requieren las nuevas unidades de producción ya no pueden, sin embargo, ser producidas, mantenidas, sancionadas y reproducidas en y por ellas: «*la individualización de los empleos significa también, en efecto, la declaración de incompetencia del empleador, que ya no se preocupa más por organizar la vida laboral de sus empleados, sino que abandona a la potencia pública* [al Estado] *su cuidado y mantenimiento durante los períodos de desempleo, así como de su re-educación con vistas a los futuros empleos*» [Id.]. Ahora bien, tal y como subraya de nuevo Pierre Rolle, ¿cómo asegurar una re-socialización de los riesgos que proteja a los asalariados, *fuera de los marcos administrativos y normativos habituales*?

Hoy por hoy, esa imprescindible estatalización de la gestión de las capacidades laborales se combina con el debilitamiento de los marcos y agentes que tradicionalmente venían regulándola. Tanto la organización nacional de la formación como su coordinación con las trayectorias profesionales, tanto la preservación de las remuneraciones y los derechos de los asalariados como el crecimiento y la limitación de los flujos de trabajadores inmigrantes, han venido siendo fijadas por acuerdos resultantes de la actuación de agentes colectivos instaurados por el Estado, los interlocutores sociales, sindicatos y asociaciones patronales, bajo la forma de derechos negociados y condicionales. Con el debilitamiento del vínculo entre el asalariado y la organización, tanto el papel del sindicato como los resultados de sus negociaciones recíprocas con las asociaciones patronales, pierden buena parte de su poder normativo y performativo en lo relativo al conjunto de las condiciones de trabajo y empleo de un cada vez más amplio conjunto de asalariados. La necesidad de

la emergencia de nuevas coaliciones de asalariados transversales a unas y otras organizaciones productivas, a unos y otros centros de formación y reciclaje de sus capacidades laborales, a unos y otros mercados de trabajo e, incluso, a unos u otros países empieza desde ya a perfilarse:

> El derecho del trabajo se aplica, en primer lugar, por medio de ese organismo particular que es la empresa (...). La gestión estatal de la fuerza de trabajo colectiva que persigue pilotar a la vez su masa, su estructura y sus asignaciones, se ejerce, evidentemente, por múltiples canales. Concierne a las políticas familiares, o a las políticas de educación, o también a las de la inmigración, tanto como a las decisiones que disciplinan los puestos efectivos. Pero las reglas que fijan las tasas salariales, los procedimientos de empleo, las duraciones del trabajo, las ayudas al aprendizaje y a la reconversión, y todas aquellas que influyen directamente sobre el nivel de vida y la formación de los trabajadores, se imponen, de hecho, por medio del contrato salarial. Es por ello que en nuestra sociedad, el trabajador no adquiere sus derechos como tal hasta que no consigue ser contratado por una firma.
>
> Los equilibrios colectivos y las opciones gubernamentales se realizan también por medio del contrato de trabajo que abre al individuo no sólo el acceso al consumo individual, sino igualmente a los consumos y servicios públicamente garantizados. Esta dualidad se expresa claramente en los equívocos conflictos actuales. El acceso de un trabajador al estatuto de independiente significa, sin duda, su emancipación, pero igualmente la pérdida de todos sus derechos sobre la solidaridad administrativamente instaurada entre los asalariados. La autonomía, es decir, la abolición de toda distancia entre la empresa y su empleado, es inmediatamente mercantilizada y cedida en contratos de empresa a empresa que pueden ser tan apremiantes, y serlo de idéntica forma, como los antiguos contratos salariales. Muchos movimientos se organizan actualmente para conseguir que las ventajas del salario social se extiendan a situaciones que no suponen ya la pertenencia de un trabajador a una empresa (...). Esto significaría, en cierta medida, el reconocimiento de que el contrato de trabajo no es la única forma que pueden adoptar las relaciones salariales y que éste no agota su dinamismo.
>
> Parece entonces que podríamos sostener que, en su definición más amplia, la relación salarial es el sistema económico y social en el que el trabajador es libre, separado radicalmente de los medios de producción, los únicos que pueden transformar su actividad libre en trabajo. Es remunerado para mantenerse en tanto que trabajador, mientras que las instituciones y el aparato de producción se reconstituyen permanentemente frente a él. ¿Qué sería entonces el contrato de trabajo? En la práctica, un contrato de participación en la empresa. El individuo no se contenta con efectuar una tarea dada: ve cómo se le ofrece, más allá de la tarea, un derecho a cumplir otras operaciones para la misma dirección, en la medida en la que acepta verse sometido a la discrecionalidad de ésta última. La

> desaparición de la forma tradicional de la empresa, si se realiza, y la constitución de unidades de producción múltiples, religadas por convenios, dependencias, sinergias diversas, no significarían como tales la desaparición de la relación salarial. Puede que resulte preferible decir: si las nuevas modalidades de la producción transforman los intercambios y las circulaciones propias de la economía salarial hasta hacerla irreconocible, no podrá ser más que desarrollando hasta el límite la separación del trabajador y del trabajo, y no confundiéndoles de nuevo, como se nos sugiere por todas partes. Podemos esperar un más allá de la relación salarial pero no su regresión [Rolle, 2003: 160-161]

7. ¿Qué clase obrera?

El diagnóstico que nos ha esbozado el análisis de Pierre Rolle supone implícitamente que la clase de los asalariados no sólo no ha desaparecido sino que su evolución y sus transformaciones implican actualmente a la totalidad del desarrollo económico y social en nuestras sociedades. Pues ¿en qué consisten el grueso de las políticas estatales contemporáneas sino en una gestión de las condiciones de reproducción de la clase de los asalariados a partir de las deducciones operadas sobre sus ingresos? Se trata de una gestión de las condiciones de producción, reproducción, mantenimiento y reciclaje de esa clase *a partir de ella misma, pero sin ella*. Cuando la clase de los asalariados se ha convertido en el objeto prioritario de las instituciones y políticas de los estados modernos, su misma existencia social se confunde con dichas instituciones, invisibilizándose. Así, la clase obrera —lo mismo que el «trabajo» o la «cualificación», como ya hemos tenido ocasión de señalar más arriba— ha sido generalmente abordada por sus analistas como un estado estable, identificable con una serie de características y cualidades ligadas a los contenidos de sus puestos de trabajo o de sus prestaciones laborales (que sean manuales o intelectuales, más o menos automatizadas, más o menos autónomas, con un mayor o un menor uso del lenguaje, etc.); identificable con las competencias y los procesos formativos movilizados (habilidades «femeninas», usos del lenguaje, saberes-hacer o saberes formales de tipo técnico-científico, habilidades relacionales, etc.); con sus composiciones sociodemográficas en un momento determinado (la clase obrera «feminizada», «racializada», «multinacional», etc.); o equivalente a algunos de los diferentes estatutos jurídicos que la acompañan (hablándose, por ejemplo, de una clase obrera «precarizada» contrapuesta a otra clase obrera «asegurada» y «estabilizada»).

La parte que contiene y supone el todo

A priori, todo parecería indicarnos que la heterogeneidad y amplitud de situaciones, características y cualidades identificables como «obreras» en un momento histórico determinado (no digamos ya a lo largo de la propia historia de las sociedades salariales), nos colocaría en la tesitura de tener que elegir entre:

a) reconocer que no hay continuidad alguna en la disparidad de situaciones y segmentos de la clase asalariada que nos permita hablar de la existencia de una clase asalariada unitaria (lo que nos llevaría a afirmar que existen tantas clases obreras como cualidades y características «definitorias» reseñadas, posibilidad ésta que, a medio plazo, implica el reconocimiento de la ineficacia en términos políticos y explicativos del concepto de clase);

b) realizar una aproximación metonímica a las clases sociales en la que la *parte* (por ejemplo, determinadas figuras obreras —obrero-masa, obrero sublime, obrero metalúrgico, obrero multinacional, trabajadora de cuidados, trabajador inmaterial manipulador de símbolos…—adscritas a determinados contenidos del trabajo, hábitos de consumo y formas de vida, trayectorias formativas y competencias movilizadas en el proceso de trabajo, comportamientos políticos, etc.) reemplace al *todo* (a esa clase asalariada que se antoja inexpugnable y opaca desde su aproximación en tanto que colección de situaciones y cualidades dispares e inconmensurables entre sí). En este sentido, la crisis o mutación de la primera (la parte) conllevaría necesariamente la crisis o transformación —cuando no desaparición— de la segunda (el todo).

Dicho con menos palabras: o el reconocimiento de que no hay clase obrera, sino clases de obreros (y nos quedamos sin clase obrera —como categoría explicativa y como sujeto político—); o el intento de ver a la clase obrera en cualquier obrero, y acabar viendo la crisis de la clase obrera en la desaparición de esa figura obrera elegida arbitrariamente (y nos quedamos, de nuevo, sin clase obrera, pero la seguimos buscando —y encontrando— sin cesar) [**Cf. Capítulo 8**].

Desde esta última aproximación, la del deslizamiento metonímico, puede entenderse el permanente estado de sorpresa en el que viven las ciencias sociales y los discursos y prácticas militantes frente a las perpetuas modificaciones a las que se encuentran sometidas por definición las condiciones de vida y

trabajo de los asalariados. Cuando se identifica al conjunto de la clase de los asalariados con alguno de sus segmentos y sus condiciones de vida y/o trabajo (por ejemplo, las figuras del obrero metalúrgico o del trabajador fordista ligado a la cadena de montaje que durante mucho tiempo alimentaron los discursos y propuestas políticas de la izquierda), cuando se identifica, pues, un «centro» definido, una figura obrera arquetípica (existente en acto —los obreros manuales, por ejemplo— o como tendencia dominante —los obreros manuales de hoy serán todo el proletariado de mañana—), la aparición de nuevas figuras obreras, dotadas de características y cualidades diferentes a las previamente existentes, será interpretada necesaria e inmediatamente como la emergencia de una «nueva clase obrera», y/o como la «desaparición de la clase obrera». Así, por ejemplo, la consolidación a lo largo de la segunda mitad del siglo XX dentro de los países occidentales de una fuerza de trabajo altamente escolarizada y que se orientaba hacia actividades de servicios, o bien que ocupaban posiciones intermedias como técnicos, fue percibida como una disolución progresiva de la «clase obrera».

¿Qué desaparecía o se disolvía? La clase representada por ese obrero varón, dedicado a trabajos manuales, descualificado y «desposeído» de su autonomía profesional como consecuencia de la fragmentación del trabajo y la «desposesión de los saberes» iniciada con el taylorismo y profundizada con el fordismo. Un obrero varón con una fuerte identidad de oficio y una elevada vinculación a movimientos reivindicativos de tipo sindical o partidos políticos de adscripción socialista o comunista. Para unos, el debilitamiento de las figuras obreras tradicionales y de su peso en la configuración identitaria de los individuos y de la sociedad (sociedades en las que la ciudadanía estaba ligada al reconocimiento del trabajo como principio constituyente del orden social) no podía significar más que la desaparición de la clase obrera o, por lo menos, la pérdida de la centralidad social, política y explicativa que hubiera tenido hasta entonces (un buen ejemplo de estos análisis nos lo proporcionan las teorías de las sociedades postindustriales). Para otros, la emergencia de tales composiciones obreras novedosas no significará tanto la desaparición de la clase en tanto que protagonista social, como un continuo movimiento sísmico en el que cada transformación desembocaría en un nuevo estado (estable) en ruptura con las composiciones obreras previas. ¿Cómo es pensada esta ruptura con el pasado? En términos de una recomposición generacional y sexual de las nuevas condiciones obreras de vida, en el paso de la descualificación a la re-cualificación, en nuevos comportamientos políticos y nuevas propuestas organizativas (como el rechazo al trabajo y a la adscripción a una identidad obrera de oficio, o la crisis y el enfrentamiento con las estructuras partidistas y sindicales tradicionales

del movimiento obrero), en la supuesta recuperación de la autonomía profesional «robada» por los dispositivos tecnológicos, políticos y organizativos de las empresas, etc.

Esta tendencia a la deducción de las características de la clase a partir de alguna figura obrera determinada (y de sus «condiciones de vida y/o trabajo»), esta tendencia, pues, a definir una figura obrera como central, arquetípica o especialmente significada tiende: en sus versiones *duras*, a identificar movimiento social con «movimiento obrero» y, a éste, con una figura «central» y sus «condiciones»; y, en las versiones *blandas*, a no propugnar una centralidad social única (ni del «movimiento obrero» como sujeto, ni de una única figura dentro de él), pero sí un protagonismo social especial de algunas de estas figuras y sus «condiciones», en tanto que depositarias de una nueva radicalidad potencial. Esta radicalidad condensaría, de modo especialmente sobresaliente, las contradicciones del modo de acumulación vigente o las nuevas cualidades predominantes de la fuerza de trabajo (el «precariado», las trabajadoras de cuidado, el trabajador inmigrante, los manipuladores de símbolos, etc.).

Algo en lo que coinciden ambas versiones, *duras* y *blandas*, es en postular, de modo más o menos explícito, una anterioridad, una primacía, una exterioridad de la clase obrera con respecto al capital y los procesos de producción y valorización. ¿Por qué? Porque en ambas versiones los trabajadores disponen de unos saberes, unas prácticas, unas tradiciones y, en fin, unas competencias propias que habrían sido configuradas con anterioridad a los procesos (concretos) de trabajo. ¿De donde vendría esta anterioridad y exterioridad de las cualidades y subjetividades obreras? De las comunidades obreras y los oficios a los que pertenecían, para el primer caso; de las redes de cooperación social y de cuidado actuales, para el segundo. En ambos casos, el problema, el conflicto, radicaría en la expropiación «injusta» (por la organización patronal, por el sistema de máquinas, por dispositivos biopolíticos…) de estos saberes y competencias. ¿Cómo se realizaría, según estos discursos, la expropiación «injusta»? Bien bajo la forma del mando, imponiendo trabas al pleno desarrollo de las cualidades cooperativas del trabajo; bien aprovechándose de ellas, utilizándolas y apropiándoselas sin reconocerlas, por ejemplo, en términos de cualificación y de sanciones salariales y simbólicas.

Más allá de que la adscripción de determinadas cualidades sociales y/o políticas a estas nuevas cristalizaciones de la clase asalariada fueran más o menos acertadas en términos empíricos e históricos, más allá, pues, de que los obreros de los que nos hablan estos discursos hayan existido alguna vez, o hayan representado esa mayoría que nuestros analistas no dudan en afirmar (y

que hemos cuestionado ya al hilo de las demostraciones de Saunier), el problema crucial radica, a nuestro juicio, en una ausencia total de conexión entre unas y otras figuras, en una falta de atención a los *procesos y relaciones* que articulan las figuras obreras novedosas con las anteriores. Los procesos de cambio social e histórico o, dicho de otra manera, la temporalidad de las dinámicas sociales que embridan de modo complejo tiempos pasados, presentes y futuros, desaparecen de los análisis, quedando aniquilados en un mero sumatorio de retazos de tiempos sincrónicos. Esto es, los distintos acontecimientos, períodos y procesos sociales e históricos son situados en una especie de sucesión ordenada, en la que toda idea de procesualidad (¿cómo se producen los cambios? ¿qué complejas tramas permitirían comprenderlos?) queda reducida a una contraposición simétrica de momentos: el obrero sublime que cede paso al obrero masa, éste al obrero social y éste último al intelecto general o la multitud, por ejemplo. Todas las figuras obreras, consideradas así, son movilizadas como los personajes de la serie de televisión «Érase una vez el hombre»: son los sabios y los buenos (el Maestro, Pedro, Flor y Gordo), frente a los empresarios, los necios y los malos (el Tiñoso y el Canijo). Personajes todos ellos que, si bien ataviados con diferentes indumentarias, reproducen, en los diferentes escenarios históricamente considerados (la manufactura, la industria serializada, el toyotismo y la especialización flexible, la nueva economía de la comunicación y el ocio, etc.), una eterna oposición inexplicada, dada por supuesta, entre «dominantes» y «dominados», oposición presumiblemente articulada en torno al «control» de las actividades humanas. Las explicaciones del cambio suelen adoptar entonces caracteres excesivamente simples, colocando su origen, unas veces, en las innovaciones tecnológicas (desarrollo de las tecnologías de la información, por ejemplo), otras, en subjetividades y procesos de lucha que pondrían contra las cuerdas el modelo de acumulación existente en el momento anterior. En ambos casos, un factor externo al desarrollo o mutación considerada (el desarrollo de la tecnología, el devenir de una subjetividad ontológicamente instituyente, de un nuevo sujeto político, etc.) es el que impondría nuevas formas a un supuesto conflicto finisecular, eterno, que antagoniza las relaciones entre «los de abajo» frente a «los de arriba» desde el principio de los tiempos.

Así, cuando se identifica a la clase asalariada con un estado estable «x» (sea el que sea y por más que construyamos dicha configuración estable de modo más o menos cuidadoso y complejo, incorporando un mayor número de variables, como hacen, por ejemplo, Beaud y Pialoux [1999], quienes extienden el análisis al conjunto de sus formas de vida en sus barrios, escuelas, en sus formas de ocio, etc.) todo debilitamiento de dicho estado, toda mutación suya, nos conduce necesariamente a deducir un debilitamiento o una mutación paralelos

de la clase asalariada. Lo que nos permite deducir casi todo de casi nada: ¿queremos apostar por el inevitable eterno retorno de una clase naturalmente revolucionaria, rebelde a toda coacción sobre su actividad? ¡Abundemos entonces en descripciones pormenorizadas de las prácticas «autónomas» de los nuevos jóvenes universitarios empleados como trabajadores independientes en la industria de la comunicación y el ocio, por ejemplo! ¿Consideramos, por contra, prioritaria la defensa de las conquistas obreras impulsadas por el movimiento obrero tradicional? ¡Centrémonos entonces en la derrota vital y simbólica sentida por los ancianos obreros especializados de la industria automovilística ante su relevo por una fuerza de trabajo joven y precarizada!

Evidentemente, nuestras descripciones de unos y otros nos dirán cosas acerca de sus condiciones de vida y trabajo, lo que es más dudoso es *que de ellas podamos inferir consecuencias, en términos de explicación o comprensión, para la generalidad de la clase, de las clases o de las formas que adoptan hoy sus conflictos*. Para lograrlo necesitamos una reflexión, un marco teórico previo explícito acerca *del funcionamiento de conjunto de las relaciones sociales* en el que dichas condiciones de clase se inscriben. Esta necesidad difícilmente podemos darla por resuelta mediante apelaciones abstractas y gruesas a la lucha de clases «como motor de la historia». Pues si, pongamos por caso, damos por supuesto que «burguesía» y «proletariado» traducen hoy, naturalmente, el mismo tipo de vínculo y de conflicto que en la antigüedad ligaba y enfrentaba entre sí a los esclavos con sus amos, o a los siervos de la gleba con sus señores feudales, ¿cómo explicarnos entonces la metamorfosis histórica de «dominados» y «dominantes» en unas y otras figuras? ¿Cómo explicar que en un momento de la historia esa oposición eterna adopte la forma de siervos de la gleba y señores feudales y, años después, la de empleados y empleadores capitalistas? Y si, por el contrario, convenimos en dotar a los vínculos que ligan al trabajador asalariado con su empresa y sus gestores y propietarios, instituyéndolos como tales actores sociales, de cierta especificidad histórica, ¿cómo podemos autorizarnos alegremente a hacer recaer sobre las espaldas de uno de ambos protagonistas (lógicamente inexistente socialmente como tal actor antes de la institucionalización y generalización de dicho tipo de vínculos) la responsabilidad de la fundación histórica de los mismos? Es decir, ¿cómo podemos pensar en la burguesía, por ejemplo, como actor social responsable de la instauración del capitalismo cuando es, a todas luces, un actor o una clase resultado de dicha organización social? ¿O cómo postular la primacía explicativa y ontológica del trabajo frente al capital cuando la configuración del mismo como sujeto político y sociológico (la clase obrera) se encuentra ligada a la propia consolidación de las relaciones capitalistas y su generalización vía la gestión estatal de las mismas?

Las respuestas habituales a estas cuestiones: una «evolución» histórica, cultural o tecnológica, en sí misma y por sí misma, para la primera pregunta, y una «subjetividad ontológica instituyente» adscrita a la *praxis* humana, para la segunda y tercera; son respuestas que nos conducen permanentemente a esencias metafísicas, transhistóricas y supra-sociales. Es decir, a elementos explicativos que se mueven fuera de la historia, de la sociedad y que remitirían, en última instancia, a reflexiones acerca de cómo deberían ser las cosas, de cómo querríamos que fuesen; reflexiones alejadas, muy alejadas, del análisis (más o menos aproximativo y desagradable a veces, ¡claro!) de cómo son efectivamente. En estos discursos es cuestión, por tanto y en última instancia, de fe: en la Historia, la Cultura o el Libre Albedrío, según los gustos. En otras palabras, «*la proposición según la cual un modo de análisis* [en este caso, el análisis de las relaciones sociales contemporáneas en términos de lucha de clases] *no es una interpretación, sino la traducción del movimiento mismo del universo, sólo tiene un significado teológico*» [Rolle, 1974: 361].

Las clases sujetas al movimiento de la relación social que las conforma

Así las cosas, ¿cómo abordar las clases sociales? ¿Qué valor explicativo —y que potencialidad política—puede tener aún dicho término —y dicho sujeto—en un momento en el que las continuas desestructuraciones y reestructuraciones acaecidas parecen haberle ido borrando el rostro hasta volverlo prácticamente irreconocible en su fragmentación? Es más ¿tiene sentido aún seguir hablando en términos de clase? Y, si fuera así, ¿de qué modo hacerlo?

Empecemos por lo más obvio: ¿por qué no considerar que el trabajo se transforma permanentemente y que el dinamismo de la relación salarial lo que hace es convertir al asalariado en inestable por definición en relación al puesto de trabajo que eventualmente ocupa? Nos encontraríamos entonces ante la necesidad de reconocer que la clase obrera está siempre y de modo simultáneo en descomposición y recomposición [**Cf. Capítulo 7**]. Es decir, no se trataría de obviar las transformaciones, innegables, que sufre la clase asalariada para seguir remitiéndonos a sospechosas figuras obreras aparentemente inmutables o cuya mutación no puede conllevar sino la desaparición de la clase obrera como tal. Se trataría, más bien, de ligar el concepto de clase obrera a una hipótesis explicativa capaz de integrar —y de estar constituida por— esa dimensión de cambio continuo resultante de la propia inestabilidad, precariedad y temporalidad de los (des)equilibrios que nutren la relación salarial. La relación

salarial (aquella relación establecida entre las configuraciones de los puestos de trabajo y la estructura y jerarquía de las poblaciones que los ocupan de modo temporal y condicionado) arma los *ires* y *venires* entre empleo y desempleo, entre formación y empleo, entre actividad e inactividad, entre organización de tiempos de ocio, tiempos formativos, tiempos de trabajo (a escala individual y colectiva) de los individuos y de determinados grupos sociales (mujeres, inmigrantes…).

Nos encontraríamos aquí ante la necesidad de admitir que, en efecto, existe una relativa autonomía entre la configuración de los procesos de trabajo concretos (división de los trabajos) y la constitución de las colectividades de trabajadores (división de las poblaciones). Sin embargo, tal y como venimos señalando, lo que necesitamos es dar cuenta de cómo uno y otro polo se articulan permanentemente. En otras palabras, las competencias que puedan tener los trabajadores, sus formaciones adquiridas, sus capacidades productivas y cooperativas sólo se materializan y se traducen en términos de cualificación y salarios (y, en definitiva, en nuestra sociedad, en términos de reconocimiento social, sirviendo como principios de distinción, diferenciación y ordenamiento de las poblaciones) si son empleadas en procesos productivos concretos. La hipótesis teórica contenida en el concepto de relación salarial, desde nuestro punto de vista, lo que trata de formular no es tanto una contraposición de tipo ontológico del trabajo vivo frente al capital, como *el tipo de imbricación —siempre temporal y disputada— que se establece entre ambos polos*.

La clase asalariada y la multiplicidad de condiciones sociales diferentes que la constituyen no remiten a una composición técnica o social determinada y precisa, sino que éstas sólo resultan inteligibles a la luz de *hipótesis* que, tal y como señalábamos, logren dar cuenta del movimiento profundo y de las conexiones que una y otra vez conectan poblaciones divididas y segmentadas con procesos de trabajo diferenciados, permitiéndonos, posteriormente, intervenir políticamente desde dentro de estos procesos, no desde ningún afuera previo.

Así comprendida, la clase social constituye, por un lado, tanto el resultado —en y desde la investigación (una herramienta conceptual)— de la aplicación de determinadas hipótesis teóricas; como, por otro lado, una apuesta política (un proyecto de «sujeto» para la intervención en la esfera pública). Reactualiza así en ella la tensión y la quiebra entre explicación científica y acción política, resultantes, simultáneamente, de su proximidad, de su mutua contaminación (tensión), y de la imposibilidad de disolver plenamente la una en la otra (quiebra). Se trata de una tensión y una quiebra constitutivas, asimismo, de las ciencias sociales como *discurso* —evidentemente performativo y con numerosas

consecuencias políticas y sociales—, discurso que se sitúa siempre a un paso de la acción política: la reconoce, la intuye, *pero no se confunde con ella*, generando así en no pocos científicos sociales buen número de frustraciones y una buena dosis de desorientación que les lleva a propugnar un salto adelante. Este salto consiste generalmente en aplanar la complejidad y lo accidentado del relieve que configura el vínculo entre acción política y producción científica de conocimiento. Lo que constituye dos ámbitos, una y otra vez confrontados entre sí, dotados de temporalidades y recursos propios, lógicas y determinaciones específicas, queda confundido como un todo y un único momento. La escisión —social, si bien vivida también, de manera esquizofrénica biográficamente— que nos constituye en tanto que científicos sociales (dependientes de fondos y recursos estatales o privados ligados a grandes empresas y grupos de interés) y/o activistas políticos (o simplemente «ciudadanos» a los que les da por ejercer dicha «ciudadanía») pretende así ser depuesta por decreto, borrada de un plumazo. A medio plazo, las verdaderas perjudicadas son tanto nuestra capacidad de generar conocimiento —parcial, temporal, disputado, situado, conflictivo—de cuanto nos rodea, como la propia acción política, que se ve privada de la posible fuerza derivable de la disponibilidad de ese conocimiento, al tiempo que es despotenciada y parodiada por nuestra pretensión de igualar nuestras investigaciones sociales (con sus determinaciones y limitaciones propias) a las intervenciones políticas (otra cosa muy diferente sería prestar atención a las consecuencias y traducciones políticas de dichas investigaciones o a que éstas estén atravesadas por *lo político*).

Nuestros problemas —científicos y políticos—radican en que —lo mismo que ocurre con el «trabajo»—la «clase social» debe ser construida sociológica y políticamente si queremos evitar asirla de modo opaco o distorsionado. Estaríamos muy equivocados si creyésemos que, independientemente del dispositivo de observación —y de la maquinaria política—que manejemos —y de la que nos dotemos—la «clase social» tendría necesariamente que mostrársenos. Ocurre más bien al contrario: la clase social no tendrá cabida en nuestros análisis si los dispositivos de observación no han sido construidos con los requisitos necesarios para asirla o bien no hará sino sugerir explicaciones de escaso interés y relevancia, cuando no directamente falsas. Del mismo modo, nuestros dispositivos de acción política tampoco lograrán incorporar y movilizar a la clase social como sujeto si previamente no se han dotado de una comprensión no simplificadora de sus dinámicas, límites y determinaciones.

Así pues, a no ser que estemos previamente convencidos de la «transparencia» de la realidad social (y, por lo tanto, de la utilidad de las categorías y recursos del sentido común para explicarla), o nos apostemos tras principios-

bálsamo, como el de la no determinación de la actividad humana, que nos permitan eliminar la polisemia y ambivalencia de los procesos sociales, deberemos asumir que las clases sociales no son una realidad autoevidente, dotada de la contundencia y densidad ontológica propias de aquello que «no puede no ser». Si se tratara de apostar por realidades evidentes y mucho más manejables en términos analíticos y políticos, el «individuo», sin ir más lejos, parece una realidad bastante más «palpable» (más allá de la crítica a su pretendida unidad psíquica, al principio de consciencia —y de inconsciencia—, o a la supuesta naturalidad de su constitución como cuerpo, género y sexo). El problema radica en que en una realidad social atravesada por, y organizada en torno a, procesos y dispositivos abstractos (procesos y dispositivos que la constituyen como algo diferente a la mera suma de sus elementos), la visibilidad y «naturalidad» de las formas de su presencia empírica (que se las pueda «tocar») no asegura en absoluto su relevancia explicativa, no digamos ya su performatividad política.

El miedo y el rechazo a pensar la abstracción, y la consiguiente reducción de la realidad al sentido común y al empirismo más ingenuo (que afirma, por ejemplo, que lo local es más «real» que lo global, o que entienden que son los mismos sujetos implicados quienes mejor pueden dar cuenta de su situación), derivan de las dificultades evidentes para encontrar mediaciones simples y directas con las que intervenir políticamente a partir de esta definición de los procesos de dominación y explotación presentes en la modernidad capitalista como procesos mayormente abstractos e impersonales (lo cual no implica, evidentemente, que no se incorporen, es decir, que se hagan cuerpo y reactualicen en la escala más micro de lo social). La reflexión sobre las «clases sociales» nos coloca así en este campo de batalla en el que la intervención en la esfera pública y la explicación científica se dan la mano —…o de bruces—, mostrándonos las paradojas y tensiones existentes entre acción política y producción de conocimiento.

8. ¿Qué crítica del trabajo?

Acabamos, pues, de ver reformulado el problema de la clase, que no se puede resolver ni considerándola como la suma de los caracteres concretos presentados por los individuos que la componen, ni como una categoría a-histórica e inmutable, ontológica, idéntica a sí misma en lo esencial a través de sus diferentes

vicisitudes históricas. La clase no puede remitirse a un concepto aislado, relacionado directamente con lo concreto (comportamientos, estatus, profesiones, actuaciones y conocimientos productivos, etc.) y que, bien expresaría directa y espontáneamente las transformaciones sufridas por esos comportamientos, estatus, profesiones, actuaciones y conocimientos, bien les impondría una forma determinada («subjetividad» ontológica que impulsaría la inmaterialización, socialización, comunicación, afectividad, etc., de las *praxis* laborales y sociales). Como plantea Pierre Rolle [1974: 359]: «*la clase depende de un sistema de clasificación que hay que estudiar en tanto tal*». Este sistema de clasificación toma permanentemente formas diferentes que hay que investigar en sí mismas con vistas a poder determinarlas: combinaciones y articulaciones múltiples de diferentes tipos de trabajadores para unas u otras funciones productivas, distribuciones modificadas de los anteriores sobre el aparato productivo, repartos múltiples de unas u otras competencias técnicas y aptitudes sociales, etc.

Todas estas transformaciones, permanentes, en la composición de la clase de los asalariados, se encuentran dinamizadas e impulsadas por el mecanismo que separa y flexibiliza progresivamente las relaciones entre los trabajadores, sus condiciones de vida, sus formaciones, por un lado; y los puestos de trabajo, las características técnicas de procesos y productos y la realidad organizativa de las unidades de producción, por el otro. Este mecanismo *es* la relación salarial. Evidentemente dicho mecanismo separa y flexibiliza cada vez más profundamente esas relaciones para, seguidamente, volver a atarlas entre sí coyunturalmente; tal es su *sino*. Las condiciones de vida de los asalariados deben seguir dependiendo de sus asignaciones a determinados puestos: asignaciones orientadas por determinadas formaciones cumplidas, estrechamente ligadas a sus sanciones y recompensas sociales y económicas; puestos de trabajo siempre adscritos a determinadas organizaciones productivas. Ahora bien, tanto las *frecuencias* temporales en las que dichas asignaciones son revisadas, como la *extensión* social posible de las mismas para las diferentes categorías de trabajadores se han venido *acelerando* y *ampliando*, respectivamente, de forma exponencial en los últimos decenios. Merced a lo cual puede concluirse que en el trabajo asalariado se confirma y extiende progresivamente la autonomía o independencia de los movimientos y tiempos de las poblaciones y los movimientos y tiempos de las relaciones productivas y técnicas. «*Podemos describir su movimiento como una liberación contradictoria del trabajador o como una emancipación del aparato técnico*» [Id.: 347].

El trabajo entendido como actividad en la base de demasiadas propuestas

«Liberación contradictoria», ya que esta ruptura y flexibilización progresiva de los lazos que ataban a los trabajadores con los puestos de trabajo, es decir, esta emancipación del trabajador con respecto al oficio, la extensión de la formalización, la socialización, ampliación y banalización de sus conocimientos, la liberación de las relaciones y los tiempos sociales de la vida de los trabajadores de su sujeción unilateral a determinados puestos y empresas, presenta también otra «cara». De entrada, hoy toma la forma de mayores niveles de inseguridad, precariedad y riesgo, es decir, toma la forma de unas relaciones y unos tiempos sociales cada vez más presididos y determinados por la omnipresente espada de Damocles del desempleo: «*el individuo ya no está condicionado por su función, lo que quiere decir que ya no está unido a ella, pero también que es reemplazable. La independencia del trabajador con respecto a su adscripción a un puesto de trabajo toma la forma de la impotencia, de la subordinación, de la adaptación forzosa a puestos no pensados expresamente para él*» [Id.: 349].

Muchos, demasiados análisis actuales arrancan unilateralmente de estas consecuencias negativas del movimiento de la relación salarial con vistas a exorcizar la posibilidad contenida en él del fin del trabajo asalariado mismo: «frente al desempleo y el trabajo basura, más trabajo y empleos más estables como mal menor». Otros, por el contrario, han venido planteando, como ya hemos visto, tanto la insignificancia de la realidad salarial adscrita al trabajo (en tanto mera «representación») como, incluso, su carácter ya exclusivamente retrospectivo, como «caso límite» que únicamente operaría con cadenas y cronometrajes, un «caso límite» que la evolución sufrida por la realidad concreta del trabajo, en tanto que *praxis* humana, ya habría periclitado definitivamente para nuestro presente. Así, bien el horror, bien la esperanza del fin del trabajo asalariado «*obsesiona a nuestra sociedad, hasta ocultarle a veces su propia realidad, realidad en la que este modo de producción se continúa y se transforma simultáneamente*» [Id.: 348]. Todos estos análisis —tanto los «horrorizados», como buena parte de los «esperanzados»—, disimulando la originalidad y especificidad histórico-social del trabajo asalariado, van a conducir hacia «soluciones» que mantienen las formas del trabajo asalariado en lugar de destruirlas. Veámoslo considerando algunas de las «soluciones» implícitamente vinculadas con estos diagnósticos tal y como hoy circulan en muchos ámbitos de izquierdas, ordenándolas de menos a más, en lo relativo a su nivel de «radicalismo»: las tasas impositivas al capital especulativo o financiero, la transformación cultural de las formas de trabajo y de consumo y la renta básica o salario ciudadano universal.

El capital financiero tiene la culpa

La primera de estas soluciones, «horrorizada» por la posibilidad del fin del trabajo asalariado, se apoya, generalmente, en el siguiente diagnóstico: la distinción entre un proceso de producción general —fuente de riquezas en la forma de bienes y servicios, salarios y reinversiones generadoras de nuevos salarios— y una «deducción» parasitaria sobre dichos ingresos, que no vuelve a la producción y que define a una clase que vive de las actividades de todos los demás: los propietarios del capital financiero. Éstos compondrían entonces la única clase propiamente merecedora del calificativo de «capitalista». Bajo sus espaldas reposaría, pues, la responsabilidad última del fenómeno del desempleo y la precariedad que esclavizan actualmente nuestros tiempos y vidas.

Este tipo de condena de *lo financiero* supone despojar al proceso de producción capitalista de sus características específicas, que en ningún caso consisten fundamentalmente en la producción de riqueza material, a secas, sino en la reproducción de un determinado tipo de vínculo social general caracterizado por la explotación: ese vínculo que separa permanentemente al trabajador de sus medios de producción, que autonomiza el proceso de trabajo mediante el consumo de trabajo vivo y cuyo motor inmediato, a través de la aceleración y la ampliación de dicha separación, es la extorsión de más y más tiempo de trabajo humano bajo la forma de beneficios. En esos otros planteamientos, sin embargo, el proceso de producción como relación de explotación ha desaparecido para convertirse en la forma natural y eterna de la producción: despojando al «trabajo» de sus características específicamente capitalistas, éste se nos presenta aquí como mera acumulación de riquezas materiales para la sociedad. Se trata, pues, de una explicación que hace *como si* las relaciones salariales, la modernidad o el capitalismo (llámese como se quiera, poco importa) no existiesen o, como mucho, consistiesen en una forma diferente y modificable sin mayor problema de repartir la riqueza general producida por la sociedad (¿cuál?) de forma neutra o natural (¿cómo?). Basta, pues, con dotarse de mecanismos *justos* para distribuir lo producido y, eventualmente, deshacerse de los capitalistas parasitarios, para que el orden, la paz y la concordia *vuelvan* a nuestras vidas.

Enfocado así el problema, el desempleo, evidentemente, no tendría ninguna razón de ser, no sería más que el resultado contingente de trabas exteriores al proceso natural de la producción. El proceso natural de la producción encontraría su culminación en el desarrollo de «actividades sociales útiles», donde el «capitalismo» (asimilado al capital financiero) no constituiría más que una colección de obstáculos. Así, considerar la utilidad como criterio

primero de selección de las actividades desarrolladas en el interior del proceso de producción existente termina por despojar a ese proceso de toda particularidad histórica.

El consumismo, el productivismo y el despotismo industriales tienen la culpa

Esa interrogación crítica sobre «el sentido de lo que se produce», apoyada en la utilidad social de la producción y sus resultados, se ha convertido actualmente en bandera y lugar común tanto de los planteamientos «horrorizados» como de los «esperanzados» en relación con la posibilidad del fin del trabajo asalariado. La última palabra de esta crítica versa sobre la utilidad de la producción, sobre su carácter a menudo «nocivo», sobre la declaración de que las riquezas existen para asegurar la subsistencia de todos y que el verdadero problema reside en su reapropiación y su reparto. Así pues, la cuestión del «sentido de lo que se produce» trata de distinguir, en el interior de los procesos de trabajo, entre trabajos socialmente «útiles» y trabajos socialmente «inútiles» o «nocivos». Pero tomando como punto de referencia el trabajo efectivo, las *praxis* laborales, el trabajo concreto, esta distinción es tan imposible de establecer como la de las «verdaderas» y las «falsas» necesidades sociales (salvo por medio de una antropología idealista, es decir, de la definición apriorística de una pretendida «naturaleza humana universal», dotada de necesidades también universales).

Este tipo de crítica del «trabajo» se aleja de la crítica de una relación social (la moderna o salarial) para centrarse en una crítica naturalista de la actividad humana: el trabajo asalariado, convertido en «trabajo» a secas, ya no es criticado más que por sus finalidades, es decir, por las utilidades sociales que de él resultan o por las modalidades de su ejecución. Se transforma así una relación social, el trabajo asalariado, en una colección de determinaciones formales de las actividades humanas, es decir, actividades más o menos forzadas, dominadas, jerarquizadas, sometidas, inconscientes, inútiles, nefastas, etc., dentro de los espacios sociales inmediatos (empresas, talleres, oficinas, quirófanos, aulas, etc.) reservados para su despliegue. Esta crítica del «trabajo» entendida como crítica a la utilidad social de las actividades, transforma la abolición del trabajo asalariado, que sólo puede ser la abolición de una relación social, en abolición de una forma de relación entre el hombre, la naturaleza y los instrumentos que utiliza para transformarla. Se trata, pues, de abolir una forma de «actividad

humana», o, incluso, de organizar diferentemente la forma que tiene hoy y hacerlo en función de las utilidades que genera. Habría, pues, una realidad primera, el trabajo social, el sumatorio de las actividades individuales (organizadas, distribuidas y movilizadas colectivamente no se sabe bien por medio de qué mecanismos) y una deformación social de esas actividades que estaría generando todos nuestros males. Bastaría, esta vez, con organizar de forma diferente estas actividades, con convertir los trabajos concretos hoy penosos (o castrados en su potencialidad realizadora) en actividades gratificantes y definidas desde la utilidad que reporten para la colectividad, para que todo el edificio capitalista se venga abajo.

La crítica al trabajo asalariado, reducida a la crítica que adopta la praxis laboral en su forma actual (y necesariamente diferente de la que adoptó ayer y adoptará mañana), aparece, en estos discursos, como una crítica que, situada desde un supuesto afuera al capitalismo (pero que evoluciona con él, curiosamente), redefiniría toda la sociedad. En estos discursos la inversión de los términos es llamativa: una transformación de las actividades laborales (que el trabajo no esté determinado por la voluntad de jefes, horarios, protocolos y normas), ideada desde las utilidades sociales que dichas actividades reportan (que se trabaje para producir tomates de rama y no de bola, que saben peor), haría que la explotación, la dominación, la desigualdad, en fin, todos los males de nuestro tiempo, cesasen, se desvaneciesen de una vez por todas. Pero resulta que el edificio capitalista no depende, ni resulta, de la forma que adopten las actividades laborales (esta forma de la actividad le es endógena, evoluciona con el tiempo y no define sociedad alguna); e, insistimos, nos encontramos con que este edificio no se sustenta en el trabajo entendido como una actividad más o menos sometida, más o menos embrutecida, más o menos castrante, ni que produzca tomates de bola o de rama, cañones o mantequilla, sino que, como hemos intentado indicar a lo largo de todas estas páginas, el trabajo asalariado que define a la sociedad capitalista no es sino una forma históricamente inédita de poner en relación sujetos, actividades, productos, riquezas, condiciones y trayectorias de vida… En definitiva, una forma de organizar sociedad mediante mecanismos de comparación, de medida, de jerarquización, que ponen permanentemente en relación a poblaciones segmentadas y jerarquizadas con trabajos divididos y, por su parte, también jerarquizados.

Evidentemente, será esta forma de interrelacionar sujetos, de organizar, movilizar, comparar, distribuir y reproducir poblaciones la que estará conformando, a su vez, el tipo de *praxis* o de actividad laboral y, lógicamente, las formas de realizarla. Pero, así las cosas, ¿cómo pensar que la crítica del trabajo entendido como actividad o praxis humana se considere externa y antagonista

al trabajo asalariado o al capitalismo? ¿Cómo pensar, además, en un sujeto unitario, en un «trabajador colectivo», resultado de la supuesta unidad de todas las actividades laborales? ¿Qué es ese trabajo social a organizar *ya* de manera diferente sino una fantasmagoría?

Nadie tiene la culpa y que el nuevo mundo se consolide es sólo cuestión de fe

Efectivamente, en algunas de sus expresiones más radicales, las «esperanzas» volcadas en el fin del trabajo asalariado, lo hemos visto, suelen dar por hecho, como casi realizado, ese final: ese trabajador colectivo, que acabamos de mencionar, es contemplado como un trabajador social realizado, sujeto de toda actividad humana que ya habría visto cómo se ha desplegado socialmente toda su potencia ontológica. El conjunto de determinaciones formales («dominado», «controlado», «jerarquizado», «medido», «socialmente nocivo», etc.) que constituían antes su «trabajo» estarían ya en condiciones de poder ser transformadas directamente por los propios trabajadores. En lo que concierne a la renta universal, ésta se defiende hoy, por un lado, reivindicándola como un derecho ciudadano desligado del «trabajo», como parte integrante (dimensión material) del esfuerzo por redefinir los términos y límites de la ciudadanía. Sin embargo, afirmar que la renta universal (por ser incondicional y derivarse más del acceso a la ciudadanía que de una prestación laboral pretérita, por ejemplo) sería un dispositivo desvinculado del trabajo (o que supondría potencialmente un primer paso hacia la superación de éste), sólo tiene sentido desde una definición del trabajo como praxis, como trabajo concreto o como actividad humana, aproximación ésta al trabajo de la que ya hemos señalado sus límites.

Pero, por otro lado, la renta de ciudadanía se defiende simultáneamente en muchas ocasiones, justo merced al supuesto de la realización en el capitalismo de ese trabajador social. En otras palabras, la condición objetiva, presumiblemente ya realizada, para avalar la viabilidad de esta «solución» es, generalmente, la del carácter inmediatamente social del «trabajo» hoy. Para muchos defensores de la renta de ciudadanía, en la actualidad la «productividad» de la fuerza de trabajo pasa por la adquisición de unas cualidades y disposiciones que rebasan con mucho el tiempo que empleamos en la fábrica, el taller o la oficina. El salario, desde esta perspectiva, no sería sino una burda caricatura del trabajo realizado. La renta universal constituiría para los asalariados un paso adelante en su liberación de la «dominación» capitalista mediante la afirmación que conlleva del carácter social de la producción. Ahora bien, esa

supuesta nueva cualidad del «trabajo» (su carácter cada vez más «social») es considerada como un atributo de la dimensión concreta del trabajo, ligada al trabajo efectivamente ejecutado. Así pues, la formulación de esta reivindicación consiste en considerar el carácter social del trabajo, no como una objetivación que se realiza frente y de espaldas a los asalariados, en la forma de coordinaciones, cooperaciones, ajustes, transmisiones materiales e informacionales ligadas a la producción, sino como una cualidad de la *praxis* efectiva de los asalariados: la propuesta del ingreso garantizado considera la inmediatez social del trabajo como una característica del trabajo mismo que el capital debería remunerar. Las fuerzas sociales del trabajo ya no existirían únicamente en su proceso de objetivación, en las instalaciones, la maquinaria, la red de conexiones informacionales que ligan a unos procesos con otros, sino que serían cualidades inherentes al trabajo «haciéndose valorar frente al capital»; lo que los empresarios pagarían ya no sería el precio de la capacidad de trabajo del trabajador, sino su trabajo mismo.

De esta forma, la reivindicación del ingreso garantizado acaba corriendo el riesgo de reforzar, pretendiendo subvertirla, la forma fetichizada del salario como «precio del trabajo». El salario es, lo señalamos páginas arriba, el precio de la capacidad de trabajo del asalariado (esto es, los tiempos de formación y las trayectorias laborales adquiridas, así como el valor relativo de ambos en el juego de la oferta y la demanda de trabajadores en sus mercados respectivos), pero la diferencia entre trabajo necesario (salarios) y sobretrabajo (beneficios) desaparece en la jornada laboral: la mistificación consiste en afirmar pagar el uso de la capacidad de trabajo del asalariado (es decir, el trabajo efectivo realizado), cuando, en realidad, lo que se está pagando es el valor de la capacidad de trabajo (si nuestro empresario pagase con el salario la totalidad del trabajo efectuado ¿de dónde obtendría los beneficios que justifican la asunción de riesgos que adopta?). Si no realizamos esta distinción entre el uso de la capacidad de trabajo y el valor de dicha capacidad de trabajo que se refleja en el salario, seremos incapaces de aferrar en toda su contundencia las relaciones de explotación, dejando, claro está, su mecanismo intacto. En otras palabras, la reivindicación del ingreso garantizado parte efectivamente del carácter social del trabajo objetivado en máquinas, instalaciones, circuitos, procedimientos, informaciones, etc., pero, en lugar de ver en él la base para la abolición del trabajo asalariado, encuentra ahí la posibilidad y la necesidad del combate por la nivelación de los niveles salariales con las tasas previas de explotación [Cf. Simon, 2001]. Aquello que hace de la relación salarial una contradicción en proceso aparece así invertido como una contradicción que opone, por una parte, un trabajo cada vez más social *en sí mismo* frente al capital

y, por la otra, un capital reducido a «evaluación empresarial del trabajo directo». De tal manera que el trabajo «inmediatamente social» se convierte en condición objetiva para la supresión del trabajo asalariado *a condición de deshacernos de las características social e históricamente específicas del trabajo asalariado, apoyándonos exclusivamente en una descripción del trabajo concreto*. De esta forma, la propuesta del ingreso garantizado corre el riesgo de desviar, en la práctica y a su pesar, aquellos procesos que traen consigo la posibilidad de la abolición de la relación salarial.

Autogestión de la producción: ¿autogestión de la sociedad?

Desde determinados discursos de izquierdas, el modo de producción capitalista no es concebido más que como un conjunto de condiciones que evolucionan hacia una situación óptima, frente a la subjetividad de un trabajo vivo prácticamente esencial e inmutable. Por un lado, la dominación ejercida por el capital, agotándose; por el otro, la «clase obrera» haciéndose progresivamente cargo de sus propias condiciones de existencia, condiciones que ya no dependerían del capital sino de la «clase obrera» misma. Una clase obrera (denomínesela como se quiera) presentada como el germen presente de la nueva sociedad y donde todo conflicto, resistencia o lucha social presentes serán interpretados como signos inequívocos de la construcción de esa nueva sociedad que porta en sí esa clase, opuesta, punto por punto, a toda exterioridad capitalista. Dos sujetos actuando, irreconciliables y esperando: uno, desaparecer, como ente parasitario que es; el otro, reconocer y descubrir por sí mismo, a través de la lucha, su potencia constituyente de nueva sociedad.

Efectivamente, para muchos de los actuales defensores de la renta universal lo que importa es que esta lucha sobre el rédito oponga a dos sujetos cuya contradicción no sea, simultáneamente, una implicación recíproca. Una situación tal, es decir, una situación en donde se hubiera volatilizado la posibilidad de efectuar las medidas que posibilitan la comparación y gestión generales de actuaciones, resultados y capacidades laborales, significaría que la reproducción del modo capitalista de producción se realizaría, en lo sucesivo, únicamente por medio de la dominación o del «poder de mando». Así, toda la cuestión de la transformación de la sociedad podría ser remitida a una cuestión de voluntad política, de constitución subjetiva y de «elección de sociedad». Se trata de una «decisión», de una «elección», de un «deseo» que se efectúa como alternativa a «otra» elección de sociedad. El lazo político es situado en primer

lugar, como la definición esencial de toda sociedad humana: el capital subordinaría este lazo a la producción por la producción y sería entonces necesario arrebatarle su preeminencia. Es este lazo político el que definiría la «utilidad social del trabajo». Pero aquí, «la alternativa» se topa con un problema: incapaz de pensar el capital en términos de relaciones sociales, sino solamente en términos de choque entre sujetos independientes, autodefinidos, la contradicción se transmuta en control y en elección sobre la producción y su reparto. El capital sería para ellos ese control efectuado por «algunos» en «exclusividad». El poscapitalismo será entonces, él también, remitido a una cuestión de control, esta vez, al control ejercido por todos: la autogestión de la producción.

En este punto, la autogestión, los diagnósticos que apuntalan las alternativas actuales se reencuentran otra vez con el supuesto clásico adscrito a la centralidad de la «alienación» para los trabajadores y sus comportamientos, sufrimientos, etc. Pero aquí la «alienación» no remite nunca al hecho de la compraventa forzada de la fuerza de trabajo del trabajador, a la alienación o «enajenación» *de una propiedad*, al mecanismo por el que el trabajador asalariado es remunerado y por el que el conjunto de sus tiempos de vida escapan a su control, sino a una situación impuesta por la empresa capitalista, en su interior, a los trabajadores y sus *praxis*. Así, según este planteamiento, sólo podrían alcanzarse los objetivos de participación, cooperación, exteriorización y expresión, en y por las actividades, en y por las *praxis* de los trabajadores, mediante la desaparición del sistema administrativo, del poder de mando burocrático, que les impide el control efectivo de sus conocimientos, inteligencias, afectos, herramientas, materiales y productos. La supresión del trabajo asalariado, cuando éste resulta asimilado a esa «alienación», es considerada posible una vez la gestión de los procesos de trabajo pase a manos del trabajador o cuando, pongamos por caso, el conjunto de empresas existentes estén autogestionadas.

Sin embargo, «*la organización de la empresa no es más que un elemento, casi una consecuencia, de la organización social de la producción*» [Rolle, 1974: 363]. Dicho de otra forma, la autogestión por parte de los trabajadores de las unidades de producción no supone, en sí misma, la supresión de las coacciones que pesan sobre la producción, sino la interiorización de éstas por parte de los asalariados: la nueva responsabilidad que, en este contexto, adquiriría el trabajador sería, en la práctica, la propia de un productor *de mercancías* para *el mercado*. Así, la emancipación del trabajador es identificada con la reconciliación del trabajo y de la empresa, al asumir y cargar los trabajadores asociados entre sí con todas las coacciones y contradicciones económicas. Lo que supone, en definitiva, un aumento del nivel de determinación social que pesa sobre sus acciones y sus tiempos sociales.

La abolición del trabajo asalariado, evidentemente, es otra cosa. No pasa exclusivamente por la modificación de las relaciones entre los individuos dentro de las unidades de producción, por la transformación de los procedimientos según los cuales se reparten las funciones, sino, también y fundamentalmente, por la abolición del principio mismo que los asocia condicional pero necesariamente con esas unidades productivas y por la transformación de los procedimientos mismos que definen esas funciones. No basta, entonces, con plantear la extinción de la división técnica del trabajo, es necesario plantearnos, también, la posibilidad de la extinción del trabajo mismo, de la relación social que articula actualmente el trabajo. Únicamente la desaparición del mecanismo por el que una remuneración depende de la fabricación de un producto o un servicio, de la ocupación de un puesto o de una posición dentro de una empresa, podría provocar la desaparición de la relación salarial: «*las decisiones sólo pueden ser verdaderamente colectivas, los controles ejercerse eficazmente y la colaboración implantarse si ninguno de sus efectos lleva aparejada una sanción económica, ni tan siquiera una evaluación del individuo. Todo esto excluye, evidentemente, la vinculación de la persona a la empresa, por el medio que sea*» [Id.: 363]. La autogestión reivindica siempre la «autonomía obrera», la posibilidad de recuperación de la espontaneidad en sus actividades de una categoría social, los asalariados, por sí misma. Categoría, no obstante, ya rigurosamente determinada socialmente incluso antes de que sus actividades sean activadas en las organizaciones en las que se la supone capaz de autodeterminarse (esto es, determinada por el origen social que tenga, la formación que llegó a realizar, las trayectorias laborales a las que pudo tener acceso, los caprichos de los mercados de trabajo que marcaron su destino laboral, etc.). De esta forma, con la autogestión no se llega a negar ni el contenido, ni la significación sociales de las determinaciones que constituyen a los asalariados como una categoría socio-históricamente específica; únicamente operaría sobre la exterioridad respecto al trabajador de aquellas de sus determinaciones como categoría social que afectan directamente a su actividad laboral. La «solución» autogestionaria consiste pues en la identificación del trabajador con el burócrata, con el técnico, con el planificador, con el legislador, con el empresario, bien por la absorción de las funciones de los segundos en las prácticas del primero, bien, en definitiva, por la sumisión directa de éste a las reglas sociales que antes se le imponían por mediación de aquellos. Sin embargo:

> El abandono de todas las sanciones económicas ligadas al trabajo es lo único que permitiría la colaboración, el control y la iniciativa social. Los actos productivos se ordenarían en combinaciones fluidas, de las que nadie tendría que hacerse cargo de forma permanente y/o especial; en organizaciones experimentales,

siempre reformables, en torno a las instalaciones industriales. El trabajo sería un conjunto de encuentros y adaptaciones desinteresadas, dicho de otra forma: una actividad trivial. Consiguientemente, se abolirían de inmediato todas las categorías de la economía política [Id.: 364].

9. ¿Qué Marx?

«Capital», «valor», «plusvalor», «fuerza de trabajo», conceptos que hasta aquí habíamos *deliberadamente* evitado y que las notas críticas de Roland Simon y Pierre Rolle nos han puesto encima de la mesa con objeto de conceptualizar exactamente los mismos procesos, conflictos y relaciones que nos han venido ocupando en este capítulo introductorio. Conceptos todos ellos, evidentemente, relativos a la obra madura de Karl Marx, cuya teoría acerca de la específica naturaleza de las relaciones sociales contemporáneas constituye un *background* teórico fundamental de esta sociología aplicada al análisis del trabajo como relación social. En el último de los capítulos de este libro, Moishe Postone va a contraponer una interpretación de la teoría marxiana entendida como *una crítica al capitalismo desde el punto de vista del trabajo* y de sus propietarios naturales, los trabajadores (interpretación señalada como «tradicional» o «clasista») con otra lectura posible de esa misma teoría entendida como *una crítica al trabajo mismo* (interpretación «categorial») [**Cf. Capítulo 9**]. Esta segunda relectura de la teoría contenida en la obra madura de Marx explicita, bajo nuestro punto de vista, elementos teóricos y conceptuales básicos que arman el *background* anteriormente referido. Vayamos, pues, por partes.

En el primer caso, en la interpretación marxista tradicional, el «trabajo» que sostiene la crítica al capitalismo es un hecho o dato natural, antropológico, equivalente a la actividad humana genérica, de carácter transhistórico. Precisamente el mismo tipo de comprensión relativa al trabajo que venimos discutiendo a lo largo de todo este capítulo. Partiendo del trabajo entendido como actividad humana genérica, el marxismo tradicional ha focalizado su crítica a la sociedad moderna en las «relaciones de producción» capitalistas: en la propiedad privada y en el mercado. Según este planteamiento, la propiedad privada y el mercado, aplicados a *la distribución de una misma «riqueza social»*, serían los responsables de la dominación y la explotación capitalistas. Esta crítica se levanta pues a partir de una teoría transhistórica y naturalista de *la producción*. La propiedad privada y el mercado, habiendo impulsado inicialmente

el desarrollo de la capacidad social de generación de riquezas (de las «fuerzas productivas» ligadas a factores relativamente autónomos como el desarrollo científico-técnico, por ejemplo), habrían pasado a constituir, posteriormente, un freno para ese mismo desarrollo «natural».

«Producción» y «trabajo» son salvados en este planteamiento como categorías externas a la especificidad histórica de la dominación social capitalista cuyo fundamento residiría en la dominación y el control, arbitrarios y contingentes, de ciertas capas sociales sobre el fondo y la forma de las actividades humanas («trabajos») y de sus resultados («riquezas materiales»). Si el modo de dominación capitalista remite entonces a relaciones de dependencia personal, entre capitalistas y trabajadores, que presentan como correlato el extrañamiento y/o la alienación de la mayoría respecto de una capacidad-propiedad natural propia de todos y de cada uno (el «trabajo-actividad»), la posibilidad de la conciencia crítica o revolucionaria no puede sino fundamentarse ontológica y trascendentalmente: la superación del capitalismo equivale aquí a la posibilidad de la externalización completa y sin trabas de una esencia humana preexistente, equivale a la realización plena del «trabajo» conforme a su esencia natural, esto es, a la liberación del «trabajo» del yugo impuesto por las «relaciones de producción» (propiedad privada y mercado) capitalistas, liberación que protagonizarán necesariamente los propietarios naturales de ese «trabajo», la clase proletaria.

¿Es la obra madura de Marx necesariamente «marxista»?

En la relectura que Moishe Postone propone de la obra madura de Marx, a partir de los *Grundrisse* y *El Capital*, el «trabajo» no resulta en ningún caso equivalente a la actividad humana genérica. Por el contrario, remite a una mediación social que impone su sello particular sobre el conjunto de las relaciones sociales, se trata de una mediación radicalmente social e históricamente específica. El trabajo remite a actividades autonomizadas del conjunto de las relaciones sociales (relaciones en las que, previamente, en las sociedades precapitalistas, las actividades humanas encontraban su lugar y su calificación social) merced al proceso de su abstracción, equiparación y medida universales. ¡Los mismos procesos de abstracción, equiparación y medida de los que hemos dado ya buena cuenta en el segundo de los epígrafes de este capítulo! Estos procesos de abstracción, equiparación y medida de las actividades presentan como su condición de posibilidad la separación de los operadores respecto de sus medios

de producción y de los resultados de sus operaciones. Separación que conforma simultáneamente, socio-históricamente hablando, la realidad social de los dos elementos fracturados: «trabajadores» y «trabajos».

Una vez realizada y desarrollada históricamente dicha separación o fractura, el mantenimiento y el desarrollo del conjunto de las condiciones de vida en nuestras sociedades se sostienen y regulan a partir del intercambio de nuestro trabajo y sus productos contra el trabajo y los productos ajenos. La interconexión universal del conjunto de las relaciones sociales capitalistas se realiza a través del trabajo productor de bienes (y/o servicios) para un otro cualquiera, esto es, se realiza a través del trabajo productor de mercancías. La sociedad capitalista como totalidad (como «modo de producción») se articula en torno al trabajo como *trabajo general o abstracto*, al trabajo susceptible de ser socialmente descompuesto en unidades temporales homogéneas y, por lo mismo, intercambiable por mediación de un equivalente general dinerario. Este trabajo ni contiene ni se define, *en sí mismo*, por ningún tipo de contenido (físico, mental, energético, etc.) adscribible a la actividad misma: se trata de una forma de mediación estricta y radicalmente social, de una realidad artificial, que opera sobre el conjunto de las relaciones sociales.

La teoría del valor marxiana (según la cual el trabajo abstracto es la sustancia misma del «valor») ha de interpretarse entonces como una gramática adecuada para la dilucidación tanto del contenido y la forma de esos procesos de abstracción, equiparación y medida de las actividades (trabajos) y de sus productos (mercancías) como de las condiciones sociales de posibilidad, continuidad y desarrollo históricos de dicho procesos. La teoría del valor marxiana no se circunscribe, por lo tanto, a una teoría económica encargada de dar cuenta de los criterios que conforman una circulación y un intercambio proporcionales de la riqueza social generada en una economía de mercado. El «valor» no es una categoría del modo de distribución de las mercancías, del mercado, sino una categoría del modo de producción-distribución capitalista: la producción fundada en el valor se corresponde con el «modo de producción» (producción-reproducción-distribución) fundado en el trabajo asalariado. El valor, según la relectura operada, debe de ser comprendido como una *forma social* históricamente determinada, de la riqueza y de las relaciones sociales: estamos entonces ante *una teoría de la forma valor de la riqueza y de las relaciones sociales contemporáneas de carácter esencialmente sociológico*.

El hecho de que Marx trate el valor como una categoría históricamente determinada, propia de un específico modo de producción, y no como una categoría exclusiva de la distribución, sugiere -y esto es crucial- que el trabajo

que compone el valor no debe ser identificado con el trabajo tal y como pudiera existir transhistóricamente. Mejor aún, es una forma históricamente específica que debe ser abolida, no realizada, con la superación del capitalismo. La concepción de Marx acerca de la especificidad histórica del trabajo en el capitalismo requiere una reinterpretación fundamental de su comprensión de las relaciones sociales que caracterizan esta sociedad. Estas relaciones son, de acuerdo con Marx, constituidas por el trabajo mismo y, consecuentemente, tienen un peculiar carácter cuasi-objetivo; no pueden ser aprehendidas completamente en términos de relaciones de clase. Las diferencias entre las interpretaciones «categorial» y la «clasista» de las relaciones sociales fundamentales del capitalismo son considerables. La primera es una crítica del trabajo en el capitalismo, la última es una crítica del capitalismo desde el punto de vista del trabajo; esto envuelve muy diferentes concepciones del modo de dominación específico del capitalismo y, por tanto, de la naturaleza de su superación [Postone, 1993: 29].

La crítica marxiana del capitalismo se revelaría entonces como una crítica del modo de producción capitalista (producción, reproducción y distribución) fundada en una teoría histórica de las formas abstractas, autónomas y cuasi-objetivas de mediación social (valor, trabajo abstracto, mercancía y capital) que operan, en la modernidad capitalista, *sobre el conjunto de las relaciones sociales*. El modo de dominación específico articulado por dichas formas abstractas, autónomas y cuasi objetivas de mediación social se caracteriza por el desarrollo de un sistema de interdependencias objetivas que presenta como correlato la independencia formal de los agentes sociales por él concernidos. El trabajo es, precisamente, el fundamento esencial de esta forma de dominación. Revelado el trabajo como una categoría inmanente a la forma de sociabilidad específicamente capitalista, la conciencia crítica o revolucionaria ya no presenta asidero ontológico o trascendental alguno. La posibilidad de una conciencia tal es una posibilidad política cuyo fundamento reside en el interior del proceso histórico que impulsa el capital: en el carácter conflictivo y contradictorio de dicho proceso. Resulta por lo tanto esencial definir la especificidad de esas contradicciones y conflictos así como los posibles en ellas contenidos y no presuponerlos (a la manera de las tesis acerca del bloqueo o la mutilación de esencias humanas naturales). La alienación en la obra de madurez de Marx no remite en ningún caso a una extrañación del productor respecto a su trabajo y los resultados del mismo (esto es, a una extrañación respecto de propiedades, poderes y habilidades propios del individuo) sino al nacimiento de una forma alienada de existencia de las capacidades sociales, esto es, al proceso de constitución y autonomización de poderes y conocimientos sociales históricamente

específicos bajo la forma de capital o trabajo muerto acumulado. La desalienación de las relaciones sociales, en este sentido, no remite a otra cosa que a la disolución del poder social instituyente de las formas abstractas, autónomas y cuasi objetivas de mediación social que sirven de fundamento y de motor a los procesos de dominación y explotación social capitalistas, disolución que supone y contiene la supresión del trabajo asalariado y la supresión del proletariado.

La contradicción del capitalismo presentada en los *Grundrisse* no es entre el trabajo proletario y el capitalismo, sino entre el trabajo proletario -esto es, la estructura existente del trabajo- y la posibilidad de otro modo de producción. La crítica, presentada <precedentemente>, al socialismo concebido como un modo más eficiente, humano y justo de administración del modo industrial de producción suscitado por el capitalismo es, así, una crítica también a la noción del proletariado como el Sujeto revolucionario, en el sentido del agente social que, a la vez, construye la historia y se realiza a sí mismo en el socialismo. Esto implica que no hay un contínuum lineal entre las demandas y concepciones de la, históricamente auto-constituida y auto-afirmada, clase obrera y las necesidades, demandas y concepciones que apuntan más allá del capitalismo [Postone, 1993: 37].

Advertencia para «marxistas» y «antimarxistas»

Al resolver así la penúltima parte de nuestro análisis introductorio con los planteamientos de Moishe Postone, resultará ya patente para muchos lectores que la mayoría de los trabajos sociológicos que componen este libro se han apoyado, implícitamente, en diferentes grados, en conceptos y teorizaciones deudores de la obra de Marx. Esta deuda, desgraciadamente, se presta a malinterpretaciones múltiples ya que con este autor clásico pasa lo que no pasa con casi ningún otro: sacralizado y/o demonizado hasta el paroxismo, citarlo basta para bloquear la posibilidad de una lectura relajada, directa y argumentada sobre los principios expuestos al hilo de ella. Bien porque se dé por supuesta la obsolescencia «histórico-social» de los mismos, asimilados entonces con determinadas tomas de posición ideológico-políticas ya periclitadas en sus virtualidades y posibilidades; bien porque, por contra, se considere su obra como «sagrada», como patrimonio exclusivo de exegetas y exégesis y, por lo tanto, se sobreentienda que su referencia sólo podría ser evaluada en función de su fidelidad a las interpretaciones y lecturas consideradas, en cada caso, como las «más correctas». No obstante, al igual que Marzoa, entendemos que

la obra madura de Marx merece la misma consideración que la de, por ejemplo, Weber, Foucault o Bourdieu: debe poder ser considerada en lo que tiene, que es mucho, de intento teórico y analítico de comprensión y explicación respecto de la especificidad y la naturaleza de los vínculos sociales contemporáneos y, en este sentido, no merece ser fundida y confundida con pretendidas tomas de posición políticas e ideológicas asimiladas a elementos ajenos a ella (a los «marxismos», a la URSS, a la caída del muro de Berlín, etc., o a supuestas «intenciones» e «intereses» extra-teóricos supuestos al autor). Por otro lado, si para los sociólogos que en este libro presentamos, algunos de los conceptos, análisis y teorías de Marx han podido ser de utilidad, lo han sido, evidentemente, con independencia de la mayor o menor fidelidad a una pretendida e imposible lectura «verdadera» del sentido y contenido últimos de, por ejemplo, *El Capital* o los *Grundrisse*.

No es ninguna fidelidad a una lectura canónica de un corpus textual dado por naturalmente «verdadero» lo que en este libro va a avalar en ningún caso la pertinencia de lo expuesto, de lo argumentado. Al contrario, como ocurre generalmente, y sin ningún problema, para con el resto de los teóricos clásicos en ciencias sociales, aquí se han *releído* y *reinterpretado* (¡obviamente!) determinados textos del autor con vistas a comprender y explicar determinados fenómenos y problemas sociales actuales. Si, finalmente, un eventual texto inédito de un Marx agonizante acabara señalándonos un giro discursivo *intencional* por parte del mismo, en sus últimos días, hacia, pongamos por caso, una fenomenología de corte interaccionista en lo relativo al análisis de lo social, entonces, claro está, PEOR PARA MARX. No es, por lo tanto, el que Marx haya dicho o dejado de decir lo que en este libro va a avalar las explicaciones y argumentos que en él se exponen, sino que son los argumentos y explicaciones, en sí mismos y por sí mismos, los que deben ser considerados con independencia de que su primera enunciación haya sido efectuada por Carlos, Mario, Toni, Renato o Paolo. En otras palabras, el calificativo de «marxista» o de «marxiana» aplicado a una investigación, a una teorización, a (incluso) una sociología, bajo nuestro punto de vista, ni suma ni resta, en sí, ápice alguno de «radicalidad», «adecuación» o «verdad» a los argumentos que desde ahí se están desarrollando.

Lo que aquí se ha presentado pues, considérese como pensamiento, teoría, análisis o sociología A SECAS, todo lo «universitarias» y «académicas» que se quiera (adjetivos que, no obstante, nada tienen de crítica radical —de esas que van a la raíz— pues no remiten tanto a «lo dicho» y su solvencia como a pretendidas cualidades sociales «nocivas» adscritas a «los que han dicho»), sin caer en el error adolescente de agotar la crítica y la discusión en enmiendas a

la totalidad, antes de haber siquiera empezado con ellas. Tranquilos, pues *en cada Nosferatu hay siempre una Mary Poppins durmiente*. Ahora que, para conocerla, poder discutir con ella y, eventualmente, derrotarla dialécticamente, antes... ¡hay que dejarla despertar!

10. La sociología no es tu enémiga (y II)

Volvemos, para concluir definitivamente esta introducción, a los problemas con los que la abríamos: los relativos al estatuto de la investigación y el pensamiento teórico en ciencias sociales y sus relaciones con lo político. Señalábamos al comienzo que la metáfora de «la construcción social de la realidad» y el «constructivismo radical» en los que se apoyan parte de los científicos sociales y de los militantes que buscan, a través de sus prácticas, una transformación radical del mundo en el que vivimos, son criticables. Criticables no porque las constataciones de las que parten (que la historia social no obedece a «leyes naturales», si no que es el resultado de las relaciones que los hombres y las mujeres han establecido entre sí; y que todo hecho social contiene una dimensión simbólica) sean erróneas, si no porque, en la medida en que dichas constataciones parecen estar ocupando el único punto de partida y de llegada de los diagnósticos encaminados a una transformación radical del mundo social, pueden acabar resultando un lastre demasiado pesado para dicha transformación. Y esto debido a que esos diagnósticos contienen, como hemos visto, simplificaciones y aproximaciones parciales que, no obstante, pueden ser evitadas. Es por ello que hemos presentado algunos de los planteamientos sociológicos que se han encargado de problematizar el «trabajo», elemento que a lo largo de las luchas sociales de los últimos siglos ha estado siempre estrechamente ligado a los sentimientos de «dominación», «control» y «explotación» sentidos por los asalariados.

Con ello no hemos pretendido plantear que la única «realidad» existente en el mundo laboral sea la que resulta de la aplicación del método sociológico. Los sentimientos de «dominación», «control», «explotación», que tan frecuentemente son vividos y sentidos en torno al trabajo por los actores, no es que sean «irreales» o «erróneos», pero no son «toda la realidad» sino, más bien, la realidad examinada desde un determinado punto de vista: el del actor. Es decir, estos sentimientos remiten a un hecho real, el mundo social provoca sentimientos de «dominación», «control» y «explotación», pero si lo que buscamos es la construcción colectiva de herramientas para enfrentarnos a ellos y superarlos,

quizás deberíamos interrogarnos primero acerca de la «naturaleza» y «realidad» sociales del tipo de relaciones que están en su origen. Pues para que un enfrentamiento tenga posibilidades de transformar radicalmente la dominación y explotación propias de las relaciones sociales en las que nos encontramos inmersos (y que contribuimos a reproducir) es imprescindible la investigación acerca del contenido y las implicaciones sociales de esas mismas relaciones. Y es en este sentido en el cual las herramientas que nos ofrece la sociología pueden llegar a sernos de utilidad.

Con ello no queremos proponer que los diagnósticos sociológicos acerca de las lógicas, las tensiones y los contenidos de dichas relaciones sociales sean más «reales» que las interpretaciones de los sentimientos y experiencias con las que damos cuenta, día a día, de nuestra cotidianidad laboral, sino que se trata de realidades que se mueven en órdenes diferentes. Por su parte, los diagnósticos sociológicos pueden contener una aproximación teórica y empíricamente más contrastada y, sobre todo, contrastable, a conceptos como los de «trabajo», «relaciones de explotación», «dominación» o «control». Así, al presentar las categorías, los análisis, las interpretaciones que en torno al mundo laboral han aportado los trabajos sociológicos que componen este libro, no pretendemos introducirnos en un debate, estéril en última instancia, en torno a si tal o cual diagnóstico sociológico puede ser presentado como más «real» que los sufrimientos cotidianos que implica el trabajo y que las interpretaciones que día a día nos damos de ellos con vistas a poder soportarlos. Si defendemos que la sociología puede ser útil como herramienta de emancipación social, es precisamente en la medida en la que actúa desde un espacio diferente al de las luchas cotidianas por escapar a la dominación que sufrimos, y a partir de unos criterios de validez que no tienen que ver con el éxito y/o el fracaso de estas luchas, sino con su coherencia y rigor internos, con el compromiso con sus métodos.

Salvo que consideremos que este compromiso con la producción de conocimiento científico no es más que un intento de imponer un diagnóstico sobre la acción política a llevar a cabo, resultará difícil concluir que la sociología trata a los actores sociales como «idiotas culturales» y que el proyecto científico de dar razón del mundo no es más que un «proyecto de opresión y dominación simbólica». Sin embargo, las actuaciones políticas que, de estar dándose o de llegar a darse, transformarán radicalmente las relaciones sociales en las que nos encontramos inmersos, serán actuaciones elaboradas colectivamente, y difícilmente podemos saber el rumbo que tomarán y cómo se irán enfrentando a los problemas que vayan encontrando en su camino. Contar con las aportaciones de las ciencias sociales para este proyecto sólo puede ser de utilidad si las tomamos como lo que son, es decir, intentos sistemáticos de dar cuenta del

mundo en el que vivimos. Por ello, no podemos escatimar nuestra exigencia de que el conjunto de los científicos sociales se comprometan con dichos rigores y dichos métodos. De la misma manera que desconfiamos de aquellos científicos sociales que, desde el poder simbólico de que gozan en nuestras sociedades las prácticas y discursos académicos y/o científicos, pretendan imponernos las formas de nuestras luchas colectivas, como si la acción política se moviera en sus mismos códigos y pudiera ser la simple traducción de las transformaciones potenciales que se desprenden de los informes y análisis que ellos realizan. Al hacer esto, muchos científicos sociales dejan de hacer ciencia social y, en su lugar, guiados seguramente por buenas intenciones, intentan contribuir a una acción política. Participación que en principio no tiene nada de ilegítima, siempre y cuando el análisis (y su emisor) no se apoye en el valor simbólico atribuido al trabajo intelectual para reclamar un plusvalor político para sus ideas —estas ya nada científicas— acerca del rumbo que deben tomar dichos proyectos. Una cosa es que el conocimiento contrastado, sistemático o riguroso (científico, a fin de cuentas) de la *realidad social* pueda ser útil para la reflexión colectiva sobre las formas que pueden adoptar nuestras luchas y otra, bien distinta, que la ciencia pueda dar respuesta a cuáles sean las formas idóneas que deben adoptar dichas luchas. Cuando anteriormente hemos criticado algunos de los diagnósticos que se encuentran tras determinadas soluciones políticas no han sido, evidentemente, estas últimas las evaluadas en términos tácticos, en sus potencialidades para coaligar colectivos, para elevar o desplazar la mirada política de los agentes o para multiplicar sus márgenes políticos de actuación. Creemos necesario señalar que, en un caso, estamos en el plano del *conocimiento* de la *realidad social* y, en el otro, en el de lo *organizativo, lo estratégico, lo político*, y aquí, la sociología, en sí misma y por sí misma, tiene poco que decir.

Así pues, aportaciones como las recogidas en los capítulos que componen este libro van a decirnos poco, obviamente, sobre cómo traducir diagnósticos en actuaciones colectivas emancipadoras, pero nos darán algunas claves sobre el lugar que ocupa el «trabajo» en nuestras sociedades, claves que quizá puedan ser utilizadas para repensar dichas actuaciones colectivas. Los textos aquí recogidos entienden que, para afrontar la *realidad social* del trabajo, no podemos partir simplemente de las representaciones que de él se hacen los actores. Si el trabajo es, desde un punto de vista, una actividad encaminada a la producción de los bienes y servicios implicados en nuestra reproducción, no es menos cierto que la forma social que adopta en las sociedades capitalistas le ha hecho ser, también, algo más. Si siguiéramos las indicaciones que nos aportan los partidarios del «constructivismo radical» y su insistencia en que para comprender la *realidad social* (en este caso, la *realidad laboral*) debemos partir de las

representaciones que se hacen los actores, deberíamos comenzar señalando que, para muchos trabajadores, su trabajo es la fuente de la riqueza social, riqueza que les es expropiada por los capitalistas, pues estos últimos habrían conseguido imponer una representación artificial de los trabajadores y del producto de su trabajo al convertirlos en mercancías. Pues bien, como hemos tenido ya ocasión de ver, es, por el contrario, esta última constatación, el que los bienes y servicios implicados en nuestra reproducción, e incluso nuestras capacidades laborales, adquieran en el mundo capitalista la forma de mercancías, el punto de partida de los análisis que integran los textos que componen este libro. En ellos, los diferentes autores hacen uso del arsenal teórico y metodológico de la sociología para intentar comprender qué implica esa forma social, qué elementos materiales y simbólicos la componen, cómo funciona, qué tipo de regulación social comporta, qué relación tiene con la evolución de la población, qué tensiones provoca, etc. Es decir, tratan de comprender cómo el trabajo, que en su dimensión más inmediata se nos presenta como la fuente de los bienes y servicios que utilizamos para nuestra reproducción, puede ser al mismo tiempo creador de un determinado tipo de relación o vínculo social: pues el trabajo no crea sólo productos o servicios, sino que reconstituye el contenido mismo de la relación social que provoca la separación progresiva entre el individuo, su producto, su puesto de trabajo y su empresa. Movimiento contradictorio en la medida en que la remuneración del trabajador, su modo de participación en el intercambio colectivo, su modo de relación con los demás y su destino social siguen gobernados por la posibilidad de su asignación particular a un punto de intervención en el sistema productivo. El trabajo asalariado, en tanto relación social (salarial), es la forma de esa contradicción. Articulándose a sí misma, distribuyéndose las funciones, repartiéndose las aptitudes técnicas, la fuerza de trabajo, los trabajadores asalariados, responden a las necesidades del modo de producción y consumo capitalista, absorbiendo permanentemente los efectos de sus transformaciones.

Los constructivistas radicales (y, en mayor o menor grado, no pocas aproximaciones sociológicas militantes), a diferencia de los autores cuyos textos componen este libro, toman esta forma social como una mera representación, como nada más que el resultado del «poder» ejercido por «las ideologías dominantes» sobre la vida y las ideas que acerca del trabajo se hacen sus «verdaderos portadores», es decir, los trabajadores. Como señalábamos anteriormente, este análisis contiene simplificaciones y tomas de posición que lastran su capacidad explicativa. Pero, ¿es necesario adoptar esta actitud polémica frente al «constructivismo radical», cuando buena parte de sus aportaciones se declaran abiertamente «anticapitalistas» y partidarias de una «transformación radical

del mundo social»? Es decir, ¿es necesario criticar las aportaciones de aquellos que tienen nuestros mismos objetivos políticos? Creemos que sí, en la medida en que esta crítica puede sernos de utilidad. Tal como señala Saunier:

> La crítica de las explicaciones y de las «ideas», si no se erige en juicio, si no condena los errores, sino que hace aparecer lo que los provoca, no es nunca malvenida. Siempre es oportuna, sobre todo cuando la coyuntura ideológica e intelectual es la de hoy en día. ¿Por qué? Porque jamás es inútil comprender cuál es el origen de estas inexactitudes, porque nunca es excesivo volver sobre una de las principales razones de la fragilidad de las explicaciones de las ciencias sociales: la parte que juegan, en estas explicaciones, los juicios de valor, las posiciones morales, los presupuestos ideológicos y políticos, los prejuicios etnocentristas, las creencias o, lisa y llanamente, las opiniones. No estoy diciendo que estas opiniones, estas creencias, estos prejuicios deban ser perseguidos y extirpados. Son inevitables —mejor dicho, son indispensables—, no hay pregunta científica en la que no reencontremos sus huellas, no hay problemática de la que estén excluidos y no hay problemática que no se vea alimentada por ellos. Pero estos afectos, estas tomas de posición, estos *a prioris*, deben ser reconocidos como tales y deben ser controlados, si no lo hacemos pesan demasiado sobre las explicaciones, las impregnan a espaldas de sus autores y hacen que disminuya su valor [Saunier, 1993: 11].

En este sentido, no es inútil mostrar cómo las tomas de posición, la voluntad constructivista de transformar sus diagnósticos en prácticas directamente políticas, su deseo de "no restar ni un gramo de realidad a las interpretaciones de los actores", no sólo disminuye su valor analítico, sino también el potencial que como arma de combate puede tener una comprensión rigurosa de la realidad, y no una mera comprensión de las representaciones de la realidad que se dan los actores de la vida social. Las buenas intenciones y la voluntad de ser de utilidad para la transformación social no son suficientes para hacer buena ciencia social; y sin buena ciencia social la transformación social del universo conocido puede acabar convirtiéndose en la mera voluntad de transformación de todo porque sí o, lo que es lo mismo, en la transformación a la postre de nada porque, finalmente, no.

Bibliografía:

BACHELARD, GASTON (1993): *La formación del espíritu científico*, Madrid, Siglo XXI.

BEAUD, STÉPHANE; PIALOUX, MICHEL (1999): *Retour sur la condition ouvrière: enquête aux usines Peugeot de Sochaux-Montbéliard*, París, Fayard.

BURAWOY, MICHAEL (1989): *El consentimiento en la producción*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

CORIAT, BENJAMIN (1982): *El taller y el cronómetro*, Madrid, Siglo XXI

MARTÍNEZ MARZOA, FELIPE (1983): *La filosofía de «El Capital»,* Madrid, Taurus.

POSTONE, MOISHE (1993): *Time, Labor and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*, Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press

Rolle, Pierre (1974): *Introducción a la sociología del trabajo*, Barcelona, Planeta.

ROLLE, PIERRE (2003): «Por un análisis ampliado de la relación salarial», *Cuadernos de Relaciones Laborales*, Vol. 21, número 2, pp. 137-166

SAUNIER, PIERRE (1993): *L'ouvriérisme universitaire. Du sublime à l'Ouv*rier-masse, París, L'Harmattan.

SIMON, ROLAND (2001): *Le démocratisme radical*, París, Senonevero.

VERÓN, ELISEO (1996): *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa.

Capítulo 2

Los limbos del constructivismo*

Bernard Lahire

¿Cómo una metáfora sociológica, «la construcción social de la realidad social», ha podido convertirse en el refugio para todos los lugares comunes hiperrelativistas, anti-realistas, anti-racionalistas, anti-objetivistas, acríticos, idealistas y, muy a menudo, anti-científicos? Desde finales de los años 1960 numerosos trabajos sociológicos francófonos y anglosajones tiran alegremente de la metáfora de la «construcción social de la realidad» para abordar el estudio del mundo social. Útil en la medida en la que participa de la desnaturalización y la deseternalización de ciertos hechos sociales (el mercado económico, las relaciones de dominación, las ideologías ...), recordándonos su génesis y sus posibles transformaciones históricas, esta metáfora resulta, no obstante, embarazosa desde el momento en que se convierte en un tic no interrogado del lenguaje.

Cuando una metáfora sugerente se transforma en metástasis inoportuna, el sociólogo debe aplicarse a un trabajo crítico, si no quiere dejarse llevar por los malos hábitos del lenguaje y de las asociaciones automáticas entre ideas muy diferentes. Para mi propósito, voy a poner de relieve cinco lugares comunes que me parecen los más frecuentemente ligados hoy a ese «constructivismo sociológico».

*Publicado originariamente como Lahire, Bernard (2001): «Les limbes du constructivisme» en *Contre Temps*, nº1 (Le retour de la critique sociale: Marx et les nouvelles sociologíes), pp. 101-112. Textuel, París.

Lugar común nº 1: La construcción social no es más que una construcción simbólica y/o subjetiva.

Decir que la realidad social es una «construcción social e histórica» no debería conducir a despojarle de un solo gramo de «realidad». Resulta, muy a menudo, veloz el deslizamiento que lleva de la «construcción» a la «fabricación» (en el sentido en el que se habla de una historia «fabricada en todas sus piezas», artificialmente, arbitrariamente ...), y de la «fabricación» (*a priori* tanto material como simbólica) a la fabricación «simbólica» o «subjetiva». En materia de realidad social todo se reduciría, en un mismo movimiento, a puras creencias o a puras representaciones: se nos esboza el retrato de un mundo social sin edificios, sin muebles, sin máquinas, sin herramientas, sin textos, sin instituciones, sin estatutos duraderos, etc., retrato cuya realidad es bastante improbable.

La desrealización del mundo social puede conducir a ciertos sociólogos a decidir, consciente y voluntariamente, reducir el programa científico de la sociología al estudio de las concepciones (formas de ver, construcciones simbólicas, representaciones ...) que los actores se hacen del mundo social. «Para la etnometodología, escribe un sociólogo francés, la concepción que los actores se hacen del mundo social constituye, en último término, el objeto esencial de la investigación sociológica».[1]

Se podría pensar que la cita precedente es una declaración aislada que, además, está malinterpretando el proyecto de la etnometodología. No me pronunciaré sobre este segundo aspecto ya que es relativamente secundario: en efecto, cuando tantos sociólogos gustan de cometer tales malinterpretaciones, éstas se convierten en un hecho objetivo y recurrente, y es esto lo que resulta inquietante.

Encontraremos en otros autores el mismo tipo de reducción. Por ejemplo, hablando del arte, otra autora afirma que «dos soluciones se le ofrecen al sociólogo. La primera consiste en proyectar sobre su objeto (el arte) los marcos epistemológicos de su disciplina (la sociología)»[2], ya que se entiende que, en lo sucesivo, hacer sociología o construir científicamente su objeto es «proyectar marcos epistemológicos sobre los objetos». Todo ocurre como si la sociología forzase o estropease alguna cosa al construir teóricamente su objeto; como si pudiésemos, a la vez, reivindicarnos sociólogos e ignorar los marcos de la disciplina.[3]

---

1 Alain Coulon [1987 : 11].

2 Natalie Heinich [1998: 7].

3 He aquí la reivindicación de fondo de una parte de los sociólogos contemporáneos: títulos de sociólogo y honores académicos y sociales sin la disciplina (en los dos sentidos del término) que implican.

La segunda solución consiste en «tomar [...] por objeto el arte tal y como es vivido por los actores»[4]. En esta segunda solución, propuesta —obviamente— por la autora, se trata de repetir, de comentar los propósitos defendidos por los actores acerca de sus prácticas en su mismo registro de vocabulario, poniendo a funcionar una especie de hermenéutica del sentido común. Se trata así de «darse por objeto el decir, no lo que sea el arte sino, qué "representa" para los actores»[5]. A la clásica, y un poco paleontológica, «sociología de lo real» («la cual constituye lo esencial de la ocupación de los sociólogos desde los orígenes de su disciplina —sueño, así pues, muy reciente—: estadísticas, encuestas de opinión, observación de conductas») se opone una «sociología de las representaciones —imaginarias y simbólicas».[6]

Toda interpretación que osase poner en perspectiva las «representaciones» de los actores en relación con otros aspectos de la realidad, no señalados por ellos (y no necesariamente inconscientes o no-conscientes), aprehendidos por la objetivación etnográfica, estadística o histórica, sería inmediatamente percibido como una violencia ejercida sobre los actores. Pues interpretar es necesariamente colocarse «contra» los actores. La socióloga, sobre todo, lo que no quiere es oprimir al actor bajo su interpretación sociológica. Ella «considera a los actores, no como las víctimas de creencias erróneas, sino como los actores o manipuladores de sistemas de representación coherentes»[7]. La consecuencia de una proposición tal es que se pasa, pura y simplemente, de la búsqueda de la verdad («validez externa») a la de la «coherencia interna relativa a los sistemas de representaciones».[8]

Último ejemplo de sociólogo, y no precisamente de los medianos, que retoma la vulgata etnometodológica sobre los actores. Luc Boltanski escribe que es necesario que «*renunciemos* a tener la última palabra sobre los actores, produciendo e imponiéndoles un informe más fuerte del que ellos mismos están produciendo. Lo que supone *renunciar* a la forma en la que la sociología clásica concebía la asimetría entre el investigador y los actores»[9] (subrayado mío). Bajo la pluma de este sociólogo, al igual que bajo la del etnometodólogo que afirma —contra la sociología clásica, interpreta el primero— que el actor no debe ser

4 Natalie Heinich [1998: 8].
5 Natalie Heinich [1998: 24].
6 Natalie Heinich [1998: 29].
7 Natalie Heinich [1998: 33].
8 Natalie Heinich [1998: 34].
9 Luc Boltanski [1990: 55]

tratado como un «idiota cultural» (*cultural dope*), el proyecto científico de dar razón del mundo es concebido como un proyecto de opresión y de dominación simbólica: «asimetría», «imposición», «tener la última palabra»... Una parte de los sociólogos ha decidido actualmente, según parece, adoptar el lenguaje de los derechos del hombre y del ciudadano más que el del realismo y el racionalismo científicos. Parecen más preocupados por el «respeto de los actores ordinarios» (presuponiendo que el proyecto científico de interpretar las conductas de forma más sistemática, más compleja, más informada y mejor fundada empíricamente de lo que son capaces de hacerlo los actores ordinarios, es un proyecto que manifiesta un total desprecio hacia los actores...) que por el respeto a la verdad científicamente fundada.

Inscribiendo su apuesta en el movimiento del «giro lingüístico»,[10] este mismo autor compara al sociólogo con un juez que «escenografía el proceso recogiendo y registrando los informes de los actores» y, calcando una vez más su propósito del etnometodólogo que quiere que el trabajo del sociólogo consista en repertoriar los informes de los actores (*account of accounts*), asimila el «informe de investigación» del sociólogo a «un careo con esos registros, un informe de informes»[11]. Interpretar lo menos posible y sobre todo no pretender explicar nada: he aquí los consejos teóricos y metodológicos brindados. Las nuevas reglas del método sociológico «exigen del sociólogo que se mantenga siempre lo más cerca posible de las formulaciones y las interpretaciones de los actores. Apuntan todas ellas, en última instancia, a subordinar el informe del investigador a los informes de los actores»[12].

El régimen democrático (¿demagógico?) que orienta a nuestros diferentes autores les lleva tranquilamente a *renunciar* (el término es empleado por Luc Boltanski en varias ocasiones), conscientemente, al ejercicio de la razón, a deponer las armas de la racionalidad científica en aras de la democracia: «Renunciando a hacer valer una capacidad de análisis radicalmente diferente de la del actor, a partir de la cual pudiésemos explicarnos sus actuaciones en su lugar y mejor de lo que él mismo podría hacerlo, hacemos el sacrificio de nuestra inteligencia, en el sentido en el que Éric Weil utiliza este término, para describir, a la vez, una actitud frente al mundo y una categoría de la filosofía. Renunciamos a presentar nuestra propia versión con intención de tener la última palabra y rechazamos, con ello, una actividad de la que el actor no se

10 Boltanski [1990: 56].

11 Boltanski [1990: 57].

12 Boltanski [1990: 128].

priva»[13]. Pero, no nos engañemos, este género de acto seudo-heroico no se acompaña jamás de un abandono de los privilegios que se encuentran asociados a las cátedras universitarias de aquellos que las ocupan. Hacer el sacrificio de su «inteligencia», sí, de las ventajas sociales y simbólicas que se le asocian, no...

Pero si podemos decir junto a Émile Durkheim que «no podemos, de ninguna manera, para saber cual es la causa de un acontecimiento o de una institución, limitarnos a interrogar a los participantes en ese acontecimiento y preguntarles por sus sentimientos»[14], y también junto a Max Weber, muy a menudo citado por los etnometodólogos o los partidarios de una sociología comprensiva[15], que «los motivos invocados [...] le disimulan demasiado a menudo al agente mismo el conjunto real en el cual culmina su actividad, hasta tal punto que los testimonios, incluso los más subjetivamente sinceros, no tienen más que un valor relativo»[16], es porque las representaciones son, en parte, constitutivas de las prácticas sociales pero no lo dicen todo de esas prácticas sociales. El matiz parece sutil; no obstante, resulta fundamental.

Lugar común nº 2: La sociología no escogerá sus objetos: no debe estudiar más que construcciones de sentido común («representaciones»).

Al reducir los objetos legítimos de estudio a los objetos señalados por los actores sociales acabamos por someternos al sentido común, incluso cuando se pretende dar razón históricamente, sociológicamente, de esas construcciones «ideológicas» (versión marxista) o de esas «problematizaciones» (en el lenguaje foucaultiano).

Aquí estaré bastante de acuerdo con el filósofo francés Vincent Descombes que declaraba a lo largo de una entrevista: «comprendo la tesis de la "construcción social de la realidad" como un desarrollo patológico de

13 Boltanski [1990: 63]. No hay ninguna originalidad en este género de declaración democrática que repite lo mismo que los etnometodólogos habían escrito hace ya varias decenas de años: «Para los etnometodólogos, la ruptura epistemológica entre conocimiento práctico y conocimiento erudito no existe» [Coulon, 1987: 72]. O también: «Para los etnometodólogos no hay una diferencia de naturaleza entre los métodos que emplean los miembros de una sociedad para comprenderse y comprender su mundo social por un lado y, por el otro, los métodos que emplean los sociólogos profesionales para llegar a un conocimiento, que se pretende científico, de ese mismo mundo» [Coulon, 1987: 52].

14 Émile Durkheim [1975 : 205].

15 Ver, entre otros, Patrick Pharo [1985a: 120-149].

16 Max Weber [1971: 9].

la fenomenología».[17] Añadiendo a continuación el siguiente comentario, que me parece del todo justo: «La realidad tal y como es "constituida" o restituida por las prácticas representativas y los discursos narrativos de los agentes históricos sería la única realidad, ya que sería la única realidad que éstos conocen. Pero siendo legítimo plantearse el problema fenomenológico —¿qué es lo que las personas han podido ver, captar, retener de aquello que les ha sido dado?— resulta abusivo reemplazar lo real por lo intencional, la realidad por aquello que ha sido a cada instante visto, percibido, retenido de la realidad en función de la ideología de las personas o de las condiciones históricas. Para esta concepción, prosigue Vincent Descombes, estudiar las maneras en las cuales las personas hablan de un objeto es estudiar todo lo que hay que saber acerca de ese objeto [...]. Durante una guerra tenemos el frente y la retaguardia. La retaguardia no conoce lo que pasa en el frente más que por medio de periódicos sometidos a la censura y de rumores. Resulta pues importante saber que la censura construye aquello que será para nosotros, los que estamos en la retaguardia, la realidad del frente, pero resultaría ridículo concluir de ello que no existe frente alguno, que no hay batalla, sino únicamente periodistas y censura. Por lo tanto, desde un estricto punto de vista constructivista, la realidad que hoy nos es ocultada no existe (al menos hoy). Si llega a existir algún día será mañana, el día en el que se reconstruya la imagen histórica de aquello que pasó ayer».[18]

Si todos los sociólogos se convirtieran a este género de constructivismo no tendríamos más remedio que dedicarnos, en el peor de los casos, a comentarios de comentarios (a una hermenéutica del sentido común) y, en el mejor de los casos, a análisis sociogenéticos de las categorías del sentido común (los «SDF»,[19] los «excluidos», los «jóvenes de alto riesgo», los «jóvenes del extrarradio», la «tercera edad», las «violencias escolares» ...), lo que no es más que otra manera, en definitiva, de someterse al sentido común.

En la versión más pesimista, es necesario tener en cuenta que ciertos autores reivindican, aún aquí, la sumisión completa del sociólogo al sentido común. Hacer el trabajo del sociólogo no implicaría construir sus propios objetos sino dejar a los actores definir objetos que aquel se esforzaría, a continuación, en describir o explicitar desde el interior, sin contestarlos: «Ya no es llamando al interés por los objetos, o por las obras, o por las personas, o por "las condiciones sociales de producción", como el sociólogo hace una tarea específicamente

17 Vincent Descombes [1996 : 83].

18 Descombes [1996: 84].

19 Sin domicilio fijo (N.d.T)

sociológica: es describiendo la forma en la que los actores, según las situaciones, conforman tales o cuales de esos momentos para asegurarse sus relaciones con el mundo. Ya no es lo propio del sociólogo escoger sus "objetos" (en todos los sentidos del término), sino dejarse guiar por los desplazamientos de los actores en el mundo, tal y como éstos lo habitan».[20]

En la versión menos pesimista, aquella en la cual el conjunto de los sociólogos se convertirían al análisis sociogenético de los «problemas sociales», de las «categorías sociales», producidas por los actores políticos e ideológicos (y, en ocasiones, mediáticos) de una época, no nos encontraríamos menos encerrados en la lógica del sentido común. Aquí el constructivismo se revela como necesario pero, de ninguna manera, suficiente.

En efecto, mostrar que una categoría social (un problema social, una noción, etc.) no es natural sino que tiene una historia, que su eventual éxito social —en la medida en la que alcanza el estado de su oficialización por el Estado— presenta unas condiciones históricas de posibilidad, constituye una manera totalmente fecunda de producir efectos de conocimiento en sociología.[21] Esta perspectiva muestra no obstante sus propios límites en tanto en cuanto se la concibe como la conclusión, es decir, como el punto de llegada de toda reflexión sociológica.

¿Cuál es el *quid* de las prácticas sociales efectivas en estas reflexiones que reducen pura y simplemente sus objetos al análisis del discurso? Fijando exclusivamente su mirada sobre la producción de la realidad pública y oficial, el sociólogo, obnubilado por la mirada legitimista, ¿no corre el riesgo de olvidar la existencia de realidades no dichas y no percibidas a través de los diferentes discursos «oficiales»? Al querer alejarnos demasiado rápido del territorio del estudio de las poblaciones, de las situaciones sociales vividas, de las condiciones de existencia para centrarnos exclusivamente en la forma en que una parte de esas situaciones, de esas condiciones o de esas experiencias, son percibidas, constituidas como problemáticas y elevadas hasta la culminación de su reconocimiento público, los sociólogos pueden acabar por no ver la exclusión que operan sobre una inmensa parte de la realidad social, que no es la realidad de las instituciones y de las acciones públicas. Sin darse cuenta, muchos sociólogos han politizado así sus objetos de investigación, no en el sentido de que impliquen sistemáticamente presupuestos políticos en sus análisis (aunque esto no sea raro), sino en el sentido de que concentran su atención exclusivamente sobre la escena pública y política.

20 Natalie Heinich [1998: 39-40] (subrayado mío).

21 Es a este tipo de planteamiento al que me he librado en Bernard Lahire [1999].

La reconstrucción y la sociogénesis de las formas oficiales de percepción y de representación del mundo social no deberían conducir al sociólogo, ni hacia un legitimismo consistente en no estudiar más que aquello que es oficial en el mundo social (inclusive para demostrar su carácter histórico), ni hacia un deconstructivismo que deje al lector delante de la nada después de la empresa de deconstrucción de la realidad social.[22]

Lugar común nº 3: La construcción no es más que una creación intersubjetiva, contextual y perpetua.

Pasar de la idea de la «construcción social de la realidad (social)» a la de la «reconstrucción a cada instante, por cada actor, de la realidad», es negar el peso de la historia incorporada y objetivada y desarrollar una visión romántica de la acción como invención, aventura, «proceso creativo ininterrumpido de construcción (*energeia*)».[23] La realidad social no sería más que una formación frágil, efímera, producto de sentidos intersubjetivos contextuales; el mundo social sería un escenario en el que todo se encontraría a cada instante, donde todo se reinventaría en cada interacción entre dos actores y en contextos singulares.

Me parece que podríamos aquí evitar caer en la ingenuidad de hacer como si a cada instante confluyeran cosas inéditas, olvidando el peso de los hábitos y los dispositivos objetivados. Como nos recuerdan numerosos sociólogos, de Marx a Lévi-Strauss, pasando por Durkheim, el hecho es que no nos inventamos con cada generación —y aún menos con cada intervención— el lenguaje, el derecho, etc., es decir, el conjunto de las instituciones económicas, políticas, religiosas y sociales que hemos heredado, sin darnos cuenta de ello y con las cuales, lo queramos o no, nos debemos componer. Como escribió, por ejemplo, Marx en una frase que se ha convertido en célebre: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, en las condiciones escogidas por ellos, sino en condiciones directamente dadas o heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas reposa como un pesado fardo sobre los cerebros de los vivos» [Marx, 1852]. E, inclusive: «Esta fijación de la actividad social, esta petrificación de nuestro propio producto en una potencia objetiva que nos domina, escapando a nuestro control, contrarrestando nuestros

22 A propósito del «fracaso escolar», ver el parágrafo dedicado a la «Émergence du problème social», en Bernard Lahire [1993: 44-48].

23 Mikhail Bakhtine [1997: 75].

intentos, reduciendo a la nada nuestros cálculos, es uno de los momentos capitales del desarrollo histórico hasta nuestros días» [Marx y Engels, 1845-1846].[24]

Entre las múltiples formulaciones de esta concepción romántica de la recreación continua del mundo social, citaré a un sociólogo francés: «En particular, si renunciamos a sustancializar la realidad social bajo rasgos objetivos que son supuestos como asegurándole el sentido de un ser permanente, para pasar a esforzarnos en considerarla desde el ángulo de una construcción continua por parte de sus miembros, construcción que no tiene otro sentido que aquel, endógeno, que le es atribuido por las actividades mismas, conviene tomar en consideración, sin el menor angelismo, las múltiples formaciones de sentido que aseguran, en cada caso particular, la cohesión de esta realidad».[25]

Todo ocurre como si la «cohesión de la realidad» no fuese más que un asunto de «múltiples formaciones de sentido». Pero la construcción social de la realidad se deja ver tanto más en dispositivos objetivados y duraderos, en ocasiones incluso pluriseculares (pensemos en la historia de la moneda), que en maneras de ver las cosas, en acuerdos y «negociaciones» de sentido efímeras, locales, microcontextuales, etc. E, incluso, las maneras de ver las cosas (las «visiones del mundo» o las «representaciones»), son hábitos mentales y discursivos difíciles de poner en cuestión. La prueba está en lo duradero de la vida de esas mismas concepciones románticas del mundo que resultan, ellas también, pluriseculares.

Lugar común nº 4: Aquello que ha sido construido por la historia de determinada forma puede fácilmente ser deshecho o hacerse de otra manera.

Otro lugar común —del que me gustaría irónicamente poder situar su fuente en los tajos de las obras públicas y las construcciones propias de la albañilería— quiere que aquello que ha sido construido pueda deshacerse o hacerse fácilmente de una forma completamente diferente. Maravillados por la metáfora de «la construcción» y descubriendo así que la moneda, el sistema capitalista, la institución del matrimonio o la sexualidad no son más que construcciones

24 Marx y Engels hablan también de «esta suma de fuerzas de producción, de capitales, de formas de relaciones sociales que cada individuo y cada generación encuentran como datos existentes» [Marx y Engels, 1845-1846].

25 Patrick Pharo [1985b: 63].

sociales, los intelectuales subjetivistas pueden —porque no se han planteado la cuestión de la construcción más que como un problema de sentido (para Max Weber, el intelectual es aquel «que concibe el mundo como un problema de "sentido"»[26])— hacer gala de un espontaneismo y un voluntarismo políticos típicamente sartrianos (o intelectualistas, como se prefiera).

Pero, en vez de tropezarnos con la metáfora (y caer en el ridículo), es necesario recordar que no hay ninguna paradoja en el hecho de señalar, simultáneamente, que la metáfora de la «construcción social de la realidad» es una buena metáfora para desnaturalizar el mundo histórico y social (lo que existe ha sido hecho y puede por lo tanto ser deshecho; no remite ni a la naturaleza ni a una fatalidad existencial inmutable) y que es necesario pensar que, por razones objetivas (en el sentido del estado de las cosas existente), el mundo social e histórico se presenta, particularmente a escala biográfica, como un mundo casi-natural, muy difícil de transformar. Podríamos decir irónicamente que los actores ordinarios hacen gala de un mayor realismo histórico y político al declarar que «de todas maneras siempre ha habido ricos y pobres y esto no va a cambiar de la noche a la mañana» que ciertos intelectuales, pequeños o grandes, que se deslizan de la ligereza de un registro metafórico a la ligereza de la realidad misma. El peso de la historia objetivada es tal que se asemeja mucho, en ciertos casos, al peso de las determinaciones físicas naturales. La idea de la construcción social de la realidad es liberadora desde el punto de vista de la imaginación pero no forzosamente realista en los hechos, en la medida en la conduce a la idea según la cual la reconstrucción sería coser y cantar. Si el mundo social se construye, sin embargo, ¡no se construye a la velocidad en la que se edifican inmuebles en una ciudad como Berlín! Y si se trata de su reconstrucción bajo nuevas formas, aún más difícilmente.

Tanto más aquello que se quiere transformar es el producto de una historia con una mayor duración y que se ha instalado durante más tiempo en el mundo social, tanto más tiempo, en principio, es necesario para ponerlo en cuestión: así, es necesario más tiempo para esperar transformar el modo de producción capitalista que para modificar las leyes sobre inmigración o los elementos de una política escolar.

Armados a menudo con la noción de «juego de lenguaje» del filósofo Ludwig Wittgenstein, y pensando que esos juegos son reformables a voluntad y no se apoyan más que en unas pocas cosas, los sociólogos seducidos por las concepciones exclusivamente simbólicas del mundo social olvidan que Wittgenstein insistía,

26 Max Weber [1971: 524].

al contrario, sobre la idea de que «una masa enorme de hechos deberían ser diferentes para que nos veamos (naturalmente) conducidos a adoptar un juego de lenguaje diferente».[27]

Porque aquello que ha sido construido históricamente resulta lento de transformar, los actores sociales que pretenden obrar en el sentido de una transformación del estado de las cosas existente deben hacer prueba de una creencia casi mística en un devenir y en un progreso futuro que pueden no llegar a ver nunca. Se le ha reprochado muy a menudo a Marx su mesianismo, pero podemos pensar que si, al respecto, científicamente, se equivocaba, estaba siendo muy realista desde el punto de vista de las condiciones de éxito de una acción colectiva revolucionaria. Para transformar las «construcciones» de este mundo es necesario aprender a inscribir el tiempo corto de la biografía individual en los tiempos largos de los sistemas sociales. Lo que hacemos hoy para orientar la acción en un determinado sentido podrá servir a los que vendrán después para apoyar sus acciones, facilitar sus luchas, etc. Se ve que es necesaria una buena dosis de mesianismo y de fe ingenua —en el buen sentido del término— en el progreso de la humanidad para lanzarse a una acción de la que tenemos escasas probabilidades de ver acontecer inmediatamente sus efectos positivos.

Lugar común nº 5: La ciencia es una construcción discursiva de la realidad como cualquier otra.

Después de haber reducido los objetos de la sociología a las representaciones que se hacen los actores ordinarios de la realidad social, después de haber hecho de la sumisión al sentido común la actitud (acrítica) normal y deseable del nuevo sociólogo, después de haber tomado partido por la defensa del actor ordinario pretendidamente despreciado y dominado por la sociología clásica, los nuevos sociólogos se esfuerzan entonces por acabar con la ciencia misma, poniendo en duda su pretensión de verdad. Partiendo de la idea según la cual la ciencia es una actividad social de construcción de la realidad, creen poder deducir lógicamente que la ciencia (que no resultaría finalmente tan diferente de la «literatura») construye una versión de la realidad *como cualquier otra*, anulando, mediante la magia de la similitud de la expresión «construcción social de la realidad», todas las diferencias objetivables entre la ciencia, la opinión, la creencia religiosa, la ideología, etc.

27 Jacques Bouveresse [1998 : 174].

El nominalismo, necesario a toda empresa de construcción científica digna de ese nombre (no tomar la realidad de sus construcciones por la realidad misma de las cosas), no debe conducir a un escepticismo general acerca del valor equivalente de todas las construcciones discursivas del mundo. Las construcciones científicas reposan sobre un plus de reflexividad, de explicitación y de pruebas argumentativas y empíricas frente a cualquier otra construcción, menos exigente desde el punto de vista del esfuerzo y la demostración. El grado de «severidad empírica», para hablar como Jean-Claude Passeron,[28] que se imponen las ciencias sociales a la hora de la investigación (bajo todas las formas que puede revestir la investigación actualmente, desde las observaciones etnográficas a las grandes encuestas por cuestionarios, pasando por el análisis de documentos o la investigación mediante entrevistas), reflexionando sobre las condiciones de la investigación y las condiciones sociales de la producción de los datos, etc., se encuentra fuera de toda común medida común con las afirmaciones convencidas y perentorias del periodista-ensayista, del creyente o del militante.

Si no se puede decir que ningún discurso sea más verdadero que otro (la ciencia que el mito, la opinión o la religión) no se entiende por qué numerosos investigadores, tanto en las ciencias sociales como en las ciencias «duras», invierten un tiempo tan importante en elaborar las experiencias, en desarrollar investigaciones empíricas largas y fastidiosas, en definitiva, en restregarse contra el «suelo áspero» de la realidad, si no esperasen poder anunciar ciertas verdades científicas fundadas sobre el estudio de la realidad material o social. Pero podemos preguntarnos si aquellos que reducen todo discurso científico a nada más que efectos de sentido y de partida (jugadas) no están, en definitiva, describiendo su propia práctica, verbalista y literaria, de la ciencia.

Todo ocurre entonces como si después de haber dicho que la ciencia resulta, ella misma también, una construcción social, que tiene una historia, etc., el investigador se sintiera en el derecho de deducir que ella no puede pretender la verdad. La idea misma de verdad sería incompatible con la de historia o la de las condiciones sociales de producción de la verdad. Como si alguna verdad científica hubiese sido producida en otras condiciones diferentes a las históricas y las sociales.

«El auténtico conocimiento sociológico, escribe un sociólogo francés, nos es librado en la experiencia inmediata, en las interacciones cotidianas».[29] Si se piensa verdaderamente que el «auténtico conocimiento sociológico» se encuentra

28 Jean-Claude Passeron [1991].

29 Alain Coulon [1987: 11].

«en la experiencia inmediata», es decir, «en las interacciones cotidianas», ¿no resultaría necesario considerar con valentía el ir hasta el final con esta lógica y dejar el oficio de sociólogo? Ya que ¿qué puede hacer en estas condiciones el sociólogo sino estropear la autenticidad del mundo reinterpretando los portentosos sentidos autónomos que le constituyen? Los buenos magnetófonos serían más respetuosos del sentido de los actores y del «verdadero conocimiento sociológico» que el más dócil ensayo de los sociólogos.

Si el actor ordinario es mucho mejor sociólogo que el sociólogo, ¿qué legitimidad tiene la sociología para atribuirle un certificado de sociólogo? Si el discurso de los actores dice más y lo dice mejor de lo que sabría decirlo un sociólogo, ¿por qué este último correría el riesgo de destruir esa verdad en estado bruto escribiendo sobre el asunto? Si el actor ordinario se revela como más científico que los científicos, ¿por qué el científico continúa viviendo como un funcionario del Estado?

Conclusión: ¿Es razonable la critica de los lugares comunes?

La metáfora de la «construcción social de la realidad» no es, evidentemente, la responsable de las diferentes derivas que he mencionado rápidamente en este texto. Ha sido, por el contrario, tomada al asalto por usuarios que la han convertido, en ocasiones, en su lugar común de reunión.

La sociología francesa —a menudo citada como ejemplo de extraordinario espacio de debate e inventiva, sobre todo por los franceses— ha dejado instalarse sin gran resistencia este clima irracionalista a lo largo de los últimos años. No sé si Max Weber tenía razón al decir que la sociología es una ciencia destinada a permanecer «eternamente joven», pero el retorno a primer plano, cien años después de su creación, de errores de juventud y de reconfortantes ingenuidades, tiende en todo caso a darle la razón. No se trata de que el conjunto de los sociólogos, ni siquiera la mayoría de ellos, se hayan convertido a estos últimos credos, al disfrute de estas «viejas novedades» que se nos presentan como el último grito del pensamiento original, pero tampoco, en cualquier caso, se han criticado lo suficiente estas nuevas empresas de conquista del reconocimiento sociológico.

Bibliografía:

BAKHTINE, MIKHAIL (1997), *Marxisme et philosophie du langage*, París, Minuit.

BOLTANSKI, LUC (1990), *L´Amour et la justice comme compétences: trois essais de sociologie de l´action*, París, Métaillié.

BOUVERESSE, JACQUES (1998), *Le Philosophe et le réel*, París, Hachette Litératures.

COULON, ALAIN (1987), *L´Ethnométodologie*, París, PUF, coll. «Que sais-je?». [ed. cast.: *La etnometodología.* Madrid, Cátedra, 1988].

DESCOMBES, VINCENT (1996), «L´esprit comme sprit des lois. Entretien avec Vincent Descombes», *Le Débat*, nº 90, mai-août.

DURKHEIM, ÉMILE (1975), *Textes 1: Éléments d´une théorie sociale*, París, Minuit.

HEINICH, NATALIE (1998), Ce que l´art fait à la sociologie, París, Minuit.

LAHIRE, BERNARD (1993), Culture écrite et inégalités scolaires: sociologie de l´«échec scolaire» à l´école primaire, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1993.

_____________ (1999), *L´invention de «l´illetrisme»: rhétorique publique, éthique et stigmates*, París, La Découverte.

MARX, KARL (1852), *El 18 Brumario de Louis Bonaparte.* [Varias ediciones].

MARX, KARL Y ENGELS, FRIEDRICH (1845-1846), *La ideología Alemana.* [Varias ediciones].

PASSERON, JEAN-CLAUDE (1991), *Le Raisonnement sociologique: l´espace non-poppérien du raisonement naturel*, París, Nathan.

PHARO, PATRICK (1985a), «Problèmes empiriques de la sociologie comprénsive», *Revue française de sociologie*, janvier-mars, XXVI-1, p. 120-149.

___________ (1985b) *Le Civisme ordinaire*, París, Librairie des Méridiens

WEBER, MAX (1971), *Économie et Société*, trad. fr., París, Plon. [ed. cast.: *Economía y Sociedad),* Fondo de Cultura Económica, México, 1944].

Capítulo 3

El trabajo y su medida*

Pierre Rolle

¿Qué es, a fin de cuentas, el trabajo? Un conjunto de comportamientos, indefinidamente variables, por medio de los cuales los hombres se adaptan a las circunstancias, a las instituciones y a los dispositivos técnicos, siempre que no sean ellos los dominados por éstas. O incluso la combinación de coacciones y de proyectos, de frustraciones y de estrategias, una noción por lo tanto polémica y llena de equívocos. ¿A qué la aplicamos? ¿Qué significa? El gestor, que dispone del trabajo de otros, ¿trabaja también? ¿Y el ama de casa? ¿Y el estudiante ¿Y el actor? La formación, cuando prepara de modo tan perfecto a una persona para un oficio como para que ya no sea necesario su control ¿está exaltando su libertad o agravando sus determinaciones? El movimiento de los asalariados, poniendo en primer plano los saberes y la autonomía de sus miembros ¿anticipa la emancipación de los trabajadores o defiende formas pretéritas de su sujeción?

Cuando se le somete a examen, el trabajo aparece como una realidad inabarcable, tan disputada como evidente, y no tanto como fundadora del sistema social sino como moldeada, de modo cotidiano, por el funcionamiento de éste.

* Publicado originariamente como Rolle, Pierre (1993), «Le Travail et sa Mesure» en *Travail*, núm. 29, verano-otoño, pp. 7-20.

Mutación del trabajo

El proceder de aquellos sociólogos que han intentado identificar el dinamismo de lo colectivo a partir del estudio del trabajo parece hoy cada vez menos defendible. Ya no estamos dispuestos a admitir que el trabajo posea sobre el resto de las actividades sociales una especie de preeminencia ontológica. Ciertamente, para las épocas antiguas hemos podido describir la labor humana como un enfrentamiento con la naturaleza, una lucha a través de la cual el grupo registraba la huella de los rigores y las potencias de lo real. Pero, en sus formas más modernas y, sin duda, más decisivas, el trabajo no es ya más el modelado de una materia bruta, sino la elaboración de datos ya previamente sociales. ¿Diremos entonces que, por lo menos en nuestras sociedades, la experiencia del empleo es la más continua y la más imperativa que puede sufrir una persona? En ese caso, entenderíamos así que esta experiencia condiciona y colorea todas las demás y, a fin de cuentas, el conjunto de lo social. Sin embargo, actualmente, el empleo implica cada vez menos un oficio, una formación, un estilo de vida específicos, dejando de ser ya el marco obligado de todos los esfuerzos y de todas las esperanzas del individuo.

Sin embargo ¿se ha comprendido el porqué? Creemos que no. La impronta del trabajo sobre el individuo cambia de forma sin perder su potencia. Pese a que el empleo particular ejercido en un momento dado por el asalariado no regule ya, de modo tan preciso como antes, sus comportamientos cotidianos, sabemos bien que el trabajo que se tiene, que se espera o que se ha perdido, ordena la totalidad de los periodos de su existencia.

Vemos así fácilmente dónde reside el malentendido. La noción de trabajo es una noción compuesta. Pretende designar a la vez los gestos más específicos que el puesto ocupado impone al operario, la coacción que pesa sobre el individuo a lo largo de toda su vida y una estructura primordial de lo colectivo. Más aún, la noción hace creer que estos comportamientos, estas representaciones, estos mecanismos y estas instituciones convergen de forma natural alrededor de un objeto común. Las múltiples experiencias individuales y colectivas relativas al trabajo se fundirían en él sin problemas, prolongando así las significaciones sociales, los sentimientos personales. Está claro, sin embargo, que estos diversos fenómenos no incumben a los mismos agentes y no se desarrollan en los mismos períodos, de tal manera que no podemos pretender establecer entre ellos cualquier tipo de correspondencia sin dar un rodeo por el conjunto del sistema social, el cual constituye a estos agentes y ordena dichas temporalidades.

El trabajo, una realidad compuesta

Por ello, el sociólogo sustituye la noción única de trabajo por todo un juego de conceptos, entre los que buscará las articulaciones, implementando un dispositivo de observación múltiple. Los marcos temporales apropiados harán visibles, en sus respectivos órdenes, la movilidad de los individuos entre los puestos, o bien la evolución de esos puestos considerados independientemente de sus titulares, o incluso la dinámica de las relaciones colectivas. La tarea, el empleo, la carrera, la formación, el intercambio salarial no aparecerán ya entonces como facetas de una realidad homogénea sino, más bien, como componentes de una realidad contrastada.

Así pues, si el trabajo puede ser considerado como un objeto privilegiado del análisis sociológico, no lo es bajo tal o cual de las formas en las que se manifiesta, sino debido a la tensión que contiene. A fin de cuentas, los equívocos revelan ser oposiciones en movimiento. Así sucede con la acción colectiva de los asalariados que, al tiempo que intenta preservar los trabajos particulares, no deja de cuestionar el principio según el cual dichos trabajos han sido constituidos.

El mecanismo oculto es aquél por medio del cual la actividad individual es movilizada, modelada y distribuida en el proceso de producción y reproducción de lo colectivo, mecanismo que se anuncia amenazando derruir cada modalidad efectiva de trabajo.

El trabajo es la actividad humana, pero inserta en una relación social particular de la que porta la huella.

Decir que el trabajo es un comportamiento forzado no resulta suficiente. Existen otros muchos comportamientos de este tipo y, de hecho, la obligación que soporta el trabajador no es percibida como tal en todo momento. Puede ser disimulada por medio de una autonomía local o, incluso, ser transmutada en libertad.

El trabajo no es reconocible por la existencia de una coacción, sino por la naturaleza y el alcance de ésta. Dicho en otras palabras: trabajar no es la consecuencia de una mera subordinación, sino aquello que está en juego en una relación específica. Para participar en el intercambio perpetuo de bienes y servicios sociales, el trabajador se ve obligado a consumir en el trabajo un cierto tiempo de su existencia, tiempo obtenido y apreciado por procedimientos variables según los sistemas.

El trabajo, una actividad medible

El trabajo debería ser definido no tanto como una actividad humana forzada sino como una actividad medida, es decir, jerarquizada, normada y repartida. Estas evaluaciones constituyen las huellas de la relación social particular que moviliza el tiempo y los esfuerzos de los miembros de una sociedad dada. Las medidas más antiguas conocidas en la historia humana toman la forma de clasificaciones y de enumeraciones: las castas, las tribus, las edades y los sexos distribuyen a los individuos entre sectores sociales conforme a unas proporciones determinadas. El conocimiento del trabajo, en cuanto tal, no existe, puesto que cada actividad es atribuida a la persona como un atributo de su nacimiento, de su edad o de su estatuto. La regla de tales sociedades, al menos tal y como ésta es interpretada por sus miembros, consiste en la repetición de las estructuras de manera idéntica a través de las generaciones. El ajuste a los cambios del medio y la acumulación de técnicas no dejan por ello de producirse, pero las transformaciones que ambos favorecen se desarrollan en una duración mayor que la de la experiencia individual, pasando así desapercibidas salvo que tomen la forma de catástrofes o de revelaciones proféticas.

Como antes han hecho muchos otros, podríamos tratar de esbozar la aparición de la noción de trabajo. Signo de un nacimiento reciente, las palabras que designan el trabajo en sí mismo, más allá de sus especificidades, provienen en las lenguas modernas de raíces que significan otra cosa: el tormento, la servidumbre, el servicio o, incluso, una operación particular: la labranza o el tejer. Pero esta historia no sería, sin embargo, otra que la de la aparición de la condición salarial, el sistema social en el que el trabajador está consagrado al trabajo en cuanto tal y no solamente a una u otra de sus variedades. La doble naturaleza del trabajo se vuelve así evidente y sustenta la movilidad perpetua del conjunto. Las normas que se imponen a todas las actividades, sea cual sea su punto particular de aplicación, se explicitan y actúan directamente, bajo la forma de relaciones monetarias, tasas de salarios, tasas de beneficio... La cualificación compara potencialidades de trabajo diferentemente educadas y regula el proceso de enriquecimiento de la actividad individual mediante la ejercitación y la formación.

No obstante, el análisis sociológico se ha equivocado a menudo a este respecto. En efecto, la descripción del individuo asido en su empleo, poniendo en marcha sus saberes específicos, utilizando sus técnicas familiares, disimula esta tensión. La noción de trabajo se reduce aquí a designar la fusión condicional de la tarea y el asalariado, ignorando su separación potencial. En el cerco así trazado se describirá una relación cerrada en la que el instrumento es unas veces

el auxiliar del trabajador, otras el demiurgo que cumple su voluntad y otras el vampiro que succiona sus saberes y energías. La cualificación del trabajo queda aplanada a una cualidad, a un índice del que no sabemos muy bien si se refiere al puesto, al individuo que lo ocupa o al equipo, ni cómo la evaluamos.

Este análisis incompleto traduce, sin corregirlos, los límites de la investigación sociológica, que se mueve a menudo en temporalidades cortas. Temporalidades que, al igual que ocurre con la legislación, no quieren reconocer al trabajador más que durante el tiempo que ocupa un puesto efectivo. Basta con reubicar la observación en su duración apropiada para reencontrar la oposición interna al trabajo y, en primer lugar, la incertidumbre de cada empleo que anuncia la movilidad virtual de todos los asalariados.

El trabajo es la actividad del ser humano, exclusivamente. Decir que la máquina trabaja es proponer simplemente una metáfora que, de hecho, puede resultar fértil. La asociación del acto humano y de la operación mecánica es el efecto de una relación social que es, en la actualidad, la relación salarial. Todo análisis del trabajo implica aferrar esta relación, así como aquella otra, simultánea a la anterior, de las formas concretas de la producción, dos descripciones que no adquieren sentido si no es la una en relación con la otra.

Trabajo y técnica

Estas concepciones permitieron a Pierre Naville, desde la década de 1950, emprender el examen de las formas más modernas de la producción y de la automatización, sin detenerse en las falsas querellas del tecnicismo. En efecto, la cuestión de la técnica no parece irresoluble más que si la planteamos en los términos del trabajo específico. En un puesto, los gestos y la experiencia del operario no pueden ser descritos al margen del instrumento y, sin embargo, las transformaciones que sufren los comportamientos de trabajo cuando modificamos los útiles permanecen siempre compatibles con la lógica de lo social. ¿Debemos pues concluir que la herramienta modela imperiosamente las estructuras de la sociedad que la han hecho nacer? ¿O bien, de manera inversa, que cada grupo no inventa sino la técnica que encarna y asegura sus relaciones constitutivas?

De hecho, la cuestión sólo será relevante si suponemos que el comportamiento en el puesto, el estatuto social acordado al trabajador y la remuneración recibida constituyen una unidad indisociable de la que no hay que buscar la

ley. En ese caso, en efecto, será importante saber cómo dos realidades aparentemente tan heterogéneas como la técnica, por un lado, y la estructura social, por el otro, pueden conciliarse en el trabajo efectivo. Por el contrario, el problema se disuelve por sí mismo si observamos que los cambios derivados de una modificación del utillaje se realizan por medio del deslizamiento de índices y de normas que evolucionan a lo largo de ciclos, en cierta medida autónomos. La cualificación no evoluciona directamente porque no mide una característica concreta del puesto, sino el esfuerzo de formación aplicado a la capacidad de trabajo. La remuneración varía, por su parte, con el consumo y no con la producción bruta. Los estatutos ligados al trabajo específico resultan de negociaciones colectivas. En ninguno de estos registros los efectos del progreso técnico son directos, sino que deberían analizarse más bien como una modificación de las relaciones entre estos diferentes índices, como una nueva configuración de conjunto. Las transformaciones en el puesto se acompañan de transformaciones del puesto, guiadas por el objetivo de eficacia global.

La oposición de las dos teorías del comienzo, una ligada a los cambios observables en el puesto, la otra a las relaciones de trabajo, se reduce, a fin de cuentas, a la propia oposición del trabajo consigo mismo cuando la actividad específica se altera pero para plegarse a normas generales.

En cualquier caso, la historia de las relaciones sociales y la de la técnica se implican la una a la otra y no parecen distinguirse radicalmente más que como consecuencia de los lenguajes que les aplicamos. Las revoluciones industriales y las de la relación salarial se suponen las unas a las otras. Las estructuras productivas y las del instrumental son, desde cierto punto de vista, homólogas, de tal forma que unas pueden dar cuenta de las otras, o anticiparlas. ¿Es la coordinación entre empresas o el perfeccionamiento de las máquinas lo que ha constituido a esos grandes autómatas que organizan hoy nuestro universo? ¿Las redes modernas de producción han nacido de las relaciones anudadas por las firmas entre ellas o bien han sido ellas quienes han impuesto dichas asociaciones y subcontrataciones? Estas cuestiones, en la actualidad, pueden tener mucho sentido, pero no tienen un verdadero contenido teórico.

La automatización, analizada por Naville, revela su profunda razón de ser: la separación del acto humano y de la operación mecánica, separación ya socialmente preconfigurada por la relación salarial.

Naville convulsiona la sociología

La sociología del trabajo, dejándose engañar por la noción demasiado compuesta y demasiado limitada que se había dado, no ha reconocido en la historia industrial más que una de sus situaciones arquetípicas: aquella en la que el instrumento funciona acoplado al gesto humano y al mismo tiempo que éste. La descripción de tal tarea parece entonces formar parte del organigrama de la empresa y de la existencia del asalariado, sin que haya necesidad de cambiar ningún término.

El privilegio acordado por muchos sociólogos a tales dispositivos industriales se explica fácilmente: es a ellos a quienes encontramos en muchos de los progresos de la humanidad y, a lo largo del siglo XIX, detrás de la multiplicación inédita de las capacidades productivas. La herramienta no actúa más que encerrada en el gesto, la máquina-herramienta es pilotada o, al menos, aprovisionada por el obrero. El grupo de hombres está mediado por las máquinas, el de las máquinas por los hombres.

Sin embargo, en todos los tiempos han existido otros dispositivos en los que las operaciones productivas no movilizan en todo momento la intervención humana. La agricultura es el ejemplo más clamoroso: sin embargo, este sector es percibido por los sociólogos tradicionales como demasiado específico y poco capaz de progresar. Tan solo, o casi, los saint-simonianos identificaron este paradigma en marcha en la revolución industrial de su tiempo, paradigma en el que reconocían un proceso de quimización que agrandaba la diferencia entre el trabajo y la producción.

La mayor parte de los analistas que descubren las nuevas tecnologías en los años de la posguerra no perciben su aspecto más revolucionario. Ven en ellas un perfeccionamiento, ciertamente decisivo, de los antiguos dispositivos, una culminación de la máquina-herramienta, la cual habría por fin conseguido eliminar a su sirviente humano. El principio que triunfa será el del automatismo, soñado, imaginado, temido y esperado desde el comienzo de la historia humana.

Es cierto que este principio designa bien la separación entre la operación productiva y el acto humano, pero bajo una forma limitada y, de hecho, antigua. Sistemas automáticos existen desde la prehistoria. El hombre siempre ha sabido, a través de las técnicas de su época, concebir montajes capaces de ponerse en funcionamiento y actuar sin su intervención directa. No obstante, lo que sucede hoy es algo bien distinto, señala Naville: el instrumento y el trabajador no se contentan ya con olvidarse por un tiempo, se emancipan el

uno del otro para constituirse en conjuntos autónomos. La maquinaria se desarrolla en grandes redes productivas, indefinidamente incrementadas y perfeccionadas, conectadas a redes planetarias de circuitos de energía, de transportes, de información, reunidos entre ellos por servicios y lenguajes comunes. Lejos de ser el prototipo de la modernidad, el robot queda sometido al conjunto y pierde su individualidad, que residía en su relación directa, si bien intermitente, con el individuo humano.

Este trabajador individual también se desdibuja. Los hombres, organizados según sus propias leyes, tienen como función mantener, regular, programar y extender los sistemas productivos, y lo hacen a través de un intercambio constante de experiencias, de técnicas y de saberes. El grupo humano entra en una relación simbiótica con el de las máquinas.

Este análisis conduce a Pierre Naville a concluir lo contrario que otros sociólogos. Se presuponía que las nuevas tecnologías, disminuyendo la importancia del trabajo directo, reforzarían las estructuras sociales tradicionales, durante mucho tiempo amenazadas por el movimiento obrero. Esa es, según Naville, una visión bastante superficial. La desconexión progresiva del gesto humano y la operación mina las regulaciones primordiales de la sociedad salarial, las normas según las cuales el trabajo se intercambia por una remuneración. Alrededor de las nuevas redes productivas, la solidaridad reglada y jerarquizada de los antiguos oficios desaparece en beneficio de conjunciones móviles de saberes complejos. La formación, la disponibilidad, la reconversión son, de ahora en adelante, momentos de la vida de trabajo con una importancia similar a la del trabajo efectivo y cada vez resulta más claro que el estatuto del trabajador no puede serle acordado únicamente por su empleador del momento. Las diferentes funciones industriales se reúnen en constelaciones inestables, revisadas sin cesar, que desbordan constantemente a las empresas y a los poderes. La interferencia de las instituciones políticas y económicas, su impotencia progresiva, indican la aparición de una nueva forma de producir, que se acompaña de una nueva forma de consumir. En efecto, los sistemas de transporte, de educación, de comunicación, son utilizables de la misma forma para todos los objetivos y su uso instituye modos inéditos de satisfacción de las necesidades, de tal forma que la oposición entre la inversión productiva y los bienes destinados al disfrute se vuelve, por su parte, incierta.

Vemos lo que está en juego. Desde el momento en que fijar estatutos de ciudadanía y disponer del producto colectivo no son ya decisiones rigurosamente implicadas, el dominio potencial del grupo humano sobre su propio futuro es menos antagónico. Lo que nacen son nuevas libertades, incluso si, tal y como suele ser la regla, aparecen en principio como violencias, incoherencias y coacciones suplementarias.

La revolución de los servicios

Pierre Naville fue sin duda el único en reconocer que la multiplicación de los servicios traducía, precisamente, el mismo cambio en la manera de producir que las transformaciones de los actos de trabajo, y esto desde la década de 1950.

La expansión de empresas que declaraban ofertar servicios, evidente en las estadísticas, ya había llamado la atención de los analistas. Casi todos veían en ello el crecimiento de un sector económico particular exterior a las actividades manufactureras: el sector terciario. La relación entre las evoluciones divergentes que seguían estos dos tipos de trabajos parecía evidente: el perfeccionamiento de la industria y la multiplicación de sus productos había conducido a la saturación de las necesidades primordiales y la actividad humana, liberada del trabajo material, se gastaba en gestos gratuitos. De ahí provienen polémicas que, aún hoy, no se han olvidado. ¿Acaso el crecimiento de los servicios no era la señal de que la sociedad del trabajo imponía su disciplina y su heteronomía en un nuevo ámbito, el de las relaciones de persona a persona, en el momento mismo en el que su sector de origen, la industria, se contraía? ¿No sería mejor, se pedía, renunciar a estos nuevos deseos inconsistentes, que no sirven más que para alimentar la circulación monetaria y prolongar la alienación del trabajador, con el fin de reencontrar la libertad de la producción por sí misma y los intercambios comunitarios?

Esta reforma espiritual parecía incluso tanto más necesaria cuanto que, en lo sucesivo, parecía la única posible. En efecto, el aumento del sector terciario como consecuencia de la disminución de la industria correspondía, según se pensaba entonces, con la extensión de los cuidados personales, antaño desatendidos o asegurados en el seno de las familias o de los grupos vecinales. Ahora bien, esta nueva economía escapa de forma natural a las dificultades de la relación salarial, tal y como las observamos en las actividades productivas. El cliente, efectivamente, dirige de forma efectiva el trabajo útil, el cual no puede ser ni disputado, ni acumulado, ni es tributario de una fuerte inversión.

Todo esto, en la economía de servicios así concebida, sucede en el presente: no hay especulación, ni sobreproducción, ni rigideces, ni deudas. Los diferentes proyectos se reencuentran y se articulan inmediatamente. El otro sector, aquel en el que podemos prever y donde se pueden acumular stocks, en el que los productos rastrean durante mucho tiempo a sus consumidores y los capitales a sus asalariados, aquel sector en el que las protestas se agudizan, se volvería minoritario. El capitalismo pierde así todos los fermentos que contribuían a su transformación. No podemos sino ajustarlo y solamente por medios políticos.

Ahí también Naville anuncia algo diferente. Constata, junto a otros, que las empresas del sector servicios son en realidad heterogéneas, pero opera entre ellas una distinción fundamental. Ciertas firmas, aquellas que ofrecen cuidados a las personas, pero también aquellas consagradas a la distribución de las mercancías, se multiplican proporcionalmente con la riqueza de los consumidores. Otras, más nuevas y significativas, conocen una tasa de crecimiento superior. Ahora bien, éstas últimas participan en la creación de riquezas, extendiendo y programando los dispositivos productivos y facilitando la distribución de los trabajadores entre las diferentes funciones. Muchas de las actividades así garantizadas —la planificación, la formación, el análisis financiero, el estudio de los mercados, la investigación científica y técnica— existían de hecho en el seno de departamentos de las antiguas fábricas. Resultan ahora visibles tan sólo por la constitución de empresas especializadas, ligadas a los productores por medio de contratos de asociación o de subcontratación.

Mutación de la sociedad salarial

Así pues, el crecimiento de las tareas y de las firmas de servicios no se traduce únicamente en la proliferación de nuevas o antiguas necesidades, estimuladas por el retraimiento aparente de las actividades productivas. Este fenómeno señala, en primer lugar, el desarrollo de una nueva forma de producir que requiere redes de intercambios entrecruzadas. Al contrario de lo que se ha dicho sobre él, el principio de este nuevo sector es inédito y completamente perturbador. No reside en el control directo del trabajo, en cantidad y en calidad, por el cliente, sino, por contra, en la desaparición de toda relación medible entre la satisfacción de una necesidad y el tiempo de actividad movilizado. Esta ruptura había sido ya anunciada por ciertas modalidades de producción anteriores y, en particular, por la fabricación en serie, sin embargo, en lo sucesivo, se ve ya realizada. El trabajo no se gasta ya en producir, sino en poner en situación de producir a maquinarias complejas.

No volvemos pues a relaciones anteriores al mundo salarial, sino que accedemos a formas de producción que ya están más allá de él. El trabajo y el producto ya no se miden el uno por el otro y, consecuentemente, resultan imposibles de caracterizar. ¿Cómo reconocer y calcular en estas redes industriales la cualificación del trabajador y su productividad? ¿Cómo designar y evaluar una llamada de teléfono, una acometida eléctrica, el escuchar la radio, un viaje por

autopista, la aplicación de una fórmula química? Hablando con propiedad no estamos ni ante el consumo de un bien, ni ante la utilización de un servicio. Hoy en día aparecen nuevas formas de disfrute que se realizan por la intermediación del impulso dado en una red y que, a veces, se reducen a ello.

Las categorías y las relaciones de la economía salarial se ven trastocadas. Muchos no quieren ver en ello más que los efectos de una crisis pasajera a lo largo de la cual se instituyen regulaciones renovadas. Pero hay signos inquietantes que se multiplican y que parecen indicar otro proceso bien distinto. Hoy las decisiones económicas y políticas fundamentales no pueden ya apoyarse en los índices instantáneos y unívocos suministrados por los diferentes mercados. Exigen articulaciones y solapamientos entre temporalidades y proyectos múltiples. Grupos de diferente naturaleza —asalariados, empleadores, políticos— y de diferentes niveles —locales, nacionales, mundiales—, se enfrentan y se asocian alrededor de cada red de producción, de transporte, de formación, de comunicación. En estos debates no se decide solamente conforme los intereses de cada cual, sino en función de los usos, los empleos y los productos por venir.

En definitiva, a través de estos conflictos múltiples, que atraviesan las instituciones tradicionales, los sindicatos y las administraciones, se fijan las cantidades de trabajo, las funciones y las vías de financiación del salario social, los modos de acumulación del capital. Las formas y las proporciones del salario, en gran medida, no se mantienen sino por medio de normas y, por lo tanto, desnaturalizadas. Así, la historia que vivimos no parece conducir hacia la abolición violenta de las relaciones salariales, es decir, a la afirmación del Estado y la preeminencia de lo político, sino a su disolución progresiva.

Por ahora este proceso no se manifiesta más que por sus aspectos negativos. El socialismo de Estado, tal y como había sido instaurado en la URSS, se derrumbó no por haber suprimido la relación salarial, como pretendían sus ideólogos, sino más bien por haber intentado fijarla y preservarla. Al decretar que cada trabajo específico, dentro de las fronteras del Estado, valdría y se perpetuaría como su propia norma, no se había destruido nada del sistema salvo su movimiento, la perpetua puesta en cuestión de sus formas. Actualmente, en el universo entero, observamos la inestabilidad de todos los empleos, el enfrentamiento de todas las instituciones productivas, las fragilidades de los equilibrios salariales mantenidos por los Estados.

El proceso está sin lugar a dudas lejos de su final. Habitantes del planeta, en lo sucesivo tendremos aún muy a menudo la ocasión de constatar con qué violencia los intercambios liberados del valor se actualizan, no obstante, a través de sus antiguas formas.

Bibliografía:

Las obras más significativas de Pierre Naville, en lo que concierne a la sociología del trabajo, son:

Le nouveau Leviathan, en 7 volúmenes, entre los que se encuentra *Le salaire socialiste*, 1970; *Les échanges socialistes*, 1975, Anthropos; *Sociologie et logique*, PUF, 1981.

Essai sur la qualification de travail, Marcel Rivière, 1956.

Vers l'automatisme social, Gallimard, 1963. [ed. cast.: *Hacia el automatismo social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965].

Traité de sociologie du travail (junto a Georges Friedmann), Armand-Colin, 1961-62. [ed. cast.: *Tratado de Sociología del Trabajo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978].

Temps et technique, Droz, 1974.

Capítulo 4

Las tribulaciones de la autonomía y del saber obreros

Pierre Saunier

Los dos temas examinados en esta última parte: la pérdida de la «*autonomía*» de la clase obrera (su «*disciplinarización*» como también dicen los Fordistas) y la evolución del «*saber obrero*», son temas que interesan mucho a los Fordistas. No resulta sorprendente entonces que, en ellos, las características propias al análisis fordista aparezcan con una gran claridad.**

Con la disciplinarización de los obreros vamos a ver una nueva ilustración de la propensión de los Fordistas a corregir la realidad. En este caso, rescriben la historia fabril y del taller a su manera: borrando todo lo que es «*sumisión*» en el obrero prefordista y adscribiendo esta «*sumisión*» al obrero fordista. Una de las consecuencias de esta reescritura es otorgar a las condiciones de trabajo del obrero prefordista un carácter bondadoso que hace difícilmente comprensible su oposición al desarrollo del capitalismo. Si la explotación que sufre el obrero prefordista es benigna, ¿por qué se opone ferozmente al desarrollo de las «*relaciones económicas y sociales de producción capitalistas*»?

Con el saber obrero, vamos también a reencontrar una de las constantes del análisis fordista: la inclinación al maniqueísmo. En efecto, los Fordistas reducen el saber del obrero prefordista a una familiaridad instintiva con la «*materia trabajada*» y hacen del obrero fordista un obrero desprovisto de todo saber, un «*cuerpo-máquina*». Por sus simplificaciones abruptas, por su etnocentrismo también —puesto que no es difícil reconocer, en estas representaciones, la marca

---

* Publicado originariamente como Saunier, Pierre (1993): *L'ouvrerisme universitaire. Du Sublime à l'Ouvrier–masse*, L'Harmattan, París.

** Sobre qué y quiénes son los Fordistas, véase el apartado 5 del primer capítulo.

de un dominocentrismo que «corporaliza» el saber obrero— la concepción de los Fordistas está expuesta a variaciones súbitas. Y es eso lo que va a producirse. A partir de los años 1980, el saber instintivo del obrero prefordista y los cuerpos maquinizados de los obreros fordistas van a desaparecer de los textos de los Fordistas. Van a ser sustituidos por su inverso: la complejidad fundamental del saber obrero, la perennidad de ese saber mantenido a lo largo de los años, en y para la *«clandestinidad»*. Tales variaciones de la explicación no son extrañas en las ciencias sociales, particularmente en las relativas al trabajo, donde las explicaciones antagónicas se han sucedido desde hace una veintena de años. Pero aquí son espectaculares e ilustran la rapidez con la que las tesis, argumentos, interpretaciones pueden ser abandonadas.

El rechazo de la disciplina en el obrero fordista

Los Fordistas toman la noción de disciplina *«de los trabajos de Michel Foucault»*. Esta noción no es sin embargo, en su problemática, un cuerpo extraño. En efecto, desde que los Fordistas definen el *«universo fabril»* a partir de las relaciones de poder (en especial a partir de la inculcación de las disciplinas de trabajo, de la interiorización de las posturas corporales y mentales que suponen estas disciplinas) al menos al mismo nivel que las relaciones económicas de producción, es lógico que estudien de cerca eso que Gaudemar llama *«los ciclos de disciplinarización»*. Podemos mostrar nuestras reservas ante el uso de nociones como *«control»*, *«disciplina»*, *«vigilancia»* (hemos visto, al comienzo de este texto, que el etnocentrismo de los análisis crece a medida que estas nociones sustituyen a otras nociones económicas). De ahí que, en la problemática fordista, la *«vigilancia»*, el *«control»*, la *«disciplinarización»* encuentren perfectamente su lugar por las razones que acaban de ser indicadas. Si tienen su lugar, ¿este lugar está compartido equitativamente según se trate del obrero prefordista o del obrero fordista? En absoluto. A diferentes niveles, todos los Fordistas ponen el acento sobre el lado bueno de las condiciones de trabajo del obrero prefordista; todos atenúan, y lo más a menudo omiten, todo lo que esas condiciones de trabajo pueden contener de dureza, de imposición, de rigor. Veamos todo eso más en detalle.

Podemos comprender que los Fordistas no se detengan sobre la duración de la jornada de trabajo, sobre la precariedad del empleo, sobre las variaciones del nivel salarial del obrero prefordista, porque estas características están incluidas en la definición de este tipo obrero. Podemos admitir también que como reacción

polémica guarden silencio ahí donde los marxistas ortodoxos son prolijos, por ejemplo, que no digan nada sobre las condiciones de trabajo de las mujeres y los niños en el siglo XIX. Pero no podemos seguirles cuando escamotean todo lo que hay de coerción y disciplina en las condiciones de trabajo del obrero prefordista. Dejar entender, como hacen, que esas condiciones de trabajo —que bien son bondadosas (daré un ejemplo de ello más adelante) o bien, cuando son agotadoras, lo son sólo como consecuencia de la duración de la jornada de trabajo— es minimizar las formas de intensificación del trabajo existentes antes del fordismo. Sin embargo, estas formas son numerosas y conocidas. ¿Hay que recordar la extensión que tuvo en el siglo XIX el *sweating system*, donde la etimología por sí misma contradice la bondad de las condiciones de trabajo del obrero prefordista? ¿Hay que recordar que el «*presidio*» es un término que reaparece a menudo en numerosos textos que describen la fábrica del siglo XIX? ¿Hay que recordar que más de una descripción del sistema fabril inglés de mediados del siglo XIX podría estar firmada por un Fordista describiendo el proceso de trabajo de los años 1960/1970?.[1]

En lo que respecta a las condiciones de trabajo fuera de la fábrica, ¿hay que recordar que están lejos de caracterizarse en su conjunto por un ritmo apacible, por la autonomía y la soberanía que tienen lugar en el oficio del sublime de los Fordistas? Las expresiones utilizadas por M. Perrot para describir el papel de la máquina de coser («*propedéutica de la fábrica para mujeres*») y para caracterizar sus efectos sobre las condiciones de trabajo domésticas, bastarían para mostrar que la violencia de las condiciones de trabajo se extiende mucho más allá de la fábrica: «*La máquina de coser, es la fábrica en casa*» escribe M. Perrot y, añade, «*es quizás peor la fábrica en casa. En esas condiciones, la fábrica a secas puede ser preferible. Muchas trabajadoras a domicilio, extenuadas por el sweating system, comienzan a hacer el siguiente cálculo: ¡mejor pringar en los talleres! Como muchos pequeños campesinos agotados o tejedores acorralados acaban por resignarse a la fábrica, muchas mujeres ven en la fábrica un mal menor*».[2]

Con esto no estoy más que recordando algunos ejemplos de las condiciones de trabajo en el siglo XIX. No sería difícil dar otras ilustraciones del carácter intensivo que tenía a menudo el trabajo en la época. Así, la lavandería que utiliza Martin Eden (alias Jack London) es artesanal a voluntad. Sin embargo es

1 He aquí un ejemplo. La manera en que son designados los obreros («*operativos*», «*hands*»: la mano de obra, los brazos) muestra, escribe el *Bee-Hive* —se trata de un semanario obrero— que no son nada más que las «*manos, sin cuerpo, ni cabeza, ni corazón*» (citado por J.-P. Navailles [1983]).

2 Perrot [1978].

un «*infierno*» (el término aparece a menudo bajo la pluma de London); se activa frenéticamente, sin un minuto de tregua; hay que trajinar en unas condiciones que no tienen nada que envidiar a las de la cadena que Ford va a poner en marcha una quincena de años más tarde (es en los últimos años del siglo XIX cuando London es empleado en la lavandería de Oakland descrita en *Martin Eden*, es decir un poco más de una década antes de los comienzos de la cadena del Ford T).

En lo que respecta a los aspectos más directamente disciplinarios, no sería difícil, también a este respecto, multiplicar ilustraciones que muestran que la disciplina no aguardó hasta la segunda mitad del siglo XX para manifestarse. Pensemos por ejemplo en el grado de coerción, de presión, de disciplina que suponen las reglas de sumisión al reglamento interior de las fábricas, reglas en uso durante todo el siglo XIX y que fueron ya impuestas con mucha anterioridad. Pero aún así, una vez más, resulta que todo este aspecto disciplinario y represivo no es apenas evocado (salvo por Gaudemar) en los textos fordistas. Lo que retiene el lector de estos textos no es la disciplina sino su inverso: el dejar hacer que reina en la fábrica, el ir y venir del obrero y de sus próximos en el taller, los horarios flexibles, etc. Lo que retiene, es la antítesis del «*encierro*», de la «*vigilancia*», de la «*sumisión*». En cuanto a las condiciones de trabajo propiamente dichas, lo que resalta en los textos fordistas es, lo hemos visto, su carácter casi angelical. La parcelación del trabajo es allí descrita, precisamente, como «*un juego de niños*»,[3] el ritmo de trabajo como un «*ritmo suave*», un «*ritmo propio*» del obrero de oficio.

Esta manera de dar cuenta de las condiciones de trabajo va mucho más allá de la simplificación. En esta rectificación de la silueta, que elimina en el obrero prefordista todo rastro de «*disciplinarización*», nos reencontramos con la propensión fordista a «extremar» las figuras obreras. El obrero prefordista no es más que libertad, autonomía, capacidad de ejecutar su trabajo a su antojo; las coacciones de su trabajo son eludidas en silencio; son, de alguna manera, transferidas al obrero fordista que recupera así la disciplina y los constreñimientos de los que los Fordistas dispensan al obrero prefordista. Otros puntos débiles podrían ser señalados en la argumentación fordista sobre la disciplinarización: por ejemplo, la discordancia entre la mayoría de los Fordistas y Gaudemar (quien no elude los aspectos disciplinarios del trabajo en el siglo XIX); por

3 «*Hay que afirmar bien alto que el nivel de parcelación y de repetitividad del trabajo alcanzado en los años 1920-1930 (…) no es todavía más que un juego de niños* (subrayado por B. Coriat) *mirándolo desde lo que ocurrirá después de la guerra como resultado de la aplicación de los métodos "científicos"*». [Coriat, 1982].

ejemplo, incluso, la coexistencia en el obrero prefordista de dos propiedades que parecen poco conciliables, a saber, por un lado condiciones de trabajo muy poco coercitivas, por otro, el rechazo del orden capitalista como el origen de estas condiciones de trabajo. Es cierto que los Fordistas podrían replicar con acierto que la hostilidad no es necesariamente proporcional a la violencia sufrida: no son forzosamente aquellos que ven cómo se les infligen las condiciones más duras los adversarios más irreductibles de la organización que engendra esas condiciones de trabajo.

Pero lo esencial no está ahí. Está en las visiones selectivas de los Fordistas, en su toma de partido por dejar en la sombra la violencia del proceso de trabajo en el siglo XIX. ¿Por qué esta toma de partido y estas visiones selectivas? Por una razón que ya he indicado y que recuerdo porque juega un rol crucial en la problemática fordista: porque al comienzo del análisis de los Fordistas hay una postura reactiva que les lleva a tomar el contrapié de las interpretaciones dominantes. Esta postura reactiva les conduce aquí a oponerse a la explicación «proletarista» del desarrollo del capitalismo en Francia, explicación que encontramos de forma notable bajo la pluma de los marxistas ortodoxos. A los obreros y a las obreras de la gran industria, a aquellos que trabajan en las fábricas, en las hilanderías, en las minas, en resumen, a las figuras proletarizadas que dominan la historiografía de los años 1960/1970, los Fordistas oponen un tipo de obrero que es su antítesis; un obrero que ignora la disciplinarización; un obrero cuya sujeción económica está, también, en las antípodas de la del proletariado, es decir un obrero cuya dependencia económica es débil.

Los obreros a los que los Fordistas hacen referencia —el sublime, la *Gross Culotte*[4] y, de forma más general, el obrero de oficio— son ciertamente diferentes de los obreros a los que la historiografía marxista (y, por otra parte, no sólo ésta) reservaba los papeles estelares; son diferentes del «trabajador libre» de Marx que sigue el proceso de trabajo de la acumulación extensiva en lo que tiene de peor, condenado a trabajar sin fin para reembolsar los avances del patrón.[5] Comparados con este obrero enteramente bajo el dominio del capital —y que, por retomar a Marx, «*pertenece a la clase capitalista*»— el sublime, la

4 La *Grosse Culotte* es un equivalente del sublime. Como él, saca partido de su valor profesional para imponer al patrón su «*carácter independiente*», «*para controlar su tiempo de trabajo a su antojo, salir cuando le plazca, festejar el "san lunes", etc*» [Noiriel: 1983].

5 Esos avances, que pueden representar varios años de salario, son inscritos en la libreta del obrero. Le persiguen, al igual que la libreta, hasta el punto que el obrero no puede abandonar a su patrón sin haber reembolsado las sumas que le debe (a menos que sean asumidas por el nuevo empleador).

Grosse Culotte, el obrero de oficio están ligados a la «clase capitalista» por lazos infinitamente más débiles. Para una buena parte, ellos mismos son quienes controlan su ritmo de trabajo y pueden negociar, con el detentador del orden, las cantidades a fabricar, incuso, en ciertos casos, el precio al que serán fabricadas. Son entonces más autónomos, están menos coaccionados, son menos dependientes de lo que lo es el proletario de Marx. No son por ello menos obreros, lo que, siempre por la misma razón —por su postura polémica—, los Fordistas no están lejos de poner en cuestión. Es sin embargo un paso que franquea Gaudemar. Llevando hasta su límite lo implícito de la problemática de los Fordistas, éste hace de las relaciones de poder (grado de sumisión, forma de la disciplina, etc.) un criterio de la obrerización al menos tan importante como las relaciones económicas de producción. Consecuentemente, considera que hasta el final del siglo XIX (hasta el comienzo del tercer «*ciclo disciplinario*»),[6] los obreros de oficio son artesanos («*salvo el estatus jurídico, pocas cosas separan (…) al obrero de oficio industrial del artesano de antaño*»).

El mismo deslizamiento en la definición se reencuentra en otros textos –en Gorz, por ejemplo, donde el acento puesto sobre la «*soberanía*» de los obreros, sobre la debilidad de la influencia que tienen sobre ellos los patrones, sobre el miedo que les inspiran (el miedo que los obreros inspiran a los patrones)[7] es tal que uno se pregunta si nos encontramos todavía frente a obreros. Sin embargo, se trata claramente de obreros. Por más diferentes que sean del proletario de Marx, por más «*soberanos*», por más «*autónomos*» que sean, siguen inscritos y

[6] Gaudemar distingue «*cuatro ciclos disciplinarios*»: 1) «*la vigilancia directa coercitiva, el ciclo panóptico 1789-1848*» (es la fase de concentración y de amaestramiento de la fuerza de trabajo); 2) «*la extensión del control social, el ciclo de moralización 1848-1890*» (los obreros, en parte docilizados, comienzan a ser embaucados por el capital); 3) «*la objetivación y la interiorización de la disciplina, el ciclo de la disciplina maquínica 1890-1945*» (es el periodo en el que comienza la pérdida de autonomía obrera y donde se da la inculcación de los valores capitalistas); 4) «*la contractualización de la democracia industrial, el ciclo de la disciplina contractual 1945 y más adelante*» (la tentativa de sumisión toca a su fin: el patrón ha dado la vuelta a lo poco que quedaba de insubordinación obrera y ha transformado a los antiguos refractarios en co-gestores del capitalismo).

[7] El acento puesto por los Fordistas sobre el miedo sufrido por los patrones forma parte de las inversiones en las explicaciones recurrentes en los textos fordistas. Este miedo no es imaginario, pero en la pluma de los Fordistas, toma proporciones literalmente increíbles. Así, en Doray [1981], los patrones se convierten en mártires: «*el sublime (…) está muy interesado en no ligarse a ningún patrón; tiene en este punto un cierto placer en martirizar a los patrones*».

[8] Recuerdo que es la réplica lo que Poulot pone en la boca del sublime. Esta réplica muestra bien la parte de autonomía de la que dispone el sublime. No por ello es menos cierto que, por fuerte que sea esta autonomía, un obrero que cambia de patrón no está en la situación de un patrón que cambia de obrero. Bajo esta relación, como bajo otras, las situaciones no son intercambiables.

definidos por relaciones de subordinación y de dependencia económica. Por libres que sean de cambiar de patrón —dado que tienen a su disposición «*200 talleres sobre los adoquines de la capital*»[8]—, lo son en posición dominada, ellos son los demandantes en un «juego» económico en el que los patrones siguen siendo los amos. Desatender estas formas de dependencia, poner el acento únicamente sobre la autonomía, implica emparentar estos obreros con figuras que seducen sin duda a los Fordistas (el artesano, el nómada) pero que no dan cuenta de los principios de la obrerización.

Queriendo oponer a las representaciones que toman como blanco de sus críticas tipos obreros con las propiedades invertidas a las del proletario, los Fordistas tienden a abandonar dos elementos claves en la definición de la obrerización: la subordinación, la sujeción económica. Pero, por variadas que sean, las diversas formas que adopta la «condición obrera» tienen estos dos rasgos en común. El obrero no dirige, él es dirigido (las respuestas dadas a las entrevistas de Andrieux y Lignon sobre las que volveré más adelante, lo recuerdan constantemente); él no trabaja a su antojo, está coaccionado a trabajar.

Los avatares del saber obrero

Sospechamos que los principios de interpretación fordistas van a reencontrarse aplicados a la cualificación, al oficio, al saber obrero (estos términos tienen un significado próximo, los empleo, en lo que sigue, como si fueran equivalentes). En efecto, la propensión de los Fordistas a concebir el saber obrero como la simetría invertida del saber del obrero prefordista va a actuar plenamente. Va a actuar tanto más cuanto abordamos uno de los ámbitos privilegiados por los Fordistas: el trabajo en cadena.

La focalización de los Fordistas en la cadena y sus consecuencias

Para los Fordistas, la cadena deja ver la forma que adopta la división del trabajo capitalista en el fordismo, a saber, la generalización de la descualificación, la tentativa de someter completamente a los trabajadores a través de la Organización Científica del Trabajo, los cambios en la «*composición técnica y social de la clase*

obrera» en donde el crecimiento de los obreros de origen extranjero es un indicador sintomático. Pero la cadena no es más que el último punto de la dinámica taylorista-fordista de parcelización de tareas y de redefinición del saber obrero. A los ojos de los Fordistas, ilustra también los límites de este tipo de organización del trabajo. Si conceden tanta atención a la cadena del automóvil, no es solamente porque muestra el grado que puede esperarse de la división de las tareas, de la intensificación del ritmo de trabajo, de las «cadencias». Es también porque allí se manifiestan los límites socio-políticos (huelgas, *turn-over, fallacy*) y los límites tecno-económicos de esta forma de organización del trabajo (elevado coste del funcionamiento de la cadena debido a su propio principio que impone multiplicar, al mismo tiempo que los puestos de trabajo y las tareas parcializadas, las operaciones «improductivas» como son, por ejemplo, las operaciones de acompañamiento que se intercalan entre dos puestos de trabajo).

Esta focalización del análisis fordista sobre el trabajo en cadena tiene un reverso. No viendo más que la cadena y las industrias en serie, los Fordistas (de los años 1970) abandonan las industrias llamadas de *proceso*. Esta simplificación va a tener dos consecuencias. La primera de las consecuencias es la siguiente: el obrero prefordista va a ser concebido tanto más como un obrero de oficio que dispone de la plenitud del saber obrero cuanto el obrero fordista va a ser identificado con el «obrero-especializado-de-la-cadena-automovilística», es decir, con un tipo de obrero maquinizado, descualificado, serializado. Sin duda, este tipo de representación simplificadora de la evolución del saber obrero es bastante anterior a los Fordistas, pero no podemos decir que estos últimos hayan contribuido a matizar la oposición, bastante contrastada y sujeta a maniqueísmos, obrero de oficio/obrero maquinizado.

La segunda consecuencia de las visiones reductoras de los Fordistas va a ser la inversión de su explicación. Hacia el comienzo de los años 1980, los Fordistas comienzan a abandonar la cadena y todas las nociones que le son asociadas (el obrero-masa, el obrero-maquinizado, las industrias de serie) en beneficio de otras referencias que habían abandonado hasta entonces (el saber obrero, el perenne carácter individualizado de toda tarea, las industrias de *proceso*). Por un lado, este cambio de punto de vista registra las modificaciones de la realidad industrial. Los Fordistas modifican su análisis del saber obrero porque la organización del trabajo se ha modificado en las industrias de serie, porque los trabajadores inmigrantes son allí menos numerosos, porque el crecimiento de la automatización y el desarrollo de los talleres flexibles hacen posible la fabricación de bienes a través de un proceso de trabajo que ha perdido parte de sus características fordistas (recualificación de ciertos trabajadores, reducción de los stocks-tapón, posibilidad de fabricar pequeñas series para un consumo «de

masas»). Pero este cambio en la forma de mirar es también una inversión de la forma de mirar –una inversión en la forma de mirar que era previsible. En efecto, podíamos esperar que, antes o después, la focalización del análisis fordista en la cadena, la denuncia de las condiciones de trabajo del obrero especializado, de su *«encadenamiento»*, de sus *«existencias serializadas»* fuera seguida de una fase de reevaluación del grado de «sumisión» obrera que rehabilitara el saber obrero y la autonomía obrera. En otros términos, podíamos esperar que ires y venires etnocentristas produjeran, aquí como en otros lugares, sus efectos, conduciendo a los Fordistas a redescubrir una autonomía obrera que, algunos años antes, juzgaban laminada como nunca.

Esta inversión en la explicación no va a modificar sin embargo la manera de pensar de los Fordistas. Vamos a ver que su análisis del saber obrero va a ser tan maniqueo como lo era su crítica a la cadena.

La dilapidación del patrimonio del saber obrero.

Si dejamos a un lado su propensión a generalizar —en este caso su inclinación a oponer la cualificación de los obreros prefordistas a la descualificación de los obreros fordistas[9]—, la fuente principal del esquematismo de los Fordistas sobre el saber obrero viene del empleo de esquemas metafóricos (ver el anexo 1). Uno de los más típicos es el que podríamos llamar la dilapidación, por parte del capital, del patrimonio del saber obrero. Esta concepción, según la cual el desarrollo del capitalismo se alimenta de la extorsión del saber obrero, es manifiesta en Freyssenet, pero la encontramos también en otros Fordistas. Cuando Coriat habla del oficio del obrero como un *«tesoro»*, como una *«endotécnica»*, como una *«reserva de la que se alimenta el capital de la que extrae su sustancia»*[10], o cuando Lipietz escribe a propósito de los *«métodos de extracción del saber-hacer obrero»* que *«la gran victoria de los patronos en los años 1920 ha dilapidado su propio botín (…) el gran yacimiento del saber-obrero»,*[11] *éstos utilizan imágenes y esquemas próximos a los de los Fordistas. ¿Cuáles son las características de esta manera de concebir el saber obrero? ¿Cuáles son sus defectos?*

9 Este aspecto simplificador de la problemática fordista es tratado en Saunier [1989].

10 Coriat [1982].

11 Lipietz [1984].

Su característica esencial es hacer del saber obrero un saber acumulado fuera del capitalismo y que va a encontrarse inexorablemente debilitado y reducido por las punciones operadas por el capital. Según Freyssenet, los obreros disponen en origen de la totalidad del saber productivo, pero cada innovación técnica entraña una extracción del saber obrero que, por así decirlo, pasa a las máquinas. Por ejemplo, los obreros profesionales que trabajan con máquinas universales desaparecen al tiempo que las máquinas-herramienta especializadas se multiplican. A partir de esto, el stock de saber obrero se empobrece a medida que es convertido en medios de trabajo y, simultáneamente, a medida que pasa a las manos de un pequeño número de obreros *«sobrecualificados»*, minoría que se salva de la descualificación generalizada y que se beneficia de esta descualificación. Es el caso también de los operadores que trabajan sobre máquinas-herramientas especializadas, franja de obreros *«sobrecualificados»* que ha reemplazado a los obreros profesionales que trabajan con máquinas-herramienta universales. Actualmente, y según los mismos principios, el desarrollo de autómatas programables, excluyendo a los programadores y a los controladores, permite a un grupo numéricamente poco numeroso de obreros profesionales mantener su cualificación o ser «recualificados» trabajando como operadores sobre estos autómatas programables. En cada ocasión, el número de obreros cualificados decrece. Tendencialmente, y siempre según la interpretación de Freyssenet, toda la cualificación debe «pasar» a las máquinas dado que se trata de un desplazamiento del saber en el que lo sustraído nunca es devuelto.

En la concepción de Freyssenet, el stock de cualificación resulta, así pues, finito, y aquello de lo que los unos se benefician le es necesariamente sustraído a los otros. El esquema del desplazamiento-dotación de saber se encuentra así reforzado por la idea de que no hay ningún flujo, ninguna inversión nueva que venga a renovar y a aumentar la cantidad inicial de cualificación y de saber obrero. Por el contrario, se da una extracción constante de este stock que se produce, como he indicado en la primera parte de este libro, según el principio de un juego de suma cero: *«la actividad intelectual que es extraída a la mayoría en su trabajo es atribuida a un pequeño número»*.[12] Hay que añadir que Freyssenet no es el único en defender esta concepción. La encontramos retomada, entre otros, por D. Linhart (*«sabemos que el fordismo implica un cambio continuo del proceso de trabajo que va en el sentido de la descualificación de la masa de trabajadores en beneficio de la sobrecualificación de una minoría»*).[13]

12 Freyssenet [1977].
13 D. Linhart [1984]

En las líneas precedentes, he utilizado términos metafóricos (deslizamiento, stock, sustracción) porque la metáfora del recurso natural saqueado y nunca reconstituido, la metáfora de la energía que se degrada, o incluso la metáfora del potencial acumulado y jamás recargado dan buena cuenta de la concepción del patrimonio del saber obrero. Esta concepción tiene muchos puntos en común con la representación de las figuras obreras fordistas, la cual opone un obrero —el obrero prefordista— que dispone de la plenitud de sus propiedades (autonomía y, precisamente, saber) a un obrero —el obrero fordista— que ha sido vaciado de toda cualificación y que aplica su fuerza de trabajo bruta sobre un saber obrero convertido en máquinas y en Organización Científica del Trabajo. En los dos casos «la exteriorización» juega un papel esencial. De la misma manera que las figuras obreras vienen del «exterior» del capitalismo (de antes del capitalismo o de fuera de él), aquí, igualmente, el saber obrero tiende a ser producido fuera del capitalismo. Es un tesoro que el capitalismo encuentra en un principio, un yacimiento que explota, un stock de cualificación del que se alimenta. Este esquema del capital depredador se ve reforzado por la idea de que el capitalismo *«no interioriza la reproducción del saber obrero»*, es decir que la cualificación, el oficio, las competencias de los obreros son aprendidas y transmitidas fuera de la industria y de forma más general fuera del universo capitalista. Teniendo como origen un universo diferente del capitalismo y ajeno a él, no producido por las *«instancias de reproducción capitalistas»*, puesto en práctica (lo veremos más adelante a propósito del saber *«clandestino»*) contra la organización «patronal» del trabajo, el saber obrero así concebido aparece como un saber paralelo, como un saber autóctono, como un saber endogámico, constituido, mantenido y transmitido exclusivamente en el seno de la clase obrera.

El primer defecto de esta concepción patrimonial del saber obrero resulta análogo al señalado más arriba a propósito de la ausencia del «obrero capitalista del interior». De la misma forma que la concepción «exogámica» de las figuras obreras fordistas conduce a no ver que el capital produce también endogámicamente a los obreros, la concepción patrimonial del saber obrero conduce a ignorar que la empresas pueden desarrollar las competencias profesionales de aquellos o de aquellas que ellas mismas emplean. Esta situación, es cierto, no es mayoritaria en Francia. Pero no resulta sin embargo excepcional, como bastarían para demostrarlo los «planes de carrera» y las ventajas ofertadas por ciertas empresas a aquellos obreros que éstas han formado, buscando con esto conservarlos y no dejar a sus competidores los beneficios de esta forma de inversión.

La representación patrimonial del saber obrero encierra otra trampa: tiende a magnificar el saber. En esta representación, los conocimientos profesionales de los obreros no son concebidos como adquiridos a lo largo del tiempo, como

constituidos a través de las relaciones antagonistas entre el «capital y el trabajo», sino como un patrimonio heredado que es considerado con tal respeto que es percibido como a salvo de toda filiación con el capital. Es por ello que, por otra parte, en esta concepción, el saber obrero no tiene más que dos destinos: o bien se pierde, o bien es salvaguardado. Se pierde si es puesto en contacto con el capital (que va a apoderárselo y consumirlo –es la visión de Freyssenet y de forma más general la visión que prevalece en los años 1970). Es salvaguardado, pero a condición de ser puesto en funcionamiento *«clandestinamente»* por los obreros (es la interpretación que va a predominar a partir de los años 1980 y que vamos a ver un poco más adelante).

El obrero-máquina.

Otra noción reduccionista utilizada por los Fordistas cuando abordan la *«sumisión»* obrera es la noción de *«obrero-máquina»*. El obrero máquina forma un bloque, literalmente, con el principio maquínico. Es un puro ejecutante, un autómata humano. En lugar de dirigir al utillaje, obedece pasivamente[14] al sistema de máquinas, siguiendo su cadencia y ejecutando los gestos que se le ordena ejecutar. El tema del obrero-máquina no es un tema que aparezca con los Fordistas ni con los años 1970. Desde el siglo XIX, encontramos imágenes —entre ellas las de *Bee-Hive* citadas más arriba— que pueden aplicarse perfectamente al obrero-máquina del siglo XX. He aquí otra ilustración, dada esta vez por A. Merrheim en 1918, que va en el mismo sentido: *«la inteligencia es expulsada de las fábricas, no deben quedar más que brazos sin cerebro, autómatas con carne y huesos adaptados a los autómatas de hierro y de acero»*.[15] Pero el tema del obrero maquinizado reencuentra, en los años 1970, una gran audiencia. Entre las razones de este renacimiento, hay que citar las tesis de H. Braverman[16] en quien los Fordistas se inspiran en grados diversos.

Según Braverman, en el proceso de trabajo fordista se produce una separación entre concepción del trabajo y ejecución del trabajo. Esta separación es absoluta. La disociación entre concepción y ejecución del trabajo es completa

14 *«Ya no es cierto que el obrero trabaja con su máquina o sobre la máquina, es la máquina la que trabaja con el obrero, la que es propiamente activa, mientras que el obrero es la parte pasiva»* [Gorz, 1978].

15 Citado por Freyssenet [1977].

16 Braverman [1976] (traducción francesa de *Labour and Monopoly capitalism* aparecido en 1974).

(si la metáfora del patrimonio del sabor acumulado y poco a poco sustraído ilustra bien las concepciones de Freyssenet, aquí se trata del esquema metafórico que yo llamo «1» en el anexo, es decir, es la imagen del decantamiento, del filtro, de la separación, la que se impone para dar cuenta de los puntos de vista de Braverman). Encontramos entonces, por un lado, a aquellos que dirigen, a aquellos que someten, del otro, a aquellos que ejecutan y que obedecen.

Para comprender el origen de esta tesis, hay que recordar las condiciones que la han provocado. Como el análisis fordista, el análisis de Braverman es un análisis abiertamente crítico y polémico con la forma entonces dominante (dominante particularmente en Estados Unidos) de explicar la evolución económica y social. A los cantos de sirena del progreso técnico que no señalan más que el crecimiento del nivel de vida, la abundancia de bienes, el aligeramiento de las tareas, la mecanización y la automatización de los trabajos penosos, la multiplicación del número de trabajadores cualificados y de los técnicos, Braverman les reprocha no ver lo esencial: el desarrollo de la condición salarial, la generalización de las tareas parceladas y descualificadas, el crecimiento continuo del trabajo en cadena, el aumento de las cadencias y de la intensificación del trabajo, en pocas palabras, las formas en lo sucesivo visibles de una evolución de la que Marx había elaborado ya su descripción y las categorías que permiten interpretarla. Al igual que la de los Fordistas, la crítica de Braverman es también una crítica del economicismo y del tecnicismo. El progreso técnico no es neutro y exógeno, señala (entre otros) Braverman. Es, por el contrario, una apuesta y un instrumento en la lucha de clases. Las clases que poseen los medios de producción buscan apoderarse del saber obrero, ciertamente para reducir —a través de la descualificación de los trabajadores y de la división del trabajo— los costes de producción de los bienes, pero todavía más para confiscarlo y reformularlo en una nueva combinación productiva. Presentada como técnicamente superior y como socialmente preferible, esta combinación nueva será de hecho una relación social de producción mucho más favorable a los capitalistas que la relación social de producción anterior. Apenas exagero al escribir que, para Braverman y para muchos que le siguen, la máquina de vapor, la cadena, las innovaciones técnicas no son tanto cambios técnicos como cambios que sirven para arrancar el saber obrero, que sirven para instaurar una relación social nueva donde los obreros, privados de aquello que les daba su fuerza (el saber obrero, el oficio), se convierten en ejecutantes dóciles de formas de producir concebidas por el poder capitalista.

Como los Fordistas, y por las mismas razones, Braverman pone el acento en el enfrentamiento de clases, en los fenómenos de dominación, de control, de sumisión. Es eso lo que provoca que él, como los Fordistas, tienda a identificar

todo el saber requerido para hacer funcionar la fábrica sólo con el saber obrero, y a hacer de la extorsión de este saber obrero por el poder capitalista el principio mayor de este poder. Un poder tiene como objetivo, para decirlo brevemente, someter y hacerse obedecer, más que explotar y conseguir beneficio.

Incluso formando parte del punto de vista polémico que la produce, esta concepción de los trabajadores como puros ejecutantes y sustitutos perfectos de autómatas es excesivamente reductora. Es poco decir que este obrero-autómata, que Doray define como una *«reunión mecánica de funciones parciales y de trozos de órganos»*, no da cuenta de las condiciones reales de trabajo del obrero fordista. Haciendo de este obrero un *«obrero-máquina»*, es decir un obrero: a) reducido al estado de autómata, b) cuyas capacidades reflejas son constantemente solicitadas al máximo, c) para el cual estas mismas capacidades son movilizadas exclusivamente en las únicas tareas que el obrero efectúa, los Fordistas confunden mecanización del trabajo y transformación de los trabajadores en máquinas; confunden automatización de los procedimientos y transformación de los trabajadores en autómatas. No comprenden que la repetición de gestos «elementales» concebidos por la Organización Científica del Trabajo no hace por ello, de aquel que ejecuta los gestos, un robot. No ven que una tarea puede ser efectuada de manera maquínica sin que aquel que la efectúe sea necesariamente transformado en máquina. No perciben que, hasta en las tareas más parceladas, hay un saber que desborda los gestos *«reflejos»* a través de los cuales Freyssenet —y no es el único— define la actividad del obrero fordista. Señalemos de pasada que, cuando Freyssenet reduce así el trabajo a una actividad puramente refleja (*«la puesta en práctica capitalista del principio automático va a extorsionar al trabajador la pequeña parcela de actividad intelectual que le quedaba y a reducir su trabajo a una tarea de vigilancia puramente refleja»*), no sólo va en contra de todo lo que ha sido mostrado a propósito de las tareas llamadas simples o elementales[17], sino que contradice sus propios principios marxistas. Dejar cumplir una tarea tan simple como la que no necesita más que gestos *«reflejos»* a una fuerza de trabajo relativamente costosa como es el obrero evocado por Freyssenet, es contradictorio con lo que han enseñado Babbage (y después de él Marx), para quienes es una propiedad de la organización capitalista del trabajo ajustar el coste de la fuerza de trabajo con la parcelación y a la simplificación de trabajos efectuados y, por lo tanto, emplear a mujeres, a niños o incluso a animales, desde el momento en que la naturaleza de las tareas lo permite.

17 *«M. Polanyi ha mostrado que toda acción humana implica un cierto grado de cualificación. La definición de un trabajo como no cualificado es consecuentemente relativa»* [Jones, Wood, 1984].

Por volver a los tres puntos de la definición del obrero-máquina evocados más arriba, lo que falla, en esta definición, es que no ve que, incluso en el trabajo en cadena, hay: 1) una parte de conductas rutinizadas, es decir una parte de gestos llevados a cabo automáticamente —y esto en el mejor sentido del término: de forma interiorizada, optimizada, inconsciente—; 2) una atención fluctuante, una vigilancia intermitente, que les cuesta concebir a los Fordistas tratándose de un tipo de conducta que no pertenece al modelo dicotómico de todo o nada que les es familiar (sumisión o insumisión, obediencia o resistencia, trabajo o huelga, etc.); 3) una percepción del trabajo que no se limita a la tarea a la que es forzado el obrero especializado. No estoy diciendo que el obrero especializado que trabaja en la cadena no sea más que conducta rutinizada, atención fluctuante, trabajo cumplido sin esfuerzo ni constreñimiento. El punto débil de la argumentación de los Fordistas es rebajar al obrero especializado a un obrero-máquina en lugar de mostrar los procesos (*fallacy*, astucias, trucos, combinaciones) a través de los cuales los obreros especializados atenúan una parte de los constreñimientos del trabajo en cadena (*«cada una de esas pequeñas combinaciones, sus pequeños trucos que le han llevado años adquirir (…) y que no desea compartir más que con sus dobleurs,*[18] *no desea compartirlos con una dirección que va a adoptarlos para hacer los tiempos más competitivos»).*[19]

El obrero-máquina entonces no es apenas más verosímil que el obrero-masa con quien por otra parte no está exento de relaciones. Lo vemos bien en el texto de Doray (*Le taylorisme, une folie rationnelle?,* op. cit.), quien establece una equivalencia entre *«el obrero máquina»* y *«obrero-fulano de tal»*. Para Doray, es debido a que ya no existe el oficio del obrero de oficio, porque se trata de un obrero sin cualificación y sin ninguna cualidad profesional, por lo que es una simple pieza viva incorporada en el sistema de máquinas, por lo que el obrero-máquina es simultáneamente un obrero-fulano de tal, es decir, un elemento serializado, que cumple tareas tan intercambiables como lo es él mismo. Ciertamente, el aumento de la intercambiabilidad de los puestos no es una mera intuición. La noción de obrero intercambiable tiene un sentido como principio analítico, en tanto que permite oponer dos situaciones: aquella en la que la sustituibilidad de los puestos es extremadamente fuerte (porque las tareas están parceladas y simplificadas el extremo y porque las directivas para llevarlas a cabo están fuertemente formalizadas), aquella en la que al contrario el obrero es difícilmente sustituible, sea porque el trabajo que efectúa demanda competencias

18 El obrero que ocupa el mismo puesto, en alternancia.

19 Charles Corouge, obrero especializado en Peugeot, entrevistado por Michel Pialoux [Corouge y Pialoux, 1985].

que le son propias, sea porque la definición económica y social de la división de tareas y su atribución tienen como resultado una afectación extremadamente rigurosa y especializada de los trabajos a efectuar (cada tarea, por mínima que sea, no puede ser cumplida —legalmente, si podemos decirlo— más que por la persona habilitada para cumplirla).[20]

Pero no es éste el significado que muchos Fordistas dan a la noción de intercambiabilidad. Ellos ven en el obrero intercambiable una realidad visible y generalizada o, por decirlo de otra manera, piensan que los obreros se han vuelto intercambiables e idénticos. Esto es evidentemente inexacto por dos razones al menos:

Por un lado porque los obreros no son intercambiables. Cumplen las tareas más «simples», cada uno a su manera. Y he aquí un ejemplo extraído, como la cita precedente, de entrevistas entre Charles Corouge (obrero especializado en Peugeot) y M. Pialoux.[21] En estas entrevistas, Corouge insiste sobre la individualización en la forma de ejecutar las mismas tareas, punto que ilustra explicando que para adornar los asientos de los coches él procede de manera diferente que su *dobleur*: *«los gestos pueden cambiar de un turno a otro (...) las personas no trabajan de la misma manera, incluso en embellecimiento (...) los gestos no son simples (...) por ello es entonces tan difícil robotizar una cadena, porque en ella puede haber una cantidad de gestos que pueden cambiar considerablemente de un tío a otro»*. Este ejemplo, al que sería fácil añadirle muchas otras ilustraciones en el mismo sentido, muestra claramente que el trabajo de los obreros especializados no es el de los autómatas intercambiables, sino que se trata casi de un trabajo de «profesional». La prueba de ello es que en el caso evocado aquí —el del embellecimiento— los reemplazos ocasionales de los obreros especializados son obreros *«clasificados como profesionales»* y que deben trabajar *«entre dos, como media, para reemplazar a un solo obrero especializado»*. El hecho de que los obreros cumplan un trabajo de profesionales, sin ser considerados y remunerados como tales, no es por otro lado ajeno a la amargura de Corouge y a su percepción aguda, sobre la que volveré, de que el trabajo obrero es básicamente un trabajo desconsiderado.

La segunda razón que señala lo inadecuado de la noción de intercambiabilidad de los obreros especializados es que los saberes puestos a funcionar —lo que comprende, aquí también, los de las tareas más «simples»— no se reducen

20 Se ilustra a menudo esta situación a través del «corporativismo sindical británico». Atañe también a otros casos, por ejemplo, el membrete define, con la mayor minucia, las tareas y prerrogativas de aquellos que están ligados a la «comitiva real».

21 Utilizaré de nuevo, más adelante, estas entrevistas, donde no encontramos —y esto no es tan frecuente— ni glorificación, ni análisis compasivo de la «condición obrera».

a los saberes profesionales requeridos, saberes profesionales que los Fordistas tienden a confundir con los saberes realmente movilizados. Refiriéndose a estos saberes, Coriat recuerda que la «*revolución en el proceso de trabajo*» operada por Ford hizo bajar considerablemente el tiempo de formación de las diferentes categorías de obreros. Pero no porque tras la «revolución» de Ford el 43% de los obreros especializados que éste contrata en sus fábricas sólo tengan necesidad de una jornada de formación para cumplir la tarea que se les pide, ese tiempo de formación explica, por sí solo, la forma en la que el trabajo va a ser llevado a cabo, la manera en que el obrero especializado así formado (en un día) va a ejecutar su tarea, la rapidez y la «seriedad» de las que va a dar prueba (o, al contrario, la lentitud, la indiferencia por el trabajo que va a tener). Igualmente, cuando Freyssenet limita la cualificación obrera a aquello que es aprendido a través del «*aprendizaje*» y la «*instrucción*», puede sin duda alimentar su tesis de la descualificación generalizada, pero no sabrá explicar por qué, a misma cualificación (es decir con tiempo de aprendizaje y de instrucción iguales) encontramos diferencias tan grandes entre los saberes de cada obrero. Es precisamente porque los obreros que trabajan en la cadena aportan allí mucho más que la formación y la cualificación explícitamente requeridas por lo que el funcionamiento de la cadena no puede ser remitido solamente a este débil grado de formación y de cualificación. Si los obreros fueran, como sostienen los Fordistas, «*obreros-masa*», «*obreros-máquina*» perfectamente intercambiables, no se explicarían las diferencias espectaculares de productividad de la cadena según las fábricas, las regiones, los países. Con toda evidencia, estas diferencias tienen relación con las diferencias en la organización del trabajo según el país, con la diversidad de los rasgos culturales de los obreros, y no solamente con la formación que les es dada.

Las representaciones estereotipadas del trabajo: improvisaciones o automatismos.

¿Cómo explicar el éxito de nociones tan débiles como «*obrero-máquina*», «*obrero-fulano de tal*», «*obrero-masa*», «*obrero intercambiable*»?

Hay en primer lugar razones que se deben a la problemática de Braverman y de los Fordistas. Estas razones —las recuerdo sucintamente puesto que ya las he indicado precedentemente— son las siguientes: 1) efecto de réplica a las explicaciones dominantes, lo que se traduce en una simplificación en el sentido

opuesto a estas explicaciones y que conduce a no ver más que obreros-masa y obreros-máquina ahí donde los apologistas del progreso técnico y de la modernización no ven más que automatización del trabajo, multiplicación de técnicos, de ingenieros y de cuadros; 2) efecto de indignación moral ante el destino de los obreros especializados que trabajan en la cadena, que lleva a denunciar, más que a examinar sin *a prioris*, estas condiciones de trabajo; 3) magnificación del saber obrero transformado en modo de conocimiento más verdadero que el saber «científico» o que el saber «burgués»: el pasaje que cierra *La division capitaliste du travail*, pasaje citado más adelante, es un buen ejemplo de esta idealización del saber obrero, 4) inclinación a utilizar de forma dogmática las categorías marxistas, que no resultan ni flexibilizadas, ni actualizadas, en el estado en que son remodeladas por los Fordistas.

Sin embargo, estas razones no bastan para explicar la seducción que ejercen sobre los Fordistas nociones tan visiblemente débiles como *«obrero-máquina»*, *«obrero-masa»* o incluso *«obrero-materia»*. Si estas nociones se imponen tan fácilmente es porque la representación dominante de lo que es el trabajo es ella misma débil, coincidiendo mucho más con los esquemas de los Fordistas de lo que los contradice. Los tipos obreros que se señalan en el análisis fordista del saber obrero: a) el obrero-máquina y el obrero-masa, ejecutantes despersonalizados, tan serializados como el producto que fabrican; b) el obrero-materia, pariente próximo de la *«materia trabajada»*;[22] c) el obrero artesano, maestro de obra, de la «bella obra», son de hecho tres figuras convencionales perfectamente acordes con los estereotipos que definen los diferentes tipos de trabajo y formas de los saberes. En otras palabras, estos tipos de obrero y los tipos de saber a los que son asociados se adecuan a las formas de pensar dominantes, la cuales oponen constantemente trabajo intelectual y trabajo manual, concepción y ejecución, idea y aplicación, producción original y repetición mecánica. Esto provoca que toda actividad fuertemente repetitiva como es la del obrero especializado de la cadena, en lugar de ser vista también como la condición del gesto eficaz, como la condición de la ejecución económica en tiempo, o incluso como la ocasión de conductas rutinizadas, sea arrojada instantáneamente hacia el polo opuesto de la creación «verdadera», de la obra «original», del trabajo «auténtico». Es tanto más rechazada hacia ese polo cuanto los gestos repetitivos son la acción de obreros percibidos como indiferenciados. La repetición (en lugar de la creación singular), la uniformidad presupuesta de la «masa» (en lugar de la singularidad individual), el elemento serializado (en lugar de la

22 El obrero-materia es descrito un poco más adelante.

complejidad de la obra concebida y producida en su integridad) son, para la visión dominante, la negación absoluta de la creación, que es «la obra» del artista o —a falta de artista— la obra del artesano.

Lejos de tomar distancia con estos marcos de representación dominantes, los Fordistas los hacen suyos. Cuando Gorz excluye que el trabajo creativo pueda ir a la par con la «*esfera de la necesidad*» (la esfera de las actividades capitalistas, la esfera de las actividades que no son «*autónomas*»),[23] cuando Freyssenet escribe que con «*la puesta en práctica capitalista de la especialización del trabajo, el trabajador ya no tiene la posibilidad de organizar él mismo su trabajo, de hacer incluso una obra personal*,[24] o más sintomáticamente incluso, cuando D. Linhart afirma que «*el taylorismo quiere la muerte, lo repetitivo permanentemente*» y que «*las industrias de serie se reducen a un combate de la vida contra la muerte*»,[25] son estos los clichés más corrientes que se utilizan, clichés según los cuales, allí donde hay repetición y número, no puede haber más que uniformidad y gregarismo.

El éxito de nociones tan simplificadoras como «*obrero-máquina*» o como «*obrero-masa*» no se apoya sólo en las razones que he enumerado más arriba. Se debe también a las formas de pensar dominantes, al impacto que éstas tienen sobre las formas de ver de los Fordistas que contribuyen, por así decirlo, a limitarlas y volverlas rígidas. Por no tomar más que un ejemplo, es sintomático que los Fordistas no comparen jamás actividades industriales y actividades no industriales, tareas industriales y otras tareas no industriales como son las actividades «cotidianas» o incluso las actividades artísticas o deportivas. No se trata de hacer abstracción de las diferencias existentes entre estos tipos de actividades. Nadie sostiene que el saber rutinizado que permite al conductor de coche veterano conducir incluso sin pensar es una noción que basta para explicar la actividad del obrero especializado en la cadena. Igualmente sería estrambótico sostener que las prácticas deportivas y las prácticas «fabriles» son de la misma naturaleza. No obstante prácticas como las deportivas nos hacen ver aquello que, precisamente, los Fordistas no ven: a saber, que no hay por un lado actividades improvisadas que le deban todo a la inspiración del momento y por el otro lado actividades integralmente programadas y automatizadas. No es necesario practicar profesionalmente un deporte de

23 Gorz [1980].

24 Freyssenet [1977].

25 *«El taylorismo quiere la muerte, lo repetitivo, lo idéntico permanentemente: reproducir el mismo gesto, lo que ha acabado está ya listo para recomenzar. Pero la vida se reintroduce por todas partes. Finalmente las industrias de serie se reducen a un combate de la vida contra la muerte»* [D. Linhart, 1983].

equipo o ser un *aficionado* a alguno de ellos para percibir que los gestos que ejecutan los deportistas son tanto pensados como ejecutados, tanto repetidos como improvisados, y esto permite captar hasta qué punto el modo de pensamiento binario de los Fordistas —o bien la improvisación del artista, la creación del artesano, o bien los gestos programados del obrero robotizado— es incapaz de dar cuenta de las prácticas efectivas.

Para quien dude de que improvisación y automatismos cohabitan siempre en grados diversos, le bastará con detenerse un instante en el caso de las actividades deportivas y especialmente en el caso de los deportes colectivos. El éxito de un equipo pasa sin duda por las repeticiones destinadas a perfeccionar el «gesto técnico», a memorizar las combinaciones del juego, a crear automatismos tanto personales como colectivos. Sin embargo, no es ni la aplicación escrupulosa de estos automatismos ni, a la inversa, la libertad absoluta abandonada a la «improvisación genial» lo que asegura el éxito de un equipo. Este éxito viene de que los jugadores apliquen, sin respetarlas completamente, las consignas de juego y las combinaciones aprendidas y repetidas en el entrenamiento. Dicho de otra forma, este éxito viene de que ejecuten un plan de juego corrigiéndolo por medio de improvisaciones tanto más numerosas y eficaces cuanto su vista es más grande. La aplicación impecable de combinaciones repetidas hasta la saciedad pero, al mismo tiempo, la capacidad de introducir, en estas combinaciones, lo inesperado, lo imprevisible, lo imparable, definen «la inteligencia de juego», que está hecha de la capacidad de registrar la posición móvil de los jugadores tanto como la combinación aplicada por los dos equipos. Esta inteligencia de juego provoca también la capacidad de anticiparse a las posiciones y a sus combinaciones adivinándolas y desbaratándolas a partir de una variante de juego o por un «gesto técnico» percibidos como imprevisibles por el equipo adversario, mientras que por el contrario forman parte de las combinaciones de juego enseñadas y de los gestos técnicos planeados en el entrenamiento. Esta inteligencia de juego es abundantemente descrita y comentada en muchos más sitios que los periódicos deportivos. Muestra —o mejor dicho, debería mostrar— que la improvisación no se opone a la ejecución automática. Muestra —o mejor dicho, debería mostrar— que una práctica «corporal» como la de las prácticas deportivas no es por ello una práctica inmediatamente corporalizada y exclusivamente «física», sino que está hecha de inteligencia, de comprensión y de representación de aquello que el «cuerpo» debe ejecutar. El hecho de que estos desmentidos infligidos sobre una representación que opone constantemente improvisación y automatismo acabe sin tener efectos, es un buen índice de la fuerza de los prejuicios en este terreno. Lo que no es visto en las actividades más espectaculares y más

corrientes como son las actividades deportivas tiene todavía menos posibilidades de ser visto cuando se trata de una actividad mucho menos visible como es la del trabajo en la fábrica.

El obrero-materia.

En lo que precede, he puesto como ejemplo las prácticas deportivas porque la forma dominante de representárselas es frecuentemente inadecuada, pero no habría que creer que estas prácticas son las únicas sobre las que se aplica una mirada «corporalizante». La representación de las actividades deportivas como actividades exclusiva e inmediatamente corporales (es decir, como actividades que no exigen otras mediaciones que las instintivas entre el cuerpo y aquello que éste ejecuta) no es más que un caso entre otros de una propensión a corporalizar las actividades inferiores o aquellas —lo más frecuente es que sean las mismas— ejercidas por los individuos de los grupos dominados. No es sorprendente encontrar esta propensión aplicada a los obreros, los cuales van a ser percibidos, en este caso, como «obreros-materia». Que se trate del *«hombre de hierro»*, del *«hombre carbón»*[26] o más generalmente del *«trabajador manual (…) que aprehende la realidad a través de sus sentidos, con sus manos, con su fatiga»*[27], este obrero-materia es el obrero que se hace un cuerpo con los materiales que maneja, que extrae o que modela. *«En contacto directo con la materia trabajada»*, teniendo con ella *«una familiaridad y una intimidad casi física»,*[28] acaba por volverse parecido a ella o, por lo menos, comparable con ella: tan duro, tan resistente, tan rudo como los elementos con los que se enfrenta.

Bajo las metáforas que glorifican al obrero-materia, no es difícil reconocer una mirada que corporaliza las actividades y que hace, de aquél que las ejecuta, un puro trabajador manual, un pariente próximo de la naturaleza. En otros términos, no es difícil reconocer una mirada dominocentrista que ha rebajado rápidamente a los individuos y a los grupos dominados allí donde quiere que estén: del lado de lo corporal, del lado de lo sensorial, del lado de lo concreto, del lado de lo práctico, y que no les ha excluido menos rápidamente de todo lo

26 Desbois, Jeanneau y Mattéi [1986].

27 Bernoux et al. [1973].

28 Cru [1985].

que, de cerca o de lejos, evoca lo abstracto, lo cerebral, lo simbólico.[29] Esta mirada dominocentrista no comete solamente el error de creer que la vida de los grupos dominados está regida exclusivamente por determinaciones materiales —por «necesidades» que se considera que no dejan ningún espacio a lo simbólico—: se equivoca sobre el principio mismo de los conocimientos movilizados por los obreros en su trabajo. Que muchas de las tareas que efectúan sean «manuales», que requieran de percepciones y de sensaciones, no significa que aquellos que las efectúan sean puros «sensitivos». El hecho, por ejemplo, de que la operaria de la máquina perciba inmediatamente si la máquina funciona bien o no o, por poner otro ejemplo, el hecho de que el patrón de un barco de pesca «sienta» que hay que dirigir el barco hacia tal zona en lugar de hacia tal otra —sin poder decir por qué es hacia esta zona hacia la que hay que ir— no quiere decir que el patrón pescador y la obrera que trabaja sobre la máquina estén dotados de propiedades afines con los elementos naturales. Esto significa que sus conocimientos están hechos de una comprensión de lo que sucede en la máquina, en la zona de pesca, etc., pero que esta comprensión es difícilmente expresable porque reposa en índices que son variados, dados por sentado y, sobre todo, difíciles de formalizar. Se trata de conocimientos que Jones y Wood llaman «tácitos», por oposición a los conocimientos más «formalizados» como los de los ingenieros[30].

Pero que los saberes obreros estén poco formalizados y, por lo tanto, sean más difíciles de explicitar y de transmitir que otro tipo de conocimientos, no impide que estén construidos a partir de una representación de la realidad. Lo vemos bien en el ejemplo dado por Jones y Wood que confronta tres tipos de

29 Esta propensión se encuentra frecuentemente. Así, aunque se esfuerza por no considerar a los obreros que estudia como modelados por el universo material, G. Noiriel [1983] tiende más de una vez a oponerlos a aquello que es abstracto, a aquello que es cerebral, y de forma más particular, a aquello que es «intelectual» –y esto precisamente porque no toma suficiente distancia con los elementos implícitos que contiene la definición del obrero como alguien instintivo, como alguien primario, como alguien manual. Para ver con más precisión la propensión a oponer obrero e intelectual, remitirse a Saunier [1989].

30 *«El conocimiento tácito se aprende a través de la experiencia individual; es difícil —a menudo imposible— expresarse en un lenguaje explícito y formalizado y está ligado generalmente a una situación específica. La simple memorización de una serie de instrucciones detalladas será insuficiente para conseguir el cumplimiento de la tarea (…). El ingeniero que traduce los planos de un modelo de avión en lo relativo a la capacidad de resistencia de los materiales a utilizar, se sirve principalmente de cualificaciones formalizadas (a pesar de que éstas contienen además conocimientos tácitos). Por el contrario, el obrero de oficio que fabrica los componentes de un prototipo, se apoya en su intuición y su experiencia anterior que le ayudan a traducir las descripciones detalladas en modelos. Él o ella se apoyan en cualificaciones ampliamente tácitas»* [Jones y Wood, 1984].

comprensión del funcionamiento de un barco de vapor (este ejemplo está sacado de un libro titulado *The sand pebbles* popularizado en Francia por su transposición cinematográfica). El capitán del navío simboliza el saber «teórico», el mecánico simboliza el «oficio» —oficio que le hace presentir que la reparación considerada podrá (o no podrá) tenerse en pie— la tripulación, doblemente indígena, si podemos decirlo así, porque se compone de *coolies* chinos, simboliza a aquellos de los que habríamos escrito, hace cien años, como con una mentalidad prelógica en la medida en que no tienen ninguna idea de los principios termomecánicos que propulsan el navío. Las concepciones que permiten al mecánico analizar el funcionamiento de las máquinas son incontestablemente más científicas, más formalizadas y en su conjunto, más adecuadas que las de la tripulación indígena. El mecánico sabe que la propulsión del navío proviene de la presión ejercida por el vapor, que esta presión es transmitida por las bielas y que no son «dragones» o «minisoles» (como cree la tripulación) los que están en el origen de esta propulsión. Pero Jones y Wood muestran claramente que la comprensión indígena del funcionamiento de las máquina —a pesar de ser «falsa»— es «global» y que se distingue por la débil parte de conocimientos formalizados.

Hacer del saber obrero un saber-connivencia, un saber-mimético que se adquiere y se transmite por proximidad, por contagio físico y gestual («*el mono ve, al mono actúa*» dice el capitán del barco para caracterizar la forma de aprender de su tripulación), implica equivocarse acerca de las características de este saber. No es en absoluto lo mismo remitir las percepciones, las sensaciones, las intuiciones que implica el saber obrero a una larga práctica a través de la que se constituye una comprensión —verdadera o falsa, poco importa— de lo que sucede en el interior de la máquina, en la zona de pesca, etc., que hacer entender que tiene que ver con una relación que es del orden de la afinidad o de la similitud con los elementos naturales. En este último caso, no estamos lejos de las metáforas animales de Taylor («*el obrero-buey*», el «*gorila-domesticado*»).[31] Estas metáforas horrorizan a los Fordistas; sin embargo están más próximas a ellas de lo que creen. La glorificación del obrero endurecido por su «*cuerpo a cuerpo*» cotidiano con los elementos naturales es el tipo de homenaje que rebaja a aquél que lo recibe. Haciendo como si toda capacidad de reflexión, véase

31 Estas metáforas son menos despreciativas de lo que parecen. En Taylor la animalización proviene de una forma de desmentido con el que no hace depender la *fallacy* [simulación] obrera de una incapacidad para trabajar inteligentemente. Él la analiza como una conducta dirigida a no confiar al patrón más que un mínimo del saber obrero, y esto con el fin de mantener un relativo control sobre la forma de ejecutar el trabajo.

toda actividad mental, fueran superfluas en el trabajo obrero, este tipo de representación no hace más que retomar la vieja concepción de Halbwachs[32], que sigue siendo igual de falsa hoy en día como lo era a comienzos de siglo.

El redescubrimiento del saber obrero.

Abandonemos al obrero-materia y volvamos sobre el *«obrero-masa»* y el *«obrero-máquina»*. Estos tipos obreros no van a sobrevivir mucho tiempo tras los años 1970. Desde mediados de los años 1980, van a ser abandonados. El cambio de interpretación de los Fordistas va a ser al mismo tiempo rápido y espectacular. Se caracteriza por una modificación de la explicación y por un cambio del ámbito de estudio. Las industrias de serie, las industrias de procesos discontinuos, que eran las únicas que obtenían la atención de los Fordistas de los años 1970, dejan de ser tomadas como objeto de estudio en beneficio de las industrias de procesos continuos. Se caracteriza también por un cambio en el punto de vista sobre el saber obrero. *«El obrero-máquina»* es abandonado en beneficio de la concepción opuesta según la cual el saber obrero es indispensable para el buen funcionamiento de la fábrica, al mismo tiempo que la tareas efectuadas por los obreros aparecen en lo sucesivo como *«complejas»* (y ya no más en tanto que *«elementales»*, como hasta entonces) y porque la astucia, *«los ingenios obreros»*, son percibidos en adelante como condiciones esenciales del funcionamiento de la fábrica.

No hay por qué criticar un cambio en la explicación que tenga en cuenta las modificaciones de la realidad. Ahora bien, como un gran número de industrias, la industria del automóvil (industria insignia de los Fordistas) ha cambiado desde mediados de los años 1970. Los métodos de producción caracterizados por la fabricación de series amplias, por la importancia de los stocks, por la relación rígida entre el tipo de máquina y el tipo de pieza fabricada, dejan paso a métodos donde la flexibilidad, la robotización, el *justo a tiempo* ocupan un lugar privilegiado. El recurso a máquinas robotizadas, capaces de adaptarse instantáneamente a la fabricación y al montaje de diversos tipos de piezas y capaces, consecuentemente, de responder sin retraso a las variaciones de la demanda, suprime ciertas restricciones de los métodos de producción anteriores. Todo

[32] Ver C. Grignon, J.-C. Passeron [1989].

esto se acompaña de modificaciones en la estructura de los empleos, en los niveles y en los tipos de cualificación buscados, hasta el punto de que, en ciertas ramas, se da una *«reprofesionalización del trabajo»*.[33] Este término implica, por un lado, la necesidad creciente de obreros cualificados exigida por estos nuevos métodos de producción. Implica, por otro lado, una utilización diferente de los conocimientos obreros. Desde ahora, éstos son considerados como una fuente mayor de productividad, fuente que los métodos tayloristas-fordistas habían utilizado poco porque habían privilegiado la combinación disciplina/Organización Científica del Trabajo/mecanización más que el partido, que no habían sabido sacar, del saber obrero.

Sería entonces absurdo quejarse de que los Fordistas hayan tenido en cuenta estas modificaciones. Si podemos hablar de un cambio de rumbo a propósito de ellos es, en primer lugar, porque avanzan, sobre el mismo tema, una explicación que es la contraria de la que sostenían algunos años antes. El tema —el papel del saber obrero en el proceso de trabajo, la parte de autonomía obrera en la tarea a efectuar— es el mismo, pero la explicación es diametralmente opuesta. El obrero especializado de la industria automovilística ya no es más un obrero *«fulano de tal-máquina»* o un obrero *«fulano de tal-masa»*, se ha convertido en el ejemplo mismo de que la autonomía obrera y del saber obrero siguen bien vivos; las tareas ya no son «simples» y «elementales», se han convertido en «ricas» y «complejas»;[34] los gestos ya no son puros reflejos, implican procesos mentales.[35] En pocas palabras, allí donde los Fordistas no veían más que cuerpos maquinizados y la mirada vacía de los obreros-masa, ven ahora *«hombres»* a los que el trabajo industrial no les ha arrancado ni su

33 H. Kern, M. Schumann [1984]. Señalo de pasada que Kern y Schumann son un ejemplo de los cambios de interpretación en el análisis del trabajo industrial. La tesis que defienden en los años 1980 (las empresas buscan utilizar las competencias obreras, la división del trabajo se atenúa, las relaciones de autoridad pierden parte de su fuerza) es la opuesta de la que sostenían veinte años antes y que era una variante de los puntos de vista de Braverman (polarización creciente de las cualificaciones, «maquinización» de un número cada vez mayor de trabajadores, división y parcelización siempre acrecentadas de las tareas, etc.). Sin embargo no podríamos hacer de Kern y Schumann los homólogos alemanes de los Fordistas franceses. Por un lado su trabajo se apoya en estudios empíricos numerosos y metódicos; por otro lado Kern y Schumann se explican claramente su propio cambio de interpretación. Es esto tan cierto que el tema central de su texto (*Das Ende der Arbeitseilung?* –este texto es presentado por Ph. Bernoux [1988]) es el siguiente: el diagnóstico y los pronósticos que habíamos hecho en los años 1960, ¿son todavía exactos y, en el caso contrario, por qué no lo son?

34 *«Nos parece importante restituir a la vivencia obrera y, de forma más general, a la vivencia de todo trabajo descualificado, toda su complejidad y por lo tanto toda su riqueza»* [D. Linhart, 1982].

35 *«No nos parece que la automatización de las industrias de proceso (…) suprima los procesos mentales»* [Terssac, Coriat, 1984].

«individualidad» ni su *«especificidad de ser humano»* Hasta la vagancia (ayer obrera: la *fallacy* [simulación] perseguida por Taylor) también, ha cambiado de bando: sirve ahora para designar *«la ociosidad del capital»*, es decir, el subempleo de las máquinas. Un cambio tal merece ser señalado. Puesto que a pesar de que las condiciones de trabajo de los años 1980 no son ya las de los años 1970, la cadena no ha desaparecido por ello, ni la Organización Científica del Trabajo, ni las cadencias, ni la pausas reducidas al mínimo, ni la competencia entre los obreros por evitar formar parte de los despedidos.[36] De la misma forma que no han desaparecido todos los obreros especializados, todos los trabajadores inmigrantes, todas las tareas parcializadas y repetitivas que, antes, movilizaban la atención de los Fordistas.

Lo que incita igualmente a interrogarse sobre los cambios en la explicación de los Fordistas y a ver allí un viraje de la interpretación, es que este cambio es explicado de manera poco convincente. Esta modificación en la manera de ver es remitida al progreso que habría realizado, a través del conocimiento de los aspectos económicos y sociológicos del trabajo, la comunidad de economistas y sociólogos. Una explicación de este tipo no resiste un examen. Escribir *«que uno de los aspectos positivos de los últimos diez o quince años, desde el punto de vista de la investigación y desde el punto de vista de las luchas obreras en sí mismas, es haber hecho aparecer diversidades extremadamente grandes en las situaciones»* (de la clase obrera), lo que permite tener *«una visión mucho más próxima de la realidad de estas diferencias»*,[37] es limitarse a las visiones de una parte de los sociólogos y de los economistas –a las visiones de los Fordistas especialmente. Es no dar cuenta de los puntos de vista que tenían, desde los años 1960, un Naville o un Friedmann. Sostener, poco más o menos, que todos los «*sindicalistas*» y los «*sociólogos*» con los que ha contado Francia se han sacrificado, durante años, al «maniqueísmo» y al «obrero masa» antes de descubrir, en los años 1980, «las insuficiencias y el esquematismo» de tales nociones,[38] *es ignorar aquí también las diferencias existentes entre «los sindicalistas»* y entre «*los sociólogos*». Touraine, Verret, Andriex y Lignon, por no citar más que algunos de ellos, no han esperado hasta los años

---

36 La industria del automóvil, que no es la industria donde las condiciones de trabajo son las peores, ofrece numerosos ejemplos de intensificación de las cadencias, de disminución de los tiempos de pausa, de competencia exacerbada por no estar entre los que formarán parte de la próxima hornada de excluidos. Al respecto de Renault, ver por ejemplo el artículo de A. Lebaube [1987] publicado en *Le Monde*. Para Peugeot, nos remitimos a Beaud y Pialoux [1991].

37 B. Coriat [1983].

38 A. Borseix, D. Linhart [1986]; D. Linhart [1983].

1980 para evitar los que bien podemos llamar tópicos sobre el obrero-masa, sobre la cadena, sobre las industrias en serie.

Por no tomar más que dos ejemplos, cuando Andrieux y Lignon se arriesgan a utilizar un término como el de masa, tienen el cuidado de tomar distancia con todas las connotaciones dominocentristas que contiene tal calificativo: «*En el momento actual, no es una minoría actuante la que caracteriza al grupo obrero como antaño, sino que es la masa obrera; sin que el representante de esta mayoría pueda recibir la designación peyorativa de hombre-masa*» (*L'ouvrier d'aujourd'hui*, 1966). Igualmente, cuando Verret, en esos mismos años, da cuenta del libro de R. Hoggart (La culture du pauvre), no es para librarse a una queja sobre la condición del obrero-masa, sino para escribir, entre otras cosas, esto: «*Por más desposeída que la clase obrera esté con respecto a la concepción de la organización y de la dirección del proceso de trabajo, siempre queda el que su trabajo pone en marcha una cultura tecnológica que supone a su vez un control de las capacidades operatorias de la mano y del cerebro, que sólo el etnocentrismo intelectual de las clases dominantes, llevadas a definir, en las categorías implicadas, el pensamiento por la autonomización de las funciones intelectuales del trabajo y del monopolio que ejercen en su propio beneficio, podría excluirlas de la dignidad de las funciones pensantes y, a fortiori, de la definición de la cultura*»[39].

Las explicaciones dadas para dar cuenta del abandono del «obrero-masa» en beneficio del obrero dotado de un saber «*complejo*» son entonces cuando menos simplificadas: oscurecen, más de lo que aclaran, un viraje de la problemática que, sin duda, tiene causas generales[40] pero que, tratándose de los Fordistas, pude remitirse a tres razones.

1/ El cambio del punto de vista de los Fordistas es facilitado por el desplazamiento del análisis desde las industrias en serie hacia las industrias de flujo. El abandono del obrero-masa en beneficio del obrero que detenta un saber «*complejo*» ha sido facilitado por la traslación del análisis fordista desde las industrias de montaje hacia las industrias de *proceso*. Lo vemos claramente en

39 Verret [1982].

40 El cambio de problemática de los Fordistas no puede separarse de los cambios en la explicación que han intervenido en los últimos treinta años en el ámbito del trabajo. Las características de estos cambios —«*un cambio a veces radical, más frecuentemente discreto, es decir, inconfesado o rechazado de antemano*» [Maurice, 1984]— recuerdan en más de un punto las características señaladas en el presente texto a propósito de los Fordistas. El viraje en la interpretación, la rapidez con la que los puntos de vista son abandonados, el retraso en la explicación sobre la realidad a explicar, la percepción falsa de los cambios que han intervenido en esta realidad, rasgos que son tan característicos de la interpretación fordista, se reencuentran bajo una forma atenuada en la problemática de los análisis del trabajo.

el caso de Coriat, en el que el abandono de una interpretación en términos de «*obrero-masa*», «*de disciplina*», de «*contramaestre-policía*», en beneficio de una interpretación de «*contramaestre-animador*»,[41] va a la par de un cambio en el tipo de industria estudiado (industrias de procesos discontinuos hasta el comienzo de los años 1980, industrias de procesos continuos después). No sobreentiendo que la oposición industrias de serie/industrias de procesos continuos haya sido un subterfugio que hubiese permitido a los Fordistas disimular un cambio en la interpretación. Este cambio es probablemente debido, por una parte, a lo que P. Tripier llama el «*el descubrimiento ingenuo por parte de los economistas de las leyes de organización del trabajo*»,[42] el descubrimiento, en ese momento, de que existen otros tipos de industria y de saber obrero diferentes a aquellos representados por el automóvil. Bastaba con que la oposición industrias de serie/industrias de flujos se presentara oportunamente para ayudar a los Fordistas a franquear el paso que separa al obrero-masa del obrero-detentador-de-saberes-complejos. Todo permite pensar que esta oposición entre industrias ha permitido a los Fordistas decir aquello que no se autorizaban a decir —en esa época en todo caso— a propósito de la clase obrera. Todo incita a leer en la condena sin tregua de las industrias de serie («*la herencia histórica que está desgarrándose*»)[43] una condena —todavía impronunciable en los años 1980— de un tipo de obrero («*el obrero-masa*») y de prácticas obreras («*el saber resistir al control social*») que los Fordistas no han dejado de asociar a las industrias en serie.

2/ Otra razón del cambio en la interpretación de los Fordistas es su cambio en el punto de vista sobre el obrero-masa. A partir de los años 1980, el obrero-masa es percibido como un obrero que ha dejado de ser hegemónico, como un obrero en declive. Que esta hegemonía haya sido ficticia, que el obrero-masa no haya tenido nunca el peso numérico que habían imaginado los Fordistas, no es lo que cuenta. Lo que importa es que la representación que se habían hecho de él ha cambiado del todo en los años 1980. Con anterioridad, la presencia masiva del «*obrero-masa*», la oleada en aumento del «*obrero-masa-internacional*» impresionaba

41 Coriat [1986]. La interpretación en términos de «*disciplina*», «*de obrero-masa*», etc, se encuentra claramente en Coriat [1979].

42 Tripier [1985: 229].

43 B. Coriat [1983]. Este artículo se sitúa entre dos formas de pensar. Coriat opone aquí, al mismo tiempo, dos tipos de industrias (industrias en serie industrias de flujo), dos tipos de saber obrero (el saber hacer del «*control social y de resistencia a ese control social* / el «*continuum de saber entre agentes*», es decir el continuum de saber entre los obreros y los técnicos), dos tipos de organización del trabajo (las «*relaciones disciplinarias*», el «*contramaestre-policía*» / la «*participación colectiva de los obreros, los agentes de control, los técnicos*» en las tareas productivas), dos perspectivas (una «*herencia histórica que está desgarrándose*»/las grandes perspectivas de futuro).

a los Fordistas. La desaparición de estas figuras obreras —o mejor dicho, todavía una vez más, la idea de esta desaparición— van a hacer nacer otras emociones: van a provocar ternura y nostalgia. Las «*cadencias*», el «*contramaestre-policía*», «*las relaciones disciplinarias*», el aspecto negro de la cadena, todo eso va a esfumarse. Lo que va a quedar de las industrias en serie y del proceso de trabajo en estas industrias, es una imagen idealizada que no retiene más que los «*intersticios donde se alimenta la autonomía obrera*»[44] y que sólo se acuerda de la resistencia en común frente a las cadencias, de las solidaridades entre los «*compañeros*» del «*taller*».

Puesto que desde entonces, a mediados de los años 1980, compañeros y taller son términos corrientemente utilizados para evocar el universo fabril,[45] cuando la cadena es evocada, esta evocación está hecha a partir de contrastes entre el «*vacío*» y «*el aislamiento*» que prevalecen ahora en las relaciones de trabajo y el calor y la comunidad que existían antaño. «*En la LAM* (Línea Asimétrica de Motores: es el sistema que reemplaza a la cadena en ciertas industrias de la FIAT), *cada obrero trabaja en un puesto, aislado de los otros, (…) es imposible comunicarse con los otros obreros y es imposible redistribuir el trabajo de manera informal. Es el vacío, el aislamiento, la materialización de la pujanza de la tecnología, la ruptura de la comunidad obrera tan fuertemente presente en la antigua cadena, la destrucción de toda forma de organización directa e inmediata (…) ya no existe más esta "solidaridad obrera" tan fuertemente sentida en el sistema de trabajo tradicional*».[46] Ciertamente, las condiciones de trabajo en cadena han cambiado (en el artículo que se acaba de citar, el sistema LAM ha sustituido a la antigua cadena) y este cambio ha roto la solidaridad obrera. Pero no es sólo que la cadena haya sido modificada y las condiciones de trabajo se hayan endurecido; la mirada de los Fordistas también ha cambiado. Ya no ven lo que veían antes, o mejor dicho ya no ven de la misma manera. Para describir la misma realidad —la cadena de los años 1970— emplean a partir de los años 1980 colores mucho más vivos y alegres que los que utilizaban hasta entonces.

3/ Finalmente, no podemos dejar de ver, en la rehabilitación del saber obrero, en el redescubrimiento de «la autonomía» obrera,[47] la manifestación de una fase típicamente autonomista que hace juego con la representación legitimista que

---

44 D. Linhart [1982].

45 El éxito «*de las nuevas armas patronales (interiorización del control por parte de los obreros) (…) en lugar del control directo (…) representaría una ruptura profunda de las prácticas obreras en el taller*»: este éxito pondría en cuestión «*la solidaridad establecida entre compañeros sobre una base de contestación de la lógica impuesta por la organización del trabajo*» [D. Linhart, R. Linhart, 1985a].

46 G. Santilli [1985].

47 «*Frente a un universo que les oprime, que niega su individualidad, su autonomía, los obreros se esfuerzan por reconstituir zonas de autonomía en las cuales se afirman en tanto que seres humanos*», D. Linhart [1983].

prevalecía antes. Que los dominados no resulten bien sumisos, bien autónomos, sino que sus comportamientos estén hechos de equívocos, de rodeos, de tomas de distancia, de participación mínima, de aceptación oblicua, etc., a las coacciones de la dominación, es una idea que se les escapa a los Fordistas. Sólo captan a los dominados esforzándose en «dirigir» y en redefinir, con sus medios, la dominación que les es impuesta. Para ellos, el obrero es sumiso o resistente. Está robotizado o bien saca partido de su ingenio básico o de su saber clandestino. Está preso en las redes del universo capitalista o bien escapa de este universo.

Esta forma de representarse las clases dominadas que oscila entre el todo o la nada —entre la ilusión populista de que los dominados pueden con todo (desprenderse sin combate de la dominación que sufren, vencer instantáneamente a los patrones, etc.) y el desengaño miserabilista (no pueden hacer nada, no se puede hacer nada por ellos ni con ellos)— permanece tan vivo en los años 1980 como lo estaba en los años 1970. El viraje del punto de vista de los Fordistas ha modificado sus juicios pero ha dejado intacto el mecanismo que los produce. Este mecanismo, por lo demás, es difícil de aniquilar. Los ires y venires explicativos entre visiones que otorgan a las clases populares más autonomía de la que tienen y las visiones que, como reacción, tienden a privarles de toda autonomía, son casi inevitables.[48] Lo que es criticable, en los Fordistas, no es que no hayan encontrado la distancia justa, aquella donde se anulan las propensiones gemelas a magnificar y a despreciar a las clases populares, el lugar donde sería posible evaluar el peso exacto de autonomía y de constricción, de «libertad» y de «determinismo» que lleva en sí mismo cada individuo. Esa distancia justa, ese punto de vista perfectamente justo y objetivo, evidentemente, no existe.

Lo que puede reprochársele a los Fordistas, es no tener una mirada sobre su propia mirada, es no inquietarse con los efectos de la miopía o de la vista sociológica cansada de los que ellos mismos, al igual que los demás, no están exentos y que, no más que otros, ellos no pueden anular completamente. Este ejercicio epistemológico mínimo: no creerse naturalmente objetivo, no olvidar que no podemos serlo completamente, es tanto más necesario sin embargo cuando los antídotos contra las infiltraciones etnocentristas no son numerosos y cuando todo concurre al aumento de estas infiltraciones. Así, como otros, los Fordistas adoptan, en los años 1980, corrientes que tienden a hacer creer que todo ha cambiado, que la producción «en masa» y en grandes series son viejas historias, que ya no hay más que diversidad de gustos, imposiciones de los consumidores, nuevas formas de producir, nueva organización del trabajo, fin

48 Ver sobre este punto Grignon y Passeron [1989].

de la jerarquía y de la disciplina, renovación de la cualificación y del saber obrero. Y no es porque contengan una parte de exactitud que estas nuevas ideologías estén diciendo la verdad y que naturalmente contribuyan a aumentar la sagacidad sociológica. Al contrario, cuando tales ideologías están en su apogeo, como es el caso en los años 1980, con el reflujo de la crítica del tecnicismo y del economicismo, desalientan el pensamiento polémico más de lo que incitan a pensar a contracorriente. Sin embargo, pensar a contracorriente —mostrar, en los años 1970, que los obreros especializados no son autómatas, y en los años 1980 que la Organización Científica del Trabajo y la disciplina no han desaparecido— no es la peor manera de contrariar las propensiones al conformismo que pesan sobre todos los economistas y sobre todos los sociólogos. No es la peor manera, tampoco, de dar cuenta de la realidad.

Los saberes obreros: ¿saberes clandestinos o saberes tácitos?

Tras haber estado del lado de la «sumisión», de «la explotación», de «la alienación» obrera, la balanza se encuentra ahora del lado de la autonomía obrera y del saber obrero. No por ello nociones como desposesión del oficio o como parcelización del trabajo deban ser rechazadas. Todavía son operativas y actuales. La resistencia que oponen los trabajadores a la extorsión de su saber-hacer, las tentativas de la dirección y de la «oficina de métodos» para desposeerlos no son invenciones obreristas o el producto de la imaginación de observadores exteriores al trabajo en la fábrica. Éste no se activa solo. El trabajo no se organiza espontáneamente. No resulta de la convergencia de voluntades individuales dirigidas hacia el mismo objetivo: asegurar la producción. Si la cadena avanza, es porque otros que aquellos que trabajan en ella la han concebido para que avance, y es, de forma más general, porque el trabajo ha sido organizado, previsto, programado, pero es también gracias a las invenciones, los hallazgos, las astucias de los obreros sin las que no habría ninguna fabricación posible: *«Las tareas fijadas por la O. M.* (oficina de métodos) *(…) si las aplicamos tal como dice la O. M., no saldría ni un coche.* (Para efectuar estas tareas) *cada uno tiene sus pequeñas combinaciones, sus pequeños trucos que le han llevado años aprender, adquirir».*[49]

49 Corouge y Pialoux [1985].

Que los obreros se implican en el trabajo que ejecutan, que van más allá de lo que se les manda hacer, en pocas palabras, que el saber obrero (entendido aquí como el conjunto de gestos, de decisiones, de iniciativas no programadas por la Organización Científica del Trabajo) es indispensable para el buen funcionamiento de la fábrica, es ahora mismo admitido sin restricciones. Nadie sostiene hoy en día que ese saber ha sido aniquilado por la Organización Científica del Trabajo. Ese saber que existe permaneciendo oculto (los obreros lo guardan para sí mismos al tiempo que, por otro lado, les gustaría verlo reconocido),[50] ¿qué es?, ¿cómo definirlo? En este tema, como en otros, los calificativos utilizados no son indiferentes.

Decir que las *«combinaciones»* y los *«trucos»*, como los comentados más arriba, son *«saberes clandestinos», «prácticas clandestinas»,* la manifestación de una *«organización clandestina»* o de una *«cooperación clandestina»*[51] no queda sin consecuencias: es toda la definición del saber obrero la que entra en cuestión. Entendemos claramente que la noción de clandestinidad está dirigida a dar cuenta de aquello que los obreros no quieren liberar abiertamente, un saber-hacer que les permite conservar un control sobre su forma de trabajar. Pero en la interpretación de aquellos que utilizan esta noción, está la idea de que sin este *«saber clandestino»* la fábrica no funcionaría en absoluto. Esta idea es expresada sin ambivalencias por Braverman o incluso por Gorz, para quienes la Organización Científica del Trabajo no busca tanto hacer producir eficazmente como controlar el saber obrero y, todavía más, controlar a los obreros. La encontramos expresada bajo una forma atenuada en D. Linhart y R. Linhart quienes ven, en la organización taylorista-fordista, una organización forzosamente ineficaz que no se perpetúa más que porque los planes que traza, las directrices y las órdenes que da son permanentemente contradichas y rectificadas por los obreros *«clandestinamente»*.[52]

---

50 Ver más arriba cómo Corouge señala que son los obreros *«clasificados como profesionales»* los que reemplazan ocasionalmente a los obreros especializados. Este tema del no reconocimiento de las competencias profesionales de los obreros especializados es recurrente en estas entrevistas; el acuerdo sobre las clasificaciones que se dio en la empresa en 1981, que *«reconocía, por primera vez, que los obreros especializados hacían un trabajo profesional»* es, para Corouge, una fuente de satisfacción y de orgullo: *«la palabra "profesional" para un obrero especializado, es la primera vez que ha sido empleada».*

51 Estas expresiones son empleadas respectivamente por G. Malglaive [1984]; G. Noiriel [1984]; Bernoux [1981]; D. Linhart y R. Linhart [1985b].

52 *«La pequeña habilidad conoce bien todos los trucos, estratagemas, paliativos, procedimientos inventados y utilizados cotidianamente por los obreros, incluso los más descualificados. Forman parte de las formas obreras de apañárselas, y es en ellas donde reposa el buen funcionamiento del sistema. En suma, una parte de la eficacia de la organización reside en esta actividad en la sombra que viene a contradecir la racionalidad autoproclamada del taylorismo. Y es también gracias a esta actividad en la sombra que se han podido esperar tasas prodigiosas de productividad durante los años de fuerte crecimiento económico»*, D. Linhart, R. Linhart, [1985a].

Esta forma de ver falla por varias razones. Primero porque hace de los saberes obreros los únicos saberes existentes en la fábrica. No es difícil reconocer, en esta exclusión de todo lo que no son conocimientos obreros, prácticas obreras, saberes obreros, una manifestación de la idealización populista de las clases dominadas. Esta idealización se da aquí con los obreros, pero puede aplicarse también a las prácticas populares, a las culturas indígenas o incluso al «mundo campesino». Tratándose de obreros, otra de sus formas es la magnificación de los conocimientos obreros erigidos en saber-verdad, es decir en modo de conocimiento muy superior al saber «burgués», al saber «culto», al saber «científico». Esta valorización del saber obrero que encontramos en un buen número de los textos fordistas de los años 1970[53] no es, como casi siempre, más que el reverso de una desvalorización legitimadora de los conocimientos populares. Estos, en lugar de ser rebajados a formas inferiores de saberes (a la «astucia», a la comprensión superficial y exclusivamente empírica, al pragmatismo afortunado), se ven, a la inversa, magnificados y presentados como una forma superior de saber («ellos» saben más que nosotros, «ellos» detentan una verdad que no podemos esperar jamás los «cultos»). El segundo punto débil de la noción de saber clandestino es su maniqueísmo: la clandestinidad es concebida como una práctica exclusivamente llevada a cabo contra los «patrones», como una táctica destinada a protegerse de la extorsión del saber obrero por parte de la dirección, por parte de la «oficina de métodos», por la Organización Científica del Trabajo, mientras que, entre las causas de esta clandestinidad, está también la competencia entre obreros que conduce a no divulgar los procedimientos de trabajo más eficaces.

Finalmente, clandestino es un calificativo impropio para designar la parte de los saberes obreros que no es visible, puesto que esta parte escondida no es solamente disimulada, también es no reconocida puesto que se trata de saberes no formalizados, de saberes «tácitos». Puesto que no es en absoluto lo mismo decir de estos saberes obreros que son tácitos o que son clandestinos. En el primer caso, el no reconocimiento de los saberes obreros equivale al no reconocimiento de cualidades (de inventiva, de destreza, de rapidez, de meticulosidad, etc.) que —a pesar de ser indispensables en la realización de las tareas fabriles— son

53 En los de Freyssenet [1977] claramente: «*Para nosotros está perfectamente claro que existe otro modo de producción de conocimientos infinitamente más eficaz y más justo* (que aquel al que estamos habituados a referirnos). *En el caso preciso de un análisis de la división del trabajo, es evidente que la reflexión colectiva de aquellos que viven directamente el proceso de "descualificación-recualificación" aportará inmediatamente un material de una riqueza considerable, una justicia en la apreciación de la importancia del proceso sobre la vida social, y permitirá un salto teórico que ningún estudio de investigadores más o menos aislados, y parcialmente al margen de la división capitalista del trabajo, puede aportar*».

decretados como «personales» (habilidad más o menos grande por ejemplo), o bien son considerados como adquiridos en el ámbito privado (fuera de las instituciones de aprendizaje), o incluso son atribuidos a una formación «general» (todo tipo de formación o de escolarización dada a todos). En esta concepción el saber tácito, los saberes que los obreros aportan de más a lo que le es explícitamente demandado no son reconocidos por ser considerados como implícitos en disposiciones «comunes», como un saber «mínimo» que, existiendo en cada uno, no tiene por qué ser retribuido como se haría para un saber resultante de una formación específica. A esto se añade que (siempre desde la concepción del saber tácito) la invalidación de los saberes obreros encuentra el refuerzo más eficaz que existe, el de la evidencia: la no validación de los saberes tácitos va tan de suyo que es percibida como natural, lo que incluye a aquellos que utilizan más estos saberes no validados (los obreros). En la segunda definición de los saberes obreros —la que los designa como «clandestinos»— tenemos una concepción completamente diferente: la de un saber propio de aquellos que lo detentan y que éstos perciben claramente como tal. Contrariamente a la invalidación que afecta a los saberes tácitos por el hecho de que son representados y interiorizados como saberes triviales, el saber clandestino es percibido como un saber original y específico, y esto ocurre, además, para aquellos que lo ponen en práctica.

La elección de los términos para calificar el saber obrero (saber tácito/saber clandestino) va entonces mucho más allá de una cuestión terminológica. En este caso como en otros, los calificativos son «clasificadores». Calificar el saber obrero de clandestino, no es simplemente elegir un término que aporta una imagen, un término que golpea a la imaginación por sus connotaciones militares.[54] Es postular que los saberes obreros —a pesar de ser poco reconocidos socialmente— son reconocidos, y a su justo valor, por los obreros. Los saberes obreros, escriben D. Linhart y R. Linhart, no son *«reconocidos oficialmente, no son tenidos en cuenta en las clasificaciones y por lo tanto no son remunerados»*. Sin duda, pero según esta forma de indignidad social como es la invalidación de saberes indispensables para que la ejecución de un trabajo sea interiorizada por aquellos que sufren el prejuicio de esta invalidación o, al contrario, si es percibida como injusta, llegamos a dos concepciones diferentes del saber obrero y, más allá, a dos concepciones de la dominación de las clases populares. En un caso, la clase obrera es concebida como una clase segura de su legitimidad y de la importancia de su saber, como una clase segura de sus propios valores. En el otro caso, los

54 Clandestino forma parte de los términos —subversión, disidencia, guerra, deserción, resistencia— que aprecia Gaudemar. (Ver más arriba «Variaciones fordistas sobre la obrerización»).

obreros, precisamente porque son un grupo dominado, no están seguros de la validez de su saber. Incluso en el universo indígena donde es producido, este saber no escapa a los efectos despreciativos de la dominación: tiende a ser desvalorizado.

La vivencia obrera: ¿por qué trabajan los obreros?

Las dificultades de los Fordistas para representarse los efectos de la dominación no se ven solamente en su percepción del saber obrero; aparecen también en la manera como explican por qué los obreros trabajan. Es sorprendente ver cómo las nociones que emplea por ejemplo D. Linhart (daré algunas ilustraciones más adelante) son poco adecuadas, poco sociológicas, hasta qué punto están lejos de tener en cuenta los determinantes económicos, culturales, sociales que hacen que la *«vivencia»* de los individuos, la representación que tienen de su vida, su percepción del trabajo no sea la misma según pertenezcan a un grupo social o a otro, según, por ejemplo, sean obreros toda su vida o lo sean transitoriamente, o incluso según si son observadores del trabajo en la fábrica.

Creer que el trabajo tiene para todos el mismo significado, que *«la relación con el trabajo es homogénea socialmente en su dimensión positiva y en su dimensión negativa»*,[55] es ignorar que la «vivencia» de los trabajadores y la percepción de las coacciones del trabajo, que difiere ya según los tipos obreros y las trayectorias obreras,[56] difieren a posteriori según se sea «*obrero especializado*» o se sea «*cuadro superior*». La forma como hablan los obreros de su trabajo —o mejor dicho, a diferencia de los cuadros superiores o de los ingenieros, la forma en que hablan poco de su trabajo, porque hablar de él implica evocar una situación en la que la humillación prevalece a menudo sobre el orgullo— sería suficiente para mostrar que no existe, en este plano como en otros, «*homogeneidad social*» y que «*la ambivalencia de la vivencia de los trabajadores*» tiene un contenido muy diferente para el obrero especializado y para el ingeniero.

---

55 *«A pesar de que hay gradaciones evidentes e importantes entre la vivencia de los individuos afectados a trabajos descualificados, sin interés, y la de los individuos que se consagran a actividades profesionales gratificantes, no hay ruptura: a partir de un mínimo que representaría el primer escalón y que define el campo de la homogeneidad social, es imposible razonar en términos de escala gradual (…) la ambivalencia de la vivencia de los trabajadores»* (es válida) *«para el obrero especializado y para el cuadro superior»*, D. Linhart [1984].

56 Sobre este punto ver Saunier [1989] y Campagnac [1983].

Si los obreros trabajan, si, por retomar una temática apreciada por los Fordistas en los años 1970, éstos se revuelven raramente y van cotidianamente a la fábrica, no es porque apliquen antídotos morales y ontológicos que hagan de contrapeso a unas condiciones de trabajo «*inhumanas*»; no es porque opongan a estas condiciones de trabajo su «*dignidad de ser humano*» o porque compensen las tareas básicamente «*negativas*» con una «*implicación positiva*». Si no refunfuñan a la hora de ir cada día al trabajo, no es tampoco para «*tranquilizarse existencialmente*»[57] sino porque, desde su tierna infancia, se han hecho a la idea de que no escaparán a la fábrica, porque son preparados para aceptarlo como algo inevitable o, más exactamente, porque son preparados a convivir con este elemento inevitable. Si efectúan durante decenas de años tareas repetitivas y parceladas, es porque introducen, en estas tareas, una mezcla de habituación, de resignación, de fatalismo («*es así*», «*es la vida*», «*no podemos evitarlo*» –sobre este punto véanse las máximas que cita Hoggart en *La culture du pauvre*). Es igualmente porque se representan su vida no como un destino individual que estaría socialmente indeterminado y donde todo sería posible, sino como una vida que será parecida a la de otros, parecida a la de su padre, su hermano, su vecino. En pocas palabras, es porque existe, en las clases populares, la percepción de una comunidad de destino. Lo que os sucede —incluso si no es siempre divertido, ni todos los días son de color de rosa— no os sucede sólo a vosotros.

Nada sería más erróneo que ver, en esta percepción, la inevitabilidad del trabajo, una forma de estoicismo, e imaginarse que los obreros —en la medida que podamos hablar «de los obreros», dado que tendríamos que distinguirlos según su origen, su cualificación, su oficio— adquieren, a lo largo del tiempo, una forma de sensatez que les dejara indiferentes ante las condiciones de trabajo que son las suyas. Muchos no se habitúan a ellas, a muchos no les gustan.[58] Si no se habitúan, si no les gustan, no es solamente porque las tareas sean repetitivas y parcelarias, porque las directivas dadas para ejecutarlas sean aproximativas o erróneas, porque los jefes y otros patrones sean, por su parte, incompetentes o condescendientes. Si no se acomodan, es porque se trata de una actividad en la que constatan constantemente su situación de subordinación y donde a la vez experimentan frecuentemente que son «*un grupo social poco considerado*», «*socialmente rebajado*», «*siempre mandado*», «*siempre subordinado*», como quien dice «*siempre a obedecer*».

57 «*En nuestra sociedad* (donde) *la industrialización capitalista ha minado las solidaridades anteriores, se ha aglomerado a los trabajadores alrededor de los lugares de trabajo, se ha destruido su entorno familiar y residencial*», el trabajo se ha vuelto el único medio de «*tranquilizarse existencialmente*», D. Linhart [1984].

58 Sin que por ello se indignen. Por retomar a Hoggart: «*cuando no se espera gran cosa en la vida, es difícil alzarse hasta la indignación moral*».

Estas citas son extractos de encuestas realizadas en los años 1960 por Andrieux y Lignon, pero no han envejecido. La misma puesta en cuestión de la desconsideración y de la subordinación se reencuentra, veinte años después, en las entrevistas de Pialoux a Corouge. Es el mismo sentimiento de ser poco considerado, la misma impresión de ser utilizado, manteado o amenazado de serlo por aquellos que están por encima de uno, la misma reivindicación de ver su trabajo considerado, como expresa Corouge. Con veinte años de distancia, reencontramos también, prácticamente sin cambios, las formas específicas a través de las cuales una categoría social dominada[59] como lo son los obreros especializados se las apaña con los efectos de la dominación, es decir, a la vez resiste y se resigna, de una manera que le es propia a esta dominación. «*En el mismo momento en el que hablan de lucha, de resistencia, de transgresión*» estas entrevistas, escribe Pialoux, dejan ver lo que *«está en el corazón de la experiencia social de los obreros y particularmente de los obreros no cualificados: sentimiento de ser confrontados con fuerzas económicas y sociales infinitamente potentes, sentimientos de comenzar vencidos desde el comienzo, desconfianza frente a las promesas y las bellas palabras, miedo de ser manipulados y de ser desposeídos de lo poco que creían poder tener en las manos»*. Lo que permanece igualmente sin cambios, es la ambivalencia de la «*condición obrera*», una ambivalencia que no recubre solamente la mezcla de resistencia y de resignación que relata Pialoux, sino que recubre también la mezcla de «*amor*» y de «*desprecio por el trabajo*».[60]

*E*n lo que se ve en las entrevistas hechas por Andrieux y Lignon o por Pialoux, y notablemente en el tono desengañado de muchas de estas entrevistas, sin duda tenemos que tener en cuenta la parte que corresponde a la época. Ya no encontramos, en los años 1980 e incluso en los años 1960, «*el espíritu de insubordinación*» que animaba al «*Carpintero de París*» entrevistado en 1890 y que le permitía ver, en su situación de subordinación, un estado transitorio.

59 Corouge da un ejemplo de esta dominación mostrando cómo las sumas afectadas por la modernización de los procedimientos de producción (y cuyo montante es sometido a discusión con los obreros) aparecen como enormes ante los ojos de los obreros especializados, mientras que son módicas en relación al *cashflow* de la empresa: *«Cuando conocemos el número de tíos que curran en cadena, es evidente que todo eso destapa alguna cosa. Porque para el tío, para él, un millón, es tan importante, que él ni osará a adelantar la suma. Basta con que un jefe de servicio le diga "te das cuenta, vas a hacer una inversión de un ladrillo, de dos ladrillos". El tío cerrará su boca y no la abrirá más. Para él un millón es su sueño, jamás lo ha tenido, y además (…) jamás lo tendrá».*

60 «*Un gesto bien preciso a hacer, con el pulgar, para deslizar bien la masilla, para que no haya fugas, es toda una adquisición que los tíos acaban por poseer (…) la puesta en práctica de la robótica, eso va a servir también para robar el gesto del tío, para pisotearlo fuera después. Es toda la cultura de las personas adquirida en el tajo, todo el gesto hecho con amor, o desprecio, poco importa, pero en cualquier caso hecho a través de un montón de años de práctica, lo que estamos robándole*», Corouge, Pialoux [1985].

Hay que considerar también la parte que le corresponde a las particularidades de los obreros entrevistados. Estos obreros, no son obreros representativos, obreros como los demás, lo cual es particularmente cierto para Corouge. Si Christian Corouge da cuenta con tanta agudeza del estado de subordinación y de falta de consideración que caracteriza la «*situación social*»[61] de los obreros, es porque él mismo es un obrero atípico. De origen obrero está en posesión de un CAP de ajustador (contrariamente a la mayoría de los obreros especializados de su taller), potencialmente obrero profesional (lo que terminará siendo más adelante), portavoz de los obreros especializados «*que él tiende a representar como política y culturalmente incultos*», ocupando en la fábrica una posición ambigua entre los obreros profesionales que él representa ocasionalmente como delegado sindical y los fijos con los que se codea, Corouge es un obrero «*de base*» sin ser un obrero representativo.

Sin embargo, es a través de obreros atípicos como él como podemos conocer algo del interior de la «condición obrera»; es gracias a lo que hay de desplazados y falsos en obreros como Corouge, como podemos saber de qué está hecha la «*vivencia obrera*». Por el contrario, no basta con ponerse «*a la escucha de los trabajadores*», con querer amarrar «*las palabras obreras*», los «*testimonios obreros*», las «*prácticas obreras*». Como todos los dominados, los obreros apenas se expresan o, de forma más exacta, lo que dicen y lo que hacen es casi constantemente objeto de malentendidos. No escuchamos las palabras obreras porque los obreros no tienen voz en el capítulo, porque lo que dicen es deformado, mal transmitido y sobre todo mal comprendido. Comprendemos mal las prácticas obreras porque sobre ellas también pesan malentendidos e incomprensiones etnocéntricas que, hoy como ayer, oscilan constantemente entre la idealización y la descalificación de los comportamientos de las clases populares.

61 Andrieux y Lignon oponen a esta «*situación social de trabajo*», «*el acto de trabajo*», es decir, los gestos a cumplir, la tarea a efectuar, los conocimientos a movilizar, en pocas palabras los aspectos técnicos del trabajo.

Bibliografía:

ANDRIEUX, ANDRÉE Y LIGNON, JEAN (1966), *L'ouvrier d'aujourd'hui. Sur les changements dans la condition et la conscience ouvrière,* París, Gonthier.

BEAUD, STÉPHANE Y PIALOUX, MICHEL (1991), «Être OS chez Peugeot: changements techniques et usure au travail», *Critiques Sociales*, nº 1, mayo, pp. 11-24.

BERNOUX, PHILIPPE (1981), *Un travail à soi*, París, Privat.

______________ (1988), «La fin de la division du travail?», *Sociologie du travail*, nº 3, julio-septiembre, pp. 479-488.

BERNOUX, PHILIPPE ET AL. (1973), *Trois ateliers d'OS,* París, Editions Ouvrières.

BORSEIX, ANNIE; LINHART, DANIÈLE (1986), «Droit d'expression directe: la boule de cristal», *Les Temps Modernes*, nº 476, marzo, pp. 79-101.

BRAVERMAN, HARRY (1976), *Travail et capitalisme monopoliste*, París, F. Maspéro. [ed. francesa de *Labour and Monopoly capitalism* aparecido en 1974]. [ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, México, 1978].

CAMPAGNAC, ELISABETH (1983) «Transformation des modes de vie: des stratégies patronales aux pratiques ouvrières», *Critiques de l'économie politique*, nº 23-24, abril-septiembre, pp. 43-65.

CORIAT, BENJAMIN (1982), *L'atelier et le chronomètre. Essai sur le taylorisme, le fordisme et la production de masse* , París, Christian Bourgois. [ed. cast.: *El taller y el cronómetro*, Siglo XXI, México, 1982].

______________ (1983), «L'usine et le savoir ouvrier: de la résistance à la mobilisation», *Critique Socialiste*, nº 46, pp. 37-53.

_____________ (1986), «Le grand laboratoire d'experimentation de l'après-taylorisme», *Le Monde Diplomatique*, nº 389, agosto, pp. 13-14.

COROUGE, CHRISTIAN; PIALOUX, MICHEL (1985), «Un témoignage: le droit d'expression aux usines Peugeot de Sochaux», *Critiques de l'économie politique*, nº 32, julio-septiembre, pp. 55-81.

CRU, DAMIEN (1985), «Les tailleurs de pierre. Langue de métier et organisation du travail», *Travail,* nº 7, febrero, pp.48-55.

DESBOIS, EVELYNE; JEANNEAU, YVES; MATTÉI, BRUNO (1986), *La Foi des charbonniers. Les mineurs dans la Bataille du charbon 1945-1947,* París, Maison des Sciences de l'Homme.

DORAY, BERNARD (1981), *Le taylorisme, une folie rationnelle?*, París, Dunod.

Freyssenet, Michel (1977), *LA DIVISION CAPITALISTE DU TRAVAIL*, PARÍS, SAVELLI.

GAUDEMAR, JEAN PAUL (1979), *La mobilisation générale*, París, Editions du Champ Urbain. [ed. cast.: *La movilización general*, La Piqueta, Madrid, 1981].

________________ (1982), *L'ordre et la production.* Naissance et forme de la discipline d'usine, París, Dunod. [ed. cast.: *El orden y la producción*, Trotta, Madrid, 1991].

GORZ, ANDRÉ (1978) «La payssanerie, en réserve de quelle civilisation?», *Autrement,* nº 14, junio, pp. 232-241.

____________(1980), Adieux au prolétariat: au delà du socialisme. París, Galilé. [ed. cast.: *Adios al proletariado*, El Viejo Topo, Barcelona, 1982].

GRIGNON, CLAUDE; PASSERON, JEAN-CLAUDE (1989), Le Savant et le Populaire: misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature, París, Gallimard-Le Seuil. [ed. cast.: *Lo culto y lo popular*, Endymion,].

HOGGART, RICHARD (1970), *La culture du pauvre: étude sur le style de vie des clases populaires en Angleterre,* París, Minuit.

JONES, BRYN; WOOD, STEPHEN (1984) «Qualifications tacites, division du travail et nouvelles technologies», *Sociologie du travail*, nº 4, octubre-diciembre, pp. 407-420.

KERN, HORST; SCHUMANN, MICHAEL (1984), «Vers une reprofessionalisation du travail industriel», *Sociologie du travail*, nº 4, octubre-diciembre, pp. 398-406.

LEBAUBE, ALAIN (1987), «Sanctions et divisions dans la 'forteresse ouvrière'. Billancourt, du rouge au noir», *Le Monde,* 27 de octubre, pp. 1 y 44.

LINHART, DANIÈLE (1982), «Pour une prospective du travail», *Sociologie du travail,* nº 2, abril-junio, pp. 178-191.

____________ (1983) «La classe ouvrière n'a pas dit son dernier mot», *Critique socialiste,* nº 46, pp. 65-72.

_____________ (1984), «Crise et travail», *Les Temps Modernes,* nº 450, enero, pp. 1284-1315.

LINHART, DANIÈLE; LINHART, ROBERT (1985a), «Naissance d'un consensus», CEPREMAP, documento nº 8515.

________________ (1985b), «Savoir-faire des ouvriers, droit d'expression et morale d'entreprise», *Le Monde Diplomatique*, nº 376, julio, pp. 6-7.

LIPIETZ, ALAIN (1984) «La mondialisation de la crise générale du Fordisme: 1967-1984», *Les Temps Modernes*, nº 459, octubre 1984, pp. 696-736

MALGLAIVE, GÉRARD (1985), «Nouvelles compétences et nouvelles technologies», *Travail,* nº 8, abril, pp. 28-31.

MAURICE, MARC (1984), «Avant-propos», *Sociologie du travail*, nº 4, octubre-diciembre, pp. 379-383.

NAVAILLES, JEAN-PIERRE (1983), *La famille ouvrière dans l'Anglaterre Victorienne*, Champ Vallon.

NOIRIEL, GÉRARD (1983), «Espace de production et luttes sociales: l'exemple des usines sidérurgiques lorraines (1880-1930)», *Le Mouvement social*, nº 125, octubre-diciembre, pp. 25-56.

______________ (1984), «Defendre l'usine secrète», *Travail*, nº 4, abril, pp. 18-24.

PERROT, MICHELLE (1978) «De la nourrice à l'employée… Travaux de femmes dans la France du XIX siècle», *Le Mouvement Social*. Núm. 105, octubre-diciembre, pp. 3-10.

SANTILLI, GIANCARLO (1985), «L'automatisation comme forme de contrôle social», *Travail,* nº 8, junio, pp. 20-25.

SAUNIER, PIERRE (1989), *L'ouvrier fordiste et l'ouvrier pré-fordiste. Types, contretypes et stéréotypes ouvriers des années 1970/1980,* París, INRA ESR.

TERSSAC, GILBERT DE; CORIAT, BENJAMIN (1984), «Micro-electronique et travail ouvrier dans les industries de process», *Sociologie du travail*, nº 4, octubre-diciembre, pp. 384-397.

TRIPIER, PIERRE (1985), *Sociologie du travail*, nº 2, abril-junio, p. 229.

VERRET, MICHEL (1982), *L'ouvrier français. Le travail ouvrier*, París, Armand Colin.

Capítulo 5

La mutación al servicio del sistema productivo*

Marcelle Stroobants

1. Naturaleza y alcance de la mutación

Si existe hoy una novedad en materia de organización del trabajo y de gestión de la producción, ésta reside menos en las maneras de hacer que en las maneras de ver y de concebir el «sistema» productivo en «mutación». La mutación pertenece, de hecho, al registro de la *representación*.

1.1. Perspectiva:

Toda representación tiende a reconstruir al mismo tiempo tanto un punto de vista particular como el objeto al que se aplica. En este sentido, una representación selecciona, necesariamente, unos problemas, y descarta otros.[1]

---

* Publicado originalmente como Stroobants, Marcelle (1994): «La mutation au service du système productif», en Dossier nº 15. Institut des Sciences du Travail, Bruselas.

1 ¿Es, sin embargo, una «mutación»? El término, utilizado habitualmente en biología para designar una transformación brusca y estable puede parecer excesivo. Sin embargo, la doctrina neo-darwinista de la evolución le otorga un significado finalmente restrictivo. En su versión ortodoxa, las únicas mutaciones que resisten a la selección son, en efecto, aquellas que «*refuerzan la orientación ya adoptada o, y sin duda menos corrientemente, la enriquecen con nuevas posibilidades*» [Monod, 1970: 136]. Es en este sentido en el que nuestra mutación está «al servicio del sistema productivo». Apropiada aclaración sobre las palabras porque sabemos lo que las fuentes de la economía liberal extrajeron de la teoría de la evolución.

Tesis que requiere inmediatamente de dos matizaciones:

1.Una mutación de las ideas no es insignificante porque puede orientar o justificar ciertas prácticas.

2.Plantear la relatividad de las mutaciones invocadas no implica una negación de todo cambio, sino que maneja la posibilidad de entrever otras transformaciones más significativas.

En tanto que representación **social**, un modelo no tiene que ser puesto a prueba desde el punto de vista de su validez, sino desde el de su oportunidad y su eficacia, es decir, por su capacidad para reproducir o transformar relaciones sociales.

En tanto que representación **científica**, el uso de ese modelo por los investigadores plantea, evidentemente, el problema de su pertinencia. Sobre este punto veremos que, desde los años 80, los debates han evolucionado poco y han conservado ciertos síntomas de amnesia.

Esta representación, que se presenta como un nuevo modelo adaptado a una nueva realidad, pone el acento sobre tendencias que se inscriben, de hecho, en la continuidad, en detrimento de otros cambios más singulares. Esta representación produce claros efectos de organización y puede constituir un medio para modificar relaciones en torno al trabajo. Se apoya sobre afinidades entre los actores que dominan la escena del trabajo y una fracción de los investigadores. Partiendo de esto, la organización del trabajo no parece ni más ni menos «científica» que antes, serían más bien las «ciencias» de referencia las que se habrían modernizado.

1.2. El contenido del modelo.

A pesar de la diversidad de los cambios observados sobre la escena del trabajo, las interpretaciones que se han forjado, en el curso de los años 80, han sido tan sistemáticas y repetitivas que se presentan a sí mismas como un paradigma o un modelo, según los gustos. Retomemos de entrada los principales ingredientes que constituyen el núcleo común:

- Un contexto económico incierto: la competencia no se juega ya sobre la cantidad, la producción en masa, sino sobre la calidad, de hecho, sobre

la capacidad de modificar rápidamente las características de los productos. El cambio, antes excepcional, ha adoptado hoy velocidad de crucero.

-Recursos técnicos: gracias a las nuevas tecnologías de la información, automatización y diversidad pueden ir de la mano. Después de una fase de automatización de sustitución, se impone la optimización de las instalaciones. Ahora, la economía de los tiempos apunta a las máquinas.

- Una organización del trabajo: la jerarquía y las normas tayloristas, el trabajo fragmentado de la cadena fordista, se han vuelto fórmulas sobrepasadas. El trabajo es más complejo, más abstracto y demanda mayor iniciativa. En lugar de desposeer a los trabajadores de sus saberes y de su poder, se trata hoy de apostar por los recursos humanos y su participación; el obrero especializado, simple ejecutor, es sustituido por el operador polivalente y autónomo; la descualificación es sustituida por la organización y la formación cualificantes. Todas las competencias son movilizadas para mejorar la gestión colectiva de la calidad total.

La articulación de estos ingredientes no basta para constituir una representación científica satisfactoria. De entrada, este modelo sufre de cuatro debilidades fundamentales:

1. Una concepción mecanicista de las relaciones entre los términos: la noción de «sistema productivo» se desmarca, en principio, de los esquemas deterministas para abrirse a las interacciones, a las coherencias entre los elementos, a todo aquello que, precisamente, «hace sistema». Pero el mismo vocablo de flexibilidad, aplicado a las imposiciones económicas, los recursos técnico-organizativos y las prácticas de gestión de la mano de obra, contribuye a hacer aparecer a estas diferentes dimensiones como igualmente necesarias de la novedad. Ahora bien, una cosa es deducir regularidades coherentes, y otra es inferir implicaciones sistemáticas en cuanto a las relaciones de poder, de saber y de valor reconocido de las competencias de la mano de obra.

2. Una aproximación reduccionista a los cambios sociales: estos serían los productos de una racionalidad única y soberana. En efecto, las mutaciones previstas, si no se han realizado todavía, parecen inevitables en esta perspectiva donde el actor principal, «la empresa», tiene total interés en adoptar medios flexibles a la medida de sus objetivos de flexibilidad.

3. Una simplificación de la historia: la mutación se construye por oposición a un arquetipo del pasado que es muy discutible. Lo antiguo y lo nuevo se definen mutuamente, por simple inversión. El futuro es tanto

más radical cuanto el pasado sirve de referente negativo. Pero ese pasado está muy empobrecido en relación con aquel que las contribuciones clásicas de la sociología del trabajo había, en otro tiempo, analizado y discutido.[2]

4. Una localización selectiva de las transformaciones del trabajo: centrado sobre la empresa, que apuesta por la gestión de sus recursos humanos, este modelo no parece ver el paro y el extraordinario derroche de competencias en el mercado de trabajo. Ahora bien, estos dos aspectos son indisociables: si los recursos humanos son movilizados más de lo que lo fueron con anterioridad, es porque son movilizables. De hecho, la población activa no ha estado nunca tan instruida ni ha sido tan demandante de empleo.

¿De qué manera puede este modelo actuar como una representación social al servicio del sistema productivo?

Para un buen número de investigadores, apostar por una superación del taylorismo significa, forzosamente, apostar por un escenario «optimista». Esta estimación, siendo discutible, conduce a una posición normativa. Las mutaciones se combinan con recomendaciones del tipo «habría que», «es urgente que», «es imperioso que». El modelo no es sólo necesario y probable, sino deseable. Puede contribuir, pues, a acomodar las demandas de los empleadores, presentadas como necesidades objetivas fundadas sobre la racionalidad técnica y organizativa.

Para dar consistencia a este razonamiento, abordaremos sucesivamente la evolución del debate «post/neo-fordismo», sus efectos retrospectivos y las apuestas implicadas en la apelación a las competencias.

2. La evolución del modelo nipón.

Se habrá reconocido en esta presentación esquemática los principales trazos del retrato del «postfordismo». El intercambio de argumentos a favor sea del post-, sea del neo-taylorismo-fordismo, en el curso de los años 80, no ha llevado consigo un verdadero debate.[3] Basta, sin embargo, con confrontarlos para

2 Podemos avanzar, sin desarrollarla aquí, la hipótesis de que las diferentes especialidades que se centran actualmente en las situaciones de trabajo, mediante las acciones de formación, de intervenciones ergonómicas y de modalidades de gestión, han sacrificado la elaboración teórica a favor de la yuxtaposición interdisciplinar.

ver atenuarse el alcance de la mutación considerada. Imposible, pues, de elaborar la problemática de este coloquio sin tomar acta de esta evolución.

2.1. La otra cara del modelo nipón.

Al final de una década de controversias, el modelo de la mutación, cuestionado por los argumentos escépticos y los contra ejemplos, ha conocido reformulaciones importantes.

Un primer ataque al modelo postfordista de la innovación apunta a la referencia japonesa. Muy pronto, la fascinación ejercida por las empresas del milagro nipón se ha visto temperada por las comparaciones internacionales. Los propios investigadores que habían resaltado las capacidades innovadoras del «ohnismo» han admitido, prudentemente, que no es directamente transferible a Occidente [Coriat 1993]. Sin sus condiciones paternalistas, nacionalistas, sin sus tradiciones culturales, susceptibles de desmantelar un sindicalismo de rama para convertirlo en un sindicato de empresa, ¿qué queda del modelo nipón? Un catálogo de recetas geniales, pero no radicalmente innovadoras, susceptibles de completar, o de reemplazar a, las tecnologías flexibles. El famoso principio de Kan-Ban encuentra, además, su inspiración en la fórmula del «supermercado» aplicada por una compañía norteamericana desde los años 50 [Coriat, 1991: 46]. Mientras perdían en originalidad, estas recetas parecían cada vez menos incompatibles con las del pasado.

Toda una serie de argumentos han contribuido así a reforzar la tesis de que el toyotismo no representa una mutación y que puede perfectamente inscribirse en la continuidad.

2.1.1. Desde el punto de vista de los objetivos: el toyotismo constituye una racionalización con vistas a aumentar la productividad del trabajo. El *just in time* no hace sino generalizar la caza de los tiempos muertos.

[3] A pesar de su incomodidad, la expresión «taylorismo-fordismo» merece ser conservada, puesto que permite la posibilidad de distinguir, en la historia del trabajo y de sus interpretaciones, las aportaciones respectivas de Taylor y Ford.

2.1.2 Desde el punto de vista de los medios: no solamente el toyotismo es compatible con los principios tayloristas y fordistas, sino que combina, generaliza y extiende sus métodos:

2.1.2.1. Concepción y ejecución: con la «calidad total» y las variantes del Kaizen, la oficina de métodos ya no tiene, es cierto, la exclusividad en la preparación del trabajo. La concepción del *one best way* se convierte en un proceso continuo y colectivo. De hecho, la mano de obra japonesa colabora en la intensificación de su propio trabajo [Wood, 1993]. Los hay que ven en esto una «intelectualización» del trabajo, otros una carga mental acrecentada. El resultado de esta actividad se traduce también en consignas, en procedimientos y en normas a respetar o ejecutar. Redistribuidas, las funciones de ejecución y de concepción no están por ello confundidas, se mantienen como criterios separados cuando se trata de establecer diferentes responsabilidades llamadas a justificar diferencias de salarios.

2.1.2.2. Tiempos asignados/incorporados: el encadenamiento de Kan-Ban no es sino una extensión de la cadena fordista [Cohendet, P., Hollard, M., Malsh, T., Veltz, P., 1988]. Todas las técnicas de SMED (cambio rápido del utillaje) se dirigen a convertir tiempo improductivo en tiempo productivo. La estandarización de los procedimientos sigue siendo un medio esencial para aumentar la productividad del trabajo. Las normas y las prescripciones del tiempo son menos visibles porque son, en parte, incorporadas en los programas, se trata de un «taylorismo informatizado» [Thénard, 1992]

2.1.2.3. División vertical: El auto-control y la participación de los trabajadores no son incompatibles con una jerarquía taylorista, un control de la «maestría», de las prescripciones y de las normas muy estrictas. Las decisiones estratégicas escapan completamente a los operadores, e incluso a los cuadros técnicos. Los equipos, lejos de ser autónomos e incluso semiautónomos, están estrechamente ligados por los contramaestres. El mérito individual, evaluado por el superior, y la lealtad a la empresa, condicionan la progresión profesional [Wood, Duran, 1993].

2.1.2.4. División horizontal: la polifuncionalidad no es más que una forma de ampliación de las tareas que no pone en cuestión la división del trabajo. La polivalencia no ha suprimido las tareas rutinarias y repetitivas (ver, por ejemplo, Lojkine, 1991).

2.1.3. Desde el punto de vista de la organización de la producción: la flexibilidad de las líneas de producción japonesas se revela igualmente relativa. Todos los

productos por los que Japón se ha impuesto en el comercio mundial son, en efecto, clásicos bienes de gran consumo, fabricados en masa (automóviles, aparatos de fotos, radios, televisiones, etc.). La reducción de los costes parece primar sobre la reducción del tamaño de las series y sobre la diversificación de la producción [Wood, 1993]. Aún estando los contratos comerciales tan integrados como para orientar la investigación, el desarrollo y la gestión, sigue siendo, en cualquier caso, la oferta la que gobierna masivamente la demanda, hasta el punto de que los plazos de demora pueden repercutir sobre ella (como en el caso del coche vendido antes de ser fabricado).

En resumen, el toyotismo ha revelado, finalmente, sus aspectos hiper-tayloristas y neo-fordistas. La novedad reside, sobre todo, en la combinación e intensificación de antiguas fórmulas, incluidas fórmulas «prefordistas», como los acuerdos de subcontratación.

2.2. El toyotismo ya no es lo que era.

Mientras que los elementos más exportables del niponismo son resituados en la continuidad de las antiguas fórmulas de organización del trabajo, sus caracteres específicos parecen estar hoy mitigados.

Se confirma, de entrada, que la participación de los trabajadores japoneses es relativa, selectiva y controlada por la dirección [Freyssenet, 1993]. De hecho, las reformas sobre la productividad, el tiempo y la eficiencia emanan de los contramaestres. Las intervenciones dejadas bajo control de los operadores atañen más bien a las condiciones de trabajo, a la seguridad y a las competencias.

Se pudo hablar, igualmente, de intelectualización del trabajo, viendo a los cuellos azules japoneses blanquearse como funcionarios [Coriat, 1993]. Hoy, la estabilidad en el empleo de unos parece indisociable de su implicación forzada, así como de la precarización de otros en circuitos de subcontratación cuasifeudal. El «empleo de por vida vida» se pone de manifiesto como un contrato indefinido que toca a un tercio de la mano de obra [Jacot, 1992, Durand, 1993]. Se entrevén mejor, gracias a los trabajos de investigadores japoneses, las consecuencias particularmente pesadas para el asalariado, a corto y largo plazo, de un despido. Por otra parte, la progresión profesional, estrictamente planificada, depende del juicio de la jerarquía sobre el comportamiento [Aoki, citado por Zarifian, 1993: 19-20]. El trabajador japonés no está simplemente implicado por «cultura», sino por necesidad.

Se asistiría hoy a una serie de reformas del toyotismo que, por una parte, humanizarían sus aspectos tayloristas y, por otra parte, atenuarían sus potencialidades flexibles. Varios principios ohnistas son así puestos en cuestión, como el «zero stock», el auto-control en ciertas fábricas y la diversificación de productos. Por otra parte, el fuerte *turn-over* de los jóvenes obreros ha incitado a las direcciones a humanizar su trabajo, duro e intenso. En el momento en que Volvo cierra sus fábricas de Kalmar y Uddevalla, Toyota busca su inspiración en las técnicas suecas (ergonomía, módulos, formación polivalente). Una nueva cultura de empresa, más centrada sobre valores individuales, está en vías de experimentación. Esta política de relaciones humanas parece ir de la mano de una modificación del sistema de remuneración japonés. El esfuerzo individual, incorporado al cálculo de la antigüedad habría, en efecto, perdido su influencia desde los años 80, porque *«la motivación material no es suficiente para formar la colectividad sólida de trabajo»* [Shimizu, 1993: 45] y porque una estricta aplicación de la incitación individual habría engendrado *«disparidades demasiado fuertes»* [Freyssenet, 1993: 21]. La reciente transformación del sistema de salarios en Toyota llevaría a reducir la parte del salario proporcional a la productividad en beneficio de las partes correspondientes a la cualificación y a la edad [Shimizu, 1993: 56, 149].

De la misma manera que se ha podido hablar de una «japonización del fordismo» [Wood, 1993], ¿podemos constatar los signos de una «desjaponización» del toyotismo? Con tales mestizajes, las mutaciones se vuelven, en todo caso, cada vez más mitigadas.

2.3. El modelo flexible.

Si bien omnipresente, aunque sólo sea de manera alusiva, el modelo nipón no es la única vía abierta a favor del postfordismo. En ausencia del referente japonés, son propuestas orientaciones flexibles que insisten sobre las imposiciones económicas de la innovación y los recursos que representa la automatización asistida por las nuevas tecnologías (Ver, por ejemplo, *Sociologie du Travail*, 1: 1993; Terssac, 1993; Zarifian, 1990, 1993). Sin embargo, se pueden constatar importantes convergencias entre el toyotismo revisado y corregido y ciertas variantes de la organización flexible: un objetivo común de fluidez de la producción, modos de gestión de los recursos humanos análogos (como la recomposición de tareas y la participación de la mano de obra), pero también y sobre todo, una manera de definirse por oposición al pasado. De forma que, ciertas refutaciones de la novedad se aplican tanto a estos modelos socio-productivos como a las experiencias japonesas.

De manera característica, estos argumentos postfordistas señalan también un cambio de tono, una mayor prudencia en relación a las posiciones tomadas en los 80. Se toman la molestia de distinguir «sistema productivo»—en mutación— de «modo de producción» —siempre capitalista— [Jacot, 1992]. Se admite, de forma sensible en los discursos, que el modelo no es más que un modelo, compatible con las supervivencias del antiguo sistema. Las «rupturas» dan lugar a «líneas de fractura», localizadas principalmente en los conceptos (tales como el de «operación» en el sentido de Taylor). La realidad no está más que esbozada bajo la forma de un «paisaje» incierto, lleno de «bloqueos, tensiones y ambigüedades» [Veltz, 1993]. De la mutación, pasamos a las transiciones progresivas y continuas, aquellas que se afirman «cada vez más», y de las cuales se podían, finalmente, entrever los signos hace una treintena de años [Veltz y Zarifian, 1993].

Sin embargo, a pesar de la diversidad y la heterogeneidad de las innovaciones, las excepciones, una vez declaradas «prisioneras de esquematismos regresivos» parecen confirmar la hegemonía del nuevo modelo [Veltz y Zarifian, 1993].

Más allá de los discursos, la confrontación de las tentativas de innovación y los resultados muestra la coexistencia de una amplia gama de prácticas que tanto rompen, tanto reproducen o incluso endurecen, las tendencias tayloristas [Linhart, 1993]. ¿El múltiple resurgir del antiguo modelo es simplemente el efecto de la lentitud propia a Francia, de «reticencias a un cambio» aparentemente irresistible? [Linhart, 1993].

Es interesante constatar que el polo innovador está aquí representado por las industrias de *proceso,* dicho de otra manera, por las industrias en las que la producción se desarrolló «automáticamente», en continuidad. Son estas industrias las que aplican efectivamente los principios del nuevo modelo [Linhart, 1993; Terssac, 1992]. Son ellas las que le confieren una parte de realidad, pero que le quitan, al mismo tiempo, su novedad.

Así pues, el futuro de la organización del trabajo está encarnado por un sistema productivo de una débil proporción de mano de obra, que no ha tenido nunca necesidad de la cadena para automatizarse, que no ha debido prescribir la fluidez porque estaba incorporada en el proceso de transformación, en la reacción físico-química, las hornadas o las corrientes continuas. Se trata, en el caso de la petroquímica, de una industria que ha experimentado precozmente la flexibilidad funcional por la polivalencia interna y la flexibilidad numérica a través de la subcontratación.

Parece que todo ocurre como si cada época se caracterizase por un arquetipo sectorial: la cadena del automóvil para el pasado, el flujo petroquímico para el futuro. Pero este flujo ejemplar no ha esperado las imposiciones económicas

actuales ni los recursos de las nuevas tecnologías para retomar la marcha. La investigación industrial se ha aplicado, desde el siglo pasado, a volver continuas las reacciones químicas con vistas a realizar el ideal de la fluidez [Vatin, 1987].

He aquí de nuevo las dos últimas etapas de la evolución del trabajo que propuso Touraine en los años 50: la fase B, la de la producción en serie y del trabajo fragmentado, y la fase C, la del sistema técnico y la automatización. Podemos discutir la coherencia que esta tipología presuponía entre la organización del trabajo y las cualificaciones. Pero esta aproximación tenía al menos el mérito de la prudencia. Touraine se evitaba, en efecto, transformar sus categorías de análisis en una descripción, en un esquema histórico simple e ineludible. El interés de su aproximación era el de mostrar la lentitud y el entrecruzamiento de las transiciones hacia una producción automatizada.

El modelo postfordista pierde así mucho de su novedad, tanto como la memoria de esta contribución, y de otras elaboraciones teóricas que le conciernen y que están, sin embargo, representadas en el clásico *Tratado de Sociología del Trabajo* de Friedmann y Naville. Este modelo no se tiene en pie, finalmente, más que a partir de eliminar una visión muy simplificada del pasado.

3. El pasado recompuesto.

Una consecuencia de no poco interés del debate post/neo taylorismo-fordismo ha sido la de incitar a sus protagonistas a precisar sus definiciones, a reconsiderar el «pasado» y el destino que se le había anunciado retrospectivamente. Es gracias a una reducción del taylorismo-fordismo a un arquetipo fosilizado por lo que el nuevo modelo en germen consiguió imponerse. Y esta crítica apunta tanto a las definiciones restrictivas del fordismo, en tanto que organización del trabajo en cadena, como a las definiciones extensivas de la relación salarial fordista, como «tipo» uniforme y generalizado [Wood, 1993].

El nuevo modelo se ha construido, casi exclusivamente, sobre la negación. Se define, de entrada, por aquello que no es y postula, seguidamente, que lo que no es, es supuesto ser aquello que existía con anterioridad. El razonamiento pierde toda su consistencia desde el momento en el que es confrontado a un pasado que se complica y reencuentra su diversidad y sus contradicciones. A riesgo de recordar evidencias, retomemos los argumentos que son regresivamente llamados a rectificar el retrato de las antiguas organizaciones del trabajo.

-La división del trabajo no constituye una condición suficiente para caracterizar el taylorismo o el fordismo. Evidentemente, Taylor y Ford no la han inventando. Al contrario, la cooperación no constituye una condición necesaria para desestabilizar la división del trabajo, sino que representa una de sus modalidades. «Cuanto más se divide, mayor es la necesidad de cooperar» [Jacot, 1992]

-Todo el mundo parece estar de acuerdo en que hay que superar una definición nominalista del taylorismo o del fordismo, exclusivamente fundada sobre aquello que Taylor y Ford habrían «dicho verdaderamente». Ciertos defensores del postfordismo están dispuestos a ir más lejos de los principios y tener en cuenta su aplicación. Veltz y Zarifian, por ejemplo, admiten que la distancia, tan a menudo mencionada, entre trabajo real y trabajo prescrito no basta para destronar a las prescripciones. Saben bien que esta distancia «es parte» del taylorismo [Veltz y Zarifian, 1993]. Pero entonces, si esta organización taylorista no ha podido funcionar nunca sin cooperación, ¿por qué sería incompatible con las formas actuales de comunicación?

Los sociólogos del trabajo, en efecto, no han dejado de verificar, desde Friedmann, que el taylorismo, en los hechos, nunca aplicó estrictamente sus propios principios. La doctrina taylorista no se basta a sí misma, no representa un «modelo de eficiencia» [Segrestin, 1993]. Sus aplicaciones sólo han podido conseguir eficacia mezclando prácticas que, lejos de ser marginales, le compensaban sistemáticamente y le volvían operacional. Y esas prácticas corrientes afectan, con gran exactitud, a propiedades del sistema productivo que hoy parecen tan radicalmente innovadoras: «*aquellas que ponen en juego las capacidades cognitivas de los operadores: grado de autonomía, interacciones, aprendizajes, están lejos de ser nulos en el régimen taylorista*» [Segrestin, 1993: 55].

-La flexibilidad del trabajo constituye así un principio esencial del taylorismo. La normalización de las tareas reduce, evidentemente, los tiempos de formación. Las empresas tayloristas disponen de un «*alto nivel de flexibilidad externa o numérica que les permite contratar y despedir fácilmente*» [Wood, 1993: 108]. De hecho, si Taylor pudo romper con el monopolio de transmisión de saberes-hacer de los sindicatos de oficio, abrió, al mismo tiempo, el mercado de trabajo a una mano de obra que estaba excluida.

-El taylorismo no está muerto en 1994, ha sido enterrado en tres ocasiones, para metamorfosearse, cada vez, con una vitalidad renovada.

En primer lugar, cuando en 1913 Ford incorpora el cronómetro en la cadena y economiza así una parte de las consignas y de las funciones de producción.

Después, cuando en los años 20, Elton Mayo y sus colaboradores localizan manifestaciones de autonomía y de organización inesperadas por parte de los ejecutantes. Sus experiencias firman oficialmente el acta de nacimiento de la sociología industrial, pero inauguran también la Escuela de Relaciones Humanas. Todas las prácticas de gestión de los recursos humanos persiguen este tratamiento de las interacciones informales, son prácticas que completan y modernizan el arsenal taylorista con vistas a acrecentar la productividad. ¿Lo habíamos olvidado?

Por último, a principios de los 70, bajo la filiación de las corrientes socio-técnicas, nuevas experiencias de recomposición de tareas vienen a modular el encadenamiento de las operaciones. En esa época, los investigadores se muestran mucho más escépticos en cuanto al alcance de la polivalencia y de la autonomía de lo que lo son hoy.

-La racionalización del trabajo es un proceso siempre inacabado. Las viejas dificultades del fordismo, el equilibrio de las cadenas, la vagancia obrera, etc. no están nunca «resueltas de una vez por todas». Si no se pueden eliminar, se pueden tratar de otra manera, sea por la vía organizativa, sea instalándolas en las máquinas [Wood, 1993 : 111].

-Mientras que las antiguas organizaciones del trabajo reencuentran su complejidad, la producción en masa se revela, retrospectivamente, menos general y menos rígida de lo que se había previsto. Además, las propiedades de la relación salarial «fordista» ganan, ellas también, en heterogeneidad [Wood, 1993: 114-117].

-Por último, las figuras características del obrero parecen desmoronarse paso a paso. El redescubrimiento de las competencias en los años 80 es paralelo al movimiento de «descualificación» que se creyó poder identificar en el decenio anterior. El retrato actual del trabajador como operador experto sólo vale como contraste con la caricatura del obrero especializado, considerado como desposeído de su saber-hacer por la máquina de guerra taylorista [Stroobants, 1993[a]]. Mejor aún, ¡esta misma caricatura parece haber servido de marco para, retrospectivamente, dibujar un retrato unificado del obrero pre-taylorista! [Saunier, 1993].

4. De la organización del trabajo a la movilización de competencias.

Al término de este recorrido, no sorprenderán las matizaciones aportadas hoy al modelo postfordista. ¿Qué queda hoy de esta representación de los cambios?

Las redes de información se han multiplicado de forma manifiesta en las empresas, pero el circuito ascendente de informaciones no ha suplantado las consignas descendentes. La descentralización de las funciones de mantenimiento y de control, la exigencia de la fluidez, la gestión en «flujos continuos», se dejan a menudo interpretar como un crecimiento de la complejidad y de la comunicación. Dado que los niveles de la complejidad y la comunicación son difíciles de medir, no podemos sino interrogarnos acerca de lo que rodea a esta percepción corriente. Las tensiones de los flujos, en la medida en que pretenden prevenir y no «curar» las disfunciones de la cadena, stocks, desechos, plazos, transforman también las condiciones de la «comunicación». Estos problemas, que tradicionalmente podían encontrar una solución empírica vía circuitos «informales», se convierten ahora en actividades específicas para anticipar, mejorar, preparar, concebir. No son solucionados mejor que antes, pero son más visibles en la medida en que resisten a la automatización, y por tanto a la formalización.

Finalmente, una impresionante constatación de diversidad confirma las contradicciones entre la organización del trabajo y las imposiciones en materia de innovación (ver, por ejemplo, OCDE, 1992). Sin embargo, a pesar, o por el hecho de, esta diversidad, y más allá de una controversia sobre las continuidades o rupturas, persiste un argumento importante y recurrente, que concierne precisamente a la relación considerada en el subtítulo de este coloquio: la relación entre las eventuales mutaciones del sistema productivo y las competencias.

Este argumento consiste en decir que las competencias de los trabajadores ya no son imposiciones a ahorrar o formalizar, sino «recursos humanos» a gestionar. La participación, autonomía y responsabilidad de los asalariados representan medios para innovar. Serían precisamente la complejidad de las tecnologías y de las organizaciones, y las imposiciones de la innovación, lo que estaría justificando un llamamiento a las cualidades de la mano de obra. Una vez más, la novedad no se afirma más que por oposición a una visión muy particular y muy discutible del pasado, aquella que asimila el taylorismo a un mecanismo de destrucción de saber-hacer. Además, este razonamiento se apoya en una representación selectiva de las políticas de empleo actuales y

sobre una interpretación bien discutible de los elementos seleccionados. No basta, en efecto, con «movilizar» conocimientos y actitudes para valorizarlos en términos de cualificación. Se dan, por tanto, dos encadenamientos que merecen ser discutidos de nuevo: el primero, entre las orientaciones técnicas y el contenido del trabajo; el segundo, entre las competencias utilizadas y las cualificaciones reconocidas a los asalariados.

4.1. Cuando la técnica condiciona la posibilidad de separarse de ella.

La paradoja de las técnicas de la automatización —rígidas o flexibles— estriba en que determinan sin determinismo, es decir, que condicionan un modo de empleo, la polivalencia, pero no su contenido, la cantidad y calidad de las competencias.

Automatizar una operación es, evidentemente, hacer que funcione «espontáneamente» tomada a cargo por un dispositivo «natural» (una reacción química, por ejemplo) o «técnico» (máquinas u organización). Esta sustitución tiene consecuencias importantes sobre el tiempo disponible. El molinero puede dormir a duerme vela mientras su molino gira, al mismo tiempo que vigila su velocidad. Bajo una perspectiva de racionalización del trabajo, podrá ser asignado a otras tareas, tales como el mantenimiento, el control o el reglaje de los dispositivos automáticos.

Desde los años 60, Naville entrevió el alcance de la automatización, la importancia de la disyunción ente el tiempo de funcionamiento de las máquinas y el tiempo de trabajo humano. Desconectados de una operación productiva, los trabajadores, más móviles, pueden ser redistribuidos en un circuito de polivalencia. Ahora bien, esta disyunción no hace sino continuar, recordémoslo, las tendencias de la mecanización descritas por Marx un siglo antes, a propósito del paso de la manufactura a la fábrica. La especialización de las máquinas permitía, en efecto, economizar una división del trabajo fundada sobre la especialización individual. El principio de la fábrica era ya el de la continuidad ininterrumpida de las operaciones y, como corolario, una intercambiabilidad creciente de la mano de obra.[4]

4 Esta tendencia de la automatización no hace, por otra parte, más que acentuar lo que caracteriza, por definición, al asalariado: su movilidad.

Es, por tanto, un largo proceso que ve profundizarse la separación entre las operaciones realizadas automáticamente y las intervenciones individuales. Este movimiento, por el que la producción se autonomiza, señala en efecto la fragmentación de los puestos *en tanto que fases de una transformación* técnica. Sin embargo, los puestos de trabajo no se han volatilizado y no ha desaparecido tampoco la especialización de las funciones en las industrias de procesos. Más móviles y polivalentes, los asalariados no son completamente intercambiables. Siguen siendo remunerados según la o las funciones que realizan. ¿Por qué sería de otra forma a partir de ahora?

Esta disyunción presenta la particularidad de condicionar las formas de reparto de las tareas que se emancipan potencialmente de la naturaleza de las transformaciones técnicas. Un mismo conjunto de máquinas puede ser conducido de diferentes maneras; e inversamente, diferentes tipos de máquinas pueden ser acomodadas a una organización análoga. Esta constatación tantas veces repetida tiene consecuencias cuyo alcance no parece siempre evidente. La polivalencia es un corolario de la automatización, pero su contenido no está determinado. Ni la naturaleza de las tareas, ni la manera en que son utilizadas las capacidades de la mano de obra son dictadas por las exigencias objetivas de la técnica. Dicho de otra manera, la definición de las competencias requeridas sigue siendo relativa y estratégica. Ningún análisis del trabajo está en condiciones de proporcionar criterios absolutos para fundamentar científicamente las descripciones de las funciones ni, *a fortiori*, una gestión previsoria de los empleos.

Muchos son los autores que han saludado la clarividencia de los antiguos análisis de Naville [Thénard, 1992; Veltz, 1992; Terssac, 1993; Zarifian, 1993]. Muchos son aquellos que continúan, sin embargo, atribuyendo un sentido particular a esta polivalencia, traduciendo los efectos de la movilidad en términos de autonomía, de cooperación o de comunicación acrecentadas. Sobre este punto, los gestores de recursos humanos son a veces más reservados, admiten que la polifuncionalidad permite, por ejemplo, limitar la comunicación. Así, la fusión de las tareas mecánicas y electrónicas en el perfil del «mecanoeléctrico» permite simplemente suprimir la necesidad de comunicarse entre el personal de fabricación y el de mantenimiento [Stroobants, 1993[a]: 212].

La automatización produce, ciertamente, una «abstracción del trabajo», en el sentido de que aquel que manipula materia, herramientas o máquinas, se encuentra desconectado, separado, del objeto trabajado a través del dispositivo que toma a su cargo esa operación. Pero este proceso de abstracción no implica que su nueva función sea más abstracta en el otro sentido del término, en el sentido de una actividad más conceptual (tal y como lo entiende, entre otros, Zarifian, 1993).

Las diferentes maneras de automatizar la producción orientan la organización del trabajo dejando, sin embargo, un gran margen de maniobra en la manera de repartir las tareas, de definir su contenido y de asignar categorías de mano de obra a los diferentes empleos. Por retomar el ejemplo del mecanoeléctrico, con esta misma fórmula y con principios técnicos análogos, se apostará aquí por una formación de base electrónica, allí por una base de experiencia mecánica. «Aquí» y «allí» pueden representar tradiciones nacionales diferentes, como aquellas de Francia y Alemania. Pero las dos ramas de esta alternativa pueden ser testadas en una misma firma o dar lugar a una sucesión de variantes en el seno de un mismo taller. Y esta opción tampoco impone el contenido de las operaciones o la manera de repartirlas. En un mismo taller, se han visto sucederse tres tipos de organización del trabajo en seis años, jugando a la vez sobre la recombinación vertical u horizontal de las tareas y sobre el reparto de las funciones entre la oficina de métodos y la fabricación. Asignado a una sola o a varias máquinas-herramienta, el operador puede ser tanto un «aprietabotón» como un regulador, presentando de forma manifiesta competencias de «geometría variable» [Stroobants, 1993[a]]

Los estudios de caso de los años 80 han contribuido a confirmar el carácter muy experimental y aproximativo de las estrategias de modernización de las empresas. Frente a una misma gama de lógicas antagonistas —imposiciones económicas, recursos tecnológicos y sociales, por no mencionar más que aquellos elementos que componen aparentemente la coherencia de un sistema productivo, a todas luces flexible—, diferentes compromisos son posibles. Se trata de apostar sobre una máquina, sobre una organización, de jugar la baza de una categoría de mano de obra o de un mercado local de trabajo, de imitar a la competencia, siempre permaneciendo sensible, en el caso de fracasar, a las reacciones potenciales del interlocutor sindical. Estas opciones están alimentadas por representaciones. Razón por la cual un modelo construido por todas estas piezas tiene futuro. El *one best way* que, entre otros, resulta, en un momento particular, de estos compromisos, tiene efectos sobre episodios ulteriores, pero no está completamente acabado ni completamente determinado por los ingredientes iniciales del sistema.

Sensible a estos procesos locales y a las múltiples interacciones dadas entre los actores, la sociología del trabajo ha renovado su intención de acabar con los esquemas deterministas. El recurso a los arquetipos frena, sin embargo, esta intención si toda cascada de cambios sociales acaba siendo supuesta del desarrollo de la racionalidad del modelo. De hecho, no vemos por qué ni cómo sería más racional, hoy que ayer, explotar todos los recursos humanos.

4.2. Competencias y cualificación.

Si el contenido y la importancia de las competencias no están determinadas por exigencias objetivas, *a fortiori*, el valor reconocido a esas competencias es eminentemente relativo. «Hacer hacer más al menor precio», tal es el criterio de la cualificación del organizador del trabajo, explícita en una industria mecánica, y este criterio es el corolario exacto de aquel que utiliza el actor sindical para negociar la cualificación: «ganar más que antes» [Stroobants, 1993[a]].

La noción de competencia ha conocido un sonoro éxito, desde hace una década, en investigadores y medios de trabajo y de formación. Esta noción ha sido utilizada como sinónimo y como criterio de cualificación o, también, como rival de la cualificación, apta para aprehender la «verdadera» cualidad, por oposición a una etiqueta convencional. De golpe, la cuestión del valor reconocido a tal o cual competencia ha podido pasar a un segundo plano, o ser automáticamente resuelto en nombre de una formación o de una organización declaradas «cualificantes».

Más allá de las dificultades teóricas, disimuladas por el desplazamiento de un término a otro, hay que reconocer que la dinámica de las cualificaciones se presta mal a evaluaciones empíricas.

Un simple examen de los empleos no da cuenta de los movimientos de exteriorización de la mano de obra. La forma más original de automatización flexible no es la menos corriente ni la más moderna. En efecto, la subcontratación, por poco que respete el ritmo de los flujos, es también una forma de «hacer hacer automáticamente», tanto como el trabajo a destajo. Sabemos que la «empresa solar» forma parte de las innovaciones contempladas en los modelos postfordistas. Merece tal calificativo porque una constelación de pequeñas subcontratas gravita a su alrededor, alineándose sobre su cadencia y sus normas de calidad. Si nos dejamos cegar por el centro, no veremos más que el mercado interno donde parecen desplegarse las competencias. Pero este centro no funciona sin su periferia precarizada.

El dualismo del mercado de trabajo, constatado en un momento determinado, parece justificar la exclusión de unos por la movilización de otros. Las formas de empleo precarias sólo aparecen entonces como la otra cara, deplorable pero inevitable, de la moneda. Ahora bien, estas tensiones forman parte del modelo e, incluso, lo condicionan. Permiten acrecentar la presión selectiva sobre las capacidades de los asalariados. La toma en consideración de las formas «atípicas» de empleo (tiempo parcial, temporal, subcontratación) testimonian la

imposibilidad de concluir con un resultado positivo. La flexibilidad funcional, conferida por la polivalencia del núcleo interno de la mano de obra, no se traduce necesariamente en las cualificaciones de ésta. Los dirigentes británicos, por ejemplo, parecen más preocupados por reducir los plazos que por valorizar las responsabilidades o los conocimientos del personal. Es más bien la flexibilidad numérica, practicada sobre todo por el recurso al tiempo parcial y al trabajo temporal, lo que parece orientar las estrategias de estas empresas [Ramsay, Pollert y Rainbird, 1992]. Así pues, la precarización del empleo no está reservada al mercado externo; no es simplemente el reverso de la movilización de las competencias, forma parte de ella.

El ejemplo de Francia no basta, tampoco, para confirmar la hipótesis de un escenario optimista. Podríamos haber supuesto que la revelación de las competencias insospechadas pesase a favor de las capacidades adquiridas por los trabajadores. Ahora bien, los usos múltiples de la noción de competencia no parecen orientarse en este sentido. De entrada, las competencias observadas en el trabajo son retraducibles por los centros de investigación públicos en perfiles de funciones, en capacidades requeridas, así como en directivas con vistas a una formación «más adecuada». Por otra parte, las reformas educativas y las medidas legales destinadas a validar las experiencias —por ejemplo, esos «balances de competencia» inspirados en las prácticas americanas de los «portfolios»— no están desprovistas de efectos potencialmente perversos [Ropé y Tanguy, 1993]. En cuanto a las aplicaciones de la legislación sobre la formación en la empresa, su alcance cualificante, finalmente puesto a prueba, se revela a menudo limitado, específico de la empresa [Feutrie y Verdier, 1993].

En fin, queda por preguntarse sobre el fundamento y el alcance de los acuerdos que se alinean bajo la «lógica de las competencias». ¿Es la «lógica de la cualificación» lo que se desestabiliza, o su dimensión colectiva?

4.3. Job evaluation.

El carácter emblemático de los recientes acuerdos de clasificación puestos en marcha en ciertas industrias francesas merece una atención particular. ¿De qué son emblema? ¿De una «lógica de las competencias» que constituiría una «alternativa al taylorismo en el campo de las relaciones sociales» [Zarifian, 1993]? ¿O de una individualización de la relación salarial?

A primera vista, el ejemplo de la siderurgia aporta una prueba de la mutación siguiendo el modelo de la empresa postfordista. El acuerdo Cap 2000, fue firmado en octubre de 1990 por las empresas siderúrgicas y mineras, y las

organizaciones sindicales (salvo la más representativa, la CGT). Concierne a todos los asalariados a excepción de los cuadros. Se presenta como una manera de validar y promover, a través de una «formación cualificante» y una «organización valorizante», las capacidades adquiridas por los trabajadores. Pretende romper con la referencia taylorista del puesto de trabajo.

Ahora bien, una aproximación sectorial revela que la innovación no se sitúa ahí. De hecho, esta reforma de los principios de clasificación es susceptible de modificar la organización del trabajo, pero no está fundada en ella. Cap 2000 no encuentra su origen en una «crisis» técnica del concepto de tarea, sino en la crisis de la siderurgia y la limpieza de efectivos realizada entre 1977 y 1990. La salida masiva de trabajadores mayores trajo consigo, en efecto, un desequilibrio demográfico que bloqueaba las posibilidades de promoción [Gavini, 1993]. En ausencia de salidas naturales, una mayoría del personal, entre los 30 y los 50 años de edad, se encontró sin perspectivas de progresión profesional. Se intentó así buscar una redefinición de las modalidades de carrera independientemente de los puestos disponibles o, más bien, una redefinición de los puestos disponibles independientemente de los puestos tradicionales tal y como estaban previstos por las líneas de clasificación de la metalurgia.

Para llegar a esta situación, conviene determinar, por una parte, las nuevas características de los empleos y, por otra parte, las características de la mano de obra para, después, poner en relación ambas dimensiones. Este problema no es nuevo. Es, incluso, aquel que interviene en la construcción de la cualificación. Así es, de hecho, la paradoja de toda oferta de empleo: ¿a través de qué milagro las demandas de la industria deberían coincidir con los recursos de la oferta de trabajo? Nada prueba que las acciones de formación y las transformaciones de la organización contribuyan a cubrir la distancia entre las dos.

El instrumento elaborado en *Usinor-Sacilor* es más innovador en cuanto a sus intenciones que en cuanto al plan y los métodos. Dicho instrumento descansa sobre las técnicas de análisis, descripción y apreciación de las funciones, que no se separan del análisis clásico de la *job evaluation*. Esta tentativa encuentra grandes dificultades de cara a elaborar normas de competencias amplias e independientes de las referencias anteriores, de las tradiciones profesionales y los saberes escolares. Los perfiles de empleo o de familias de oficios remiten finalmente a una lista de capacidades que reenvía a... una lista de tareas. Una vez esta descripción ha sido realizada, se trata de clasificar las funciones recompuestas según su «complejidad». Para ponderarlas, siguen siendo usados los coeficientes de la antigua clasificación de la metalurgia. Dicho de otra manera, la división vertical que condiciona la jerarquía salarial sigue estando

activa. Una vez las capacidades requeridas son redefinidas, faltaría apreciar las capacidades adquiridas por los trabajadores para, después, poner en relación unas con otras. El problema sigue siendo el de definir un referente para su *interface*. Esas dos operaciones son realizadas mediante una entrevista personal entre el asalariado y su superior.

El aspecto más innovador del acuerdo de la siderurgia es ciertamente la limitación del control colectivo de las modalidades de la cualificación. La tecnicidad de los análisis de empleo contrasta con el carácter muy informal de los métodos que condicionan la clasificación del trabajador. La contratación y la carrera del asalariado depende desde ahora de una entrevista personalizada que no permite la defensa colectiva de los intereses de los trabajadores. La promoción de una nueva organización del trabajo, que debía en principio constituir un eje prioritario de esta reforma, finalmente no ha dado lugar más que a aplicaciones limitadas y desigualmente «cualificantes». Ciertas funciones investidas por la polivalencia aumentan la responsabilidad sin contrapartida financiera; otras se mantienen muy «taylorizadas» [Gavini, 1993: 61-63].

Así pues, en nombre de una cualificación colectiva, en nombre de exigencias de cooperación, justificadas por argumentos técnicos y económicos, se afirma una gestión individualizada de los recursos humanos. El modelo de la mutación puede así contribuir a movilizar a los asalariados sobre una causa común —la de una empresa (en competencia)— que, de hecho, los divide.

5. Conclusión.

Como toda actividad, el trabajo solicita, genera y transforma capacidades; es fuente de formaciones y deformaciones profesionales. Más que cualquier otra actividad, vuelve visibles ciertas competencias y oculta otras. Los «saberes-hacer» y «saberes-estar», ¿son más importantes que antes o más importantes de lo previsto? Hay que haber encontrado los límites de los autómatas para ver surgir todo eso que resiste a la automatización y descubrir competencias insospechadas. Cada uno de esos descubrimientos, aplicado al pasado, deja entrever «desplazamientos de creatividad» que antes se utilizaban sin decirlo o sin saberlo. Si la organización «científica» del trabajo ha evolucionado, lo ha hecho, también, porque la «ciencia» de referencia se esfuerza en cambiar. El vocabulario de las ciencias cognitivas que comparten ergónomos, formadores, consultores y gestionarios del personal enriquecen así la gama de las competencias visibles. Pero esa línea de análisis tan sólo proporciona otros medios objetivos

para clasificar y evaluar las competencias. Las más complejas, es decir, aquellas que se resisten a la formalización, no son, por otra parte, las más inusuales. Son incluso las menos «cualificables» en el sentido en que la cualificación no agota la totalidad de las competencias. El mercado de trabajo selecciona las capacidades poco ordinarias, aquellas que permiten no tanto diferenciar entre hombres y máquinas, sino «hacer la diferencia» entre categorías de asalariados.

La cuestión principal de la lógica de las competencias depende así de la posibilidad para todos los actores sociales de participar en la redefinición de lo que una sociedad, en un momento determinado, estima «cualificable» y, por tanto, en ponerse de acuerdo sobre criterios de evaluación que van más allá del marco de los límites de una empresa.

Bibliografía:

COHENDET, P., HOLLARD, M., MALSH, T., VELTZ, P. (Eds) (1988), *L'après-taylorisme*, París, Économica.

CORIAT, B. (1991), *Penser à l'envers*, París, Christian Bourgois. [ed. cast.: *Pensar al revés. TRabajo y organización en la empresa moderna*. 1993, México, Siglo XXI].

________ (1993), «L'école japonaise de gestion de production: un modèle transférable?», *Du travail à l'organisation. L'infatigable rationalisation de l'entreprise*, Institut des Sciences du Travail, UCL, dossier nº 14, septiembre, pp. 37-42.

DURAND, J.P. (1993), «Mutations, résistences et significations» en Boyer, R y Durand, J.P. (eds), *L'après-fordisme*, París, Syros, pp. 81-172.

FEUTRIE, M., VERDIER, E. (1993), «Entreprises et formations qualifiantes. Une construction inachevée», *Sociologie du Travail*, 4, pp. 469-492.

FREYSSENET, M., (1993), «Du toyotisme réel à un nouveau toyotisme?», *Actes du GERPISA*, 8, pp. 9-28.

___________ (1994), «Volvo-Uddevalla, analyseur du fordisme et du toyotisme», *Volvo-Uddevalla, questions ouvertes par une usine fermée, Actes du GERPISA*, 9, pp. 161-183.

GAVINI, C. (1993), «La gestion prévisionnelle des emplois et des compétences: de la norme aux pratiques. Le cas de la sidérurgie», *Travail et emploi*, 4, pp. 49-66.

JACOT, H. (1992), «Le toyotisme: un nouveau système socio-productif», *Une décennie de modernisation: quels modèles socio-productifs?, Cahiers de Recherche du GIP Mutations Industrielles*, 58, pp. 23-30.

LINHART, D. (1993), «À propos du post-taylorisme», *Sociologie du Travail*, 1, pp. 63-74.

LOJKINE, J. (1991), «Vers une crise des rationalisations capitalistes du travail?», *Les rationalisations du travail*, Actes des V Journées de sociologie du travail, Lyon.

MONOD, J. (1970), *Le hasard et la nécessité*, París, Seuil. [ed. cast.: *El azar y la necesidad*. 1989, Barcelona, Tusquets].

OCDE (1992), *Nouvelles orientations dans l'organisation du travail. La dynamique des relations professionnelles*, París.

RAMSAY, H., POLLERT, A., RAINBIRD, H. (1992), «Une décennie en transformation? Flexibilité du marché du travail et organisation du travail au Royaume-Uni», *Nouvelles orientations dans l'organisation du travail. La dynamique des relations professionnelles*, OCDE, París, pp. 181-212.

ROJOT, J., TERGEIST, P. (1992), «Vue d'ensemble: évolution des relations professionnelles, flexibilité du marche du travail interne et organisation du travail», *Nouvelles orientations dans l'organisation du travail. La dynamique des relations professionnelles*, OCDE, París, pp. 9-36.

ROPÉ, F., TANGUY, L. (Eds.) (1993), *Savoirs et compétences. De l'usage social des notions à leur problématisation*, informe final, CNRS-Université Paris V.

SAUNIER, P. (1993), *L'ouvriérisme universitaire. Du sublime à l'Ouvrier-masse*, París, L'Harmattan.

SEGRESTIN, D., (1993), «A propos du nouveau modèle productif: questions d'efficience, questions de légitimité», *Sociologie du Travail*, 1, pp. 49-61.

SHIMIZU, K. (1993), «Trajectoire de Toyota. Rapport salarial et système de production», *Actes du GERPISA*, 8, noviembre, pp. 29-68.

STROOBANTS, M. (1993a), *Savoir-faire et compétences au travail. Une sociologie de la fabrication des aptitudes*, Bruselas, Editions de l'Université de Bruxelles.

____________ (1993b), «La visibilité des compétences», Ropé, F., Tanguy, L. (Eds.), *Savoirs et compétences. De l'usage social des notions à leur problématisation*, informe final, CNRS-Université Paris V.

TERSSAC, G. DE, (1992), *Autonomie dans le travail*, París, PUF. [ed. cast.: *La autonomía en el trabajo,* 1995, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales].

THÉNARD, J.C. (1992), «L'expérimentation: un nouveau principe d'organisation?», *Cahiers de Recherche du GIP Mutations Industrielles*, 60.

VATIN, F., (1987), *La fluidité industrielle*, París, Méridiens Klinksieck.

VELTZ, P., ZARIFIAN, P. (1993), «Vers de nouveaux modèles d'organisation?», *Sociologie du Travail*, 1, pp. 3-25.

VELTZ, P. (1993), «Déstabilisation et résistance du taylorisme», en Durand, J.P. (ed.), *Vers un nouveau modèle productif?*, París, Syros/Alternatives, pp. 143-164.

WOOD, S. (1993), «Le modèle japonais: postfordisme ou japonisation du fordisme?», en Durand, J.P. (ed.), *Vers un nouveau modèle productif?*, París, Syros/Alternatives, pp. 93-124.

ZARIFIAN, P. (1990), *La nouvelle productivité*, París, L'Harmattan.

_________ (1993), *Quels modèles d'organisation pour l'industrie européenne?* L'émergence de la firme coopératrice, París, L'Harmattan.

Capítulo 6

Asir y utilizar la actividad humana. Cualidad del trabajo, cualificación y competencia*

Pierre Rolle

De la nueva cualidad del trabajo a su implementación

Es posible observar en la actualidad un cambio fundamental dentro de muchas situaciones industriales, organizadas hasta el momento por normas y programas explícitos. Las intervenciones humanas en el trabajo se ajustan a las variaciones imprevistas de la materia, del instrumento, de las estrategias de la empresa e, incluso, a través de todo el dispositivo de fabricación, a las variaciones del gusto del cliente. La unidad del acto productivo —sus fuentes, sus técnicas, sus objetivos— se perfila en la operación humana y, en lo sucesivo, la dirige directamente.

En esta nueva cualidad del trabajo es la iniciativa del individuo aquello que es movilizado en el puesto o la función, es decir, su capacidad para fijarse él mismo las reglas, en lugar de simplemente plegarse a ellas. En este sentido, resultaría ya imposible jerarquizar las diferentes tareas de la empresa según los conocimientos que exigen y, en consecuencia, trazar el itinerario de las personas entre los puestos de acuerdo con su formación, su diploma o su experiencia. Por ello, el sistema de convenios colectivos a través del cual los agentes sociales decidían cualificaciones, promociones y estatutos pierde toda su justificación.

* Publicado originalmente como Rolle, Pierre (2003): «Saisir et utiliser l'activité humaine. Qualité du travail, qualification, compétence», en Dupray, Arnaud; Guitton, Christophe y Monchatre, Sylvie (dir.), *Refléchir la compétence. Approches sociologiques, juridiques, économiques d'une pratique gestionnaire*, Toulouse, Octares Editions.

La relación personal entre el empleador y su empleado, así como la dirección de la operación, se encuentran pues transformadas. El trabajador, reclutado en función del grado formativo alcanzado, no tenía hasta ahora más que poner al servicio de la empresa el saber y la experiencia que le habían sido colectivamente reconocidos. En lo sucesivo, se encuentra, sin embargo, obligado a obtener un resultado, resultando su empleo en todo momento evaluado a conveniencia del empleador.

En estas condiciones, se nos asegura que la relación que vincula a ambos interlocutores no puede ser sino de confianza e implicación mutua. Las formas institucionales que mejor se amoldan a este nuevo consenso no serían ya, evidentemente, las del contrato de trabajo de larga duración, el cual pierde toda su significación: ¿es posible prever los productos, las técnicas, las normas y las modas del futuro y adquirir un compromiso mutuo con respecto a estas cuestiones? La participación se impone, es decir, una configuración productiva en la que los objetivos de los interlocutores se entremezclan e implican y donde la separación entre medios y fines no se encarna en el conflicto de dos grupos en el seno de la misma empresa. Sin lugar a dudas, sería mucho más apropiada la empresa individual, el trabajo independiente, donde el mismo individuo es a la vez recurso y empresario. La individuación de la relación de trabajo y el paso de la preocupación por detallar las cualificaciones a la preocupación por las competencias anuncia, se suele añadir, una manera desconocida hasta ahora de permanecer juntos. La nación se convierte en una red de individuos ligados los unos a los otros por medio de intercambios allí donde estábamos acostumbrados a ver a sindicatos y clases enfrentarse en torno a las reglas de organización y producción colectivas, en una lucha sin fin arbitrada por el Estado.

Estas tesis han sido ampliamente aceptadas. En efecto, los cambios que nos dejan prever son, precisamente, aquellos que se esperaban desde hace mucho tiempo, quizá incluso desde el comienzo del capitalismo. Desde siempre, la participación ha sido concebida como el único remedio posible frente a la separación creciente entre el trabajo y el trabajador, y frente a la escisión entre la empresa y los asalariados. Pero quizá sea esto lo que deba inquietarnos: ¿acaso no nos han anunciado cientos de veces esta buena nueva sin que haya llegado nunca a realizarse? ¿acaso no debemos temer que se manifieste una vez más el persistente rechazo a reconocer que el régimen de la producción no obedece a los principios que gobiernan la sociedad? La subordinación del asalariado, que simultáneamente hace que su empleo dependa de una decisión de la empresa y su actividad cotidiana de las directrices de la dirección, se mantiene con radicalidad informulable jurídicamente e inaceptable socialmente. Es así como, con demasiada rapidez, dicha subordinación ha sido

declarada abolida sucesivamente por medio del salario por piezas, el ajuste a destajo [Mottez, 1966], los convenios colectivos, los mecanismos de participación en los beneficios e, incluso, el taylorismo [Dubreuil, 1929]. Debemos evitar repetir el mismo error.

La cualidad del trabajo.

Se suele presentar a menudo a los nuevos procedimientos del *management* participativo como los efectos ineluctables de las tecnologías modernas. Es cierto que éstas —y en primer lugar el automatismo y la informática— han modificado profundamente los instrumentos y las condiciones de la producción.

En las empresas organizadas en torno al uso de herramientas simples, o de máquinas-herramientas individuales, el trabajador era el único componente del dispositivo capaz de adaptarse inmediatamente a las variaciones del medio, fueran cuales fueran: deterioro del instrumento, modificación del producto o nuevas directrices de la empresa. La plasticidad, la capacidad de iniciativa del ser humano representaba así el principio paradójico de su subordinación a la máquina. En efecto, ésta sólo podía modificar su acción en la medida en que el trabajador reemplazaba las herramientas, instalaba otros elementos, o modificaba al menos sus ajustes. De ahora en adelante, gracias a la separación entre la programación y el material, la herramienta informática se encuentra liberada de esta identidad entre un órgano y una función, adquiriendo la capacidad, reservada hasta ahora al ser humano, de ajustarse sin transformarse.

De una innovación tan radical se puede esperar, evidentemente, que metamorfosee en varios campos la relación del ser humano con el trabajo, ¿pero de qué forma? Al menos está claro que no encontraremos aquí nada que explique la aparición repentina y, según se dice, necesaria, de una nueva práctica de dirección. En efecto, la futura organización del trabajo que pondrá en marcha la herramienta informática sigue siendo incierta porque, lógicamente, depende del uso que se haga de las nuevas posibilidades, uso que decidirán relaciones de fuerza locales, nacionales e, incluso, planetarias.

Las tesis al uso hoy por hoy son de orden bien diferente y mucho más ambiciosas. No señalan tanto el progreso de una transformación técnica, o de cualquier otro principio, en el seno de un sistema, como la mutación de conjunto de una sociedad producida a partir de una metamorfosis original del trabajo.

Es esto lo que indica el uso de la palabra «cualidad». ¿Qué designa, en efecto, dicha palabra? Una característica, o un conjunto de características, que contienen e imponen su propia referencia y, en ese contexto, prohíben otras características específicas. Decir, por ejemplo, que el trabajo es en lo sucesivo autónomo, implica describirlo en el seno de un universo implícito de constricciones y jerarquías en contraste con una actividad prescrita. Por el contrario, definir una tarea como compleja implicaría localizarla en una escala vagamente esbozada de saberes y experiencias, que serían de otra naturaleza. Sin duda, estos diferentes atributos se coordinan en cada trabajo particular, donde la autonomía del operador tiene necesariamente algo que ver con sus conocimientos, por ejemplo. En esta perspectiva, la tentación es la de definir una noción superior de cualidad, la cualidad del trabajo por excelencia, y de designar de este modo la correspondencia que se verifica en cada operación del trabajador entre el tipo de aprendizaje que ha seguido, el procedimiento de reconocimiento que le ha cualificado, el estatuto del que dispone y la carrera que espera.

De este modo, los mecanismos administrativos y directivos que determinan el empleo, los modos de contratación y de evaluación, los estatutos y las regulaciones jurídicas serán interpretadas como las formas sociales que inducen —en la empresa, en el derecho, en el Estado— a esta mutación originaria de la realidad del trabajo, su nueva cualidad.

Evoluciones, avatares y resurgimientos.

Debemos evitar, por tanto, deducir de las observaciones presentes la explosión de una nueva revolución de la sociedad, ¡una más! La historia nos enseña que las instituciones, bien a menudo, no cambian sino para perpetuarse mejor. Muchas transformaciones espectaculares, una vez analizadas, no han resultado ser sino una etapa necesaria en una lógica comercial o industrial subterránea.

De hecho, ¿podemos hablar de cambio sin precisar los puntos de referencia que elegimos? Sin duda estamos viviendo actualmente el debilitamiento de una configuración del empleo que se ha llamado, de manera muy discutible, Estado providencia (Friot habla, por su parte, del «salario socializado»). Pero este movimiento, ¿nos conduce a una nueva etapa de la humanidad o bien nos hace retrotraernos a periodos olvidados de la industria? En la actualidad, una empresa puede contratar a individuos por el tiempo exacto de una operación, o bien utilizar equipos de trabajadores alquilados a otra empresa. ¿Acaso no

reencontramos así formas de contratación conocidas en el siglo XIX y organizadas por acuerdos de arrendamiento de servicios o de pago a destajo?

Estos procedimientos habían desaparecido simplemente porque la mayor parte de las legislaciones nacionales los habían prohibido. Las naciones industriales buscaron a lo largo de todo el siglo XX controlar el éxodo rural, dirigir el consumo, facilitar la reproducción y la formación de los trabajadores. Uno de los principales medios para esta gestión fue la instauración de un contrato de trabajo por el cual el individuo quedaba explícitamente sujeto a otro individuo o a una institución, identificados jurídicamente. Esta subordinación, inaceptable en derecho, e incluso contradictoria, es atemperada o interpretada de múltiples maneras y, en primer lugar, por la constitución de sujetos colectivos —reagrupamientos de capitalistas, corporaciones, sindicatos, Estado— que sustituyen para la ocasión a los protagonistas originales. De esta manera, el empleador no se expone ya a todas las consecuencias que entrañarían su autoridad y no es responsable individualmente, por ejemplo, de los accidentes sufridos por los asalariados. El trabajador, por su parte, no quebranta el contrato cuando cuestiona sus términos y rechaza su trabajo a través de la huelga. Sin embargo, las constricciones y las garantías colectivas se imponen, en última instancia, por intermediación del empleador. Éste conserva así el exorbitante derecho de conceder a una persona el estatuto de trabajador, de someterla así a su autoridad y a la de los convenios colectivos, y de proporcionarle el derecho a las protecciones y solidaridades inherentes a ese estatuto.

Consideremos la historia económica desde la altura suficiente para que aparezcan, cada uno en su discurrir y con sus duraciones propias, los diferentes determinantes que se confunden cuando observamos exclusivamente nuestro presente. Detrás de la variabilidad de las situaciones, ciertos rasgos, por ejemplo la desigualdad de la relación salarial o la inestabilidad del empleo individual, se encuentran a lo largo de todo el capitalismo. Sin embargo, actúan de manera diferente según los periodos, y son reformulados o limitados por reglas jurídicas específicas. Las etapas en las que el asalariado se expande a expensas de la agricultura o del artesanado no encuentran los mismos problemas que aquellas otras en las que esta relación de trabajo se consolida. La regulación estatal y la reconstrucción de posguerra no requieren las mismas normas y las mismas prescripciones que la economía abierta de nuestros días.

El derecho laboral busca, a fin de cuentas, fundar o reestablecer equilibrios de producción que le preexisten. Es por ello que este derecho no se desarrolla de forma autónoma, a partir de principios que le serían propios y según una trayectoria lineal. Las formas de empleo muestran así avatares, resurgimientos,

variantes y eclipses que no tienen, en definitiva, nada de paradójico. Queda aún por comprender qué situación tiende a instaurarse hoy, situación que quiere consolidarse transformando las garantías tradicionales y modificando el modo de gestión estatal de la mano de obra que reinaba hasta la fecha.

Así pues, el cambio que observamos no puede ser pensado como una etapa de una evolución lineal. Es necesario reflexionar sobre lo siguiente: la historia clásica de la industria, aquella que plantea que el oficio completo es poco a poco fragmentado por la división del trabajo, descompuesto por las máquinas-herramienta, abolido por la burocracia de la fábrica taylorista ¡qué diferente hubiera sido si se hubiese centrado, por ejemplo, sobre la industria química! Si hubiese prestado atención a los procesos de producción de este sector, donde las operaciones se dirigen y encadenan las unas a las otras y la coordinación de las funciones en el seno del equipo, así como su distribución entre los puntos de intervención, es, desde siempre, la regla. El taller no está constituido por una yuxtaposición de puestos dentro de los cuales el gesto del trabajador y la acción de la herramienta se implicarían el uno con el otro y discurrirían de modo simultaneo. Allí no observamos el forzoso ensamblaje entre una máquina individual y un trabajador, ensamblaje donde se creyó a menudo poder leer la parábola del conjunto de la condición salarial.

Es un hecho que la sociología y la economía se han interesado, en primer lugar, por los dispositivos productivos que se pueden describir como un sumatorio de unidades discretas. La economía neoclásica incluso, más o menos conscientemente, ha teorizado esta elección, lo que limita considerablemente su alcance. Sin duda, la importancia en los tiempos modernos de la metalurgia, donde se han experimentado modos de organización inéditos, potentes técnicas y cuyos productos han transformado visiblemente nuestra forma de vivir, explica en cierta medida esta parcialidad. En contraste, la empresa química, donde un proceso fluye bajo el impulso y la vigilancia del individuo, pero sin incluirle directamente, se asemeja en cierta medida al trabajo inmemorial del agricultor. Pero es precisamente este modelo, ignorado durante mucho tiempo, el que triunfa hoy en las empresas automatizadas [Naville, 1963; Vatin, 1987].

En este sentido, habrá que remarcar que el taylorismo, con el cual se ha querido caracterizar una época particular de la industria y cuya desaparición proclamada marcaría la nuestra, nunca fue un régimen universal de trabajo. Por supuesto, debemos ponernos de acuerdo sobre los términos empleados. Si, como es a menudo el caso, se entiende por taylorismo la sumisión del trabajo humano al cálculo económico y al objetivo de reducir el tiempo de actividad necesario para cada producto, el taylorismo estaría entonces tan extendido y

sería tan constante como el propio régimen salarial, con el cual se confundiría. Si, por el contrario, designamos con el término taylorismo unos métodos particulares, adaptados por otra parte a tipos de producción ya anticuados en los tiempos en los que él mismo apareció [Vatin, 1999], entonces, sin duda, podemos decir que el taylorismo no fue en ningún momento dominante.

En nuestros días, de hecho, cuando se describe un nuevo régimen de trabajo y cuando las aptitudes y los conocimientos particulares de cada cual serían, según se dice, por fin reconocidos, ¿cuántos trabajos creados son aislados, repetitivos y normados? ¿cuántas tareas son de vigilancia, de control, de manutención, de ordenamiento? Las evoluciones en el trabajo no son el resultado de revoluciones políticas, ideológicas o culturales que serían inmediatamente universales y transformarían de principio a fin la situación de todos los trabajadores.

En cada época, la organización del trabajo responde a objetivos precisos, utiliza los instrumentos disponibles y se aplica a individuos concretos. El taylorismo histórico tenía por objetivo adaptar a los trabajadores procedentes de todos los campos de Europa a ciertas formas de producción aún primitivas. Los nuevos procedimientos de empleo, denominados flexibles, tratan de movilizar a trabajadores educados, capaces de someterse a diferentes tareas, de desplazarse en automóvil de una punta a otra de la región y de plegarse a las constricciones y ritmos propios de cada empresa. Estas aptitudes no pueden evidentemente ser adquiridas más que en una sociedad desarrollada y a precio de una estatalización insidiosa y contradictoria de las relaciones de trabajo. En efecto, la individualización de los empleos significa también la desvinculación del empleador, que no se preocupa ya por organizar la vida de trabajo de sus empleados, sino que abandona a la potencia pública la responsabilidad de mantenerlos durante los periodos de paro, así como de educarlos nuevamente de cara a sus futuros empleos.

Una nueva forma de producir

Las técnicas de organización del trabajo basadas en la búsqueda y utilización de las competencias de los individuos no son quizá tan novedosas, ni tan extendidas, como se pretende. Su significación real es aún materia de discusión.

De ello son testigo la diversidad de descripciones y análisis que tratan de dar cuenta de la nueva configuración social. Determinados autores quieren ver en ella el desarrollo de una economía liberal, por fin emancipada de los restos

de socialismo que aún podían encontrarse incluso en la Europa occidental. El trabajador se ha convertido en responsable de sí mismo, define sus ambiciones, agrupa sus recursos y decide soberanamente tanto sobre su trabajo y su carrera, como acerca de su salud o su formación. Algo que se traduce sin lugar a dudas en fenómenos considerados molestos como, por ejemplo, el disimulo de ciertos accidentes de trabajo y el crecimiento relativo de su gravedad [Hamon Cholet, 2001]. En semejantes casos, el individuo toma una decisión en favor de su empleo y de su promoción, corriendo con este objetivo riesgos superiores a los que estaba dispuesto a aceptar anteriormente, cuando esta elección no le era propuesta con tanta claridad. ¿Pero quién, se preguntará, podría reemplazarle y dictarle el uso que le conviene hacer de su libertad?

Para otros autores, sin embargo, no estamos sino ante la prolongación del sistema dualista de empleo. Aprovechando la crisis, lo que antaño era descrito como el mercado de trabajo secundario, aquel que proporcionaba puestos mal protegidos, se ha extendido ampliamente a costa del mercado de trabajo primario. Es necesario pues evitar tomar como una mutación de la empresa, o incluso como un giro civilizatorio, un periodo transitorio y reversible del desarrollo económico. Conforme la crisis se atenúe se podrán ver reaparecer de nuevo las reglas y salvaguardas de las que disfrutaban antiguamente los asalariados.

Así pues, según estos autores, estaríamos equivocados al tratar de buscar detrás de los procedimientos de flexibilidad la implementación de un nuevo compromiso social, comparable a aquel que, en el tiempo del fordismo, posibilitaba, aparentemente, intercambiar la docilidad del trabajador ante las más agotadoras de las técnicas a cambio de salarios elevados y empleos estables. ¿Sería necesario pues concebir un contrato análogo que, por ejemplo, ligase implícitamente el reconocimiento más preciso de las capacidades del trabajador con su sumisión creciente a las constricciones y horarios de la empresa?

Es necesario señalar que podemos poner en cuestión de forma legítima la existencia de semejante convención, a la que con demasiada facilidad se atribuye estar detrás de todas las relaciones humanas. Todo encuentro entre seres humanos, salvo que concluya en la muerte, puede ser entendido como una aceptación recíproca, y esto sigue siendo cierto cuando el más poderoso aplasta al otro, quien, se dirá, admite renunciar a defenderse. Pero, se piense lo que se piense acerca de teorías como éstas, esto no quita que los nuevos procedimientos de empleo no hayan sido reclamados por los asalariados, sino que les han sido impuestos. Lejos de presagiar un compromiso social inédito, significan más bien el debilitamiento de todos los compromisos, el deterioro de las protecciones de los operarios, el declive de las solidaridades, la interiorización

forzada de la subordinación salarial, que se ejerce ahora de modo impersonal y sin contrapartida, la reducción del individuo a su soledad, soledad bautizada para la ocasión como libertad.

Sin embargo, no es en absoluto evidente que las formas de empleo que reaparecen hoy carezcan de toda originalidad. Antes de inclinarse en un sentido u otro, sería necesario inventariar en las empresas las funciones que desempeñan las tareas flexibles y las que recurren al trabajo independiente, tal y como reclama Desmarez [en Alaluf, Rolle y Schoetter, 2001]. Estas formas de uso del trabajo, que llevan al extremo la separación del trabajador con respecto a su trabajo, son sin duda más eficaces y, desde un punto de vista económico, más racionales que las precedentes. De hecho, la separación de los diferentes elementos y factores de la producción, durante mucho tiempo reunidos y utilizados de forma conjunta en una misma empresa, se ha vuelto corriente, siendo ésta una evolución a la cual la automatización no es, por supuesto, ajena.

Gracias a los nuevos equipos, la máquina, el saber, los útiles y los humanos se reúnen únicamente en el momento de la operación y no se ven obligados ya a coordinar formalmente sus ritmos de actividades propias. Vemos así cómo se constituyen nuevas unidades productivas complementarias entre sí, que se alquilan las unas a las otras los conocimientos, el material y los clientes: compañías de aviación sin avión, firmas farmacéuticas sin taller, agricultores sin segadora y sin tractor que se asocian, el tiempo necesario, a agricultores sin tierra y cantidad de fábricas sin obreros permanentes.

La resurrección de estos antiguos procedimientos señala sin duda un estallido de la empresa tradicional, así como el desarrollo de una forma más potente de producción que tiene pocas posibilidades de ser reversible. En cada una de estas firmas en miniatura, oficinas de estudio, agencias, sociedades de servicios, laboratorios, el antiguo equipo convertido en autónomo se mueve más libremente que antes sobre su propio mercado. Sobre todo, evalúa, experimenta y satisface mucho mejor el deseo sentido en toda la economía de perfeccionar las técnicas utilizadas hasta ahora, de acrecentar los conocimientos de los trabajadores, de multiplicar las relaciones con las instituciones de enseñanza y de investigación. El acercamiento de la empresa y de la universidad, que no concluirá evidentemente en la subordinación de la segunda a la primera, sino en la transformación de las estructuras de una y otra, se hace visible también por medio de este rodeo.

La noción de competencia

Para verlo con mayor claridad debemos sin duda volver sobre esta noción de competencia que se pretende central y plantear, en principio, que su significación no puede consistir en otra cosa que no sea su funcionamiento. La inseguridad de los empleos y la desaparición de los criterios sociales de cualificación no son la consecuencia necesaria de un fenómeno primordial (el pretendido descubrimiento de las capacidades reales de los individuos), sino que son el fenómeno en sí. La noción de competencia sirve de justificación a estas nuevas prácticas: la libertad del empresario para juzgar unilateralmente las capacidades de sus trabajadores, o más bien —pues ¿cómo evaluar efectivamente las potencialidades?—, de prescribir a sus empleados un resultado a alcanzar; o bien la posibilidad de obtener del asalariado únicamente la operación, sin estar obligado por ello a otorgarle un estatuto permanente, como era la regla anteriormente, en la época en la que la cualificación era identificable como una etapa en la vida laboral.

De alguna manera, es esto lo que la doctrina a la moda admite por lo bajo cuando hace de la competencia el elemento de un «modelo». ¿Qué es un modelo, a fin de cuentas, si no un tipo de coherencia entre fenómenos de órdenes diversos que no tienen otra característica que referirse los unos a los otros? ¿Pero de qué coherencia se trata pues? ¿la de una voluntad que se afirma sin desmentirse, la de un axioma administrativo que se desarrolla, o incluso la de una nueva «calidad» del trabajo que se muestra y despliega silenciosamente a través de las instituciones sociales? Por otro lado, ¿cómo precisar los límites, la originalidad y la permanencia de este pretendido modelo? La gestión por competencias implica, es cierto, un principio aparentemente inédito según el cual la evolución de las remuneraciones y de las promociones de un asalariado no se efectúan necesariamente por la ocupación de puestos considerados como más elevados. Este principio, que es admitido en muchas instituciones, entre ellas el ejército, no estaba hasta ahora reconocido en las empresas, lo cual no significa que estuviera ausente. Se creaban grados artificiales en los que el operador, declarado primero en su oficio o confirmado, obtenía ventajas sin cambiar por ello de afectación. El principio ya se llevaba a cabo, pues otorga gran libertad al organizador del trabajo, que puede crear carreras a su conveniencia y ofrecer motivaciones a los asalariados sin por ello edificar una jerarquía de tareas. Beneficio suplementario: no pudiendo el sindicato influir en la promoción de los asalariados más que indirectamente —aprobando secuencias regladas de puestos que esbozarían un itinerario—, el principio que suaviza la correspondencia entre el grado y la función libera al empleador de un interlocutor incómodo.

En ocasiones, esta desconexión es interpretada como la desaparición de la relación entre el puesto ocupado y las aptitudes del trabajador, cuando en realidad no significa más que, en lo sucesivo, dicha relación está sometida a la discrecionalidad del empleador. ¿Basta de hecho esta escisión como para caracterizar el modelo de la competencia? ¿O bien este modelo incluye las medidas que son justificadas de este modo, y que permiten, por ejemplo, evitar los bloqueos en la promoción debidos a la disminución de los empleos y a los despidos masivos? ¿O acaso este modelo no es efectivo más que cuando el derecho del trabajo se ha adaptado a él?

En cualquier caso, la competencia es entonces lo que se presupone debería aparecer en el transcurso de la separación entre el puesto y el estatuto profesional del trabajador que lo ocupa. Se trata pues de una presuposición administrativa, génesis que no nos informa sobre su naturaleza. ¿Qué más puede decirse? Que, evidentemente, no se trata de una realidad psicológica preexistente a su aprehensión y a su medición, una facultad natural que antaño habríamos intentado captar a partir de un juego de criterios impersonales y que, tan sólo recientemente, sabríamos asir directamente. La competencia, dice Stroobants, es una construcción social. No es ni el simple efecto de un proyecto clasificatorio, ni tampoco la huella de un saber previo transmitido mecánicamente. Los conocimientos universales aprendidos en la escuela, especificados por aprendizajes técnicos, por experiencias, ejercicios y entrenamientos más o menos singulares, no constituyen la competencia, en tanto que todas esas adquisiciones no son retomadas, combinadas y movilizadas en un esquema de acción apropiado al puesto o a la función ocupada. Es debido a la plasticidad del ser humano, a su capacidad de darse e imponerse normas, que su personalidad se forma en el seno del colectivo y su actividad se convierte en trabajo experto.

Todos los sistemas de organización del trabajo, prescribiendo tipos de tareas o de funciones, presuponen sin mencionarla esta autoconstitución de dicha flexibilidad del comportamiento. Los antiguos procedimientos de cualificación no correspondían de una forma más precisa a cualidades del trabajo que las implementadas hoy en día y, por esa misma razón, en Francia, pudieron adaptarse durante más de medio siglo a las evoluciones técnicas más diversas y en todas las ramas de la economía [Alaluf, 1986]. Si son ahora cuestionadas lo son en la medida en que imponían a las empresas un conjunto de prescripciones y de garantías hoy por hoy molestas. Estas reglas, por otro lado, no eran tan arbitrarias como se suele decir a veces. Dibujaban la posibilidad de una carrera a lo largo de la cual los estatutos y las remuneraciones de los trabajadores crecían al mismo ritmo que sus necesidades. La promoción en la escala de índices y de grados financiaba la fundación de un hogar, la crianza de los hijos, su educación. En

los nuevos sistemas, el trabajador no puede cuestionar la situación que le viene dada puesto que la competencia que se le reconoce es tan difícil de cuestionar como lo sería de justificar, pese a lo cual podemos observar que, en ocasiones, plantea reivindicaciones en nombre de la experiencia adquirida, de la cualificación o de la antigüedad.

El futuro del trabajo

Resulta imposible describir en la actualidad y con el grado de detalle que les proporcionarían todo su sentido, las formas que adoptará en el futuro la actividad de trabajo. Sin embargo, sí que podemos tratar de precisar los dinamismos reales en marcha en el devenir de las sociedades y, de ahí, los tipos de empleo que tienen posibilidades de instaurarse. Cierto es que, en este sentido, nos hemos limitado a confrontar diagnósticos e hipótesis opuestas. Algunos autores, ya lo hemos visto, sostienen que no asistimos a otra cosa que a la continuación de una tendencia secular a utilizar de la manera más óptima posible todas las capacidades de la actividad humana. ¿Pero no se produce así un equívoco en torno al sentido de la crisis que sufrimos y en lo que se refiere a su duración? Podemos pensar, por el contrario, que las antiguas regulaciones estatales están desorganizadas de modo irreversible por el hecho de que se instaura un aparato productivo cada vez más internacional, lo cual entraña, sin lugar a dudas, el agravamiento de una amenaza perpetua de paro, esta vez a escala planetaria. En efecto, y digan lo que digan muchos autores neoclásicos, no ha existido nunca ley económica que asegure que el número de puestos de trabajo sea igual, necesariamente, al número de personas que necesitan trabajar. En las sociedades occidentales no ha existido pleno empleo —pleno empleo relativo, por otro lado— más que después de la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia de los equilibrios impuestos por los Estados reconstructores.

Parece que las discordancias actuales, lejos de ser reversibles, traducen una metamorfosis profunda de las formas productivas. La determinación suprema, que entraña y ordena este movimiento, es sin duda la tendencia al crecimiento perpetuo de la productividad del trabajo humano que observamos desde hace mucho tiempo pero que hoy día produce estructuras inéditas. Las otras cadenas de causalidad que podemos describir permanecen subordinadas a este dinamismo del conjunto. Esto es lo que ocurre con las regulaciones y legislaciones estatales, que se adaptan con mayor o menor facilidad a las nuevas

constricciones. Lo mismo ocurre con la técnica, factor implicado en la evolución del trabajo que ha sido durante mucho tiempo privilegiado por los sociólogos. Pero en realidad, el equipamiento social presenta una analogía casi perfecta con el sistema de relaciones económicas que sostiene y expresa simultáneamente, y a veces incluso anticipa. Podemos recordar cómo antaño la perfección técnica consistía en remplazar al trabajador humano por el robot, trabajador artificial. Hoy, la maquinaria colectiva adopta la figura de una sociedad de autómatas en la que las redes mundiales se mezclan con los flujos de personas, productos, conocimientos o capitales. El lenguaje informático se convierte en aquel en el que se formulan todas las técnicas y se simbolizan todas las relaciones.

En un sistema semejante, el ser humano es identificado cada vez menos por el puesto que le toca ocupar en tal o cual momento. No está ya adscrito al trabajo por intermediación obligada de una empresa particular que le conferiría la totalidad de su estatuto social. La tendencia secular a obtener el mejor uso posible de la fuerza de trabajo se ha realizado comparando las diferentes combinaciones productivas en las que entra, reformándolas cada vez más rápidamente. Podríamos leer toda la historia industrial como el desarrollo de un proceso que desvincula progresivamente a los individuos de los dispositivos e instituciones del trabajo. Los saberes, las habilidades y los modos de vida de los asalariados son cada vez menos específicos, a medida que pasamos del oficio, en el que el compañero conocía y controlaba el conjunto del dispositivo, a las escalas de cualificación, en las que la contribución del obrero es aislada y normalizada y, finalmente, a la administración contemporánea de las competencias. La misma persona puede ser utilizada en un número creciente de puestos y cada puesto puede ser ocupado por una cantidad más o menos grande de personas.

Paralelamente, el ordenamiento del sistema y la preocupación por preservar sus condiciones de funcionamiento pasa de la empresa al Estado, quien instaura un control progresivo de la mano de obra, de su estructura, de sus conductas y de su reproducción. Consecuentemente, la formación es organizada nacionalmente, la concordancia de las trayectorias profesionales y de las etapas de la vida de trabajo son fijadas por los convenios colectivos, las remuneraciones y los derechos de los asalariados preservados, al menos en parte, incluso en los periodos de paro, y los flujos de trabajadores inmigrantes acrecentados o limitados a conveniencia. Esta gestión estatal de la mano de obra se ha realizado instaurando nuevos sujetos colectivos, los agentes sociales, y modos de reglamentación inéditos, bajo la forma de derechos negociados y condicionales.

Estas formas de reagrupamiento e intervención política, cuya originalidad ha pasado en ocasiones desapercibida, son sin duda las que se van a reforzar en el futuro, sustituyendo a las antiguas reglamentaciones cuyos agentes, a

saber, los Estados nacionales y las empresas, parecen haber quedado debilitados por bastante tiempo. Las dificultades son enormes. En efecto, ¿cómo conciliar la inestabilidad creciente de los empleos con la necesidad que tiene todo ciudadano de obtener una remuneración a lo largo de toda su vida? ¿Cómo asegurar una socialización de los riesgos que, en último término, disminuye las tasas de salarios y protege al asalariado, al margen de los marcos administrativos y comerciales tradicionales? ¿Cómo financiar la formación de los individuos si la remuneración que obtienen no la toma ya en consideración y si los empleadores pueden, expatriándose, negarse a contribuir a ella?

A lo largo de la creación de un sistema de producción mundial hemos visto a los Estados nacionales convertirse progresivamente en gestores de su mano de obra, pero también en sus guardianes. Así, todo circula sin restricciones sobre el planeta salvo los trabajadores. En la actualidad, puestos en competencia los unos con los otros, los Estados han debido abandonar progresivamente las garantías y las solidaridades administrativas por las que agrupaban a los asalariados, al tiempo que también les imponían su legitimidad y su autoridad. Es necesario que nuevas mutualidades de trabajadores, más potentes, más polivalentes, más autónomas, se instauren y afirmen, atravesando las fronteras, con el fin de estar a la altura de los nuevos mercados de trabajo que constituyen las firmas multinacionales. Estos colectivos inéditos serán quizás en un principio indiferentes los unos a los otros, o incluso rivales. Pero la necesidad común de fijar reglas de empleo, de organizar la formación y el uso de la actividad humana, les forzará a colaborar. ¿Acaso semejantes mutualidades no van a sancionar, o incluso a generalizar, las prácticas de temporalidad? Quizá sí, pero funcionarán negociando los estatutos y los procedimientos con los empleadores, en lugar de someterse pasivamente a sus deseos. ¿Se tratará de agencias universales de alquiler de servicios? Es posible, pero serán, al mismo tiempo, centros administrativos y universidades…

¿Cómo se establecerán estas nuevas instituciones y cómo conciliarán su acción con la de los Estados y los poseedores de capital? ¡De modo polémico, no cabe ninguna duda! ¿Pero quién puede creer que, por primera vez en la historia, un nuevo régimen de trabajo podría establecerse sin conflictos y trastocamientos de todo tipo?

Bibliografía:

ALALUF, M. (1986). *Le temps de la labeur. Formation, emploi et qualification en sociologie du travail*. Bruselas, Editions de l'Université Libre de Bruxelles.

ALALUF, M., ROLLE, P., SCHOETTER, P. (coord.) (2001). *Division du travail et du social*. Toulouse, Octarès Editions.

DUBREUIL, H. (1929). *Standards, le travail américain vu par un ouvrier français*. París, Grasset.

HAMON CHOLET, S. (2001). «Accidents et accidentés du travail: un nouvel outil statistique: l'enquête Conditions de Travail de 1998», *Travail et emploi*, 88, 9-24.

MOTTEZ, B. (1966). *Systèmes de salaire et politiques patronales*. París, Editions du CNRS.

NAVILLE, P. (1963). *Vers l'automatisme social?* París, Gallimard. [ed. cast.: *Hacia el automatismo social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965].

VATIN, F. (1987). *La fluidité industrielle, essai sur la théorie de la production et le devenir du travail*. París, Méridiens-klincksieck.

_______ (1999). *Le travail, sciences et société*. Bruselas, Editions de l'Université Libre de Bruxelles.

Capítulo 7

Concepciones del trabajo, estrategias de empleo y evolución de la clase obrera*

Mateo Alaluf

¿Se corresponde la clase obrera con un estado estable? ¿puede considerarse su comportamiento como relativamente homogéneo y portador de un proyecto revolucionario natural? Si fuera así, deberíamos admitir que cuanto más nos alejemos de ese estado, más se debilita —si no desaparece— el movimiento obrero. Si, por el contrario, consideramos que el trabajo se transforma constantemente, que está inscrito en una relación salarial que sanciona de alguna manera la precariedad del asalariado, su situación será por definición inestable y la clase obrera, en consecuencia con esto, no podrá más que estar al mismo tiempo en descomposición y recomposición.

A. ¿Qué hay de nuevo en el trabajo?

Cada vez que se habla del trabajo se señala que en él se producen novedades y que la clase obrera se transforma profundamente. Así, desde la última guerra hemos asistido a la eclosión de teorías sobre «el aburguesamiento de la clase obrera» desarrolladas en un principio por sociólogos americanos y difundidas después ampliamente en Europa. La aparición de una «nueva clase obrera», de la que Serge Mallet [1963] destacaba las competencias de los trabajadores y sus aspiraciones de gestión, tomó el relevo. Después serían las condiciones de trabajo de los obreros especializados y del trabajo en cadena las que fueron puestas en cuestión con la crítica de los métodos tayloristas de

* Publicado originariamente como tercer capítulo de la segunda parte de Alaluf, Mateo: *Les temps du labeur. Formation, emploi et qualification en sociologie du travail, Bruselas, Editions de l'Université de Bruxelles, 1986, pp. 229-245.*

organización del trabajo.[1] Al mismo tiempo, algunos autores insistieron en las conductas de rechazo que se traducían en el absentismo y en el «despilfarro» en la producción que caracterizaban las formas de expresión de los trabajadores «alienados». En la actualidad son evocados dos aspectos de los mecanismos del mercado de empleo y de las conductas obreras: por un lado, la segmentación del mercado y la precarización del empleo y, por el otro, la emergencia de nuevas formas de cooperación y de trabajo.[2]

Como reacción a una vida de trabajo que no produce libertad sino resignación, algunas «nuevas teorías», ampliamente difundidas por los media desde el comienzo de la crisis, han tomado la alternativa actualmente. Así ha sucedido con «la alergia al trabajo de los jóvenes» y con las teorías, por lo demás perfectamente complementarias con esta «alergia», que preconizan un trabajo diferente, más vivible y que invitan a «crearse su propio empleo» de tal manera que se pueda «trabajar de otra manera». Así pues, en un primer momento, se insiste en un nuevo cuestionamiento del trabajo y de la sociedad, principalmente por los jóvenes y, en un segundo momento, se anticipa una sociedad en la que el trabajo responderá a las aspiraciones de plenitud y de autonomía de los trabajadores.

Las recientes representaciones acerca de la evolución del trabajo remiten tanto a las teorías duales del mercado de empleo como a las observaciones relativas a la precariedad del trabajo. La creación por parte de las empresas de empleos intermitentes que no se benefician más que de débiles protecciones sociales pueden así encontrar sus cimientos en la teoría y en la observación de las «nuevas formas» de trabajo.

Los análisis «duales» del empleo permiten, en efecto, establecer una convergencia entre las características de la oferta de trabajo (los trabajadores) y las de la demanda (los empresarios). Así, las características específicas del mercado de empleo pueden corresponderse con las de las estructuras industriales. Desde ese momento, en lo concerniente a las teorías desarrolladas a propósito del trabajo, nos podemos preguntar si no encontramos igualmente una convergencia entre aquello que decimos del trabajo y aquello que decimos de las estructuras industriales y si, implícitamente, estas teorías no se basan en la suposición, tal y como se deja entrever en la teoría dual, de que existe una

1 Ver especialmente: Jean-Pierre Dumont [1973]; Claude Durand [1978]; Claude y Michelle Durand [1971]; Harry Bravermann [1976].

2 En lo que concierne al dualismo, ver especialmente: Michel Piore [1978]. La revista *Autrement* ha contribuido decisivamente a la difusión de la idea de «trabajar y vivir de otra manera». Ver también especialmente: Adret [1977]; Ivan Illich [1977]; Rousselet [1974].

concordancia entre las disposiciones de los trabajadores y las características de las estructuras económicas. Desde el momento en que se observa, por un lado, que las mujeres tienen una vida profesional discontinua, que los inmigrantes ocupan los empleos duros y penosos, que los jóvenes tienen una gran movilidad ¿no estaremos deduciendo también que estas tendencias se corresponden con las aspiraciones de los grupos concernidos —las mujeres que desean interrumpir su vida profesional para cuidar a sus hijos y ocuparse de su hogar, los inmigrantes que aman los trabajos duros y que, de hecho, no se sentirían molestos con un retorno a su país de origen y, por último, los jóvenes que aman el cambio—? Estas «observaciones» pueden, a continuación, armonizarse con la necesidad de adaptar el nivel de empleo a aquel derivado de las variaciones de la coyuntura, conformándolo con un reajuste consecuente de las protecciones legales y convencionales del trabajo. De esta forma se encuentran reconciliadas las tres lógicas de inestabilidad de las que había dado cuenta F. Michon [1981], a saber: la elasticidad del nivel de empleo en relación con el mercado, el consecuente reajuste de las reglamentaciones de trabajo y las formas de inestabilidad inherentes a ciertos grupos de trabajadores.

Al igual que las precedentes, las nuevas concepciones del trabajo toman apoyo en un conjunto de observaciones que reflejan bien un aspecto de la realidad. Sin embargo, el denominador común a estas representaciones reside en identificar la clase obrera con una situación anterior imaginada como estable, cuyo contenido correspondería a la imagen del proletario en una industria de base como la metalurgia y cuyo comportamiento actual se asimilaría a lo que queda del imaginario de otros tiempos. Partiendo de esta visión, las teorías que asimilan el movimiento obrero con una clase homogénea de trabajadores, provista de un proyecto revolucionario «natural», no podrán más que concluir con la desaparición de la clase obrera como consecuencia de su fraccionamiento y de su dispersión. El libro de Alain Touraine, Michel Wieviorka y François Dubet, *Le mouvement ouvrier* es una buena ilustración de este punto de vista.

B. El obrero de antaño

Hemos tenido ocasión de detallarlo en la primera parte: según Touraine el trabajo es el elemento constitutivo de la relación entre el trabajador y sus obras y todo lo que refuerce dicha relación es objeto de una evaluación positiva. En la sociedad industrial el conflicto central es aquel que opone los obreros a los industriales que imponen una forma de organizar el trabajo. Es a partir de la

conciencia de su identidad profesional desde donde los obreros pueden oponer a la dominación patronal otro esquema de producción industrial. Por consiguiente, siguiendo a Touraine, Wieviorka y Dubet, «la conciencia de clase es más fuerte allí donde la organización del trabajo, ligada a la producción a gran escala, quiebra más directamente la autonomía profesional del obrero, en particular en la industria metalúrgica» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984]. Se pone así de manifiesto la tesis central de los autores de *Mouvement ouvrier:* «el movimiento obrero —y no el conjunto de la acción sindical— posee *un centro*, definido por el lugar donde se produce la destrucción más directa y más activa de la autonomía profesional por parte de la organización industrial, de la cual el taylorismo y el fordismo no son más que formas particulares. La conciencia de clase obrera responde a este conflicto fundamental. Cuanto más nos alejamos de este conflicto vivido como la lucha de clases, más se debilita el movimiento obrero y el sindicalismo actúa menos como un movimiento social» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 101]. «Este lugar central de la conciencia obrera corresponde también a una figura obrera central: la del metalúrgico de 1936» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 122]. Cuanto más nos alejemos de esta figura central, claro está, más se debilita el movimiento obrero, incluso desaparece.

A partir de esta figura central, Touraine, Wieviorka y Dubet distinguen dos formas de conciencia de clase. La «conciencia orgullosa» del obrero profesional conduce a una determinación profesional de la acción y a la autonomía política. Permite desarrollar «una lucha contra el poder patronal» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 215]. Por el contrario, la «conciencia del obrero descualificado», llamada también «conciencia proletaria», es una «conciencia pobre». Conduce a una determinación económica de la acción y a una heteronomía política. Sus reivindicaciones serán principalmente salariales y serán limitadas y discontinuas, sin llegar a constituir un cuestionamiento político y social global. «El obrero especializado sufre al no poder desarrollar una "conciencia orgullosa" similar a la del obrero cualificado que domina un saber hacer, aunque sea amenazado» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 271]. Así pues, el obrero especializado tendrá una «conciencia de clase negativa definida por un sentimiento de privación y una ausencia de proyecto» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 273-274]. «Es la privación de un oficio, de una actividad profesional interesante lo que degrada al obrero especializado» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 119].

La conciencia de clase obrera se debilita «cuando los trabajadores son incorporados a un sistema de organización y se convierten en operarios más que en obreros» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 73]. La mecanización y la racionalización

de las tareas implican la descualificación de los obreros. De esta forma, la «conciencia orgullosa» sobre la que los obreros se apoyaban para resistir a los dirigentes se encuentra progresivamente laminada y destruida, hasta el punto de que la historia del trabajo industrial se correspondería con el paso de un sistema profesional centrado en el trabajo a un sistema técnico basado en la organización. De ahí que en la sociedad postindustrial o programada el conflicto central opondrá a «los tecnócratas, creadores de modelos de consumo, con aquellos que son reducidos a meros consumidores, a usuarios, cuando en realidad desearían ser actores de su propia vida» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 55]. Conforme «nos alejemos del lugar en el que se oponen organización patronal del trabajo y autonomía obrera, el movimiento obrero no puede más que debilitarse y descomponerse» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 321].[3]

Así pues, en la concepción de los autores de *Mouvement ouvrier*, la conciencia de clase se corresponde sin problemas con una situación central, ilustrada a partir de la figura del metalúrgico de 1936. Además, esta situación se identifica con el dominio de un saber hacer, de una cualificación bien determinada. Es este oficio quien moldea la conciencia del obrero. De ahí que el proyecto de transformación social del que es consecuentemente portador se resuma a poner a operar su competencia profesional fuera de las trabas que constituye la organización patronal de la empresa que le separa del producto de su trabajo.

Desde este punto de vista, sólo los obreros que disponen de una cualificación profesional pueden desarrollar una autonomía en relación a la empresa que les permitirá resistir al poder patronal. Es en nombre de esta competencia de la cual se sienten depositarios por lo que pueden avanzar hacia reivindicaciones relativas a la gestión misma de las empresas. En efecto, gracias a que disponen de las capacidades de trabajo necesarias la autogestión se muestra como posible para los obreros. Pero es también porque desearían desarrollar sus competencias profesionales al margen de las restricciones de la organización patronal por lo que la autogestión aparece como deseable.

3 Fijémonos en que constantemente los autores establecen una distinción entre movimiento obrero y movimiento sindical. Así, por ejemplo: «Declive del movimiento obrero no significa ni debilitamiento de las luchas sindicales (…) ni retroceso de las organizaciones sindicales». Más adelante añaden: «A un sindicalismo basado en la conciencia de clase, hay que oponer un sindicalismo en el que el principio de unidad no puede ser más que la política sindical por sí misma» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 327]. Sin embargo, «el fin del movimiento obrero rebaja inevitablemente el nivel de la acción sindical, que no podrá escapar a las consecuencias del cambio social que entraña el paso de la sociedad industrial a la sociedad postindustrial» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984 : 386].

La clase obrera queda, por lo tanto, conformada por la conciencia que tiene el obrero de su clase. Y con estas premisas, basta con que el trabajo se transforme para postular la descualificación del obrero y, en consecuencia, la fragmentación y la desaparición de la clase obrera. Cuanto más nos alejemos de este momento central en el que el obrero lucha contra la organización y la máquina por preservar su cualificación, más se deteriora la clase obrera. Una vez que la clase obrera ha sido identificada a priori como aquélla que se correspondía con los metalúrgicos de 1936 ¿podía acaso ser de otra forma? Basta, por definición, con alejarse de la metalurgia y de 1936 para constatar el decaimiento y la desaparición de la clase obrera.

C. La inestabilidad de la relación salarial.

A partir de nuestras propias observaciones, y al contrario que los análisis desarrollados por Touraine, vamos a sostener el punto de vista según el cual no hay «nuevos valores del trabajo» diferentes a los antiguos, ni una clase obrera diferente a «la antigua», sino que el trabajo se transforma constantemente y que, por consiguiente, no puede existir un punto de referencia estable. El trabajo no puede ser comprendido desde este modo de proceder más que inserto en las relaciones sociales concretas que lo definen y que en nuestras sociedades se caracterizan por la relación salarial. El asalariado se diferencia del artesano por la separación de su herramienta y del producto de su trabajo. Tal y como señala Pierre Rolle «el trabajador no puede ser ciudadano de la empresa, dado que no es miembro de la misma más que condicionalmente y por la intermediación de un contrato» [Rolle, 1984: 22]. Siendo su situación por definición inestable, la clase obrera no puede más que estar simultáneamente en una descomposición y recomposición constante.

Nuestras observaciones empíricas expuestas en este apartado permiten apoyar este punto de vista a partir de la asalarización de la población activa y el desarrollo del desempleo, por un lado, y la evolución del nivel de instrucción de la población activa y de las estructuras de empleo, por otro.

a) Asalarización y desempleo

La evolución de la población revela un aumento muy grande de la parte relativa a los asalariados, mientras que la de los trabajadores independientes disminuye muy sensiblemente. Las estadísticas de la O.C.D.E. sitúan para el año 1984 el porcentaje de asalariados en el total del empleo en el conjunto de los países europeos entre el 70% de España y el 95% de Suecia. Estos porcentajes incluyen el 85-90% de países como Bélgica, Francia, R.F.A. y Reino Unido. La asalarización de la población constituye la tendencia principal que caracteriza su evolución reciente.

Igualmente, allí donde se señala un aumento relativo de la parte de los empleados en relación a los obreros, o las diferencias en la situación entre un profesor y un obrero, para mostrar la desaparición progresiva de la clase obrera, nosotros enfatizaremos, en primer lugar, la extensión del trabajo asalariado en relación con otras formas de trabajo. De hecho, esto es hasta tal punto cierto que los trabajadores independientes, que oponen su estatuto al «dependiente» de los asalariados, no se definen y no reivindican sino en relación a la situación de los asalariados. En materia de pensiones, de desempleo, de descansos semanales y anuales… incluso en el propio recurso a la huelga, los independientes no razonan más que en función de la situación de los asalariados.

Si la asalarización constituye la tendencia que marca la evolución de la población activa, los asalariados no se sitúan por ello en relaciones de igualdad y de reciprocidad los unos en relación con los otros. Se distinguen por su estatuto (obreros, empleados, cuadros, sector público y privado, parados …), su nivel jerárquico, etc. El mecanismo de la cualificación constituye también, sin lugar a dudas, un elemento esencial de la diferenciación de los trabajadores entre ellos.

La aparición del desempleo implica previamente una ruptura entre el tiempo de trabajo remunerado y el tiempo de trabajo doméstico y requiere que el trabajador necesite vender su fuerza de trabajo a un empleador para poder satisfacer sus deseos, es decir, que el trabajo sea objeto de un intercambio mercantil. En este sentido, la aparición del desempleo supone, por supuesto, la generalización de la relación salarial.

El considerable aumento del desempleo desde 1974 confirma su carácter colectivo. La selectividad del desempleo ha sido puesta en evidencia desde hace mucho tiempo [Ledrut, 1966]. Se ha estimado una mayor vulnerabilidad ante el desempleo por parte de los trabajadores con una «aptitud reducida», de

los trabajadores sin formación, de aquellos ocupados en los sectores con dificultades, de las mujeres, etc. Pero con la extensión del desempleo, esta selectividad tiende a difuminarse. Desde el punto de vista de la formación ya no son únicamente los no-titulados quienes se ven afectados, sino que el paro aumenta sea cual sea el tipo y el nivel de formación de los demandantes de empleo y, en particular, entre los diplomados de la enseñanza técnica y profesional, es decir, entre aquellos que han seguido una formación encaminada hacia un oficio. El paro afecta también a los trabajadores de forma cada vez más colectiva en tanto que los procesos selectivos remiten mayormente a la duración del desempleo y al tipo de empleos a los que se puede aspirar tener acceso. En otros términos, la fase de inserción no sólo concierne cada vez a más personas —jóvenes titulados, mujeres que han interrumpido de forma provisional su actividad profesional, trabajadores que han perdido su empleo…— durante periodos cada vez más largos, sino que se convierte también en un campo de procesos selectivos. De esta forma, las «dificultades de inserción de los jóvenes», por ejemplo, traducen menos la supuesta inadecuación de la escuela en relación al trabajo, que el haberse convertido en un espacio privilegiado donde se ejerce la selección profesional, que es también, como ha sido demostrado en tantos estudios, una selección social.

La inserción social y profesional no es por tanto un momento rápido y neutro que podamos desatender focalizando la atención sobre lo que pasa antes (la escuela o un empleo perdido) y después (el empleo buscado). La transición se ha convertido en un momento importante no sólo para el porvenir del individuo, sino que forma parte y constituye un momento y un aspecto de la condición colectiva del trabajo en la sociedad salarial. No es pues sorprendente asistir a la institucionalización y a la organización de esta fase particular que tiende a recomponerse al ritmo de las transformaciones del sistema productivo. En este sentido, el régimen de desempleo, las medidas gubernamentales de reabsorción del paro, la formación profesional, al igual que otras formas precarias de empleo (trabajo intermitente, contratos con duración determinada), constituyen el ámbito de la transición profesional.

b) Formación y empleo: una doble evolución

A medida que, desde la Segunda Guerra Mundial, el mercado de empleo se ha institucionalizado, convirtiendo progresivamente toda la cuenca mediterránea en una reserva de mano de obra para los países de Europa occidental, al tiempo que transformaba también la clase obrera de nuestros países, nuestras

encuestas han ido mostrando una doble evolución de las estructuras de empleo. Esta evolución contradice rotundamente los discursos que han prevalecido hasta ahora y que insisten siempre en «las necesidades crecientes de la economía de personal científico y técnico cualificado».

En efecto, podemos observar un aumento importante del nivel de instrucción de la población activa, aún cuando la proporción de los «poco escolarizados» sigue siendo considerable tal y como muestran en el caso de Bélgica los resultados de los censos de población. Detallemos a este respecto las aportaciones de nuestra investigación empírica.

El examen de las estructuras de empleo en las fabricaciones metalúrgicas ha permitido poner en evidencia un cierto número de observaciones que volvemos a encontrar igualmente en los otros sectores bajo diferentes modalidades.

La más importante de entre ellas reside en el contraste entre la estabilidad relativa de las estructuras del empleo entre 1970 y 1977, en particular en lo relativo a la presencia de obreros cualificados, especializados y peones en el empleo total y el importante aumento del nivel de instrucción de los asalariados. Esta evolución, evidentemente, plantea el problema de lo que ciertos autores denominan la «descualificación» o, incluso, de la infrautilización de la mano de obra.

También nos ha sorprendido la diversidad de diplomas de los que son portadores los trabajadores de la industria metalúrgica. Por supuesto, la importante presencia de diplomados de la enseñanza técnica y profesional es característico de este sector. Sin embargo, encontramos igualmente un gran número de diplomados de la enseñanza general e, incluso, diplomados de la enseñanza normal o artística. Podemos así poner de manifiesto una constatación de alcance mucho más general que sobrepasa el caso de la industria metalúrgica: no existe una correspondencia estrecha entre el nivel y el tipo de formación y el empleo ocupado. Es a través de diversas mediaciones y rodeos cómo se produce la correspondencia entre el aparato de formación y la estructura productiva de nuestra sociedad.

En la industria metalúrgica el cruce entre el nivel de cualificación y el nivel de formación de los trabajadores muestra una distancia importante entre el nivel de formación de los trabajadores y el puesto que ocupan. Esta disparidad entre título escolar y clasificación profesional nos parece que cobra todo su sentido en el momento en el que la recolocamos en el marco del funcionamiento del mercado de empleo. Así, la proporción de los «no-diplomados» no disminuye a pesar del aumento del desempleo y el incremento considerable del

nivel de instrucción de la población activa. Esta situación pone de manifiesto la segmentación de los mercados de empleo y las políticas de contratación y despido de las empresas que tienden, en periodos de crisis, a disminuir los costes salariales y a elevar el nivel de exigencia en el momento de la contratación.

La industria química presenta los porcentajes más elevados de diplomados de alto nivel. Los universitarios, por ejemplo, constituyen alrededor del 10% del empleo de este sector, lo que representa la proporción más elevada en relación con los otros sectores estudiados. El análisis del empleo en la química muestra diferencias en su reparto en función de la formación de los trabajadores según subgrupos de actividad. De esta manera, hemos registrado diferencias en las estructuras del empleo entre la química de base y la petroquímica, donde la producción es continua; la química de acabado, caracterizada por un sistema semi-continuo; los productos químicos de consumo corriente (jabones, detergente…), caracterizados por las grandes series; y, finalmente, la distribución de los productos químicos. La estructuración tecno-económica de las actividades se encuentra pues ligada a estrategias industriales y a estrategias de empleo. Pero, al mismo tiempo, la escolarización y la formación profesional de la población, las formas de sindicalización y de organización de los trabajadores, condicionan igualmente el volumen de efectivos, las políticas de gestión de personal y las estructuras de empleo. Podemos, efectivamente, sostener que la oferta de empleo (las empresas) estructura la demanda de empleo (los trabajadores) si bien la oferta de empleo queda también determinada por la demanda y, por lo tanto, por la eventual insatisfacción de los actores sociales presentes. Estas relaciones de fuerza que marcan las relaciones de trabajo son mucho más visibles en las actividades químicas de base y en la petroquímica dado el carácter continuo de la producción, que excluye los recortes en puestos de trabajo delimitados como en una cadena, lo cual posibilita a su vez una flexibilidad mayor en el número y el tipo de trabajadores ocupados. De manera que la negociación colectiva, en lo que concierne al empleo, está menos velada por el «imperativo tecnológico». Se trata, sin duda, de la contrapartida de la máxima flexibilidad de la mano de obra que permite la producción continua.

La construcción, desde el punto de vista de sus actividades, de sus estructuras de empleo y de la organización del trabajo, se sitúa con respecto a la química en el polo opuesto de nuestro campo de observación (estructura artesanal todavía importante en oposición a la organización de la producción en «proceso»). No obstante, tanto en la construcción como en la química, la variabilidad de las situaciones de trabajo que coexisten y la heterogeneidad de los modos de producción adoptados en las obras llevan tanto a los medios patronales como a los sindicales del sector a preconizar una formación «polivalente» para los obreros.

La cuestión de la formación parece ocupar un lugar tan importante en este sector que ha sido instaurado de modo paritario un Fondo de Formación Profesional de la Construcción (F.F.C.). En él se preconiza una formación de base polivalente para los obreros de las grandes obras más que una formación específica en los oficios de albañil, encofrador-ferrallista, etc.

En este contexto, resulta impresionante el contraste entre la escala de clasificación de las cualificaciones definida paritariamente en el convenio colectivo de la construcción (que otorga un lugar insignificante a la formación en las definiciones de las cualificaciones) y la fuerte actividad del F.C.C. en el ámbito de la formación de los trabajadores. De hecho, ese espacio tan limitado acordado convencionalmente para la formación en la definición de las cualificaciones, lo hemos encontrado también en el resto de sectores considerados (industrias metalúrgicas y químicas). En otras palabras ¿acaso no deberíamos distinguir en esta doble actitud —es decir, por un lado, el gran interés otorgado a la escuela y, en particular, a sus ramas técnicas y profesionales, a la formación profesional y, por otro lado, el no reconocimiento de dichas cualificaciones en el ámbito de los convenios que fijan las remuneraciones— conductas que apuntan al mismo tiempo a la formación de trabajadores útiles para las empresas pero sin reconocer formalmente estas competencias (de tal manera que se contengan los salarios y las reivindicaciones sobre los contenidos y las condiciones de trabajo) y a la conservación de una gran flexibilidad en materia de contratación y de promoción?

Las estrategias de homogenización de la mano de obra y de las filiales de formación bajo la cobertura de la polivalencia pueden comprenderse también desde el punto de vista de las estrategias de actores complementarios y, al mismo tiempo, opuestos en las relaciones de producción.

Una concepción diversificada de las secuencias de formación podría también tomarse en consideración revelándose como mejor adaptada a la diversidad de las situaciones de trabajo. Se inscribiría entonces, al contrario que las formaciones de base polivalente, en una óptica de cualificaciones transferibles. La elección de un sistema de formación de «base polivalente» o, por el contrario, con «finalidad polivalente» depende pues también de las estrategias implementadas en el mercado de empleo.

El tipo de movilidad específica del empleo en la construcción explica el hecho de que los parados en busca de un empleo puedan orientarse hacia ese sector con la esperanza de encontrar un trabajo. En efecto, siempre hay nuevas obras en algún lugar, incluso si el nivel global de actividad disminuye. Paralelamente, las condiciones propias de la obra (tradiciones, fondos de seguros

de vida…) hacen que los trabajadores queden sujetos al sector, tanto más cuando en periodos de crisis no tienen apenas posibilidades de trabajar en otro lugar. El efecto conjugado de la crisis económica y de la caída del empleo se traducen, por consiguiente, en un aumento mucho más elevado del paro en relación con las pérdidas de empleo.

En conjunto, el análisis de la población activa, del empleo y del paro nos ha mostrado que son las pérdidas de empleo las que crean el paro y el vínculo entre estos dos movimientos es claro. Éste se refleja, sin embargo, de forma desigual según los sectores de actividad.

Así, este vínculo resulta muy visible en el sector de la fabricación metalúrgica pero menos notable en la química, donde las pérdidas de empleo han sido menores durante el periodo considerado, y todavía menos en la construcción, debido a la mayor movilidad de las actividades. Los jóvenes que buscan un empleo, los parados de otros sectores, tienen por lo tanto tendencia a buscar trabajo en los sectores en los que ya sea debido al carácter relativamente menor de la disminución del empleo o bien de la mayor movilidad, tienen oportunidades de encontrarlo, suponiendo este hecho un aumento del paro superior a la disminución del empleo.

En resumen, el examen de las estructuras de cualificación del empleo muestra una gran estabilidad en la distribución de los trabajadores según su cualificación. De forma paralela, el número de parados con un nivel de instrucción elevado aumenta considerablemente. En consecuencia, las cifras muestran no tanto una «penuria de la mano de obra», ni un paro consecuencia de la inadecuación de la oferta a la demanda a la que se refiere tan a menudo la patronal [Moden, Sloover, 1980: 157-160 y 205], como una situación en la que las empresas disponen de una reserva de mano de obra con un alto nivel de instrucción, entre la que pueden elegir a sus asalariados. Jamás hasta ahora habían dispuesto de posibilidades de elección tan amplias.

Partiendo de aquí, una doble evolución marca a la población activa desde el punto de vista de su nivel de instrucción: el claro aumento del nivel de instrucción de los trabajadores y la estabilidad de las estructuras de cualificación del empleo, por un lado, y el importante crecimiento del desempleo, especialmente el de los parados cuya escolarización se ha prolongado, por el otro. Esta evolución se caracteriza, por lo tanto, por una reserva de mano de obra considerablemente incrementada para las empresas y traduce la radicalización de la contradicción entre la utilización de la mano de obra por parte de éstas y la preparación al trabajo por parte de la escolarización.

D. La precarización general del empleo

La extensión del paro, la precarización de las condiciones de trabajo, la feminización de la población activa, la inserción de los inmigrantes en el movimiento obrero, el aumento del nivel de escolarización de los trabajadores y los problemas de transición profesional ¿pueden entenderse como resultados de progresos tecnológicos cuya lógica sería ineluctable? Este tipo de explicación que reduce los aspectos socioeconómicos a simples consecuencias de una evolución tecnológica considerada como autónoma del sistema social que la ha producido y que hace de las pérdidas de empleo, de la deslocalización de las actividades y del desigual desarrollo de las regiones, ejemplos de consecuencias «naturales» de una nueva «fatalidad tecnológica», se contradice con nuestras observaciones empíricas. Éstas muestran, por el contrario, la fuerte imbricación de aspectos técnicos, organizacionales y sociales en las nuevas aplicaciones tecnológicas.

Así, por ejemplo, tras muchos estudios yendo en el mismo sentido, en una investigación sobre las perspectivas del empleo en la química europea, Marcelle Stroobants [1981: 8-23][4] ha mostrado que los nuevos dispositivos automatizados permiten adoptar fórmulas descentralizadas de organización del trabajo perfectamente acordes con las características anteriores de la división del trabajo, posibilitando conjugar con gran «agilidad» continuidad y diversidad de la producción y flexibilidad de la mano de obra. La movilidad del personal y la polivalencia en la cualificación de la mano de obra favorecidas por las empresas no ponen, sin embargo, en cuestión las antiguas clasificaciones del mercado de trabajo. La automatización permite de hecho, en muchos casos, extender a los empleados y a los cuadros las funciones de coordinación y de control ligadas a los métodos tayloristas de organización del trabajo. En la industria química, por ejemplo, una primera oleada de automatización fue acompañada de cambios en la organización del trabajo y en la estructura de empleo que han sido descritos [Coriat, 1980: 41-76] como característicos de industrias de *proceso* e implicando polivalencia y el recurso a la subcontratación. Ahora bien, estos métodos de gestión de la mano de obra se han difundido igualmente en otro tipo de industrias independientemente de las formas técnicas que prevalezcan en ellas. De tal forma que la innovación tecnológica aparece también como el instrumento de políticas económicas y de gestión de la mano de obra cuyas finalidades parecen mucho más sociales que técnicas.

4 Este artículo sintetiza los resultados del estudio efectuado en el marco del programa F.A.S.T. de la C.E.E., *Les perspectives d'emploi dan la chimie européenne,* C.E.P.E.C., Bruselas, 1981.

En periodos de crisis, es en el marco de un debilitamiento de todo el sistema de relaciones colectivas de trabajo donde se insertan, cuestionándole, las estrategias de «modernización». Como consecuencia de ello, los elementos de protección de los trabajadores frente a las incertidumbres del mercado son considerados tanto «derechos adquiridos» como «rigideces», mientras que la «flexibilidad» buscada consiste en hacer al conjunto de la relación salarial más sensible a los mecanismos del mercado. De ahí que las condiciones de socialización y de dominio de las nuevas tecnologías constituyan en la actualidad una apuesta mayor para las políticas de gestión de la mano de obra y de reconversión económica.

Mientras que el campo de observación de nuestras investigaciones se encuentra incluso deliberadamente delimitado por los sectores de actividad, nuestro intento de aclarar la forma de las relaciones entre formación y empleo nos ha conducido a situarnos constantemente en relación con los mecanismos del mercado que rigen las condiciones de este encuentro en función de las relaciones de trabajo que definen los actores en presencia.

El estudio del mercado local de empleo en Charleroi nos ha permitido situar nuestras observaciones en relación con las teorías del mercado de empleo. La segmentación de los mercados, los mecanismos de internalización y de externalización de la mano de obra, constituyen una guía de lectura que se ha revelado útil para precisar las condiciones de encuentro de ofertas y de demandas de empleo concretas. Pero no nos ha parecido legítimo, teniendo en cuenta los datos empíricos que hemos reunido, identificar empleos cualificados con empleos estables y mercados primarios, ni empleos con baja cualificación con precariedad y mercados secundarios.

Las teorías duales, en la medida en que otorgan un lugar importante a la institucionalización de las conductas y las estrategias de los actores, sitúan el encuentro de la oferta y la demanda de trabajo en una relación de fuerzas. Como consecuencia, aquello que hemos denominado como relación salarial da a los mecanismos de mercado su alcance concreto. Así pues, si bien es cierto que en periodos de crisis y de paro masivo el nivel de exigencias de los empresarios se vuelve más elevado y las condiciones de trabajo y salariales tienden a deteriorarse, también se trata de un contexto en el que la competencia entre los trabajadores es mayor y la negociación colectiva se fragmenta. La precarización del empleo no puede entonces ser circunscrita a los mercados secundarios, sino que concierne al conjunto de las actividades y entraña una precarización general de las condiciones de trabajo. Este deterioro del empleo y el paro no conciernen pues únicamente a la vida de trabajo, sino que afectan también a la

vida fuera del trabajo: las condiciones de escolarización se deterioran por la falta de salidas profesionales y la vida social, familiar y cultural de los individuos se verá afectada por ello.

E. ¿Qué clase obrera?

Todo ello nos lleva a eliminar la imagen de los empleos estables de antaño, al igual que la de un mercado dual de trabajo, en favor de una visión segmentada del mercado, mercado estructurado por políticas de mano de obra tendentes a estabilizar a algunos y a desestabilizar a otros, y que topan con diversas modalidades de resistencia obrera. En periodos de crisis, el paro masivo, los despidos, el deterioro de las condiciones de trabajo corresponden a estrategias de flexibilidad de las empresas y la clase obrera aparece al mismo tiempo en descomposición y en recomposición.

¿Cuál es entonces la relación entre la evolución del mercado de trabajo, la capacidad de intervención de los trabajadores en las relaciones de fuerza y la evolución del movimiento obrero? Desde este punto de vista, la contribución de Touraine, Wieviorka y Dubet [1984], que diferencian entre el movimiento obrero y sus organizaciones, presenta un gran interés. Su análisis se desmarca de todos aquellos que establecen una relación de causa efecto entre clases sociales y políticas implementadas por parte de sus organizaciones. Así, por ejemplo, para algunos, siendo la U.R.S.S. un Estado obrero, su política no podría más que reflejar los intereses de la clase obrera, mientras que otros, definiendo esta política como burocrática, no podrán distinguir en ella sino la obra de una burocracia ajena al proletariado. En ambos casos, ¿no se está anunciando el mismo principio estaliniano que identifica clase y partido? Lo mismo ocurre cuando se cree ver la unidad de la clase obrera cada vez que se unen los partidos y los sindicatos que aspiran a ser su expresión o se concluye su dispersión cada vez que éstos se dividen. Son este tipo de derivas las que permiten, para explicar tal o cual acontecimiento político, inventar una «nueva pequeña burguesía», tal como otros pueden describir «nuevas clases obreras» [Rolle, 1984].

La distinción que hacen los autores de *Mouvement ouvrier* entre movimiento obrero y organizaciones obreras se revela entonces completamente pertinente. Sin embargo, es el contenido que atribuyen al movimiento obrero el que nos parece cuestionable. En efecto, desde el momento en que identifican a los obreros con

los individuos cuyo trabajo consiste en manipular directamente la materia y que se encuentran provistos por esta razón de un proyecto político particular, no podrán más que observar su desaparición. De ahí, Touraine, Wieviorka y Dubet deducirán el «declive del movimiento obrero» pero no el «debilitamiento de las organizaciones sindicales» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984: 321]. Porque «el declive mismo del movimiento obrero otorga una importancia creciente al papel político de los sindicatos, haciendo de ellos actores importantes de la política económica y social» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984: 322].

Hasta el punto de que podemos perfectamente prever la próxima desaparición del movimiento obrero sin que por ello la importancia de los sindicatos como actores políticos tuviera porqué decrecer [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984: 347], al tiempo que, beneficiándose de esta posición, los sindicatos, para evitar debilitarse, podrán abrirse a los «nuevos movimientos sociales, sabiendo que tan sólo ellos disponen ya —o tendrán cada vez más— de una capacidad de convicción y de movilización comparable a aquélla que tuvo antaño el movimiento obrero» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984: 384-385].

Para Touraine, Wieviorka y Dubet, «las relaciones sociales de las que el movimiento obrero constituye los pilares dejan por su parte de estar en el centro de la sociedad» [Touraine, Wieviorka y Dubet, 1984: 388]. Pero ¿podemos simplemente identificar estas relaciones sociales con la manipulación de materias y máquinas? ¿Por qué la clase obrera debería ser la agrupación de los obreros manuales? ¿Por qué debería fabricar productos que sean cosas y no reacciones químicas o flujos de información? De hecho, ¿ha podido ser trazada alguna vez la frontera que delimitaba el trabajo manual? ¿Cuánto tiene de manual, por ejemplo, el trabajo de la vendedora de una gran tienda, el del obrero en una central eléctrica, el del piloto de avión o las tareas de mantenimiento? Por supuesto, el desarrollo de la producción se ha realizado, a partir de un cierto estadio, a la par con la disminución del trabajo directo sobre la materia en los talleres y con la extensión de las tareas de control y de administración colectivas. Pero no es a partir de las tareas particulares de donde debemos partir para analizar el trabajo, sino más bien de las relaciones de trabajo.

Desde este punto de vista, en primer lugar debemos señalar que el trabajo en nuestras sociedades es trabajo asalariado y que se transforma constantemente. En periodos de crisis, la inestabilidad del trabajo supone también la inestabilidad de la clase obrera. Con el aumento del desempleo, la capacidad de negociación de las organizaciones sindicales disminuye considerablemente. Estas organizaciones conocen incluso movimientos de desafiliación que pueden llegar a ser considerables, mientras que prosigue la asalarización de la población activa. En otras palabras, si las relaciones sociales que definen el tra-

bajo en nuestras sociedades, es decir, las relaciones salariales, se extienden, la base del movimiento obrero se amplía, mientras que la capacidad de negociación de sus organizaciones se deteriora. Nuestro análisis conduce entonces a tomar la opción opuesta a la de Touraine, Wieviorka y Dubet. Allí donde éstos formulan en periodos de crisis el debilitamiento del movimiento obrero y la perpetuación de las organizaciones sindicales, nosotros, por el contrario, vemos la ampliación considerable de la base social del movimiento obrero, mientras que la capacidad de negociación del movimiento sindical retrocede considerablemente.

Bibliografía:

ADRET (1977), Travailler deux heures par jour, París, Seuil.

BRAVERMAN, HARRY (1976), Travail et capitalisme monopoliste: la degrádation du travail au XX siècle, París, Maspéro. [ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista*. 1978, México, Nuestro Tiempo].

CORIAT, BENJAMIN (1980), «Ouvrieres et automates, procès de travail, économie du temps et théorie de la segmentation de la force de travail», en Gaudemar, J. P. (ed.): *Usines et ouvriers, figures du nouvel ordre productif*, París, Maspéro, pp. 41-76.

DURAND, CLAUDE (1978), *Le travail enchaîne*, París, Seuil. [ed. cast.: *El trabajo encadenado: organización del trabajo y domincación social*. 1979, Madrid, Hermann Blume].

DURAND, CLAUDE Y DURAND, MICHELLE (1971), *De l'O.S. à l'ingénieur,* París, Ed. Ouvrières.

DUMONT, JEAN-PIERRE (1973), *La fin des O.S?*, París, Mercure de France.

ILLICH, IVAN (1977), *Le chômage créateur*, París, Seuil.

LEDRUT, R. (1966), *Sociologie du chômage*, París, PUF.

MALLET, SERGE (1963), *La nouvelle classe ouvrière*, París, Ed. du Seuil. [ed. cast.: *La nueva condición obrera*. 1969, Madrid, Tecnos].

MICHON, FRANCOIS (1981), *Une lecture des hypothèses de dualisme du marché du travail*, Séminaire du Travail, Equipe de recherche associée, nº 88, CNRS-SET, París, mayo, pp. 11 y 12.

MODEN J., Y SLOOVER J. (1980), *Le patronat belge*, C.R.I.S.P., Bruselas.

PIORE, MICHAEL (1978), «Dualism in the labour market. A response to uncertainty and flux. The case of France», *Revue Economique*, vol 19, nº 1, enero, pp. 26-48.

ROLLE, PIERRE (1984a), «Y a-t-il encore une classe ouvrière?», *En Jeu*, nº 17, noviembre.

ROLLE, PIERRE (1984b), «Le capitalisme perpétuel», *En jeu*, nº 11, abril.

ROUSSELET, J. (1974), *L'allergie au travail*, París, Seuil.

STROOBANTS, MARCELLE (1981), «Evolution de l'emploi et transformation des systèmes de travail dans les industries chimiques», *Critique régionale*, nº 7, septiembre, pp. 8-23.

TOURAINE, ALAIN ; WIEVIORKA, MICHEL Y DUBET F. (1984), *Le mouvement ouvrier*, París, Fayard.

Capítulo 8

¿Clase sin obreros? ¿Obreros sin clase?*

Mateo Alaluf y Pierre Rolle

Lo que aquí proponemos es un recorrido en nueve etapas por y a través del libro de Stéphane Beaud y Michel Pialoux sobre la condición obrera en las fábricas de Peugeot de Sochaux-Montbéliard:[1]

1. Pareciera bastar con desplazarse hasta allí, con ver y escuchar atentamente a los asalariados presentes para hacer justicia a las ilusiones que han suscitado, aquí o allá, los métodos modernos de dirección de empresas. Interrogados con sutileza y sensibilidad por Stéphane Beaud y Michel Pialoux, los trabajadores nos hacen comprender que las constricciones sufridas hoy en el taller son, sin lugar a dudas, más inaferrables que ayer y, por esta misma razón, más cotidianas e inquietantes. La responsabilidad que se pretende atribuir al operario le sitúa en realidad en una situación de sumisión a normas inciertas y variables. A fin de cuentas, la iniciativa que se le prescribe encubre una violencia más arbitraria que cualquier otra. El dispositivo es tal que el asalariado no puede adaptarse a los nuevos procedimientos si no es interiorizándolos, convirtiéndose, en consecuencia, en el garante primordial de su propia opresión.

El objetivo real que persiguen los actuales métodos de dirección no tiene nada de inédito. Se trata, no obstante, del objetivo del que menos se habla en el nuevo vocabulario de las empresas, a saber: la búsqueda de un incremento de la productividad. Los trabajadores del taller de Peugeot, analizados durante años por los autores, lo saben de sobra. En la situación ante la que se encuentran

* Publicado originalmente como Alaluf, Mateo y Rolle, Pierre (2001): «Une classe sans ouvriers et des ouvriers sans classe?», en *ContreTemps*, nº1 (Le retour de la critique sociale: Marx et les nouvelles sociologies), pp. 72-88. Textuel, París.

[1] Véase Beaud y Pialoux [1999].

no tienen otra elección sino resistir, aunque sea de manera desesperada. Se dejan marginar y oponen obstinadamente el antiguo lenguaje del taller al lenguaje que ahora se les quiere imponer. ¿Cómo iban a entregarse al discurso que se les facilita sobre la iniciativa y la innovación en el trabajo? De hecho, ningún asalariado puede ignorar que sus actividades, por autónomas que puedan parecer de modo cotidiano, son definidas, en última instancia, en función de los objetivos de la empresa. ¿Cómo ignorar que uno se ve obligado a someterse, de buen o mal grado, a las técnicas, ritmos y condiciones de producción que le han sido asignados so pena de perder su empleo? Es ahí donde reside la constricción primera, ineluctable: en el mundo actual, la empresa es muy dueña tanto de conceder al trabajador su estatuto social y sus medios de vida, como de negárselos.

Detrás de todas las técnicas de gestión, sean cuáles sean, se esconde esta amenaza. Por supuesto, esta determinación no basta, sin embargo, para caracterizar las prácticas efectivas. Tal y como ya ha dicho Jean Pierre Le Goff: «*si el peso y el temor al paro se hacen sentir en el interior de la empresa, entonces no servirán como argumentos para movilizar a las personas en la realización de los objetivos*» [Le Goff, 2000: 102]. En efecto, la coerción no aparecerá en el taller o en la oficina más que concretada y utilizada con fines específicos. El observador indiferente o de paso puede, consecuentemente, desconocer los signos de la misma, pero no quien se ve sometido a ella diariamente.

2. Los diferentes asalariados, ampliamente entrevistados por Stéphane Beaud y Michel Pialoux, afirman de modo más o menos decidido, más o menos audible, su desconfianza hacia los nuevos procedimientos. No obstante, adoptan al mismo tiempo parte de sus principios, entran en su lógica y hacen suyas, hasta cierto punto, las distinciones que han sido instauradas entre ellos. A lo largo de toda su historia, fue éste uno de los problemas de la clase obrera, problema que manifiesta su situación subordinada: los trabajadores viven en un mundo inventado y organizado en última instancia por otros, y se identifican con las categorías y grados administrativos por medio de los cuales se les distribuye y dirige.

Muy a menudo, los antiguos obreros del taller estudiado por Stéphane Beaud y Michel Pialoux no hacen sino cuestionar las prácticas del *management* supuestamente moderno en nombre de las técnicas y hábitos de la antigua patronal. Se reconocen en la jerarquía de los grupos profesionales y se oponen consecuentemente a los recién llegados, quienes se han resignado a su impotencia política y están inmersos en las lógicas del empleo flexible. La formación, las estrategias de carrera, las relaciones con los demás, la actitud hacia el

sindicato, instrumento necesario para unos, obstáculo para otros, todo parece oponer a estos dos grupos. Y, sin embargo, ¿acaso no son sino fragmentos de una misma clase, una clase obrera renovada a la que quizá deberíamos denominar *asalariada*? Esto es al menos lo que sugieren los autores cuando esperan que lo que denominan los «valores» del antiguo grupo obrero —la solidaridad, la dignidad colectiva, el sentido de la justicia— sean adoptados por los más jóvenes conforme descubran, más allá de las circunstancias del momento, la profunda similitud de sus situaciones salariales.

Se ha dicho que el movimiento obrero, y especialmente sus sindicatos, han chocado con este problema a lo largo de toda su historia. Los asalariados encarnan necesariamente en sus comportamientos, en sus reacciones y esperanzas, las funciones y disposiciones definidas anteriormente por los organizadores del trabajo. De entre ellos, quienes se ajustan con mayor precisión a la situación existente en un periodo determinado se encuentran, por esa misma razón, inadaptados en el periodo posterior. En todo momento, los recién llegados al grupo de trabajadores se encuentran virtualmente enfrentados a sus predecesores.

Después de la Segunda Guerra Mundial, en Francia se observó que los nuevos asalariados, formados más en las escuelas que en los talleres, y reclutados en masa para servir a la industrialización del país, corrían el riesgo de entrar en competencia con los antiguos asalariados. Haciendo caso omiso a toda referencia a los tipos de formación, las clasificaciones Parodi, que evaluaban los empleos y codificaban las carreras profesionales, permitieron prevenir esta división de la clase obrera, perjudicial lógicamente en este periodo de reconstrucción.

En cada periodo, las organizaciones obreras, que buscan necesariamente acrecentar la unidad de sus representados como fuente única de su potencia, deben aceptar la forma burocrática e inestable bajo la cual el Estado registra y subordina dicha unidad. Participando en el ajuste de los puestos, de las promociones, de las competencias, de las formaciones, los sindicatos ayudan sin lugar a dudas a armonizar, pero también a imponer, estas categorías administrativas, convirtiéndose así en defensores de las mismas. La vida de los asalariados, sus proyectos, así como sus relaciones, se establecen en referencia a estas instituciones, las cuales se vuelven progresivamente indispensables y pasan pronto a ser percibidas como naturales.

Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con la noción de cualificación. ¿Qué es lo que denota dicha noción a fin de cuentas? Conocimientos más o menos específicos, experiencias, aprendizajes, por supuesto, pero unificados y jerarquizados únicamente en función de su vinculación con situaciones técnicas precisas.

La cualificación del trabajador mide en último término su grado de adaptación a un puesto, a una disposición del taller, de las tareas o de las intervenciones que le son impuestas. Es la movilización sindical y la administración estatal de la clase obrera quienes fijan estos tipos de ajustes, transformándoles en grupos profesionales discontinuos, e incluso en modos de vida diferenciados que, por su parte, ciertos sociólogos describen como identidades múltiples, culminando así su proceso de naturalización.

3. En cualquier caso, los asalariados, aún estando emplazados necesariamente en un sistema de empleo que ordena su vida material, cuando no sus pensamientos y sentimientos, no pueden interiorizar completamente su lógica. Stéphane Beaud y Michel Pialoux muestran cómo ciertos argumentos y ciertas prácticas de lo que se denomina el *management* moderno son recogidas por los jóvenes asalariados, pero no sin quiebras, reticencias o deformaciones. Situándose de este modo, los recién llegados tratan primeramente de asegurar su función frente a los veteranos y de evitar el desclasamiento que éstos han sufrido. ¿Qué es lo que retienen pues de la ideología de moda estos jóvenes, mejor formados que sus predecesores pero fragilizados por la experiencia de la crisis, de la precariedad y de la ineficacia de todo esfuerzo colectivo? Un discurso que justifica su ascenso a un puesto estable y les reconforta en tanto en cuanto dicho discurso prima el mérito, la innovación y la responsabilidad personal.

Sin embargo, no cabe duda de que tampoco están completamente engañados. En efecto, las actuales formas de empleo, denominadas «flexibles», tratan de obtener las operaciones necesarias para la empresa sin que ésta se vea obligada, yendo más lejos, a conceder al operario un estatuto, un puesto constante o una carrera. Se solicita y remunera la actividad precisa, nada más. Evidentemente, se da el caso de que algunos asalariados aprueban este cambio cuando les permite optar a un puesto en detrimento de otros candidatos, o hacer que se les retribuyan capacidades especiales, mal catalogadas en las codificaciones tradicionales. Pero el conjunto de los asalariados, incluidos aquellos que obtienen una ventaja momentánea, no puede sino inquietarse ante este reforzamiento del poder discrecional de los empresarios sobre la distribución y evaluación de las tareas. Tanto más en la medida en que esta innovación arrastra consigo un proceso difícilmente controlable que vincula la inestabilidad de los empleos a la fragilidad creciente de las empresas.

En un primer momento, la dirección de un establecimiento que adopta los procedimientos modernos se libera de la preocupación de tener que mantener sus efectivos. Gana con ello la capacidad de modificar de modo más cómodo sus instrumentos y métodos, ajustándose más rápidamente a los

nuevos estándares relativos a la distribución y el consumo. La gestión de la empresa se convierte en un conjunto de coordinaciones y rectificaciones efectuadas a cada momento, lo que entraña reconversiones, contrataciones o despidos inmediatos. Esta ventaja, sin embargo, como ocurre una y otra vez, se transforma pronto como consecuencia de la competencia en norma, convirtiéndose la capacidad de ajuste inmediato en una constricción cada vez más estricta. Al mismo tiempo que la organización interna de la producción se convierte en reformable, entra en competencia o en asociación, más allá de los muros del establecimiento, con otras organizaciones similares. La empresa debe, en consecuencia, confirmar y reformar sin cesar su función en el conjunto del sistema, decidir en cada momento lo que produce y lo que compra, encontrar su lugar en las redes de subcontratación, de franquicia, de subordinación técnica y de dependencia financiera.

Es un hecho comprobado que el control del tiempo, tanto el de su producción como el de sus inversiones o el de sus innovaciones, escapa actualmente a la mayoría de las firmas. Para muchas de entre ellas dicho control se ve reducido a ajustes diarios de sus actividades y ventas. El aparato económico de nuestra sociedad se muestra en consecuencia bajo otra perspectiva. Muchos analistas sospechaban sin duda desde hacía mucho tiempo que, pese a la opinión dominante, este conjunto no tenía la forma de una colección de establecimientos autónomos por igual comerciando entre sí de modo apacible. No obstante, es imposible ya ignorar que el dispositivo productivo de la sociedad es analizable tan sólo en tanto que entrecruzamiento de redes formadas por talleres, oficinas y laboratorios; redes articuladas, ordenadas y planificadas por jerarquías múltiples y, en último término, por firmas gigantescas asociadas a Estados.

Semejante dispositivo no se perfecciona más que a través de la subversión y muerte de las empresas constitutivas de dichas redes y por la transformación perpetua de todas las organizaciones locales o nacionales. En la experiencia de los trabajadores, la derogación de las garantías tradicionales y el cambio del régimen de trabajo están asociados a la movilidad indefinida de los empleos y a los cierres de fábricas. La pérdida de posibilidades de promoción y el enclaustramiento en el trabajo no son sino un anticipo del paro.

4. Así pues, si mirásemos con mayor detenimiento constataríamos que no basta con ir a echar un vistazo a los talleres para persuadirse de que las formas modernas de empleo reposan en gran medida sobre falsas apariencias. Sería necesario volver a considerar precisamente este objeto, la vida de trabajo, es decir, el asalariado una vez más, pero a lo largo de toda su historia, confundido con la historia de la industria, del capital, de las técnicas, de la organización,

y no únicamente en su puesto, en un momento del taller. Habría que estar en guardia ante el hecho de que los obreros son considerados desde categorías que sirven para gestionar la mano de obra en la firma y el Estado, y que con frecuencia carecen del lenguaje para formular su rechazo y de los medios para reducir su subordinación. Convendría recordar que el trabajador no describe tanto su situación en el instante, incluso cuando se le pregunta por ello, como su posición, sus tácticas, sus esperanzas y sus decepciones. De hecho, los investigadores se equivocan cuando creen constituir ellos mismos un elemento neutro de la entrevista, no sintiéndose interpelados por sus sujetos.

Nuestros autores saben que si no se toman precauciones la investigación puede dar lugar a malentendidos, equívocos y todo un juego de apariencias donde no son pocos los observadores que se pierden. La entrevista debe ser concebida como una relación personal, particular ciertamente, pero donde, tal y como constituye la regla de todo encuentro, cada cual realiza una escenificación frente al otro. El método deberá pues consistir en desdoblar los resultados así obtenidos y analizar las situaciones de los trabajadores y las expresiones que utilizan en torno a éstas los unos por los otros.

Sin duda, este descentramiento del investigador en relación a la opinión recogida constituye un método común. Se sabe de sobra, por ejemplo, que la afirmación en bruto de un obrero que declara sentirse orgulloso de su oficio reviste una significación completamente diferente según se dirija a sus colegas o a gente de otras profesiones; o incluso si habla en un periodo en el que se es obrero porque se nace en una familia obrera, o bien en un periodo de movilidad social en el que se puede ser sospechoso de no haber logrado progresar en la jerarquía profesional. Toda afirmación, evidentemente, se descifra restituyéndole la duración a la cual se refiere el interlocutor, las relaciones en las que se encuentra inserto o los intereses presentes en ellas. Sin estas precauciones no estaremos haciendo más que una encuesta de opinión en la que se obtienen afirmaciones de las que no se puede prejuzgar ni el sentido, ni la estabilidad.

Sin embargo, con Stéphane Beaud y Michel Pialoux, dicho método de interpretación se convierte en potente y sistemático en tanto que se aplica a este nuevo objeto: la existencia íntegra del trabajador, concebida como un todo ordenado. Las personas entrevistadas no son consideradas ni como informadores que darían testimonio de una estructura que se reconstituiría externamente a ellos, ni como puras subjetividades emitiendo meras creencias. Tampoco son consideradas, por otro lado, como actores, esas cómodas abstracciones presupuestas detrás de las acciones y que pueden como tales ser consideradas a conveniencia como principios absolutos o como consecuencias necesarias. Los

trabajadores de Stéphane Beaud y Michel Pialoux son personas concretas, consideradas en el entrecruzamiento de relaciones que constituye su entorno. ¿Es necesario invocar la tradición marxista de cara a justificar este punto de vista? ¿o remontarse incluso hasta Hegel para recordar que el individuo, además de ser, evidentemente, el único portador de sus necesidades y sufrimientos, y el único agente social fácilmente localizable en el espacio y el tiempo físicos, es también una abstracción del análisis? Al menos en sociología, el prototipo, el estándar, el modelo, la categoría o la clase son, pese a lo que se suela pensar a menudo, más reales que las personas sobre las cuales se alzan.

No obstante, Stéphane Beaud y Michel Pialoux no requieren de estas precauciones. La coherencia y fertilidad de sus análisis bastan para justificar su aproximación, que consiste en adaptar el dispositivo de observación a los tiempos significativos del asalariado, en lugar de concebir una investigación que dure tanto tiempo, ni más ni menos, como el disponible por el del investigador. Se constata así fácilmente que la existencia del trabajador adquiere sentido en proyectos de duración variable, los cuales se insertan en evoluciones múltiples que arrastra a la empresa. Se verifica con ello en todo su alcance concreto la afirmación clásica según la cual la historia modela a los seres humanos, al tiempo que éstos a la historia, afirmación que algún día habrá que reemplazar por los principios más precisos y rigurosos de una psicología renovada, pero más acá de la cual no tiene sentido volver.

Podemos comprobar que los autores han concentrado su análisis sobre las trayectorias de las personas concretas guiados por una búsqueda de rigor y no por una doctrina cuando constatamos que ellos mismos no son siempre fieles a este punto de vista. Su inspiración general les empuja a rechazar las explicaciones tautológicas que atribuyen las conductas de los individuos a sus intenciones, sus creencias o su ideología, describiendo preferentemente las relaciones sociales que condicionan las conductas. Se encuentran, sin embargo, ante el problema de querer hacer brotar la representación de la representación y de dar cuenta de la opinión constatada por medio de la moral, la educación o los valores del momento, es decir, postulando una especie de matriz de opinión que permanece tan enigmática como lo que pretende explicar. Así, por ejemplo, en muchos lugares, la indiferencia de los jóvenes diplomados hacia sus predecesores, su aceptación de la competencia entre los asalariados, su «relajamiento», son atribuidos no tanto a la pérdida de protecciones colectivas y a las pruebas sufridas a lo largo de la crisis, como a la educación recibida.

¿Se trata ésta de una concesión por parte de los autores a las creencias de la época —creencias, por otro lado, bastante inconsecuentes— según las cuales el

ser humano es presentado en primer lugar como un espíritu que se determina libremente en relación a su medio, tan libremente que sus ideas no pueden ser influidas más que por otras ideas, de modo que, finalmente, el hombre real debe diluirse detrás de las ideologías, de las cuáles no es más que un instrumento? ¿O debemos creer que los autores están armándose para rechazar una de las consecuencias más inquietantes que podría pretender extraerse de sus observaciones? ¿Acaso no podemos, en efecto, preguntarnos si el sentimiento de impotencia y aislamiento de los trabajadores, tanto de los nuevos como de los veteranos, no traduce a fin de cuentas su situación real? Quizá debamos aceptar que, finalmente, la clase obrera ha desaparecido, pese a que perduren muchas de las dependencias y frustraciones contra las cuales se había enfrentado anteriormente y admitir que, junto a ella, ha quedado desfasada toda esperanza en un verdadero cambio político. La posición de nuestros autores es, sin embargo, completamente diferente. La condición obrera existe aún, tal y como demuestran, pero se ha vuelto invisible porque la noción a través de la cual era pensada y debatida colectivamente, la noción de clase, se ha vuelto caduca. Así pues, la reflexión sobre lo social es hasta cierto punto autónoma respecto a lo social mismo, pudiendo ocurrir que transformaciones que creemos leer en lo real no sean en realidad más que revoluciones en el vocabulario.

No sabemos a dónde nos conduce semejante perspectiva que no podemos rechazar totalmente de golpe. Puede resultar terrorífica en tanto en cuanto parece sugerir que toda interpretación de la sociedad es igualmente probable y todas las propagandas posibles. Resultará, por el contrario, reconfortante si leemos en ella la esperanza de que la lucha por un mundo mejor, por «valores», tal y como dicen los autores, no es totalmente vana.

El análisis de Stéphane Beaud y Michel Pialoux revela así un problema urgente que los métodos clásicos, marxistas o no, no han aclarado completamente. Todo el mundo admite, por supuesto, que la opinión del actor no es el simple reflejo de la situación en la cual se encuentra. Sin embargo, somos incapaces de precisar el modo en que el pensamiento y la acción sociales forman parte de lo social, incertidumbre ésta que debilita cuantas conclusiones pretendan extraerse de las investigaciones sobre el terreno.

5. El trabajo de investigación de Stéphane Beaud y Michel Pialoux da perfectamente cuenta de la condición obrera. Sin embargo, su análisis no permite avanzar elemento alguno para cualquier tipo de análisis serio a propósito de la clase obrera. Para poder justificar nuestra posición proponemos, primeramente, dar un pequeño rodeo por el pensamiento de un autor sin duda olvidado

hoy, Henri de Man,[2] quien, durante el periodo de entreguerras, forjó —desde una aproximación que hoy calificaríamos, de modo sin duda anacrónico, «constructivista»— una concepción simétricamente inversa a la de Stéphane Beaud y Michel Pialoux, a saber: la progresiva desaparición de la condición obrera como consecuencia de las reformas sociales, al tiempo que la clase obrera persistiría como realidad social producida por las representaciones de los asalariados.

La joie au travail [*El disfrute en el trabajo*] (1927) fue escrito a partir de noventa y ocho relatos de trabajadores.[3] Según la interpretación de ellos realizada por Henri de Man, el obrero tiende naturalmente al «disfrute en el trabajo». Dicho disfrute se encuentra trabado por obstáculos de orden técnico (trabajo fragmentado, repetitivo, sin iniciativa, agotador, mal organizado…), de orden social (bajos salarios, malas condiciones de trabajo, autoritarismo) o, incluso, ajenas a la empresa (desconsideración, inseguridad en la existencia, desprecio por el trabajo manual). En consecuencia, pensaba que bastaría con suprimir dichos obstáculos para que, siguiendo sus «instintos», los obreros encontraran la felicidad no *por* el trabajo, sino *en el* trabajo.

Ahora bien, como consecuencia de las reformas impulsadas por el movimiento socialista, la suerte de los obreros mejoró considerablemente en Europa. ¿Qué decir de los Estados Unidos, que tan bien conocía de Man, donde

---

2 Henri de Man (1885-1953) fue un teórico y dirigente socialista belga. En un primer momento se situó como defensor de un marxismo radical a la «izquierda» del partido. Si bien se había opuesto a la guerra anteriormente por «internacionalismo», en 1914, «empujado por un movimiento instintivo», se alista como voluntario y se convierte en oficial del ejército belga. En 1926 publica en Alemania su primera gran obra doctrinal: *Au-delà du marxisme (Zur Psychologie des Sozialismus)* [*Más allá del marxismo*] y, posteriormente, en 1927, *La joie au travail* [*El disfrute en el trabajo*]. Más tarde publica *Le Socialisme constructif* (1931) [*El Socialismo Constructivo*] y *L'idée socialiste* (1933) [*La idea socialista*]. En 1930, el Partido Obrero Belga (POB), debilitado por la crisis, hace un llamamiento a Henri de Man, que regresa a Bélgica. De Man concibe entonces el «plan de trabajo» que tiene por objetivo reunir a la clase obrera y a las clases medias en un amplio frente anticapitalista. A raíz de un vasto movimiento de movilización en torno al plan, el POB participa en 1935 en el gobierno de unidad nacional, dentro del cual de Man ocupa funciones de Ministro. El «planismo», concebido como «programa de transición», ejercerá una gran influencia entre los socialistas de los diferentes países europeos. En 1937, de Man se pronuncia a favor de un «socialismo nacional» y preconiza la necesidad para el movimiento socialista de abandonar la concepción burguesa y democrática del Estado en favor de una «democracia autoritaria». En 1940, siendo presidente del POB, aprueba la decisión del rey Léopold III de no acompañar al gobierno al exilio y, el 28 de mayo, redacta el manifiesto en el que, tras haber atribuido al fascismo una misión revolucionaria, disuelve el POB y llama a los militantes socialistas a unirse al futuro partido único del orden nuevo. Participa igualmente en la creación de un sindicato colaboracionista. Tras la guerra, en 1946 será condenado en rebeldía como colaborador en Bélgica. Muere en Suiza en 1953.

3 Véase De Man [1930].

las condiciones de vida y de trabajo de los obreros le parecían aún mejores? En realidad, pensaba de Man, los obstáculos para el disfrute en el trabajo ya han desaparecido o están en vías de hacerlo, pese a lo cual la clase obrera no desaparece.

Progresivamente, los obreros han salido de la exclusión y han llevado a cabo su entrada en la sociedad. En lo sucesivo, pensaba, se encuentran integrados y podrían fundirse en la clase media. Perdura, sin embargo, un problema: no son conscientes de ello. «*La reivindicación socialista de igualdad*, escribe de

Man en *Au-delà du marxisme*, *es la representación compensatoria de un complejo de inferioridad que proviene, debido a un largo desarrollo histórico, de las condiciones de vida de la clase obrera*». Según de Man, «*en último término, la inferioridad social de las clases laboriosas no reposa ni sobre una injusticia política, ni sobre un prejuicio económico, sino sobre un estado psicológico. La característica esencial de esta inferioridad es su propia creencia en dicha inferioridad. La clase obrera es inferior porque se siente inferiorizada; siendo lo contrario no más que apariencia*» [De Man, 1974: 101]. Las condiciones materiales de la vida en sociedad, reducidas a meras apariencias, son de este modo evacuadas del campo de análisis. Las únicas realidades son de orden subjetivo y se refieren a las disposiciones psicológicas y a la voluntad de los individuos.

Así pues, ya en el periodo de entreguerras, apoyándose en un examen de la condición obrera y a partir de una aproximación que, según su percepción, hacía hincapié en la psicología como ciencia nueva, Henri de Man preconizaba la desaparición, al menos potencial, de la condición obrera y la persistencia de la clase obrera aún estando ausente aquélla. Emancipándose de lo real —reducido en su análisis únicamente a las representaciones— de Man presenta la configuración paradójica de una clase obrera sin obreros.

6. Por el contrario, para Stéphane Beaud y Michel Pialoux, aunque todo su trabajo tiende a presentarnos la realidad actual de la condición obrera, parece, sin embargo, que no se pudiera hablar de la clase obrera. La condición obrera situada en el centro de su investigación es, en efecto, la de «después de la clase obrera». ¿Son tan siquiera obreros? «*Individuos*, responden Stéphane Beaud y Michel Pialoux, *que pueden ser todos designados como obreros, pero que lo son de manera tan diferente que podemos preguntarnos si el término tienen aún sentido*» [Beaud y Pialoux, 1999: 294]. Así, sirviéndose en ambos casos de relatos recogidos entre los obreros, mientras que de Man concluía con la existencia de una clase obrera en ausencia de condición obrera, Stéphane Beaud y Michel Pialoux deducen, por el contrario, la desaparición de la clase obrera a partir precisamente de la condición obrera.

Si bien el método de Stéphane Beaud y Michel Pialoux ha permitido este retorno sobre la condición obrera ¿se encuentran en condiciones igualmente de dar cuenta de modo simultáneo de la clase obrera? En lo relativo a la cualificación, sabemos que no es a partir de las operaciones que efectúa un obrero como podemos deducir su cualificación. Dicha cualificación se comprende, en primer lugar, en función de las valoraciones sociales realizadas sobre la diferenciación de los trabajos. Del mismo modo que su trabajo no basta para cualificar al obrero, su condición no basta tampoco para designar su clase. Si bien la figura del obrero está asociada al trabajo industrial, la clase obrera no se constituye hasta el momento en que los obreros se convierten en parte implicada en los antagonismos políticos. En otros términos, no se trata de una clase obrera unificada que se atribuye una expresión política, sino que, más bien al contrario, se da el caso de que, en determinados momentos históricos y pese a sus diversidades, se encuentra unificada a través de una concepción política. Es en el marco del Estado-nación donde el sindicalismo es reconocido y toma la forma de movimiento obrero.

Podemos considerar la formación de las clases de modo análogo al de las naciones. Como han demostrado numerosos autores, son los Estados quienes crean las naciones y no a la inversa.[4] ¿Acaso no fue Mazzini quien dijo a propósito de la unificación italiana: «Hemos construido Italia, ahora debemos construir a los italianos»? Del mismo modo, si bien la industria produjo las concentraciones obreras, fue necesario, entre otras cosas, que Proudhon les aportara un proyecto reformista y Marx un proyecto revolucionario, que la República les facilitara una perspectiva de ciudadanía y el Estado una de protección social, para que hubiera quien designara a la clase obrera como un actor central de la Francia industrial.

La formación de la clase obrera puede así comprenderse como resultado de las formas contradictorias de estatalización del asalariado. La unificación y consolidación de la clase obrera se realiza bajo la protección del Estado. La clase obrera se estabiliza geográfica, social y familiarmente. Accede de este modo a niveles elevados de consumo y seguridad. Sin embargo, lo hace en un proceso de subordinación y delegación a los sindicatos, partidos, mutualidades e instituciones de la seguridad social, hasta el punto de que dicha consolidación se lleva a cabo a costa de formas de delegación que la despolitizan. De este modo, se encontrará desarmada cuando se vea confrontada a las grandes ofensivas llevadas a cabo contra sus adquisiciones. En relación al incremento

---

4 Véase, a este respecto, Anderson [1983] y Hobsbawm [1990].

del paro durante la crisis de 1929, el movimiento obrero dará la imagen de «un gigante con pies de barro» [Vanthemsche, 1994]. Igualmente, frente al ascenso del nazismo, Daniel Guerin señalará el desmoronamiento como un «castillo de naipes» de la potente socialdemocracia alemana [Guerin, 1965]. Más cerca de nosotros, la derrota del laborismo británico frente a la ofensiva conservadora de los gobiernos presididos por Margaret Thatcher, o incluso el retroceso del sindicalismo frente a la crisis y el paro durante el último cuarto de siglo, pueden entenderse dentro de esta misma lógica. Hasta el punto de que por medio de relaciones caracterizadas unas veces por una complicidad conflictiva, otras por una oposición frontal, la clase obrera parece unificada o ausente, cuando no desestructurada o reestructurada, en un contexto definido por el Estado. Confrontada actualmente a un Estado que se oculta, se encuentra, al mismo tiempo, irreconocible y en una situación inédita. Consecuentemente, las formas de resistencia obrera que salpican toda la investigación de Stéphane Beaud y Michel Pialoux podrían leerse como el rechazo a delegar en la empresa moldeada por el «nuevo espíritu del capitalismo», aquello que, quizá menos que antes, los obreros delegan en los sindicatos y el Estado.

7. A pesar de las vacilaciones a las que nos acabamos de referir, la inspiración más novedosa del libro de Stéphane Beaud y Michel Pialoux puede apreciarse con claridad: los comportamientos de las personas estudiadas no son deducidos de posicionamientos arbitrarios que les dominarían, de actitudes consideradas primordiales, ni de ninguna otra construcción psicológica imaginada para la ocasión. El método de desciframiento se despliega precisamente a la inversa, tal y como demuestra el análisis de las reacciones de los obreros franceses hacia los inmigrantes.

Caracterizando como racismo a un conjunto de conductas y de expresiones hostiles hacia los extranjeros no se ha explicado aún nada, ni tan siquiera se ha designado de modo preciso su objeto. Adoptar este punto de partida no conduce sino a pobres especulaciones en las que se tratará de saber si el racismo consiste en el odio hacia el otro en tanto que otro, o bien en tanto que semejante. El proceder de nuestros autores trata, por el contrario, de restituir los antagonismos reales a lo largo de los cuales los grupos se constituyen al mismo tiempo que se oponen. Sin duda, algunos de quienes buscan todas sus explicaciones en las profundidades presupuestas del espíritu no querrán ver en este método más que una simplificación del problema planteado: se proyecta sobre la cotidianidad, se describe una escenificación del prejuicio racista que pretende ocupar el lugar de todas sus manifestaciones, se aborda una concepción del mundo bajo una de sus figuras circunstanciales, dirá quizá la opinión dominante. Sin embargo, si miramos con mayor detenimiento, comprobaremos que

el análisis de Stéphane Beaud y Michel Pialoux no simplifica el problema del racismo, sino que, por el contrario, lo precisa y lo amplia a las dimensiones de la condición obrera en su totalidad.

Nos demuestran, por ejemplo, el modo en que se anuda y desarrolla el conflicto con respecto a la educación. Los obreros franceses «de origen», tal y como suele decirse, esperan de la escuela que evalúe y sancione a los alumnos conforme a criterios lo más rigurosos posibles. Esperan, de hecho, que gracias a esta selección, sus propios hijos tengan una oportunidad para hacer reconocer sus capacidades, escapando así de la condición de sus padres. Desde su punto de vista, ciertamente, el éxito escolar dependería menos de las condiciones sociales y de la pedagogía de los enseñantes que de las cualidades innatas del alumno, cualidades que la escuela tiene como función primera detectar y desarrollar.

Esta concepción es probablemente difícil que sea compartida por los profesores, que saben por experiencia que prácticas tan ciegas como las pruebas y los exámenes terminarán por penalizar a los niños de las poblaciones más desprotegidas. La escuela marginalizaría así al hijo del inmigrante, quién, por su parte, se encuentra ya marginado en su trabajo y en la ciudad. El servicio público de educación no conduciría pues más que a reproducir y consolidar las desigualdades sociales. Es necesario resaltar a este respecto que la tesis según la cual, tanto en la escuela como en la sociedad, el destino de cada individuo es dirigido fundamentalmente, por capacidades congénitas es, evidentemente, defendida no sólo por la clase obrera, sino que es retomada incluso por determinados psicólogos. Sin duda, aquí y en otros lugares, sirve para conjurar una contradicción latente: los obreros franceses, en efecto, no se movilizarían probablemente contra la escuela si ésta contribuyera a confinar a los hijos de las familias extranjeras en las situaciones inferiores en las que ya se encuentran sus padres. Sin embargo, esperan que esta institución permita a sus propios hijos salir de su condición de origen. De modo confuso, sienten en este sentido estar aprovechándose de una ventaja relativa que no pueden justificar y que es, por otro lado, muy frágil. Como ocurre con otras categorías sociales mucho más favorecidas que ellos, se adhieren en consecuencia a la teoría que privilegia la importancia de la herencia de cualidades, pues ésta permite disimular la herencia de situaciones sociales.

Los enseñantes, por su parte, son incitados a reemplazar las valoraciones neutras por evaluaciones adaptadas o, más bien, tal y como dicen nuestros autores, negociadas con sus alumnos. Se trata para ellos de potenciar y motivar a quienes se encuentran imposibilitados por su origen, preservando, a fin de cuentas, lo que les parece que constituye la función primera de la enseñanza, es

decir, integrar a las nuevas generaciones en la Nación. De ahí los reproches más o menos explícitos que se dirigen contra ellos: los hijos de los inmigrantes no se verán ya previamente condenados a reencontrar en el seno de la clase obrera la posición inferior de sus padres, en tanto en cuanto estos niños, en detrimento quizá de otros, serán objeto de una atención particular que abolirá la regla de juego implícita, a saber: la impersonalidad de los procedimientos pedagógicos, cualidad ésta que los vuelve incuestionables.

Constatamos aquí que el compartido slogan de «igualdad de oportunidades» admite interpretaciones perfectamente contrarias. El análisis de Stéphane Beaud y Michel Pialoux muestra cómo esta diferencia de perspectiva alimenta un conflicto directo entre las familias francesas, sometidas a la tensión del esfuerzo por asegurar a sus hijos un porvenir que vaya más allá de su origen de clase, y las familias inmigrantes, quienes, evidentemente, no pueden concebir semejante proyecto. A juicio de los autóctonos, los extranjeros tienen demasiados hijos. ¿Es posible hacer un seguimiento de los jóvenes, motivarlos o financiar sus estudios sin limitar su número? Una familia numerosa, tal y como se encuentran en las poblaciones recién llegadas procedentes de sociedades aún agrarias, supone para sus vecinos instalados desde hace ya tiempo el signo de la despreocupación por parte de la pareja, o de su dejadez. En este sentido, los padres inmigrantes no ejercerían sobre los escolares las presiones que los padres franceses saben que necesitan. En efecto, es algo admitido entre los obreros que la inmovilidad forzada y el trabajo sobre las herramientas simbólicas suponen para el escolar ejercicios agotadores a los que no se somete más que en la medida en que se encuentra rigurosamente constreñido a ello. La negligencia de los padres inmigrantes provoca el riesgo de conducir pues a una desorganización general de la escuela, perjudicial a fin de cuentas para todos sus usuarios. ¿Cómo imponer a los niños disciplinas de las que alguno de sus camaradas se ven eximidos? La presencia de los inmigrantes parece así perturbar no sólo el taller, sino también la escuela y la vida cotidiana del barrio.

Desenmarañando la imbricación de intereses colectivos y estrategias individuales, los autores nos hacen comprender el dinamismo de las tensiones étnicas. ¿Debemos pues concluir que el término mismo de racismo no significa otra cosa que el resultado de los cálculos, de las ambiciones, de las reivindicaciones e, incluso, de los esfuerzos de comprensión de los diferentes grupos sociales? Se mostraría así con facilidad que cada conflicto particular no ha podido producirse sino en la medida en que el racismo lo preexistiría hasta cierto punto. Así pues, para dar cuenta enteramente de la permanencia de los actos xenófobos sería necesario aún poner en cuestión las justificaciones políticas asignadas a dichos actos, las transferencias de significación y frustración que operan en

ellos o incluso el uso hecho de estas conductas de cara a soldar solidaridades desfallecientes. No obstante, no estamos obligados a imaginar la existencia de una maldición social universal que condujera inexplicablemente a los grupos humanos los unos contra los otros. Aún cuando el análisis no nos proporcione ningún procedimiento político fácil y seguro para combatirlo, nos indica que es en los mecanismos más profundos de lo social donde se encontrarán los orígenes del racismo y que será únicamente modificando dichos mecanismos como se podrá intervenir sobre él.

8. La agudeza del análisis desarrollado por Stéphane Beaud y Michel Pialoux se apoya en gran medida en el abandono de algunos de los principios comúnmente admitidos en la investigación sociológica. Así, la investigación sobre los obreros de Sochaux-Montbéliard no pretende en modo alguno ser representativa de ningún conjunto, ni siquiera preparar estudio comparativo alguno. No trata de aislar un elemento explicativo, la técnica, por ejemplo, o la política, cuyo desarrollo acompañaría o precedería el de las condiciones del empleo y de la organización del trabajo. La investigación no aspira tampoco a poner en evidencia por medio de una red de conceptos precisos, el mantenimiento, estrechamiento o desagregación de la clase obrera.

Evidentemente, es imposible extraer de los resultados de la investigación argumento alguno que afirme la pertinencia o la insignificancia de nociones que no son definidas en dicha investigación, y, en particular, sobre la noción de clase obrera. No es posible, en efecto, toparse con semejante clase de manera improvisada, sin haber puesto en marcha el dispositivo apropiado para ello. Como el resto de realidades sociológicas, los fenómenos que componen una clase, o que se piensan a través de dicho término, no pueden revelarse si no se les acompaña de un instrumento de observación apto para aferrarlos en su temporalidad, sus espacios y sus desarrollos propios. En este sentido, tal y como se ha dicho, el individuo no es una entidad privilegiada más que porque es aprehensible en el marco de una experiencia física cotidiana, pero esta visibilidad superior no le asegura una significación crucial en el análisis.

Después de todo, la división en clases de la colectividad que se estudia es una de las técnicas más comunes y naturales de la sociología. Es peligrosa más por la facilidad con la que permite ser puesta en marcha de manera descuidada que por sus implicaciones teóricas presupuestas. A menudo puede conducir tanto a divisiones sin valor explicativo alguno, como a descubrir tipos multidimensionales o complejos relacionales. Stéphane Beaud y Michel Pialoux muestran cómo, en los sectores de Peugeot y en los barrios de Montbéliard que examinan, existen maneras de ser, tipos de trabajos y de comportamientos que una

larga tradición nos autoriza a considerar como característicos de la condición obrera. Nada pues más sencillo que deducir de ahí una clase que deberá ser denominada obrera: bastará con reagrupar el conjunto de personas que, en el seno de la población francesa, compartan dicha condición.

¿Pero qué hacer con las personas que no se adaptan más que a una parte de los criterios retenidos? La dependencia en el trabajo, la inseguridad en el empleo, la impotencia individual para modificar las condiciones y las formas de su empleo, la remuneración medida en relación al tiempo de trabajo, la dificultad de los descendientes para salir de la posición de sus padres, estas características no se encuentran agrupadas en todas las ocasiones. ¿Qué hacer entonces? ¿Multiplicar las clases sociales para dar cuenta de la variedad de situaciones y agruparlas diferenciadamente, por aquí los asalariados autónomos, por allá quienes disponen de un estatuto fijo, en otro lugar los mejor pagados? Se llegaría así a tener que describir clases obreras múltiples, tal y como era la regla en el siglo XIX. ¿O debemos acaso rechazar esta fragmentación indefinida que paraliza el análisis? En este caso, no se reconocerá, por ejemplo, como clases sociales reales más que a los reagrupamientos discernibles que se constituyen en los polos de las relaciones colectivas y que son los agentes del desarrollo o de la transformación de dichas relaciones.

Las clases más englobantes que se pudieran formar serían entonces aquellas que se constituirían de un lado a otro de la relación salarial. En esta oposición, los grupos sociales serían casi únicamente las figuras sociales correspondientes a las categorías económicas de capital y trabajo, consideradas, sin embargo, desde el limitado punto de vista de un Estado particular. Las clases identificadas de este modo no actúan evidentemente a cada instante y en cada espacio de la producción. No obstante, están bien lejos de resultar insignificantes. De hecho, no es posible examinar situación industrial alguna, ni ninguna relación entre un empleado y un empleador, sin reencontrar inmediatamente la huella de los paradigmas que sus enfrentamientos colectivos, las movilizaciones, las resistencias, los compromisos, han formado y fijado a lo largo de toda nuestra historia. Se constata así, una vez más, que la acción de las clases es más original y explicativa que la de los individuos.

9. ¿Qué queda de la idea de una clase obrera naturalmente homogénea y unificada actuando en el interior de un Estado dado sin desmentirse, encarnando en cada una de sus aspiraciones, en cada uno de sus gestos, un proyecto político coherente, el proyecto del socialismo? Evidentemente, esta quimera no era, a fin de cuentas, más que la creación y la justificación del partido, también por su parte único, que pretendía estar a su servicio.

Esta tesis sedujo a muchos analistas, situados incluso más allá del movimiento comunista oficial. En efecto, suponía que el sistema capitalista se descompone en colectivos estables, exclusivos, que dispondrían ya de los caracteres de sujetos de derecho y, por lo tanto, listos para ser legalizados, bajo la forma de agentes sociales en unos casos o de grupo dirigente en otros. Imagen satisfactoria para buen número de investigadores que se ven tentados a concebir las clases de hoy bajo el modelo de los diferentes estados del Antiguo Régimen, donde estatutos diferenciados sancionaban legalmente actividades específicas. Adoptando esta perspectiva, la sociología se aproximaría de algún modo al modelo de las ciencias naturales, cuyos objetos pueden parecer ajenos al modo de asirlos, desbordando los métodos por los cuales se les hace aparecer. ¿No es común a nuestra disciplina el que se confundan fácilmente las nociones de clase dirigente, de clase dominante, de clase superior y de clase capitalista, o que se imagine entre ellas continuidades, filiaciones y transposiciones que simulan una historia?

Con todo, el éxito de la teoría estalinista se basa, sobre todo, y sin lugar a dudas, en que parece resolver de una vez por todas los problemas de la acción política y del socialismo. Presuponiendo la existencia de un proletariado homogéneo que encarna en todo momento el conjunto de tensiones del asalariado, y reduciendo oportunamente este proletariado a las dimensiones del espacio nacional, se declara reunidas y coherentes de un plumazo todas las exigencias que los programas de otros partidos y sindicatos obreros se esfuerzan penosamente por conciliar. El proletariado, convertido en una entidad mítica, no tiene ya problema alguno para llevar a cabo sin dividirse la defensa cotidiana de sus miembros y, al mismo tiempo, la ofensiva general contra el Estado. Podría adoptar la forma de una administración, e instituirse como sindicato, o mutualidad de asalariados en la seguridad social, sin dejar por ello de ser pura energía revolucionaria. Combatiendo el capitalismo, el proletariado mismo se apropiará pronto de las propias organizaciones de dicho régimen —el Estado, la empresa— y, sin transformarlas, las doblegará para sus propios objetivos. De este modo, en esta mistificación estalinista, la práctica y la teoría de la acción política se encuentran conciliadas previamente, presente y futuro trabados sin impedimento alguno y la marcha hacia el socialismo asegurada, ya que en ocasión nos topamos ante el mismo e inmutable sujeto de la historia.

No perdemos nada con la denuncia de esta leyenda que apenas disimulaba una práctica puramente estatal. Los problemas políticos y estratégicos que algunos creen descubrir hoy se encontraban ya planteados ayer, permaneciendo ocultos o desnaturalizados por el estalinismo. Para abordarlos, será necesario habituarnos a buscar en la explotación de lo social algo más que la sombra

del Partido. Los análisis que requerimos no pueden provenir ni de una escolástica estéril, atada a la literalidad de las tesis de Marx, ni de una explotación indefinida del mundo social, declarado inagotable de modo arbitrario, rebelde a toda explicación y, por supuesto, a toda acción política. Stéphane Beaud y Michel Pialoux nos recuerdan que es tratando de formular y aclarar las dificultades que la teoría aporta a la investigación y, recíprocamente, la observación a la teoría, como podemos esperar avanzar.

Bibliografía:

ANDERSON, BENEDICT (1983), *Imagined Communities*, Londres, Verso. [ed. cast.: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la diferencia del nacionalismo,* 1993 México, Fondo de Cultura Económica].

BEAUD, STÉPHANE Y PIALOUX, MICHEL (1999), *Retour sur la condition ouvrière: en quête aux usines Peugeot de Sochaux-Montbéliard*, París, Fayard.

DE MAN, HENRI (1930), *La joie au travail*, París, Librairie F. Alcan, y Bruselas, L'Églantine.

__________ (1974) , *Au-delà du marxisme* (1ª edición: 1926), París, Seuil.

GUERIN, DANIEL (1965), *La peste brune*, París, Maspéro. [ed. cast.: *La peste parda.* 1977, Madrid, Fundamentos].

HOBSBAWM, ERIC J. (1990), *Nations et nationalismes depuis 1780*, París, Gallimard. [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo desde 1780.* 1995, Barcelona, Crítica].

LE GOFF, JEAN PIERRE (2000), *Les Illusions du management*, nueva edición, París, La Découverte.

VANTHEMSCHE, GUY (1994), *Le chômage en Belgique*, Bruselas, Labor.

Capítulo 9

Repensando a Marx (en un mundo post-marxista)*

Moishe Postone**

I

La sociología surgió como una teoría de la sociedad capitalista moderna y ha sido la única disciplina en ciencias sociales que mantiene su relación con el problema de la sociedad como totalidad.[1] Podríamos añadir que lo hace en la medida en que se conserva en permanente diálogo con, y apropiación de, las teorías sociales clásicas.

Si la tarea de la teoría social es dilucidar la naturaleza básica de nuestra sociedad y el carácter de su desarrollo histórico, la teoría social clásica puede ser caracterizada como una teoría que todavía tiene cosas que decirnos [Habermas, 1984: XI] –teoría lo suficientemente rica y compleja como para que releerla y retrabajarla pueda ayudarnos a iluminar los rasgos distintivos generales de nuestro universo social. Tal teoría, que se vuelve particularmente importante durante períodos de transformación estructural fundamentales, resulta central para nuestros intentos en curso de formular un entendimiento adecuado de nuestro mundo y no debe ser relegada a la prehistoria de la sociología. Aunque, ciertamente, la cuestión de la posible relevancia de una teoría tal para los fenómenos contemporáneos puede ser planteada, debe hacerse en un nivel analítico diferente de aquel en que se desarrollan la mayoría de las

* Publicado originariamente en Postone, Moishe (1998): «Rethinking Marx (in a Post-Marxist world)», en Camic, Charles (Ed.), *Reclaiming the Sociological Classics*, Cambridge, Mass Blacwell Publishers.

** Me gustaría agradecer a Nicole Jarnagin Deqtvaal por su inestimable retroalimentación crítica.

1 Esta formulación es de Jürgen Habermas. Ver Habermas [1984: 5].

agendas de investigación habituales, ya que la teoría clásica interroga el marco social básico que estas últimas tienden a presuponer.

Una interrogación fundamental tal, acerca de nuestro contexto histórico y social, resulta especialmente importante hoy. Las transformaciones históricas de las sociedades industrializadas avanzadas y del orden global en las dos últimas décadas han transformado significativamente la naturaleza de nuestro mundo. Este período se ha venido caracterizando por el retroceso de los Estados del bienestar en el Oeste capitalista y por el colapso o la metamorfosis fundamental de los partidos de Estado burocráticos en el Este comunista —más generalmente, por el debilitamiento de los Estados nacionales como entidades económicamente soberanas— y la reemergencia, aparentemente triunfante, de un capitalismo de mercado desregulado. Se han observado también transformaciones en la estructura social del trabajo, doméstica e internacionalmente hablando, el declive del movimiento obrero clásico, la emergencia de nuevos movimientos sociales, el resurgimiento de nuevos movimientos tanto democráticos como nacionalistas, y la creciente importancia de los medios globales de comunicación y de las redes financieras internacionales.

Como entre estos cambios ha estado el dramático colapso y la disolución final de la Unión Soviética y del comunismo europeo, han sido interpretados como la señal del fin histórico del marxismo y, más generalmente, de la relevancia teórica de la teoría social de Marx. Sin embargo, precisamente porque las recientes transformaciones históricas han revalorizado la importancia central para la teoría social de las problemáticas de las dinámicas históricas y de las transformaciones estructurales a gran escala, un renovado encuentro con la teoría crítica de la modernidad de Marx, podría, desde mi punto de vista, contribuir de forma importante al proceso de confrontación teórica con nuestro universo social. Pero no únicamente, como señaló Daniel Bell, porque cualquier consideración seria de la transformación social deba necesariamente pasar por la poderosa teoría del desarrollo histórico de Marx [Bell, 1973: 55-56] sino, también, porque las dos décadas pasadas suelen ser vistas como marcando el fin de un período de organización de la vida social y económica centrado en el Estado, cuyos orígenes pueden localizarse en la Iª Guerra Mundial y en la Revolución Rusa —un período aparentemente caracterizado por la primacía efectiva de la política sobre lo económico—, y la reemergencia manifiesta de la centralidad social de procesos económicos cuasi-automáticos. Es decir, las recientes transformaciones históricas sugieren la importancia de un renovado interés teórico por el capitalismo.

Sin embargo, también sugieren que si una teoría crítica del capitalismo quiere resultar adecuada al mundo contemporáneo debería diferir de la tradicional crítica marxista al capitalismo en aspectos básicos e importantes. Y voy

a argumentar que la teoría social del Marx maduro provee el punto de partida para, precisamente, una teoría crítica reconceptualizada del capitalismo. Esbozaré algunos aspectos de una reinterpretación de la teoría social del Marx maduro que reconceptualiza su análisis de la dinámica básica del capitalismo —sus relaciones sociales, formas de dominación y dinámica histórica— de manera que rompe en lo esencial con los enfoques marxistas tradicionales. Esta reinterpretación puede ayudar a iluminar los elementos estructurales esenciales y a captar la dinámica histórica de la sociedad industrial avanzada contemporánea proveyéndonos de una crítica básica del marxismo tradicional, reformulando la relación de la teoría marxiana con otras importantes corrientes de la teoría social.

II

La interpretación que voy a esbozar se levanta a partir del reciente interés académico por Marx pero intenta, también, cambiar fundamentalmente los términos en los que el capitalismo es conceptualizado. Tras el período de treinta años en el que, por un lado, las lecturas de Marx y de la teoría marxiana han sido reglamentadas por la ortodoxia estalinista y, por el otro, comprendidas de forma reduccionista y rechazadas como «ideología comunista» en los países capitalistas occidentales, el proceso de desestalinización, el reflujo de la primera ola de la Guerra Fría, y la reemergencia de los movimientos radicales en los años sesenta, han contribuido a renovar el interés por los trabajos de Marx —especialmente por los manuscritos que eran desconocidos para el marxismo clásico— tales como los *Manuscritos Económico-filosóficos de 1844* y los *Grundrisse* [Bottomore, 1983: 103-141]. Esto ayudó a generar una gran cantidad de nueva erudición en Marx y ha promovido la apropiación teórica de pensadores marxistas occidentales —muchos de los cuales habían sido marginados en ambos lados, Este y Oeste— como Georg Lukács, Karl Korsch, Antonio Gramsci, Max Horkheimer y Theodor Adorno.[2] Al mismo tiempo, nuevos trabajos mayores empezaban a ser escritos por teóricos como Jean-Paul Sartre, Henri Lefebvre, Louis Althusser, Adorno, Herbert Marcuse, Jürgen Habermas y Alfred Schmidt.[3]

Este intenso *revival* académico de la teoría marxiana tomó un gran variedad de caminos teóricos, algunos parcialmente coincidentes, otros fuertemente

2 Ver Lukács [1971]; Korsh [1971]; Gramsci [1972]; Adorno y Horkheimer [1972].

3 Ver, por ejemplo, Sartre [1982-1991]; Lefebvre [1968]; Althusser [1970]; Althusser y Balibar [1970]; Adorno [1973]; Marcuse [1964ª]; Habermas [1973a]; Habermas [1971]; Schmidt [1971].

divergentes —incluyendo lecturas «humanistas» de Marx focalizadas en su teoría de la alienación y enfatizando la práctica humana y la subjetividad,[4] trabajos centrados en las dimensiones hegelianas del pensamiento de Marx,[5] las exploraciones de la Escuela de Frankfurt sobre la relación histórica de la psicología y la sociedad y las transformaciones de la cultura en el capitalismo del siglo XX,[6] y la crítica estructuralista al concepto de sujeto.[7] (Para muchos comentaristas, como Tom Bottomore y Alvin Gouldner, el *revival* y posterior desarrollo del pensamiento marxiano en los años sesenta y setenta pude ser descrito en los términos de una oposición subyacente entre la Teoría Crítica y el marxismo estructuralista).[8]

No obstante, a pesar de este florecimiento de la teoría marxiana, la comprensión de Marx que continuó predominando en la sociología norteamericana no se apropió, en su mayor parte, de estos nuevos trabajos y de sus implicaciones y, por el contrario, tendió a asimilar conceptos discutidos en ellos (como el de «alienación») desde marcos interpretativos previos.[9]

---

4 Ver, por ejemplo, Mészáros [1970]; Ollman [1976].

5 Ver, por ejemplo, Hyppolite [1969]; Avineri [1968].

6 Ver, por ejemplo, Marcuse [1955]; Adorno y Horkheimer [1972].

7 Ver Althusser [1970].

8 Sus tratamientos de la oposición entre estas dos aproximaciones teóricas, no obstante, no resultan completamente adecuados. La caracterización de Bottomore de la oposición como una oposición entre el énfasis de la Teoría Crítica en las formas culturales de dominación y los intentos estructuralistas de establecer la cientificidad de Marx ni le hace justicia a la noción de totalidad de la Teoría Crítica, ni al énfasis de Althusser en la ideología [Bottomore, 1983: 126-129]. Por otro lado, Gouldner describe esa oposición como una oposición entre aproximaciones objetivistas y subjetivistas, identifica la tradición marxista hegeliana con la última, y enraíza esa oposición en una tensión interna dentro del trabajo de Marx [Gouldner, 1980]. Esto, no obstante, pasa por alto que los miembros de la Escuela de Frankfurt intentaban superar teóricamente la dicotomía entre objetivismo y subjetivismo. Lo hicieron sobre la base de una posición similar a la expresada por Shlomo Avineri quien rechazaba enérgicamente la dicotomía que Gouldner, entre otros, hacía entre un joven Marx, «humanista» e «idealista», y un viejo Marx, «determinista» y «materialista» y señalaba que, para Marx las circunstancias objetivas mismas eran el resultado de la actividad humana [Avineri, 1968: 63-64].

9 Ver, por ejemplo, Collins [1994]. Se ha dicho que mientras que teóricos como Lukács y Avineri distinguían entre Marx y Engels en orden a subrayar las diferencias entre el sofisticado análisis del capitalismo de Marx y las corrientes marxistas ortodoxas, Collins procede desde la misma distinción en orden a afirmar las posiciones más «ortodoxas» de Engels (en tanto que contribuciones muy productivas en la, así llamada, tradición del conflicto) y despreciaba los *Grundrisse* y *El Capital* como trabajos de tecnología económica enraizados en «mistificaciones» hegelianas [Collins, 1994: 118, nota a pie 1]. Para una aproximación que persigue una apropiación más común de los trabajos de Marx, ver Alexandre [1982: 11-74, 163-210, 328-370].

Además, aunque en el pasado reciente algunos intentos importantes han sido acometidos para repensar la teoría social de Marx en aspectos fundamentales,[10] buena parte de los nuevos discursos sobre Marx, a pesar de su remarcable nivel de sofisticación, han permanecido encerrados dentro de los límites de la comprensión del marxismo tradicional respecto del capitalismo. Estos límites han debilitado y socavado el poder teórico de la reciente vuelta a Marx.

Por «marxismo tradicional» no me refiero a una tendencia específica en el marxismo, como, por ejemplo, la ortodoxia marxista de la Segunda Internacional sino, más generalmente, a todos los análisis que comprenden el capitalismo —y sus relaciones sociales básicas— esencialmente en términos de relaciones de clase estructuradas por una economía de mercado y por la propiedad y el control privados de los medios de producción, y entienden sus relaciones de dominación fundamentalmente en términos de dominación y explotación de clase. Dentro de este marco interpretativo general el capitalismo es caracterizado por una dinámica histórica (conducida por el conflicto de clase, la competencia capitalista o el desarrollo tecnológico)[11] que da nacimiento a una creciente contradicción estructural entre las relaciones sociales básicas de esta sociedad (interpretadas como la propiedad privada y el mercado) y las fuerzas productivas (interpretadas como el modo industrial de producción).[12] Cuando la contradicción capitalista es entendida en estos términos, la posibilidad

10 Ver, por ejemplo, Harvey [1982]; Murria [1988]; Sayer [1979]; Sayer [1987].

11 G. A. Cohen, cuya perspectiva permanece mayormente dentro de los límites del marxismo tradicional, ha argumentado de manera convincente que, aunque la lucha de clases y la explotación son aspectos importantes del cambio histórico, por sí mismas no explican la trayectoria permanente del desarrollo histórico. La concepción de Cohen de una dinámica histórica intrínseca, no obstante, es una concepción transhistórica (mientras que, como argumentaré más adelante, una dinámica tal debe ser comprendida como un aspecto históricamente específico del capitalismo mismo). Es incapaz de fundamentar esa dinámica en términos históricamente específicos y, por consiguiente, en términos sociales, en vez de ello conceptualiza la historia en términos de un desarrollo evolutivo de la tecnología [Cohen, 1986a: 12-22]. El problema de la mayoría de las críticas al determinismo tecnológico, no obstante, es que usualmente tratan de recuperar la posibilidad teórica de la acción social en referencia bien a la lucha de clases o bien dentro del marco del individualismo metodológico, ninguno de los cuales puede explicar lo que Cohen trata de dilucidar, concretamente, una dinámica histórica direccional (ver, por ejemplo, la crítica de Jon Elster a Cohen, en Elster [1986: 202-220]. Argumentaré que la dinámica histórica específica del capitalismo puede ser explicada con referencia a las formas peculiares de mediación social expresadas por las categorías de «mercancía» y de «capital», categorías que no pueden ser reducidas en términos de clase.

12 Esta comprensión de las fuerzas productivas y las relaciones de producción es central para la lectura tradicional del análisis de Marx del capitalismo. Se trata de una comprensión que es compartida por autores tan dispares como Richard Flacks, Anthony Giddens, Ernest Mandel y Neil Smelser. Ver Flacks [1982: 9-52]; Giddens [1995: xii-xv]; Mandel [1978: 14-15]; Smelser [1973: vii-xxxviii].

de su superación histórica es comprendida —implícita o explícitamente— en términos de propiedad colectiva de los medios de producción y de planificación económica en un contexto industrializado, es decir, en términos de un modo de distribución justo y conscientemente regulado que sería el adecuado a la producción industrial. Esta última, por su parte, no es objeto de análisis crítico alguno; es vista como un proceso técnico que es utilizado por los capitalistas para sus fines particulares pero que es intrínsecamente independiente del capitalismo y que podría ser utilizada en beneficio de todos los miembros de la sociedad.[13]

La contradicción estructural del capitalismo es expresada, en otro nivel, como la oposición de clase entre la clase capitalista, que posee y controla la producción, y el proletariado, que crea la riqueza de la sociedad con su trabajo.[14] Esta oposición es la oposición entre intereses particulares y universales y es histórica: mientras que la clase capitalista es la clase dominante en el orden social presente, la clase obrera está enraizada en la producción industrial y, por ello, en la fundación histórica de un nuevo orden socialista.

Este planteamiento esta ligado a una determinada lectura de las categorías básicas de la crítica de Marx a la economía política. Su categoría de valor, por ejemplo, ha sido generalmente interpretada como un intento de mostrar que la riqueza social ha sido siempre y en todas partes creada por el trabajo humano y que, en el capitalismo, el trabajo subyace tras el modo de distribución cuasi-automático, mediado por el mercado. Su teoría del plusvalor, de acuerdo con estos puntos de vista, perseguiría demostrar la existencia de la explotación

13 Harry Braverman rompe de manera decisiva con estas posiciones que afirman el proceso de producción cuando analiza el proceso de producción mismo como estructurado por el capitalismo. Tal análisis implica que la comprensión tradicional del capitalismo debe ser repensada, pero Braverman no lleva estás implicaciones mucho más lejos. Ver Braverman [1974]. Trataré de mostrar que una lectura muy diferente de la naturaleza del capitalismo podría proveer las bases teóricas para el análisis del proceso de trabajo de Braverman.

14 Se ha dado el caso de que algunos analistas, como Herb Gintis, han ampliado el foco de la crítica tradicional del capitalismo enfatizando, a la hora de describir el capitalismo, el problema del control sobre los productores más que el de la propiedad privada (lo cual podría servir para una crítica de las que han venido siendo nombradas como las sociedades del «socialismo realmente existente»). No obstante, su perspectiva es fundamentalmente una variación del análisis tradicional. Su control se focaliza en la distribución desigual (de la riqueza y el poder) y no en la organización del trabajo y en la naturaleza de la producción y la manera en la que resultan estructuradas y reestructuradas (por ejemplo, «controladas») por la dinámica histórica capitalista. Una objeción similar puede plantearse respecto de los intentos de Richard Wolf y Stephen Resnick de focalizarse en el tema de la apropiación del excedente en orden a analizar la Unión Soviética como una estructura estatal capitalista. Ver Gintis [1982: 58-60]; Resnick y Wolf [1995: 323-333].

mostrando que el producto excedente es creado únicamente por el trabajo y, en el capitalismo, es la clase capitalista la que se apropia de él. Dentro de este marco general, entonces, la teoría del valor trabajo de Marx, es en primer lugar y sobre todo, una teoría de los precios y de los beneficios; sus categorías son categorías de la explotación de clase y del mercado.[15]

En el corazón de esta teoría se sitúa una comprensión transhistórica —y de sentido común— del trabajo como actividad mediadora entre los hombres y la naturaleza, que transforma la materia en materia dirigida a objetivos, y que es la condición de la vida social. El trabajo, así entendido, es supuesto como la fuente de la riqueza de toda sociedad y, como tal, aquello que subyace tras todo proceso de constitución social; constituye lo universal y verdaderamente social [Mészáros, 1970: 79-90; Avineri, 1968: 76-77]. En el capitalismo, no obstante, el trabajo está demasiado oculto por relaciones particularizadas y fragmentadas como para resultar completamente realizado. La emancipación, entonces, se realiza en una forma social en la que el «trabajo» transhistórico, liberado de las cadenas del mercado y de la propiedad privada, emerge abiertamente como el principio regulador de la sociedad. (Esta noción, desde luego, está ligada a una revolución socialista entendida como «autorrealización» del proletariado).

Dentro de este marco básico de lo que he denominado el «marxismo tradicional», han coexistido un amplio rango de diferentes aproximaciones teóricas, metodológicas y políticas. No obstante, en último término, todas ellas conservan la asunción básica en lo referente al trabajo, y las características esenciales del capitalismo y del socialismo esbozadas anteriormente, permaneciendo encerradas dentro del marco del marxismo tradicional. Este ha sido también el caso de las dos corrientes dominantes en las interpretaciones recientes de Marx —el estructuralismo y la teoría crítica. Althusser, por ejemplo, formuló una crítica epistemológicamente sofisticada y mordaz del «idealismo del trabajo» —de la noción tradicional de que el trabajo es la fuente de toda la riqueza— y de la subsiguiente concepción de los individuos como sujetos. En su lugar introdujo la noción de relaciones sociales como estructuras que resultan irreducibles a la intersubjetividad antropológica. No obstante, su focalización en la cuestión del excedente en términos de explotación, así como en la dimensión «material»,

15 Ver, por ejemplo, Dobb [1940: 70-71]; Cohen [1988: 209-238]; Elter [1985: 127]; Gintis [1982]; Roemer [1981: 158-159]; Steedman [1981: 11-19]; Meek [1956]; Sweezy [1968: 52-53]. Elster, Gintis, Roemer y Steedman son críticos con la teoría del valor de Marx porque, afirman, que el equilibrio de los precios y de los beneficios puede ser explicado sin hacer referencia a esa teoría. Argumentaré que el objeto del análisis de Marx era diferente al que asumen como tal este tipo de interpretaciones.

física, de la producción, están fundamentalmente relacionadas con lo que sería una comprensión tradicional del capitalismo [Althusser y Balibar, 1970: 145-154, 165-182].

Y aunque varios análisis económicos, políticos, sociales, históricos y culturales que han sido generados dentro del marco tradicional hayan resultado muy poderosos y perspicaces, las limitaciones del marco mismo empezaron a resultar discernibles frente a desarrollos históricos tales como el nacimiento del capitalismo estatalista—intervencionista y el «socialismo realmente existente».

Se han vuelto cada vez más evidentes con el crecimiento de la importancia del conocimiento científico y de la tecnología avanzada en los procesos de producción, incrementando las críticas al progreso tecnológico y al crecimiento, y con el incremento de la importancia de otro tipo de identidades sociales, diferentes de las identidades de clase. Además, teóricos sociales clásicos como Weber y Durkheim ya habían argumentado, con el cambio de siglo, que una teoría crítica del capitalismo —entendida en términos de relaciones de propiedad— resultaba demasiado estrecha para captar los rasgos fundamentales de las sociedades modernas.

Es frente a este trasfondo histórico como puede entenderse mejor la trayectoria de la otra corriente central en los análisis marxianos: la Teoría Crítica. Aunque este grupo de aproximaciones ha sido frecuentemente interpretado como relativo a la, así llamada, «superestructura» (Estado y cultura) en orden a explicar porqué los obreros no han hecho la revolución [Willey, 1987: 8-11], consideraré brevemente esta corriente teórica en otros términos —como un intento de reconceptualizar una teoría crítica del capitalismo adecuada al siglo XX que perseguía ir más allá de las limitaciones del marxismo tradicional, pero que mantenía algunas de sus presuposiciones básicas.

Respondiendo tanto a los cambios históricos a gran escala del siglo XX como a críticas tales como las de Weber y Durkheim, un número de teóricos dentro de los límites de la tradición marxista —notablemente Georg Lukács, así como otros miembros de la Escuela de Frankfurt de Teoría Crítica— intentaron desarrollar una teoría social crítica que pudiese superar las limitaciones del paradigma tradicional y resultar más adecuada ante estos desarrollos históricos. Estos teóricos procedieron desde la base de una sofisticada comprensión de la teoría de Marx, a la que no consideraban exclusivamente como una teoría de la producción y de la estructura de clases y, menos aún, como una teoría exclusivamente económica. Por el contrario, la trataron como un análisis crítico de las formas culturales tanto como de las estructuras de la sociedad capitalista, y como una teoría que también trataba de captar las relaciones

entre teoría y sociedad de una forma autorreflexiva. Es decir, veían esta teoría como un intento de analizar su propio contexto social —la sociedad capitalista— de manera que explicase reflexivamente la posibilidad de su propio punto de vista. (Este intento reflexivo de fundamentar socialmente la posibilidad de una teoría crítica es, al mismo tiempo, un intento de fundamentar la posibilidad de una acción social antagonista y transformadora).

Partiendo de la base de su compleja comprensión de la teoría de Marx estos pensadores perseguían responder a la transformación histórica del capitalismo desde su forma de mercado a su forma burocrática, a un capitalismo centrado en el Estado, reconceptualizando el capitalismo mismo. No obstante, como resultado de algunas de sus asunciones teóricas, tanto Lukács como otros miembros de la Escuela de Frankfurt no fueron capaces de realizar completamente su objetivo teórico de desarrollo de un análisis del capitalismo adecuado al siglo XX. Por un lado, reconocieron las inadecuaciones de una crítica teórica de la modernidad que definiese el capitalismo exclusivamente en los términos en los que era definido en el siglo XIX —esto es, en los términos de mercado y propiedad privada de los medios de producción. Por el otro, permanecieron ligados a algunas de las asunciones de ese tipo de teoría.

Esto puede verse claramente en el caso del Lukács de *Historia y conciencia de clase*, escrito a principios de 1920, en el cual persigue reconceptualizar el capitalismo sintetizando a Marx y Weber [Lukács, 1971: 83-222]. Asume la caracterización de Weber de la sociedad moderna en términos de un proceso histórico de racionalización, e intenta insertar este análisis en el marco del análisis de Marx de la forma mercancía como principio estructural básico de la sociedad capitalista. Fundamentando el proceso de racionalización de esta manera, Lukács perseguía mostrar que lo que Weber describió como la «jaula de hierro» de la vida moderna no es el necesario punto de llegada de ninguna sociedad moderna, sino una función del capitalismo —y, por ello, susceptible de ser transformado. Al mismo tiempo, la conceptualización del capitalismo implicada en este análisis es mucho más amplia que la de un sistema de explotación basado en la propiedad privada y en el mercado; e implica que este último no es fundamentalmente el rasgo principal del capitalismo.

No obstante, el intento de Lukács por conceptualizar el capitalismo postliberal era profundamente inconsistente. Cuando trataba la cuestión de la posible superación del capitalismo recurría a la noción del proletariado como el Sujeto revolucionario de la historia. Esta idea, no obstante, sólo tiene sentido si el capitalismo es definido esencialmente en términos de propiedad privada de los medios de producción y si el trabajo es considerado como el punto de vista

de la crítica. Así pues, a pesar de que Lukács reconocía que el capitalismo no podía ser definido en los términos tradicionales si su crítica pretendía resultar adecuada como crítica de la modernidad, socavaba su propia perspicacia histórica al continuar considerando el punto de vista de la crítica, precisamente, en esos términos tradicionales, es decir, en términos de proletariado y, de manera análoga, en términos de una totalidad social constituida por el trabajo.

Las aproximaciones desarrolladas por los miembros de la Escuela de Frankfurt pueden también ser comprendidas en términos de una tensión entre el reconocimiento de que el marxismo tradicional resulta inadecuado como teoría para el capitalismo del siglo XX, y el mantenimiento de algunos de sus presupuestos básicos concernientes al trabajo. Por ejemplo, frente a desarrollos históricos tales como el triunfo del nacionalsocialismo, la victoria del estalinismo y el incremento general del control del Estado en Occidente, Max Horkheimer llega a la conclusión, en 1930, de que aquello que antes caracterizaba al capitalismo —el mercado y la propiedad privada— ya no constituía su principio organizativo esencial [Horkheimer, 1978: 95-117]. No obstante lo cual, no procedió, sobre la base de esta intuición, a la reconceptualización de las relaciones sociales fundamentales que caracterizan al capitalismo. Por el contrario, manteniendo la concepción tradicional de estas relaciones y de la contradicción del capitalismo (como la contradicción entre el trabajo, por una parte, y el mercado y la propiedad privada, por la otra), Horkheimer argumentaba que la contradicción estructural del capitalismo había sido sobrepasada; la sociedad se encontraría ahora directamente constituida por el trabajo. Lejos de significar una emancipación, este desarrollo había conducido, por el contrario, a un grado más elevado de falta de libertad en la forma de una nueva forma de dominación tecnocrática.

De acuerdo con Horkheimer esto indicaba, no obstante, que el trabajo (que él continuaba conceptualizando en términos tradicionales, transhistóricos) no podía ser considerado como la base de la emancipación sino que, más bien, debía ser entendido como la fuente de la dominación tecnocrática. La sociedad capitalista, en sus análisis, ya no poseía en lo sucesivo una contradicción estructural; se había convertido en unidimensional —una sociedad gobernada por la racionalidad instrumental sin ninguna posibilidad de crítica o transformación fundamentales.

Es porque Horkheimer mantenía algunas de las presuposiciones básicas del marxismo tradicional, como su comprensión del trabajo y de la contradicción básica del capitalismo, por lo que sus intentos de superar sus límites resultaban problemáticos. No habiendo elaborado una concepción alternativa de las

relaciones sociales básicas del capitalismo, no podía realmente justificar su caracterización de la sociedad moderna como capitalista, dada su afirmación de que el mercado y la propiedad privada habían sido efectivamente abolidos. Más aún, la tesis del carácter unidimensional del capitalismo postliberal implicaba problemas teóricos adicionales. La noción de contradicción social había sido central para la idea de una crítica autoreflexiva. Esto permitía a la teoría fundamentarse a sí misma en su contexto y, no obstante, tomar una distancia crítica con ese contexto. Al afirmar que la contradicción del capitalismo había sido superada, el análisis de Horkheimer ya no podía en lo sucesivo dar cuenta de su propio punto de vista y, por ello, perdía su carácter reflexivo [Postone, 1993: 84-120].

El más conocido intento de superación de los problemas con los que se toparon Lukács y la Escuela de Frankfurt en su lucha con el capitalismo postliberal es el de Jürgen Habermas [Habermas, 1970, 1971, 1984, 1987]. Respondiendo a los dilemas implicados en el análisis de Horkheimer, Habermas ha intentado reformular las bases de la Teoría Crítica, argumentando que la sociedad moderna no está constituida únicamente por el trabajo, sino también por la acción comunicativa, que trabajo y acción comunicativa constituyen principios que tienen su propia lógica independiente, y que la crítica social es posible por la esfera social constituida por la acción comunicativa.

El enfoque de Habermas acierta en el rescate de la dimensión reflexiva de la Teoría Crítica, pero lo hace de una manera que está basada en el mismo conocimiento tradicional del trabajo y, como resultado, da lugar a una nueva serie de dificultades teóricas. Aunque no pueda desarrollarlas aquí, permítaseme plantear simplemente que el análisis de Habermas de las formas económicas, sociales y culturales de la modernidad es fundamentalmente inespecífico y adolece, en gran medida, del poder de los primeras aproximaciones de la Escuela de Frankfurt a la hora de captar la cultura y sociedad del siglo XX. Más aún (y esto resulta crucial para nuestras consideraciones) la perspectiva de Habermas ya no justifica y delinea adecuadamente la dinámica histórica de la sociedad capitalista —uno de los objetos centrales del análisis de Marx. Por el contrario, Habermas desarrolla una teoría evolucionista transhistórica del desarrollo humano [Postone, 1990: 170-176].

La cuestión de la dinámica histórica de la sociedad capitalista y del cambio estructural a gran escala también han supuesto problemas para otros recientes intentos de formular una teoría social de la dinámica histórica del siglo XX. Por ejemplo, mientras que los miembros de la Escuela de Frankfurt respondieron a las transformaciones de la primera mitad del siglo XX intentando formular

una teoría del capitalismo postliberal, Daniel Bell extendió los argumentos de Weber, Durkheim y, más tarde, Raymond Aron, en los primeros setenta, argumentando que el concepto de «capitalismo» (que Bell comprendía en los términos marxistas tradicionales) ya no captaba importantes aspectos de la sociedad moderna. Afirmaba que la experiencia histórica del siglo XX había mostrado que «capitalismo» y «socialismo» no se referían de manera fundamental a diferentes modos de vida social y, por ello, a diferentes épocas históricas, sino a diferentes formas de organización de un mismo modo subyacente de vida social, a saber, la sociedad industrial (la cual, según Bell, estaría en proceso de desarrollo en dirección a una sociedad «postindustrial») [Bell, 1973].

Independientemente de lo bien traída que pudiese estar la crítica de Bell a una teoría de la modernidad centrada en el mercado y la propiedad privada, su propia perspectiva también resulta problemática. Se encuentra implícitamente ligada a una concepción del desarrollo histórico como un desarrollo tecnológicamente impulsado y no proporciona una explicación social para el carácter históricamente dinámico de la sociedad moderna. La concepción de Bell del desarrollo histórico es esencialmente lineal y presupone el control efectivo de la economía por el Estado. Esto, además, impide la identificación del carácter no lineal de importantes evoluciones sociales y económicas de los países industriales avanzados en los últimos veinte años —tales como el declive del poder intervencionista del Estado en el control de la economía desde los primeros años setenta, la tendencia al incremento de las diferencias de rentas, el estancamiento de los niveles de ingreso para grandes segmentos de la población trabajadora y/o el crecimiento estructural del desempleo.

Estas evoluciones cuestionan importantes aspectos de la teoría de Bell de la sociedad postindustrial. Más generalmente, han vuelto anacrónica la idea, muy expandida en la postguerra, de que el surgimiento del intervencionismo estatal había significado el fin de la dinámica cuasi-autónoma de la sociedad capitalista.

La clara reemergencia de una dinámica tal sugiere la necesidad continuada de una teoría del capitalismo. Sin embargo, tal teoría debe ser capaz de responder a las intuiciones tanto de los teóricos de la Escuela de Frankfurt, como de Aron y Bell acerca de que el mercado y la propiedad privada no pueden ser entendidos como los rasgos definitorios centrales de las sociedades modernas. Una teoría tal, en otras palabras, debe basarse en una concepción del capitalismo que no conciba los relaciones sociales fundamentales de esta sociedad en términos de relaciones entre clases estructuradas por la propiedad privada de los medios de producción y de mercado.

Me gustaría esbozar una reinterpretación de los trabajos maduros de Marx —especialmente de *El Capital*—, trabajos que proveen la base para una teoría reconceptualizada del capitalismo [Postone, 1993]. He escogido la teoría madura de Marx como punto de partida puesto que, desde mi punto de vista, proporciona la mejor fundamentación para un análisis riguroso del proceso dinámico que subyace tras el desarrollo histórico alcanzado por el mundo moderno. Al mismo tiempo, mi intención es la de desarrollar los principios estructurantes básicos de la sociedad capitalista, principios esencialmente diferentes de los del marxismo tradicional, así como superar las familiares dicotomías teóricas de estructura y acción, sentido y vida material. He intentado mostrar que esas categorías pueden servir como fundamentos para una crítica teórica rigurosa y autoreflexiva del capitalismo, para una teoría de la modernidad, abarcando tanto las sociedades industriales occidentales avanzadas contemporáneas como también lo que se ha venido llamando el «socialismo realmente existente». Una teoría tal podría probar ser un fructífero punto de partida para el análisis de las transformaciones a gran escala de las pasadas dos décadas.

III

Permítaseme empezar por describir un importante giro que tomó Marx durante la escritura de los *Grundrisse* [Marx, 1973], el manuscrito preparatorio del *El Capital*. Marx empieza los *Grundrisse* con la consideración de categorías transhistóricas e indeterminadas como la «producción» y el «consumo» [Marx, 1973: 83 y ss.]. No obstante, no está satisfecho con este punto de partida. Hacia el final del manuscrito, Marx propone un nuevo comienzo, el cual retendrá para sus textos posteriores.[16] Este nuevo comienzo era el de la categoría de mercancía.[17] En sus últimos trabajos el análisis de Marx no es el de las mercancías tal y como podrían existir en múltiples sociedades, tampoco es el de un hipotético estadio precapitalista de la «producción mercantil simple». Más bien, su análisis es el de la mercancía tal y como existe en la sociedad capitalista. Marx, ahora, analiza la mercancía no como un mero objeto, sino como la forma histórica, específica y fundamental de las relaciones sociales que caracterizan esta sociedad [Marx, 1976: 949-951].

16 Martín Nicolaus ha llamado la atención sobre este asunto. Ver Nicolaus [1973: 35-37].

17 Marx [1973 : 881]; Marx, [1970: 27] ; Marx [1976a: 125].

Este cambio desde un punto de partida transhistórico a un punto de partida históricamente específico indica un giro muy significativo en el pensamiento de Marx. Implica que las categorías de la teoría son históricamente específicas. Más aún, dada la asunción de Marx de que el pensamiento está socialmente configurado, su deslizamiento hacia una noción de la especificidad histórica de las categorías de la sociedad capitalista, es decir, de su propio contexto histórico, implica implícitamente un desplazamiento hacia la noción de la especificidad histórica de su propia subjetividad.

Esto supone la necesidad de una especie diferente de crítica social. El punto de vista de la crítica no puede ser ubicado transhistórica o trascendentalmente sino que debe ser localizado como una dimensión inmanente al objeto social de investigación. Ninguna teoría —incluida la de Marx— tiene una validez absoluta y transhistórica dentro de este marco conceptual. Una importante tarea de la teoría consiste ahora en ser reflexiva: debe volver plausible su propio punto de vista por medio de las mismas categorías con las que ha analizado su contexto histórico.

Una segunda implicación importante del giro de Marx hacia la especificidad histórica de sus categorías fue la de que las nociones transhistóricas, tales como la de una lógica dialéctica subyacente a toda la historia humana, ahora debían ser relativizadas históricamente. Discutiendo su validez transhistórica, no obstante, Marx no afirmaba que esas nociones no fuesen nunca válidas. Por el contrario, restringía su validez para las formaciones sociales capitalistas, a la par que mostraba cómo aquello históricamente específico del capitalismo podía llegar a ser tomado como transhistórico. Sobre estas bases Marx procedió a analizar críticamente las teorías que proyectaban sobre la historia y la sociedad en general categorías que, de acuerdo con él, eran únicamente válidas para la época capitalista. Esta crítica vale también implícitamente para los escritos tempranos del propio Marx, con sus proyecciones transhistóricas tales como la noción de que la lucha de clases se encontraba en el corazón mismo de la historia, por ejemplo, o la noción de una lógica intrínseca a la historia o, desde luego, la noción del trabajo como elemento constitutivo central de la vida social.

Si, no obstante, las antiguas nociones de Marx sobre la historia, la sociedad y el trabajo habían sido proyecciones y, en realidad, sólo eran válidas para la sociedad capitalista, ahora tenía que desvelar los motivos de su validez como características específicas de esta sociedad. Marx buscaba hacerlo localizando lo que él veía como la forma más fundamental de las relaciones sociales que caracterizaba la sociedad capitalista y, sobre esta base, construir cuidadosamente una serie de categorías integradas con las cuales perseguía explicar el

funcionamiento subyacente de esta sociedad. Esta forma fundamental, como ya hemos mencionado, es la mercancía. Marx toma el término «mercancía» y lo utiliza para designar una forma históricamente específica de las relaciones sociales, una forma de práctica social constituida y estructurada que, al mismo tiempo, constituye un principio estructurante de las acciones, las visiones del mundo y las disposiciones de los individuos. Como categoría de la práctica es una forma tanto de la subjetividad como de la objetividad social. En algunos aspectos ocupa un papel similar en el análisis de la modernidad de Marx al que la categoría de parentesco ocupa en los análisis antropológicos de otras formas de sociedad.

Lo que caracteriza a la forma mercancía de las relaciones sociales, tal y como Marx las analizó, es que está constituida por el trabajo, existe en una forma objetivada, y presenta un carácter dual.

Para dilucidar esta descripción, la concepción de Marx de la especificidad histórica del trabajo en el capitalismo debe ser clarificada. De acuerdo con el análisis de la mercancía, el trabajo constituye realmente las relaciones sociales fundamentales del capitalismo. No obstante, resultando históricamente específico, esta función constituyente no puede ser comprendida como un atributo del trabajo en sí mismo, tal y como éste existía en otras sociedades. De hecho una de las mayores críticas de Marx a Ricardo era el no haber captado la especificidad histórica del valor y del trabajo que lo constituía [Marx, 1968: 164], [Marx, 1970: 60].

¿Cuál es entonces la especificidad histórica del trabajo en el capitalismo? Marx mantiene que el trabajo en el capitalismo tiene un «doble carácter»: es simultáneamente «trabajo concreto» y «trabajo abstracto» [Marx, 1976a: 131-139]. «Trabajo concreto» remite al hecho de que algún tipo de lo que consideramos la actividad laboral está mediando las interacciones de los seres humanos con la naturaleza en todas las sociedades. «Trabajo abstracto», planteó, significa que, en el capitalismo, el trabajo también posee una específica función social: mediar en un nuevo modo de interdependencia social.

Permítaseme elaborar esto: en una sociedad en la que la mercancía es la categoría estructurante básica de la totalidad, el trabajo y sus productos no son socialmente distribuidos a través de vínculos sociales tradicionales, a través de normas o de relaciones abiertas de poder y dominación —es decir, a través de relaciones manifiestamente sociales—, como era el caso en otras sociedades. Por el contrario, el trabajo mismo reemplaza esas relaciones sirviendo como un tipo de medio cuasi-objetivo por el cual se adquieren los productos de los otros. O, lo que es lo mismo, un nuevo modo de interdependencia nace cuan-

do nadie consume lo que produce pero cuando, no obstante, la función del trabajo y sus productos es, para cada uno, un medio necesario de cara a la obtención de los productos de los demás. Sirviendo como un medio tal, el trabajo y sus productos, en efecto, resuelven esa función en lugar de las relaciones sociales manifiestas. En lugar de resultar definido, distribuido y acordada su significación social por relaciones sociales manifiestas, como es el caso en otras sociedades, el trabajo en el capitalismo es definido, distribuido y acordada su significación social por estructuras (mercancía, capital) que son constituidas por el trabajo mismo. Es decir, el trabajo constituye una forma de las relaciones sociales que presenta un carácter impersonal, aparentemente nosocial y cuasi-objetivo y que abarca, transforma y, hasta cierto punto, subyace tras, y sustituye a, los lazos tradicionales y las relaciones de poder.

Así, en los trabajos de madurez de Marx la noción de la centralidad del trabajo para la vida social no es una proposición transhistórica. No refiere al hecho de que la producción material sea siempre una precondición de la vida social. Su significado no debería ser tomado, pues, como aquel por el que la producción material se convierte en la dimensión más esencial de la vida social en general o, inclusive, del capitalismo en particular. Más bien se refiere a la constitución históricamente específica en el capitalismo de las relaciones sociales que caracterizan fundamentalmente esta sociedad como relaciones constituidas por el trabajo. En otras palabras, Marx analiza el trabajo en el capitalismo como constituyendo una forma determinada de mediación social que es la base última de los rasgos distintivos de la modernidad —en particular de su dinámica histórica. Más que postular la primacía social de la producción material, la teoría madura de Marx persigue mostrar la primacía en el capitalismo de una forma de mediación social (constituida por el «trabajo abstracto») que moldea tanto el proceso de la producción material (el «trabajo concreto») como el consumo.

El trabajo en el capitalismo, entonces, según Marx, no es únicamente el trabajo tal y como lo entendemos desde el punto de vista del sentido común, transhistóricamente, sino una actividad históricamente específica que funciona como mediación social. De ahí que sus productos —mercancía y capital— sean ambos productos del trabajo concreto y formas objetivadas de mediación social. De acuerdo con este análisis, las relaciones sociales que más básicamente caracterizan las sociedades capitalistas son muy diferentes de las relaciones sociales cualitativamente específicas, de las relaciones sociales abiertas —como las relaciones de parentesco o las relaciones de dominación directa y personal— que caracterizan a las sociedades nocapitalistas. Aunque este último tipo de relaciones sociales continúa existiendo en el capitalismo, lo que verdaderamente estructura esta sociedad es un nuevo y subyacente nivel de relaciones sociales

constituidas por el trabajo. Estas relaciones tienen un carácter cuasi-objetivo y formal peculiar y resultan duales —se caracterizan por la oposición de una dimensión abstracta, general, homogénea y una dimensión concreta, particular, material, apareciendo ambas como «naturales», más que sociales, y como condición social de las concepciones sobre la realidad natural.

El carácter abstracto de la mediación social subyacente al capitalismo también se expresa en la forma de la riqueza dominante en esta sociedad. Como hemos visto, la teoría del valor-trabajo de Marx ha sido frecuentemente malinterpretada como una teoría del trabajo relativa a la riqueza, esto es, como una teoría que perseguiría explicar el funcionamiento del mercado y probar la existencia de la explotación argumentando que el trabajo, en todo lugar y momento, sería la única fuente social de la riqueza. El análisis de Marx, sin embargo, no es un análisis sobre la riqueza en general, así como tampoco lo es del trabajo en general. Analizó el valor como una forma históricamente específica de la riqueza, forma ligada al rol históricamente único del trabajo en el capitalismo: como forma de la riqueza es también una forma de mediación social. Marx distinguía explícitamente el valor de la riqueza material y relacionaba estas dos diferentes formas de la riqueza con la dualidad del trabajo en el capitalismo. La riqueza material es medida por la cantidad de productos producidos y está en función, además del trabajo mismo, de un número de factores tales como el nivel de conocimientos, la organización social, las condiciones naturales. Según Marx, el valor está constituido únicamente por el gasto de tiempo de trabajo humano y es la forma dominante de la riqueza en el capitalismo [Marx, 1976a: 136-137]; [Marx, 1973: 704-705]. Mientras que la riqueza material, cuando es la forma dominante de la riqueza, resulta mediada expresamente por las relaciones sociales, el valor es una forma automediada de la riqueza.

Lejos de plantear que el valor es una forma transhistórica de la riqueza, Marx trataba de explicar rasgos centrales del capitalismo argumentando que éste se basa exclusivamente en el valor. Sus categorías intentan captar una forma históricamente específica de dominación social y una dinámica inmanente única —y no fundamentar simplemente el equilibrio de los precios y demostrar la centralidad estructural de la explotación.[18] De acuerdo con el análisis de Marx, el objetivo último de la producción en el capitalismo no son

18 En este sentido general Althusser tenía razón cuando afirmaba que Marx cogía las categorías de la economía política y cambiaba los términos del problema: las usaba para plantear cuestiones que la economía política nunca había planteado. [Althusser y Balibar, 1970: 21-25]. La mayoría de las discusiones acerca de la teoría del valor de Marx, no obstante, permanecen dentro de los límites de las cuestiones planteadas por la economía política.

los bienes producidos sino el valor, o más precisamente, el plusvalor. No obstante, como forma de la riqueza, el valor —la objetivación del trabajo funcionando como un medio cuasi-objetivo de adquisición de los bienes que uno no ha producido— es independiente de las características físicas de las mercancías en las que se ha incorporado. Dentro de este marco, la producción en el capitalismo está necesariamente orientada cuantitativamente —hacia incrementos siempre crecientes del plusvalor. Como producción de plusvalor, la producción en el capitalismo ya no es un medio para un fin sustantivo, sino un momento en una cadena sin fin. Se trata de producir por producir [Marx, 1976a: 742].

La teoría del valor de Marx provee la base para un análisis del capital como una forma socialmente constituida de mediación social y de riqueza cuya característica principal es su tendencia hacia una expansión ilimitada. Un aspecto, de una importancia crucial, de este intento por especificar y fundamentar la dinámica de la sociedad moderna, es su énfasis en la temporalidad. Así como el valor, dentro de este marco, no está relacionado con las características físicas de los productos, su medida no es inmediatamente idéntica a la de la masa de bienes producidos (la «riqueza material»). Más bien, se trata de una forma abstracta de riqueza, el valor se basa en una medida abstracta —el gasto medio, socialmente necesario, de tiempo de trabajo.

La categoría de tiempo de trabajo socialmente necesario no es una categoría meramente descriptiva, sino que expresa una norma temporal general, resultante de las acciones de los productores, a la cual éstos deben ajustarse. Tal norma temporal ejerce un modo de coerción abstracta que resulta intrínseco a la forma capitalista de mediación de la riqueza. En otras palabras, los productores se enfrentan al objetivo de la producción en el capitalismo como si de una necesidad externa se tratase. No viene dada por la tradición social o por la coerción social explícita y tampoco es conscientemente decidida. Más bien, ese objetivo se presenta a sí mismo como situado más allá de todo control humano. La especie de dominación abstracta constituida por el trabajo en el capitalismo es la dominación del tiempo.

Así, la forma de mediación constitutiva del capitalismo da lugar a una nueva forma social de dominación —que sujeta a los individuos a imperativos y constricciones cada vez más racionalizados y estructurales, de carácter impersonal [Marx, 1973: 164]. Esta forma de dominación estructural autogenerada remite a la reelaboración histórica y social, en los trabajos maduros de Marx, del concepto de alineación desarrollado en sus trabajos tempranos. Se aplica a los capitalistas tanto como a los trabajadores, a pesar de las grandes diferencias entre ellos en cuanto a poder y a riqueza.

La forma de dominación abstracta analizada por Marx en *El Capital* no puede, así, ser adecuadamente captada en términos de dominación de clase o, más generalmente, en términos de dominación concreta por parte de determinados grupos sociales o agencias institucionales del Estado y/o la economía. No tiene un *locus* determinado[19] y, aunque está constituida por una práctica social de un tipo específico, parece no resultar social en absoluto. La estructura funciona de tal manera que son las necesidades de uno mismo, más que las relaciones de fuerza u otro tipo de sanciones sociales, las que aparecen como la fuente de esa «coerción».

En los términos de Marx, después del contexto precapitalista caracterizado por relaciones de dependencia personal, emergió un nuevo contexto caracterizado por la libertad personal individual dentro de un marco social de «dependencia objetiva» [Marx, 1973: 158]. De acuerdo con el análisis de Marx, ambos términos de la moderna oposición antinómica —el individuo libremente autodeterminado y la sociedad como una esfera externa de necesidad objetiva— están históricamente constituidos con el nacimiento y la expansión de la forma mercantilmente determinada de las relaciones sociales.

Así, dentro del marco de esta interpretación, las relaciones sociales más básicas del capitalismo no son únicamente las relaciones de explotación y de dominación. El análisis marxiano incluye, desde luego, estas dimensiones pero va más allá de ellas. No concierne únicamente a la distribución efectiva de los bienes y, finalmente, del poder, sino que también pretendía captar la naturaleza real de la mediación social que estructuraba la modernidad. Marx perseguía mostrar en *El Capital* que las formas de mediación social expresadas por categorías tales como la mercancía y el capital evolucionan hacia una especie de sistema objetivo que determina cada vez más los objetivos y los medios de la mayoría de las actividades humanas. O, lo que es lo mismo, Marx trataba de analizar el capitalismo como un sistema social cuasi-objetivo y, al mismo tiempo, fundamentar ese sistema en formas estructuradas de práctica social.[20]

---

19 Este análisis de la forma de dominación asociada con la forma mercancía proporciona un poderoso punto de partida para el análisis de la omnipresente e inmanente forma de poder que Michel Foucault describió como característica de las sociedades modernas occidentales [Foucault, 1977].

20 La interpretación de la teoría marxiana que acabo de esbozar puede también ser leída como una especie de teoría sofisticada del tipo de la propuesta por Pierre Bourdieu, como una teoría de las relaciones mutuamente constituidas entre las estructuras sociales y las acciones cotidianas y el pensamiento [Bourdieu, 1977: 1-30, 87-95]. Lo que frecuentemente ha sido únicamente interpretado como un problema económico en el trabajo de Marx, concretamente la cuestión de la relación entre valores y precios, debería, en mi opinión, ser considerado como parte del intento de formular una teoría de la relación entre las estructuras sociales profundas y las acciones cotidianas de los actores sociales que constituyen esas estructuras, aún resultando éstos últimos ignorantes de la existencia de aquellas.

La forma de dominación que he empezado a describir no es estática; como hemos visto, genera una dinámica intrínseca subyacente a la sociedad moderna. Ulteriores determinaciones de esta dinámica pueden ser esbozadas considerando algunas de las implicaciones de la determinación temporal del valor.

La dimensión temporal del valor implica una determinada relación entre productividad y valor, la cual solamente podemos mencionar de pasada aquí. Puesto que el valor está en función, únicamente, del tiempo de trabajo socialmente necesario, los incrementos de la productividad resultan incrementos de valor únicamente en el corto plazo. Una vez que los incrementos de la productividad se convierten en socialmente generales, entonces, redeterminan el tiempo de trabajo socialmente medio (o necesario); la cantidad de valor producida por unidad de tiempo regresa entonces a su «nivel básico» original [Marx, 1976a: 129]. Esto significa que los más altos niveles de productividad, una vez que se han convertido en socialmente generales, son estructuralmente reconstituidos como el nuevo «nivel básico» de la productividad. Estos generan mayores cantidades de riqueza material, pero no mayores niveles de valor por unidad de tiempo. Por el mismo procedimiento —y esto resulta crucial— los mayores niveles de la productividad social general no disminuyen la necesidad social general del gasto de tiempo de trabajo (cual sería el caso si la riqueza material fuese la forma dominante de la riqueza); al revés, esta necesidad es permanentemente reconstituida. En un sistema basado en el valor, existe la urgencia de incrementar los niveles de productividad, pero el gasto de tiempo de trabajo humano directo resulta necesario para el sistema como totalidad. Este patrón promueve aún mayores incrementos de la productividad.

Todo ello es el resultado de una dinámica histórica muy compleja y nolineal. Por un lado, esta dinámica está caracterizada por una permanente transformación de los procesos técnicos de trabajo, de la división social y técnica del trabajo y, más generalmente, de la vida social —de la naturaleza, estructura e interrelaciones entre las clases sociales y otro tipo de agrupamientos, de la naturaleza de la producción, el transporte, la circulación, las formas de vida, las formas de la familia, etcétera. Por otro lado, esta dinámica histórica implica la reconstrucción permanente de su propia condición fundamental en tanto que rasgo inmutable de la vida social —a saber, que la mediación social sea efectuada fundamentalmente por el trabajo y, por ello, que el trabajo vivo permanezca como intrínseco al proceso de producción (considerado en términos de la sociedad como totalidad), independientemente de los niveles de productividad.

Este análisis nos provee de un punto de partida para entender por qué el curso del desarrollo capitalista no ha sido lineal, por qué los enormes incrementos de la productividad generados por el capitalismo no nos han conducido ni

a mayores niveles generales de riqueza, ni a una reestructuración fundamental del trabajo social que suponga una significativa reducción de los tiempos de trabajo. La historia en el capitalismo, dentro de este marco, no es ni la simple historia del progreso (ya sea técnico u otro) ni la de su regresión y su declive. Más bien, el capitalismo es una sociedad que está en un constante fluir y, no obstante, reconstituye permanentemente su identidad subyacente (por lo cual esta identidad, debemos insistir, es captada en términos de una forma social dinámica cuasi-objetiva constituida por el trabajo como una actividad de mediación social e históricamente específica, más que en términos de propiedad privada y de mercado). Esta dinámica genera a la vez la posibilidad de otra organización de la vida social y, no obstante, frena la posibilidad de su realización.

Una compresión tal de la compleja dinámica del capitalismo permite un análisis crítico, social (más que tecnológico), de la trayectoria del crecimiento y de la estructura de la producción en las sociedades modernas. Hemos visto que un sistema basado en el valor da lugar a una deriva permanente hacia productividades siempre incrementadas. El análisis de Marx de la categoría de plusvalor especifica esto de manera más compleja. Lo importante del concepto de plusvalor, clave en Marx, no es únicamente, como ocurre en las interpretaciones tradicionales, mostrar intencionadamente que el excedente es producido por la clase obrera, sino mostrar que el verdadero excedente en la sociedad capitalista es el excedente de valor y no el de riqueza material. El análisis de Marx de esta forma de excedente indica que, cuanto mayor es el nivel de la productividad social general del trabajo más la productividad debe verse posteriormente incrementada en orden a generar un incremento de plusvalor [Marx, 1976a: 657-658]. En otras palabras, la expansión del plusvalor requerida por el capital tiende a la acelerada generación de ratios superiores de productividad y, con ellos, de la masa de bienes producidos y de materiales no elaborados consumidos. No obstante, los incrementos permanentes de las cantidades de riqueza material producida no presentan como correspondencia mayores niveles de riqueza social en la forma de valor. Este análisis sugiere que, en lo relativo a este rasgo paradójico del capitalismo moderno —a la ausencia de una prosperidad general en medio de una plenitud material—, no estamos únicamente ante una cuestión de distribución desigual, sino que deriva de la función de la forma valor de la riqueza, del corazón mismo del capitalismo.

Otra consecuencia implicada en este patrón dinámico, que genera incrementos en la riqueza material más importantes que los generados en el plusvalor, es la acelerada destrucción del entorno natural. El problema del crecimiento económico en el capitalismo, dentro de este marco, no es únicamente que sea un crecimiento marcado por las crisis, como frecuentemente han enfatizado los

enfoques marxistas tradicionales, sino que es la forma misma de crecimiento la que es problemática. La trayectoria del crecimiento podría ser diferente, de acuerdo con este enfoque, si el verdadero objetivo de la producción fueran mayores cantidades de bienes en lugar de mayores cantidades de plusvalor. La trayectoria expansiva en el capitalismo, en otras palabras, no puede ser identificada con el «crecimiento económico» *per se*. Se trata de una determinada trayectoria, trayectoria que genera una creciente tensión entre las consideraciones ecológicas y los imperativos del valor como forma de la riqueza y como forma de mediación social.

La distinción entre riqueza material y valor, entonces, permite una aproximación que aborde las consecuencias ecológicas negativas de la producción industrial moderna dentro del marco de una teoría crítica del capitalismo. Más aún, sería capaz de apuntar más allá de la oposición entre el crecimiento desbocado como condición de la riqueza social y la austeridad como condición de una organización ecológica de la vida social, al fundamentar esta misma oposición en una forma históricamente específica de mediación y de riqueza.

La relación entre valor y productividad que he comenzado a esbozar también nos proporciona la base para un análisis crítico de la estructura del trabajo social y de la naturaleza de la producción en el capitalismo. Marx, en sus trabajos de madurez, no trata el proceso industrial de producción como un proceso técnico que, aunque crecientemente socializado, resulte utilizado por los capitalistas para sus propios fines. Más bien analizó ese proceso como moldeado por el capital y, por consiguiente, como intrínsecamente capitalista [Marx, 1976a: 492 y ss.]. De acuerdo con sus análisis, la forma valor de la riqueza induce a la par el incesante incremento de los niveles de productividad y el mantenimiento estructural del tiempo de trabajo humano directo en la producción, a pesar de los grandes incrementos de la productividad. El resultado es el aumento de la producción a gran escala, tecnológicamente avanzada, acompañada por el incremento de la fragmentación del trabajo individual.

Este análisis proporciona el principio de una explicación estructural para una paradoja central de la producción en el capitalismo. Por un lado, la urgencia del capital hacia incrementos añadidos de productividad da lugar al nacimiento de un aparato de una sofisticación tecnológica considerable que vuelve la producción de riqueza material esencialmente independiente del gasto de trabajo humano directo. Esto, por su parte, abre la posibilidad de reducciones a gran escala del tiempo de trabajo socialmente necesario y de transformaciones fundamentales en la naturaleza y la organización social del trabajo. No obstante, esas posibilidades no se realizan en el capitalismo [Marx, 1973: 704 y ss.].

Aunque existe una huida del trabajo manual, el desarrollo de una producción tecnológicamente sofisticada no libera a la mayoría de los individuos de un trabajo fragmentado y repetitivo. De manera similar, el tiempo de trabajo no se ve reducido en un nivel social general sino que resulta distribuido desigualmente, inclusive incrementándose para muchas personas. La actual estructura del trabajo y de la organización de la producción, entonces, no puede ser adecuadamente comprendida en términos exclusivamente tecnológicos; el desarrollo de la producción en el capitalismo debe ser entendido en términos sociales también. Tanto la producción como el consumo resultan moldeados por mediaciones sociales que se expresan en las categorías de la mercancía y del capital.

Considerado en términos de la estructura del trabajo asalariado, otra dimensión de esta paradoja de la producción es la creciente brecha que se abre entre los *inputs* de tiempo de trabajo y los *outputs* materiales. De ahí que sueldos y salarios se conviertan, cada vez más, en una forma de distribución social general que mantiene sin embargo la forma aparencial de una remuneración del tiempo de trabajo invertido. No obstante, de acuerdo con el análisis de la dinámica del capitalismo de Marx (como implicando una reconstitución permanente de la necesidad de la forma valor), los *inputs* de tiempo de trabajo permanecen como estructuralmente esenciales para el capitalismo.

El análisis de Marx de la dialéctica del valor y la riqueza material, entonces, plantea implícitamente que tanto el crecimiento económico desbocado como la producción industrial basada en el proletariado están moldeadas por la forma mercancía, y sugiere que ambas, la forma de crecimiento y la producción, podrían ser diferentes en una sociedad en la que la riqueza material haya reemplazado al valor como la forma dominante de la riqueza. El capitalismo mismo da nacimiento a la posibilidad de una sociedad tal, de una estructura diferente del trabajo, de una forma diferente de crecimiento, y de una forma diferente de interdependencia global compleja; al mismo tiempo, sin embargo, bloquea estructuralmente la realización de estas posibilidades.

Así, de acuerdo con su interpretación, la teoría de Marx no postula un esquema de desarrollo lineal que apuntase más allá de la estructura existente de la industria y del trabajo (como lo hacen las teorías de la sociedad postindustrial); tampoco, sin embargo, trata a la producción industrial y al proletariado como las bases de la futura sociedad (como lo hacen muchos enfoques marxistas tradicionales). Más bien se trata de un intento que haga justicia a la creciente importancia de la ciencia y la tecnología y que dilucide la posibilidad histórica de una organización del trabajo postindustrial y postproletaria mientras que, al mismo tiempo, analiza las discrepancias entre la forma actual del desarrollo capitalista y las posibilidades que éste genera.

La contradicción estructural del capitalismo, de acuerdo con esta interpretación, no es la contradicción entre la distribución (el mercado, la propiedad privada) y la producción, sino la que emerge como contradicción entre las formas existentes de crecimiento y de producción y las que podrían ser si las relaciones sociales ya no estuvieran mediadas de forma cuasi-objetiva por el trabajo y si, por lo tanto, los individuos tuviera un mayor grado de control sobre la organización y la dirección de la vida social.

La teoría madura de la historia de Marx, de acuerdo con esta interpretación, no puede ser leída al margen de sus trabajos tempranos, tales como *La Ideología Alemana* o *El Manifiesto Comunista*, pero es una dimensión implícita en su exposición en *El Capital*. Hemos visto que, de acuerdo con la aproximación que acabo de esbozar, las interacciones dialécticas en el capitalismo entre las dos dimensiones, trabajo y riqueza, dan lugar a una compleja dinámica direccional que, aunque es constituida socialmente, resulta cuasi independiente de los individuos que la constituyen. Presenta las propiedades de una lógica histórica intrínseca. Dicho de otra forma, la teoría madura de Marx no hipostasía la historia como una fuerza que movería a todas las sociedades humanas. Lo que hace, no obstante, es caracterizar la sociedad moderna en términos de una dinámica direccional permanente y trata de explicar esta dinámica en referencia al carácter dual de las formas sociales que se expresan en las categorías de mercancía y capital.

Enraizando el carácter contradictorio de esta formación social en tales formas duales, Marx implícitamente está planteando que esa contradicción de carácter estructural es específica del capitalismo. La noción de que la realidad social, o las relaciones sociales en general, resultan esencialmente contradictorias y dialécticas aparece, a la luz de este análisis, como una noción que sólo puede ser asumida metafísicamente, sin ser explicada. El análisis de Marx se deshace ahora tácitamente de las concepciones evolucionistas de la historia,[21] sugiriendo que cualquier teoría que plantee el desarrollo de una lógica implícita de la historia, ya sea de tipo dialéctico o evolucionista, lo que estaría haciendo es proyectar el caso específico del capitalismo sobre la historia en general.

21 También se deshace de la idea (básicamente hegeliana) de que la vida social humana está basada en un principio esencial que se realiza a sí mismo en el trancurso del desarrollo histórico (por ejemplo, el trabajo transhistórico en el marxismo tradicional o la acción comunicativa en los trabajos más recientes de Habermas).

IV

Habiendo esbozado algunos aspectos de mi reinterpretación del análisis de Marx del capitalismo, me gustaría volver brevemente sobre las consideraciones preliminares de sus implicaciones para la cuestión de la relación entre el trabajo social y el sentido social en la teoría de Marx. Muchas de las discusiones sobre este asunto conceptualizan el problema como relativo a la relación entre el trabajo, comprendido transhistóricamente, y las formas de pensamiento. Esta es la asunción que subyace tras la idea común de que, para Marx, la producción material constituye la «base» fundamental de la sociedad, mientras que las ideas forman parte de, la más periférica, «superestructura»[22] con lo que, ligado a ello, las creencias, para Marx, estarían determinadas por los intereses materiales [Collins, 1994: 65-70]. Esta era también la asunción de Habermas cuando en *Conocimiento e Interés* argumentaba que un análisis basado en el trabajo (que él, como el último Horkheimer relacionaba, en tanto que categoría epistemológica, con el conocimiento instrumental) debía de ser completado por un análisis basado en la teoría de la interacción, en orden a recuperar la noción de una fundamentación social para las formas no instrumentales del sentido y, a partir de ello, para la posibilidad de la conciencia crítica [Habermas, 1971: 25-63].

Sin embargo, como he venido argumentando, la teoría madura de Marx de la constitución social no es una teoría del trabajo *per se*, sino de los actos de trabajo en tanto que actividades mediadoras en el capitalismo. Esta interpretación transforma los términos del problema de la relación entre trabajo y pensamiento. La relación que delinea no es la relación entre trabajo concreto y pensamiento, sino entre el trabajo que media las relaciones sociales y el pensamiento. El análisis de Marx sugiere que lo que en otras sociedades puede muy bien ser estructurado de forma diferente, producción e interacción, para utilizar la terminología temprana de Habermas, está, en un nivel más profundo, confundido en el capitalismo, al encontrarse ambas igualmente mediadas por el trabajo. Al mismo tiempo, mantiene que esta especificidad característica de la sociedad moderna de las formas de pensamiento (o, más ampliamente, de la subjetividad) puede ser comprendida con referencia a estas formas de mediación. Es decir, en tanto que Marx analizó la vida social y la producción con referencia a una forma estructurada de mediación cotidiana, y no definió únicamente la producción en términos concretos y «materiales», su enfoque no dicotomizaba sujeto y objeto, cultura y vida social. Las categorías de su crítica madura, en

22 Para una crítica de esta concepción ortodoxa ver [Williams, 1977: 75-82].

otras palabras, pretendían ser determinaciones de la subjetividad y de la objetividad social, simultáneamente. Representaban un intento de ir más allá del dualismo sujeto-objeto, un intento de captar los aspectos sociales de las formas modernas de mirar a la naturaleza, a la sociedad y a la historia, a partir de las formas históricamente específicas de mediación social constituidas por determinadas formas de práctica social.

Este enfoque implica una teoría del conocimiento muy diferente de la supuesta en el bien conocido modelo de base-superestructura, donde el pensamiento es un mero reflejo de la base material. Tampoco se trata de una aproximación funcionalista —en el sentido de explicar las ideas porque fueran funcionales ni para la sociedad capitalista ni para la clase capitalista. Lo que tiene interés en los intentos de Marx, frecuentemente implícitos, de construir una teoría sociohistórica del conocimiento en *El Capital* es que no trata esencial y fundamentalmente con modos de pensamiento en términos de posición social e interés social, incluidas la posición y el interés de clase. Por el contrario, intenta en primer lugar fundar categorialmente los principales, e históricamente específicos, modos de pensamiento dentro de los que esas diferencias, de acuerdo con las clases, tienen lugar.

Una de las más explícitas indicaciones de esta aproximación a una teoría sociohistórica del conocimiento en *El Capital* está en la famosa sección del, así llamado, fetichismo de la mercancía, en donde Marx habla de las relaciones objetuales entre los individuos en el capitalismo [Marx, 1976a: 163-177]. Desafortunadamente, estos pasajes han sido tomados frecuentemente por un criticismo de la perversa comercialización de todos los aspectos de la vida social. La noción de Marx de fetiche, no obstante, es un aspecto de su teoría del conocimiento que trata de volver plausibles aspectos del pensamiento moderno —por ejemplo, el nacimiento del concepto de Razón como una categoría de la totalidad, o la visión de la naturaleza como lo objetivo, lo homogéneo y lo racional— con referencia al carácter peculiarmente objetivo de las formas de mediación social subyacentes que constituyen la sociedad capitalista. Este enfoque —dada la complejidad de las categorías de Marx y del hecho de que son estructuralmente dinámicas y contradictorias— permite una teoría histórica de las formas de subjetividad, una teoría muy diferente a los enfoques que dejan indeterminada la naturaleza del pensamiento mientras que examinan sus funciones sociales.[23]

23 He encontrado esta perspectiva general de una teoría social histórica y nofuncionalista del conocimiento de gran utilidad para tratar de entender la centralidad del antisemitismo moderno para el nacional-socialismo, de manera que, desde mi punto de vista, da mejor cuenta de esta forma de pensamiento de la que lo hacen las teorías del nacional-socialismo como ideología que

Difiere a la vez de la teoría de Bourdieu acerca del no reconocimiento social, que es esencialmente funcionalista, y que no puede de manera intrínseca relacionar aquello que es intencionadamente noreconocido y la forma misma del noreconocimiento [Bourdieu 1977: 159-197], y de la concepción de Althusser de la ideología, que es transhistórica, predicada sobre el modelo de Engels de base/superestructura, y que no permite al teórico crítico fundar reflexivamente la posibilidad de la crítica a la ideología.[24]

Así pues, lo «material» en la teoría materialista madura de Marx es lo social. El sentido no es analizado como un reflejo epifenoménico de una base física, material. Tampoco, desde luego, es tratado de manera idealista como una esfera autónoma, completamente autodeterminada. Más bien, la estructura del sentido es contemplada como un aspecto inmanente a la estructura de la mediación social. Es porque, según Marx, el trabajo en el capitalismo no constituye únicamente una actividad productiva sino también una mediación social, por lo que realmente resulta constitutivo de sentido. En general, dentro del marco de mi propuesta de interpretación, la teoría marxiana no es sólo una teoría de las condiciones materiales de vida sino, más bien, una teoría social crítica y autorreflexiva, relativa a la intersección de la cultura y la sociedad, de un sentido y una vida material históricamente específicos.

V

La reinterpretación de la teoría de Marx que acabo de esbozar constituye una ruptura básica con, y una crítica de, las interpretaciones más tradicionales. Como hemos visto, tales interpretaciones captan el capitalismo en términos de relaciones de clase estructuradas por el mercado y la propiedad privada, su forma de dominación es considerada en primer lugar en términos de dominación

---

reflejaría los intereses del gran capital o, incluso, como ideología contra la modernidad. Haciendo uso de los análisis de Marx sobre las formas sociales fundamentales del capitalismo y de su concepto de fetiche, he sido capaz de describir una forma de pensamiento que era anticapitalista en sus intenciones y, no obstante, afirmativa frente al capital industrial. Sobre estas bases he tratado después de dilucidar en términos históricos y sociales el núcleo del antisemitismo nazi, la concepción de una tremendamente poderosa, misteriosa, fuente de maldad, y la identificación de esa maldad con los judíos. De esta forma he intentado proporcionar una explicación social de la lógica subyacente a un programa de exterminio completo (como opuesta a la del asesinato en masa). Ver Postone [1986].

24 Althusser [1971: 127-188]. Al dicotomizar la existencia social y la conciencia social, como lo hace Althusser, reintroducimos el problema de la dirección causal.

de clase y de explotación, y la crítica del capitalismo es presentada como una crítica normativa e histórica desde el punto de vista del trabajo y de la producción (entendidos transhistóricamente en términos de interacciones entre los seres humanos y la naturaleza material). He argumentado que este entendimiento común y transhistórico del trabajo no subyace tras la crítica de Marx, que su teoría no concierne a la producción de la riqueza social en general y que su comprensión de las relaciones sociales esenciales y de la forma de dominación característica del capitalismo debería ser repensada. Es decir, he tratado de mostrar que, mientras que la mayoría de las interpretaciones tradicionales permanecen dentro de los límites de los problemas planteados por la economía política clásica, Marx cambió los términos de dichos problemas.

De acuerdo con la reinterpretación que acabo de esbozar, el análisis de Marx del trabajo en el capitalismo es históricamente específico; persigue dilucidar una forma peculiar, cuasi-objetiva, de mediación social y de riqueza (el valor) que, como forma de dominación, estructura el proceso de producción en el capitalismo y genera una dinámica histórica única. De ahí que el trabajo y el proceso de producción no resulten separables de, ni opuestos a, las relaciones sociales capitalistas, sino que constituyen su centro. La teoría de Marx, entonces, se extiende mucho más allá de la crítica tradicional de las relaciones burguesas de distribución (el mercado y la propiedad privada); no es sólo una crítica de la explotación y de la distribución desigual del poder y la riqueza. Más bien, capta la sociedad industrial moderna misma como capitalista y analiza críticamente el capitalismo esencialmente en términos de estructuras abstractas de dominación que incrementan la fragmentación del trabajo y la existencia individual y desarrollan una lógica ciega y desbocada. Trata a la clase obrera como el elemento básico del capitalismo más que como la encarnación de su negación e, implícitamente, conceptualiza el socialismo, no en términos de realización del trabajo y la producción industrial, sino en los de la posibilidad de la abolición del proletariado y de la organización de la producción basada en el trabajo proletario, así como del sistema dinámico de compulsiones abstractas constituido por el trabajo como una actividad de mediación social.

Por lo tanto, esta reinterpretación de la teoría de Marx implica repensar fundamentalmente la naturaleza del capitalismo y su posibilidad histórica de transformación. Dirigiendo el foco de la crítica lejos de los asuntos del mercado y de la propiedad privada exclusivamente, nos provee de las bases para una teoría crítica de la sociedad postliberal en tanto que capitalista y también puede proporcionarnos los fundamentos básicos para una teoría crítica de los países del, así llamado, «socialismo realmente existente», como formas alternativas (y fallidas) de acumulación de capital, más que como modos sociales que representaron la negación histórica del capital en formas, no obstante, imperfectas.

Aunque el nivel lógicamente abstracto del análisis perfilado aquí no indica inmediatamente los factores específicos subyacentes tras las transformaciones estructurales de los últimos veinte años, puede proporcionarnos un marco dentro del cual estas transformaciones podrían ser fundamentadas socialmente y entendidas históricamente. Proporciona las bases para una comprensión nolineal de la dinámica de desarrollo de la sociedad moderna que puede incorporar muchos aspectos importantes de las teorías postindutriales, a la par que dilucidar las constricciones intrínsecas a esa dinámica y, a partir de ellas, la distancia entre la organización actual de la vida social y la forma en la que ésta podría ser organizada —dada especialmente la creciente importancia de la ciencia y de la tecnología.

Desarrollando una explicación nolineal del patrón de desarrollo histórico capitalista, esta reconceptualización permite una dilucidación sistemática de rasgos de la sociedad moderna que podrían parecer anómalos en el marco de las teorías lineales de desarrollo: notablemente, de la continuada producción de pobreza en medio de la abundancia, de los aparentemente paradójicos efectos del ahorro de trabajo y de tiempo por la tecnología en la organización social del trabajo y del tiempo, y del grado en que importantes aspectos de la vida moderna son moldeados por fuerzas impersonales y abstractas a pesar de la creciente capacidad de los individuos para controlar sus medios sociales y naturales.

Esta interpretación, en tanto que persigue fundamentarse socialmente y es crítica con las abstractas y cuasi-objetivas relaciones sociales, y con la naturaleza de la producción, el trabajo y los imperativos del crecimiento en el capitalismo, podría también empezar a localizar un área de preocupaciones sociales, insatisfacciones y aspiraciones, en aras a ofrecer un fructífero punto de partida para una consideración de los nuevos movimientos sociales de las décadas recientes y para la clarificación de los puntos de vista históricamente constituidos que éstos personifican y expresan.

Finalmente, esta aproximación también presenta implicaciones para la cuestión de las precondiciones sociales de la democracia, ya que analiza no sólo las desigualdades de poder social real que son contrarias a las políticas democráticas sino que también revela como socialmente constituidas —y por ello objetos legítimos de debate político— las constricciones sistémicas impuestas por la dinámica global del capital sobre la autodeterminación democrática.

Al repensar fundamentalmente la significación de la teoría del valor y reconceptualizar la naturaleza del capitalismo, esta interpretación cambia los términos del debate entre las teorías críticas del capitalismo y otros tipos de teoría social. Sugiere implícitamente que una teoría adecuada de la modernidad

debería ser una teoría autorreflexiva capaz de superar las dicotomías teóricas de cultura y vida material, estructura y acción, a la vez que fundamentar socialmente la dinámica direccional no lineal del mundo moderno, su modo de crecimiento económico, y la naturaleza y la trayectoria de sus procesos de producción. Es decir, una teoría tal debería de ser capaz de proporcionar una explicación social de los rasgos paradójicos de la modernidad esbozados más arriba.

Refiriéndose a estas cuestiones, la interpretación que he presentado busca contribuir a la discusión de la teoría social contemporánea y, correlativamente, a nuestra comprensión de las grandes repercusiones que acompañan las transformaciones de nuestro universo social.

Bibliografía:

ADORNO, THEODOR W. [1966] 1973: *Negative Dialectics*. Translated by E. B. Ashton. New York: Seabury Press. [ed. cast.: *Dialéctica negativa*, Taurus, Madrid, 1986].

ADORNO, T. W. AND MAX HORKHEIMER [1944] 1972: *Dialectic of Enlightenment.* Translated by John Cummings. New York: Seabury Press. [ed. cast.: *Dialéctica de la ilustración*, Trotta, Madrid, 1994].

ALEXANDER JEFFREY 1982: *Theoretical Logic in Sociology.* vol. 2. *The Antinomies of Classical Thought: Marx and Durkheim.* Berkeley and Los Angeles: University of California Press.

ALTHUSSER, LOUIS [1965] 1970: *For Marx*. Translated by Ben Brewster. New York: Pantheon Books. [ed. cast.: *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1971].

____________ [1970] 1971: Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes Towards an Investigation). In *Lenin and Philosophy and Other Essays*. Translated by Ben Brewster. New York and London: Monthly Review Press, 127-188. [ed. cast.: *Lenin y la filosofía*, Era, México, 1981].

ALTHUSSER, LOUIS, AND ETIENNE BALIBAR [1968] 1970: *Reading Capital*. Translated by Ben Brewster. London: NLB. [ed. cast.: *Para leer el capital*, Siglo XXI, Madrid, 1979].

AVINERI, SHLOMO 1968: *The Social and Political Thought of Karl Marx*. London: Cambridge University Press. [ed. cast.: *Pensamiento social y político de Carlos Marx*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1983].

Bell, Daniel 1973: *The Coming of Post-Industrial Society*. New York: Basic Books. [ed. cast.: *El advenimiento de la sociedad Postindustrial*, Alianza, Madrid, 2001].

Bottomore, Tom 1983: Sociology. In David McLellan (ed.) *Marx: The First Hundred Years*. New York: . Pinter in association with Fontana Books.

Bourdieu, Pierre [1972] 1977: *Outline of a Theory of Practice*. Translated by Richard Nice. Cambridge: Cambridge University Press.

Braverman, Harry 1974: *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*. New York and London: Monthly Review Press. [ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, México, 1978].

Cohen, G. A. 1986a: Forces and Relations of Production. In J. Roemer (ed.) *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press. [ed. cast.: *El marxismo, una perspectiva analítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pp. 19-32].

__________ 1988: *History, Labour and Freedom: Themes >From Marx*. Oxford: Clarendon Press.

Collins, Randall 1994: *Four Sociological Traditions*. New York and Oxford: Oxford University Press.

Dobb, Maurice 1940: *Political Economy and Capitalism*. London: G. Routlegde & Sons. [ed. cast.: *economía, política y capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973]

Elster, Jon 1985: *Making Sense of Marx*. Cambridge: Cambridge University Press. [ed. cast.: *Una introducción a Karl Marx*, Siglo XXI, Madrid, 1991].

__________ 1986: Further Thoughts on Marxism, Functionalism and Game Theory. In J. Roemer (ed.), *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press. [ed. cast.: *El marxismo, una perspectiva analítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pp. 231-251].

Flacks, Richard 1982: Marxism and Sociology. In Bertell Ollman and Edward Vernoff (eds.), *The Left Academy: Marxist Scholarship on American Campuses*. New York: McGraw-Hill, 9-52.

Foucault, Michel [1975] 1977: *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Translated by Alan Sheridan. New York: Vintage Books. [ed. cast.: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid, 1978].

Giddens, Anthony 1995: *A Contemporary Critique of Historical Materialism*. 2nd edition. Stanford: Stanford University Press.

GINTIS, HERB 1982: The Reemergence of Marxian Economics in America In Ollman and Vernoff (eds.), *The Left Academy*. New York: McGraw Hill, 53-81.

GOULDNER, ALVIN 1980: *The Two Marxisms: Contradictions and Anomalies in the Development of Theory*. New York: Seabury Press. [ed. cast.: *Los dos marxismos*, Alianza, Madrid, 1989].

GRAMSCI, ANTONIO [1929-35] 1972: *Selections from the Prison Notebooks*. Edited and translated by Quintin Hoare and Geoffrey Nowell Smith. New York: International Publishers.

HABERMAS, JÜRGEN [1968] 1970: Technology and Science as 'Ideology.' In *Towards a Rational Society*, translated by Jeremy J. Shapiro. Boston: Beacon Press. [ed. cast.: *Ciencia y tecnología como ideología*, Tecnos, Madrid, 1984, pp. 53-112].

__________ [1968] 1971: *Knowledge and Human Interests*. Translated by Jeremy Shapiro. Boston: Beacon Press. [ed. cast.: *Conocimiento e interés*, Taurus, Madrid, 1982].

__________ [1963] 1973a: Between Philosophy and Science: Marxism as Critique. In *Theory and Practice*. Translated by John Viertel. Boston: Beacon Press. [ed. cast.: *Teoría y práxis*, Tecnos, Madrid, 1987, cap. 6].

__________ [1981] 1984: *The Theory of Communicative Action*. Volume 1: *Reason and the Rationalization of Society*. Translated by Thomas McCarthy. Boston: Beacon Press. [ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa, vol. 1*, Taurus, Madrid, 1987].

__________ [1981] 1987: *The Theory of Communicative Action*. Volume 2: *Lifeworld and System: A Critique of Functionalist Reason*. Translated by Thomas McCarthy. Boston: Beacon Press. [ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa, vol. 2*, Taurus, Madrid, 1987].

HARVEY, DAVID 1982: *The Limits to Capital*. Chicago: University of Chicago Press. [ed. cast.: *Los límites del capitalismo y la Teoría marxista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990].

HORKHEIMER, MAX [1940]1978: The Authoritarian State. In Andrew Arato and Eike Gebhardt (eds.), *The Essential Frankfurt School Reader* New York: Urizen Books.

HYPPOLITE, JEAN [1965] 1969: *Studies on Marx and Hegel*. Translated by John O'Neill. New York: Basic Books.

KORSCH, KARL [1923] 1971: *Marxism and Philosophy*. Translated by Fred Halliday. London: NLB. [ed. cast.: *Marxismo y filosofía*, Ariel, Barcelona, 1978].

LEFEBVRE, HENRI [1939] 1968: *Dialectical Materialism*. Translated by John Sturrock. London: J. Cape.

LUKÁCS, GEORG [1923] 1971: *History and Class Consciousness*. Translated by Rodney Livingstone. Cambridge, Mass.: MIT Press. [ed. cast.: *Historia y Conciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969].

MANDEL, ERNEST 1978: Introduction. in Karl Marx, *Capital*, vol. 2, Translated by D. Fernbach. London: Penguin Books in association with New Left Review.

MARCUSE, HERBERT 1955: Eros and Civilization. Boston: Beacon Press. [ed. cast.: *Eros y civilización*, Ariel, Barcelona, 2001].

__________ 1964a: One-dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society. Boston: Beacon Press. [ed. cast.: *El hombre unidimensional*, Ariel, Barcelona, 1987].

MARX, KARL [1861-63] 1968: *Theories of Surplus Value*. Part 2. Translated by Renate Simpson. Moscow: Progress Publishers. [ed. cast.: *Teorías sobre la Plusvalía, Tomos 1-3,* Fondo de Cultura Económica, México, 1980].

__________ [1859] 1970: *A Contribution to the Critique of Political Economy*. Translated by S.W. Ryazanskaya. Moscow: Progress Publishers. [ed. cast.: *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Siglo XXI, México, 1980].

__________ [1857-58] 1973: *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*. Translated by Martin Nicolaus. London, New York: Penguin Books in association with New Left Review. [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse)*, Siglo XXI, Buenos Aires, vol. 1 y 2 (1971) y 3 (1976)].

__________ [1867] 1976a: El *Capital, vol. 1*. Translated by Ben Fowkes. London: Penguin Books in association with New Left Review. [ed. cast.: El *Capital. Libro primero. El proceso de producción del capital,* Siglo XXI, Madrid, 1975].

__________ [1863-66] 1976d: *Results of the Immediate Process of Production*. Translated by Rodney Livingstone. In *Capital*, vol. 1. Translated by Ben Fowkes. London: Penguin Books in assoc. with New Left Review. [ed. cast.: El *Capital. Libro primero, capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción,* Siglo XXI, Madrid].

MEEK, RONALD 1956: *Studies in the Labour Theory of Value*. New York and London: Lawrence and Wishart.

MÉSZÁROS, ISTVÁN 1970: *Marx's Theory of Alienation*. London: Harper & Row.

MURRAY, JOHN PATRICK 1988: *Marx's Theory of Scientific Knowledge*. Atlantic Highlands, N.J.: Humanities Press International.

NICOLAUS, MARTIN 1973: Introduction. In Karl Marx, *Grundrisse*, translated by Martin Nicolaus. London: Penguin Books in association with New Left Review.

OLLMAN, BERTELL 1976: *Alienation: Marx's Conception of Man in Capitalist Society*. 2nd ed. Cambridge: Cambridge University Press. [ed. cast.: *La Teoría de la enajenación en Marx*, Era, México, 1978].

POSTONE, MOISHE 1986: Anti-Semitism and National Socialism. In Anson Rabinbach and Jack Zipes (eds.), *Germans and Jews Since the Holocaust* New York: Holmes & Meier. [ed. cast.: en *La crisis del Estado-nación: antisemitismo racismo, xenofobia,* Alikornio, Barcelona, 2001].

__________ 1990: History and Critical Social Theory. *Contemporary Sociology* 19, no. 2 (March), 170-176.

__________ 1993: *Time, Labor, and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*. New York and Cambridge: Cambridge University Press. [ed. cast.: *Tiempo, trabajo y dominación social: una reinterpretación de la teoría crítica de Marx,* Marcial Pons, Madrid, en prensa].

RESNICK, STEPHEN AND WOLFF, RICHARD 1995: The End of the USSR: A Marxian Class Analysis. In Antonio Callari, Stephen Cullenberg, and Carole Biewener (eds.), *Marxism in the Postmodern Age*. New York and London: Guilford Press.

ROEMER, JOHN 1981: *Analytic Foundations of Marxian Economic Theory.* Cambridge and New York: Cambridge University Press.

SARTRE, JEAN-PAUL [1960-85] 1982-91: *Critique of Dialectical Reason*. Translated by Jonathan Rée et. al. London and New York: Verso. [ed. cast.: *Crítica de la razón dialéctica,* Losada, Buenos Aires, 1963].

SAYER, DEREK 1979: *Marx's Method: Ideology, Science, and Critique in «Capital»*. Atlantic Highlands, N.J.: Humanities Press.

__________ 1987: *The Violence of Abstraction: The Analytic Foundations of Historical Materialism.* Oxford and New York: B. Blackwell.

SCHMIDT, ALFRED [1962] 1971: *The Concept of Nature in Marx*. Translated by Ben Fowkes. London: NLB. [ed. cast.: *El concepto de naturaleza en Marx,* Siglo XXI, Madrid, 1997].

SMELSER, NEIL J. 1973: Introduction. In Neil J Smelser (ed.), *Karl Marx on Society and Social Change*. Chicago: University of Chicago Press.

STEEDMAN, IAN. 1981: Ricardo, Marx, Sraffa In Ian Steedman (ed.) *The Value Controversy*. London: NLB.

SWEEZY, PAUL M 1968: *The Theory of Capitalist Development*. New York: Oxford University Press. [ed. cast.: *Teoría del desarrollo capitalista,* Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1977].

WILEY, NORBERT 1987: Introduction. In Norbert Wiley (ed.), *The Marx-Weber Debate*. Newbury Park, C.A.: Sage Publications.

WILLIAMS, RAYMOND 1977: *Marxism and Literature*. Oxford and New York: Oxford University Press.


bifurcaciones
traficantes de sueños